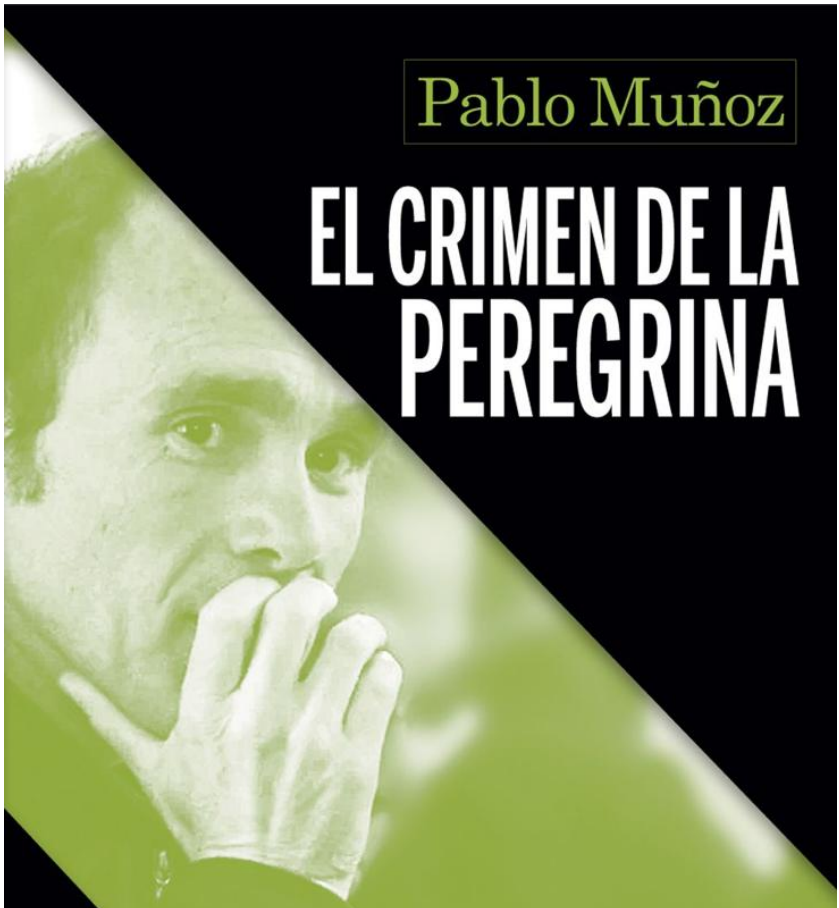
Pablo Muñoz

EL CRIMEN DE LA PEREGRINA



«Esta es la historia de una apasionante investigación policial en la que desde el primer minuto hubo un sospechoso claro, pero en la que parecía imposible encontrar pruebas para poder incriminarlo.

Sinficción

PABLO MUÑOZ

Periodista de *ABC* desde 1990, Pablo Muñoz (Madrid, 1965) ha sido, sucesivamente, redactor de Sucesos y jefe de Sección de Sociedad y Nacional. Está especializado en información de Interior, Terrorismo, Crimen Organizado y Sucesos. Diplomado en Altos Estudios de la Defensa del Ceseden, es colaborador habitual de radio y televisión, en concreto en los programas *La Tarde* y *La Linterna*, de la Cadena Cope, y *La Hora de La 1*, de TVE, así como en numerosos reportajes de investigación. Ha sido condecorado con la medalla de plata al Mérito Social Penitenciario y la Cruz al Mérito Policial con distintivo blanco. Es coautor de los libros *Palabra de Vor. Las mafias rusas en España*, galardonado con el Premio Rodolfo Walsh de la Semana Negra de Gijón, y de *Cómo luché contra ETA. De los años de plomo al caso Faisán*. Ha sido, además, Premio de la Fundación Policía en la modalidad de periodismo escrito. Fue profesor del máster de Periodismo de *ABC* y en cursos de las universidades de verano de la Rey Juan Carlos y la Menéndez Pelayo además de ponente en congresos y otros eventos.

Contraportada

Denise Pikka Thiem, de 41 años, norteamericana y de origen asiático, necesitaba reinventarse, hacer un *break* en su vida. Una película de éxito, *The Way* (El Camino), la animó a hacerlo de la misma forma que su protagonista: recorriendo el Camino de Santiago. La mañana del 5 de abril de 2015, después de salir de Astorga (León), la peregrina desapareció sin dejar rastro. Esta es la historia de una apasionante investigación de la Policía —también de la solidaridad de muchas personas— en la que desde el primer minuto hubo un sospechoso claro, pero en la que parecía imposible encontrar pruebas que pudieran incriminarlo. Para complicar más las cosas, las presiones diplomáticas al más alto nivel se cruzaron en el trabajo incansable de los encargados del caso.

EL CRIMEN DE LA PEREGRINA

Primera edición: mayo del 2023

Para Josep Forment, siempre con nosotros

© Pablo Muñoz, 2023

© de la presente edición, 2023, Editorial Alrevés, S.L.

Directora de la colección: Marta Robles

Diseño de la colección: Ernest Mateu

sinficción

Editorial Alrevés, S.L.

Carrer de València, 241 4rt - 08007 Barcelona

www.alreveseditorial.com

ISBN: 978-84-19615-23-7

Código IBIC: BTC

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL CRIMEN DE LA PEREGRINA

– Pablo Muñoz –

Colección dirigida y coordinada por
Marta Robles

Sinficción
– Barcelona 2023 –

A Camino; a Ana, Blanca y Camino,
que me hacen feliz cada día

A Mari Carmen, Paloma y María… A los que ya no están,
pero siguen vivos en nuestros recuerdos

– . –

– Índice –

Prólogo

1. «Nos vamos a ver más veces»

2. *The Way*

3. Desaparecida

4. Sin noticias de Denise

5. «¿Cuándo viene la caballería?»

6. «Soy muy cabezota»

7. «Un mentiroso compulsivo»

8. «Hay que mirar la pasta»

9. Dos «inspectoras» se suman al caso

10. El amigo americano

11. «Usted lleva la investigación»

12. La pista del dinero

13. «Te voy a llevar donde está la chica»

14. «Sí, la maté»

15. «No os lo recomiendo»

16. Unidos por Denise

Epílogo: Las cenizas de la memoria

— Prólogo —

DIARIO DE UNA INVESTIGACIÓN COMPLEJA

El caso de la desaparición de la peregrina Denise Pikka Thiem, en el Camino de Santiago, no pasó desapercibido desde el mismo momento en que se conoció. Tenía todos los ingredientes para acabar siendo especialmente atractivo tanto para los medios como para la audiencia; pero, además, estuvo a punto de convertirse en un asunto de estado. No solo las extrañas circunstancias de la desaparición, sino, sobre todo, el empeño de los familiares de Denise en encontrarla, que los condujo hasta a escribir cartas a los presidentes de Estados Unidos y de España y a conseguir implicar al FBI en las indagaciones, derivaron en una investigación de película, para la que no se escatimó ningún medio.

Este libro que tienen en sus manos es el diario de esa complicada investigación, en la que la Policía española vivió una especial presión, pese a realizar un trabajo impecable y minucioso, por todas las dificultades que suponía estar en el centro de la actualidad y por esa necesidad de los políticos, que tanto se ha utilizado cinematográficamente, de darle un culpable a la opinión pública, máxime al tratarse de una ciudadana norteamericana.

Pablo Muñoz ofrece en la primera parte de su relato esa experiencia espiritual y reparadora del Camino de Santiago de la que disfrutó Denise, que contrasta con la segunda, donde se muestra el desasosiego y la obsesión que vivieron las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado responsables de las pesquisas, que finalmente lograron resolver un caso que podía haberse quedado para los anales del misterio.

Para desarrollar la trama, Pablo Muñoz, como riguroso periodista especializado en crónica negra que es, contactó con todos los protagonistas (la familia, los amigos que hizo en el camino la víctima, los investigadores), accedió al sumario y al vídeo de reconstrucción de los hechos y, apoyado en ese material, elaboró,

con sumo cuidado y la supervisión de los involucrados, las conversaciones que se produjeron entre todos. El resultado es un libro donde el lector se puede poner en la piel de cada uno de ellos. También en la del culpable, cuyas declaraciones recoge Muñoz completas al final de esta historia, donde, por cierto, los familiares de Pikka empezaron desconfiando de la eficacia de la Policía española y acabaron agradeciéndole su enorme esfuerzo, sin el que jamás se hubiera desentrañado el crimen de la peregrina.

MARTA ROBLES

— . —

— CAPÍTULO 1 —

«NOS VAMOS A VER MÁS VECES»

«Como sigas así, nos vamos a ver más veces»… El reloj enfilaba ya la medianoche del 11 de septiembre de 2015 y a Miguel Ángel Muñoz, encerrado en un calabozo de la comisaría de Policía de Astorga (León), le atormentaba esa frase, que tuvo que escuchar un año antes en esas mismas dependencias policiales. A primeras horas de la tarde le habían puesto los grilletes en Grandas de Salime (Asturias) acusado del asesinato de la peregrina norteamericana Denise Thiem —uno de los casos más mediáticos de esos últimos meses— y por supuesto recordaba muy bien la fecha en la que tuvo que oír esa sentencia: 25 de septiembre de 2014. También, claro, quién se la había dicho, mirándolo fijamente a los ojos, justo cuando se le devolvían sus pertenencias tras pasar cerca de veinticuatro horas arrestado en el lugar donde estaba ahora. Era la inspectora Patricia, jefa del Grupo Operativo Local de la comisaría de la población, capital de la maragatería.

Entonces estaba detenido por el asalto a otra mujer, de nacionalidad alemana, en las inmediaciones de su finca de Castrillo de los Polvazares, a unos pocos kilómetros de Astorga. Había salido bien librado. La víctima no fue capaz de reconocer ni siquiera su voz, de modo que los indicios contra él, que los había, y bastante sólidos, no fueron suficientes para que el juez lo encerrara. Pero para Patricia, ni entonces ni ahora había dudas: este individuo era el autor de las dos agresiones, e incluso de una tercera, el de una joven china cometida meses antes de la de la chica alemana, exactamente el 28 de mayo. El ataque se produjo en la misma zona e igualmente quedó sin resolver.

Miguel Ángel Muñoz tenía muy mal recuerdo de ese primer encontronazo con la inspectora y el resto de los agentes de Astorga; era muy probable que en aquel episodio se sintiera cohibido ante ella, incluso acomplejado ante su fortaleza mental, su carácter fuerte, su baja tolerancia a que la intentaran engañar… Por supuesto, a un tipo como él, violento y con unos pronunciados

rasgos machistas tan característicos de los agresores con su perfil, no le gustaba nada esa sensación de inferioridad. Le habían herido en su ego y eso acrecentaba su aversión hacia los policías de esas dependencias; de forma muy especial, hacia Patricia.

La verdad es que a la policía tampoco le agradaba Miguel Ángel. Le había calado desde el primer día que se cruzaron sus caminos y jamás estuvo dispuesta a darle respiro alguno. Sabía —quizá sea más exacto afirmar que intuía— que iba a reincidir en sus agresiones. Por eso, cuando quedó en libertad la primera vez por falta de pruebas le lanzó esa dura frase, mitad advertencia y mitad vaticinio. Ya entonces le pareció un psicópata, un tipo asocial, vengativo, y quizá por eso durante aquellos lejanos días de 2014 hizo un comentario a su marido, también policía pero destinado en la comisaría de León, que ese 11 de septiembre cobraba todo su sentido: «O se para con estos ataques, y no lo creo, o va a ir a más»…

La inspectora hacía tiempo que no trabajaba en un grupo especializado de la Policía —decidió enfocar su carrera hacia la lucha contra la delincuencia a pie de calle—, pero tenía experiencia en ellos, y no precisamente en uno cualquiera. Estuvo destinada antes en Barcelona, donde se ocupaba de asuntos de violencia de género, en la Unidad Central de Información Exterior (UCIE) de la Comisaría General de Información, especializada en la lucha contra el terrorismo yihadista, en la comisaría de Chamartín, en Madrid, como jefa del Grupo de Policía Judicial… Después de toda esta intensa actividad decidió pedir destino en comisarías provinciales y locales. Prestó servicio en la de Segovia, donde dirigió el Grupo de Extranjería, y desde allí llegó a Astorga, tras un brevísimo paso por Ponferrada, para mandar el Grupo Operativo Local, responsable de la lucha contra la criminalidad en esa población. Ya se sabe: estafas, robos, algún atraco, agresiones, malos tratos, delitos informáticos menores… En definitiva, el día a día de cualquier localidad de poco más de diez mil habitantes. Ahora se dedicaba a eso, es verdad, pero no por ello tenía menos experiencia o estaba menos preparada que cualquier compañero para afrontar casos de gran envergadura y complejidad. Y el de Denise Thiem, que la obsesionaba desde hacía seis meses, sin duda lo era.

Miguel Ángel Muñoz había entrado en la comisaría de Astorga por el garaje, a bordo de un coche camuflado de la Policía y custodiado por tres policías. Aún no era capaz de asimilar las consecuencias de lo que acababa de hacer: llevar a dos agentes al lugar donde había ocultado el cadáver de la peregrina norteamericana. El detenido, con camiseta azul de manga corta y un pantalón largo de montaña de color beis, estaba un punto nervioso. Descendió del vehículo policial esposado y cruzó la puerta que da acceso directo a la antesala de los calabozos. De inmediato, se lo llevó a una de las celdas.

Para un huésped tan «ilustre» la Policía había reservado la mayor de ellas, de aproximadamente diez metros cuadrados. Con barrotes para que el detenido pueda ser controlado sin problemas desde el exterior, cuenta además con cámaras de seguridad que permiten que el «cliente» esté siempre vigilado. Dispone, también, de un poyete alicatado sobre el que se coloca una colchoneta, único elemento para procurar el descanso del detenido. No es, desde luego, una estancia acogedora, sino más bien fría, «donde toda incomodidad tiene su asiento» (Miguel de Cervantes), con el añadido de que hay que pedir permiso hasta para ir al baño. La ausencia de ventanas añade más frialdad a la estancia, al ser la luz siempre artificial, y el suelo de terrazo contribuye a aumentar esa sensación. A la hora de las comidas, hay un microondas para calentar el menú, suficiente, digno, pero poco apetitoso en general.

Al sospechoso de matar a la peregrina aquel lugar, sórdido para la mayoría de los mortales, le resultaba familiar. Y ello porque, paradojas del destino, aquel calabozo era el mismo que había ocupado en septiembre del año anterior… No eran iguales las circunstancias, claro, pero el haber pasado ya por ese trance le aportaba ahora un punto de tranquilidad.

Con la presión añadida que suponía una nueva detención y saberse culpable, Miguel Ángel Muñoz no quería ver ni en pintura a la inspectora ni a sus compañeros. Por su cabeza pasaban una y otra vez las imágenes de la detención anterior, de la que recordaba cada detalle. Lo admitiera o no, la sola presencia de Patricia, de más de 1,80 metros de estatura y voz firme, le inquietaba. Puede decirse que la temía en la misma medida que la odiaba, porque sabía que

ella era mucho más fuerte.

Miguel Ángel Muñoz, en cambio, sí había conectado con el subinspector Carlos, que había viajado en helicóptero a Grandas de Salime desde Astorga para hacerse cargo de él tras su arresto. No es que hubieran entablado una conversación en el trayecto de vuelta, algo que no se puede hacer con un detenido si no es en presencia de su abogado, pero con un par de detalles menores —por ejemplo, aliviarle la presión de los grilletes, o dirigirse a él de forma exquisita para disipar los temores que pudiera tener—, el policía consiguió que no lo percibiera como una amenaza, sino como alguien próximo en el que se podía confiar. El plan funcionó a la perfección, porque el arrestado, por iniciativa propia, lo había llevado, junto a otro compañero, hasta el lugar donde estaban los restos de Denise…

Destinado en el Grupo II de Homicidios y Desaparecidos de la UDEV de la Comisaría General de Policía Judicial, abogado de formación, con voz pausada, mirada penetrante y con muchísimos años de experiencia en la investigación de asesinatos y desapariciones, era capaz de hacer sentir cómodo a ese individuo. Sabía todo de él, porque lo había investigado desde el 1 de junio, cuando su unidad se incorporó a la investigación. Por tanto, conocía sus filias, sus fobias, sus debilidades… Eso le daba una ventaja estratégica.

Este tipo de situaciones ya las había vivido antes en otros casos muy complicados, con auténticos psicópatas implicados en ellos, y le había salido bien, de modo que esta vez no tenía por qué ser una excepción. Sin duda, también su condición de varón aumentaba sus posibilidades de éxito con un tipo como Miguel Ángel, como también el deseo del detenido de no cruzarse con los agentes de la localidad, en especial con la inspectora. Cualquier cosa, menos eso.

Patricia también era consciente de que si en esos momentos tan delicados se encontraba con el sospechoso podrían producirse consecuencias negativas para el único objetivo que se buscaba entonces: conseguir «derrotarlo», que acorralado por las pruebas recopiladas contra él confesara el crimen… Por eso, dio la orden de que mientras este sujeto permaneciera en dependencias policiales se le informara exactamente de dónde estaba en cada momento, para evitar cruzarse con él. Lo contrario podía arruinar la estrategia

policial y después de tanto trabajo nadie estaba dispuesto a que eso ocurriera. Ella solo lo vería en el momento del interrogatorio. El reparto de papeles funcionaba bien hasta entonces; el haber encontrado el cadáver de la peregrina era ya un éxito, y lo mejor era que las cosas siguieran por el mismo camino.

Carlos había tenido un papel clave en el desenlace del caso, pero tampoco era conveniente que su relación fuese a más. Así que el inspector Jesús, jefe del Grupo II de la UDEV, también con años de experiencia y casos muy complicados a sus espaldas, se encargó a partir de entonces de mantener ese contacto con el detenido. Empático, es de esas personas que sabe transmitir tranquilidad incluso en los momentos más tensos, de distanciarse del problema al que se enfrenta para analizarlo desde fuera y tomar las decisiones luego con la cabeza fría.

Carlos y él llevaban mucho tiempo trabajando juntos y, sin necesidad de hablar, sabían cómo actuar en este tipo de situaciones. Aunque cambiaba el policía, no variaba el plan: lo mejor era que el sospechoso se sintiera tranquilo hasta donde fuera posible, confiado, lo más cómodo dentro de unas circunstancias tan especiales como esas… Nada de presionarlo, de hacer cosas que lo único que podían conseguir era que se pusiera en guardia. El trabajo estaba hecho; solo quedaba rematarlo.

Las horas pasaban despacio en la comisaría de Astorga. Ya en la mañana del 12 de septiembre la Brigada de Policía Científica de la comisaría hizo la reseña del detenido. Todo seguía el cauce reglamentario, no había atajos ni tampoco eran necesarios. Fuera de las dependencias policiales la actividad investigadora era frenética, con la práctica de la autopsia a los restos de Denise, que se prolongó toda la mañana y primeras horas de la tarde.

Sin embargo, la inspección ocular de la finca del sospechoso por parte de los agentes de la Comisaría General de Policía Científica desplazados a Astorga para echar una mano a sus compañeros de la comisaría local había quedado suspendida por orden judicial desde la tarde anterior, justo cuando se conoció la detención del sospechoso. Pero los funcionarios no desperdiciaron el día e inspeccionaron e hicieron el correspondiente reportaje fotográfico de los efectos que le fueron intervenidos en Asturias a Miguel Ángel

Muñoz.

El plan de los investigadores seguía su curso, independientemente de que a corto plazo no hubiera resultados, más allá —y no era poco— de la localización del cuerpo. Parte de la estrategia era apurar en buena medida el plazo máximo legal (setenta y dos horas) que podía seguir el arrestado en el calabozo antes de su puesta a disposición judicial. Aquello tenía la ventaja de que el sospechoso, queriéndolo o no, se iba a enfrentar a muchas más horas de angustiosas reflexiones internas para buscar una salida… Para volver a recordar una y mil veces aquella frase —«como sigas así nos vamos a ver más veces»— que le había espetado la dichosa inspectora. Dar vueltas a la cabeza en una situación como esa desgasta, y eso era una baza más a favor de los investigadores.

«¿Qué puedo hacer —reflexionaba Miguel Ángel Muñoz en la soledad del calabozo—, si ya los he llevado hasta el cadáver?» No había reconocido el asesinato, es verdad, pero ese paso había sido muy arriesgado. Ahora se daba cuenta. Debía encontrar cuanto antes un relato coherente que lo exculpara. Pero ¿cómo? Necesitaba tranquilizarse, pensar con frialdad, analizar muy bien qué podía saber la Policía y qué ignoraba, ganar tiempo…

A las 10:50 horas del 13 de septiembre fue el instante elegido por la instructora, la inspectora Patricia, y el secretario, en ese momento el inspector Jesús, para interrogarlo. Asistiría al detenido la letrada 1640 del Colegio de Abogados de Astorga, del turno de oficio. Tras las primeras preguntas de rigor, el acusado, sereno y firme, declinó prestar declaración. Solo lo haría ante el juez. Era su derecho y lo ejerció. Y añadió que quería que se entrase en contacto con su familia para que en el momento de la comparecencia en el juzgado pudiera contar ya con un defensor de su confianza. A los policías no les extrañó, contaban con ello y tampoco les preocupó; al fin y al cabo, disponían de un enorme arsenal incriminatorio. Por otra parte, el tipo seguía la misma estrategia que en el caso de la peregrina alemana. Entonces le dio buen resultado; ahora los policías estaban convencidos de que no sería así.

A las dos de la tarde, formalmente, se produjo la puesta de Miguel Ángel Muñoz a disposición de la titular del Juzgado de Instrucción número 2 de los de Astorga, junto con las diligencias policiales

imprescindibles ya finalizadas. Se le comunicó a la jueza entonces por vía telefónica; era domingo, aún no había expirado el plazo de las setenta y dos horas para poder llevar al detenido ante su presencia y su señoría, con buen criterio, consideró que era mejor estudiar los documentos esa misma tarde antes de proceder al interrogatorio. El acusado, por tanto, debía permanecer otra noche en el calabozo de la comisaría, hasta que a las nueve de la mañana del día siguiente, lunes, tal como había ordenado la instructora, fuera llevado a la sede de los juzgados, a poco más de un kilómetro de las dependencias policiales.

El tedio del calabozo, la incomodidad de no poder ducharse o la incertidumbre de qué podía sucederle no parecía hacer mella en Miguel Ángel, al menos a simple vista. Es más, a los funcionarios encargados de su custodia les llamaba la atención esa aparente tranquilidad. Por supuesto, sabían que la procesión iba por dentro, pero no dejaba de ser llamativo que lograra conciliar el sueño con cierta placidez o hacer las tres comidas del día sin que los nervios le quitaran el hambre. Simplemente, esperaba el momento de pasar a disposición judicial; era en esa declaración ante la instructora donde tenía depositadas todas sus esperanzas de salir bien de aquel delicado trance.

Tal como ordenó la jueza encargada del caso, por la mañana el sospechoso del asesinato de Denise entró puntual en el edificio judicial. Cabizbajo, vestido con una sudadera gris, chaleco azul oscuro y una gorrilla con visera de color amarillo para intentar que los fotógrafos no captaran su rostro, salió del coche policial y recorrió los pocos metros que le separaban de la puerta del juzgado. Llevaba, claro, los grilletes en sus muñecas y era custodiado por tres policías de paisano. Entre ellos, junto a él, estaba el inspector Jesús. Todos los agentes iban ataviados con sus clásicos chalecos amarillos con bandas blancas en los que se leía la palabra «Policía». Llegaba la hora de la verdad.

Antes de que fuera llevado ante la jueza aún le quedaba un último trámite, preceptivo: su examen por parte de la forense del juzgado para garantizar que sus condiciones psicofísicas eran las adecuadas para afrontar el duro interrogatorio que le esperaba, en el que se jugaba su futuro. Lo superó sin mayores problemas. Luego tuvo

tiempo de charlar con su letrada para preparar la comparecencia y justo al mediodía ya estaba frente a la jueza, el fiscal y la letrada en una amplia sala donde se celebraban los juicios.

Hora y media después, Miguel Ángel Muñoz salía de declarar. Se acababa de declarar inocente y la instructora aún debía decidir sobre su situación una vez que el fiscal hubiera pedido su ingreso en prisión sin fianza y su defensora su puesta en libertad por una supuesta falta de pruebas. El guion seguía más o menos lo previsto, aunque Miguel Ángel Muñoz aún tenía pendiente otro examen forense para intentar determinar si era imputable o no; en otras palabras, si tenía alteradas sus facultades mentales, lo que podía afectar a su grado de responsabilidad en los hechos. Comenzó poco después de que el imputado comiera algo, esta vez un bocadillo, para reponer fuerzas.

No fue una entrevista más; la forense, de mediana edad, muy inteligente, con amplia experiencia, legalista al máximo y magnífica profesional, tenía claro que se iba a tomar su tiempo. Alguien que durante casi medio año era capaz de ocultar un asesinato y hacer una vida normal aun sabiéndose objetivo de la investigación, debía tener una personalidad compleja. Y para descifrarla necesitaba ganarse su confianza, someterlo a pruebas, hacerle muchas preguntas y analizar sus respuestas y reacciones… Él se podía cerrar en banda, desde luego, pero en casos anteriores tipos aparentemente decididos a no colaborar lo más mínimo habían acabado derrotándose ante ella. ¿Por qué no podía ser esta vez igual?

La batería de pruebas que tenía previsto realizar al detenido iban desde el test PAI, un cuestionario multidimensional de personalidad de uso principalmente clínico y forense, al MCMI-III, que se utiliza para evaluar de forma integral la personalidad de los adultos y que detecta trastornos psicológicos del individuo. Se trata de técnicas muy conocidas, de amplio uso en este tipo de actuaciones, pero como siempre el elemento humano del profesional que los hace es más importante que la propia herramienta en sí.

El trabajo de la forense, metódico, riguroso, alejado de cualquier tipo de presión sobre el detenido pero firme a la hora de hacerle notar las incongruencias que surgían, minaba cada minuto su

fortaleza mental. Las respuestas preparadas por Miguel Ángel Muñoz en las largas horas de soledad en el calabozo, expuestas ante la instructora horas antes y repetidas ahora ante la especialista, no surtían el efecto que esperaba. El trabajo de la forense, desde luego, no era decirle si le creía o no; solo intentaba analizar su personalidad, saber si era consciente del lío en el que estaba metido, si era consciente o no de sus actos o estos estaban influidos por alguna patología mental que afectara su responsabilidad criminal. Pero si ni siquiera ella, que no lo estaba sometiendo a un interrogatorio propiamente dicho, se «tragaba» su versión, ¿cómo lo iba a hacer la jueza?

La mente humana, en esas circunstancias, va a mil por hora. Toda la estrategia del detenido saltaba por los aires. Lo notaba y su angustia crecía cada minuto que pasaba. Una vez más, necesitaba salir del atolladero. Pero ¿cómo? El despacho en el que estaban, no demasiado grande, provocaba que esa cercanía física —por supuesto, la mesa de la forense siempre se interponía entre ellos— le impidiera pensar con más claridad.

Pasadas cinco horas, poco antes de las nueve de la noche, no resistió más y confesó que había matado a la peregrina, tal como sabía la Policía casi con total seguridad desde hacía meses pero ahora se confirmaba… ¿Arrepentimiento? No parece. ¿Necesidad de liberarse de ese peso? Por ahí podía ir la cosa. ¿Sentirse descubierto? Quizá… El motivo, en cualquier caso, era lo de menos. Lo importante era el hecho en sí.

Aquello tenía valor probatorio en sí mismo en la medida en que se había producido en sede judicial y ante una perito del juzgado, pero sobre todo demostraba que la investigación de tantos meses era la correcta y que era muy probable que el criminal admitiera también delante de la jueza la autoría del crimen, como sucedió finalmente. De hecho, antes de comenzar el segundo interrogatorio del día la magistrada ya disponía de la información de lo que acababa de suceder entre la forense y Miguel Ángel Muñoz en ese despacho del juzgado.

Tras la agotadora entrevista la perito redactó un informe de una precisión estremecedora.

En un primer momento [escribió], cuando se le pregunta por los hechos que se le imputan hace un relato corto y poco sostenible, refiriendo que en julio, cuando iba corriendo por el monte percibió un olor como a animal muerto, al que no prestó atención, porque dice que en ese momento tenía muchas cosas en su cabeza. Después relata que al detenerlo la Policía y hacerle hincapié si había visto algo anómalo cerca de su casa, se acordó de aquel olor, dándose la circunstancia de que en ese sitio era donde se encontraba el cadáver.

Posteriormente [continúa la forense], cambió su versión, reconociéndose culpable del homicidio de Denise. El detenido refiere que el 5 de abril bebió una botella de vino para comer porque se encontraba anímicamente mal, debido a la separación de la madre de su hijo. Según cuenta, se encontró a Denise en el camino que pasa por delante de su casa y empezaron a entablar una conversación en español e inglés, pues Denise se había perdido y el detenido se ofreció a guiarle hasta el Camino. En un momento de ese trayecto algo le inquietó a Denise y según cuenta el detenido se puso violenta verbalmente con él; él no sabía lo que le estaba diciendo puesto que hablaba en inglés, pero interpretó que Denise estaba desconfiando de él. Según refiere se sintió despreciado, tomó un palo del camino y golpeó a Denise en el lado derecho de la cabeza. A continuación dice que la víctima cayó al suelo golpeándose la cabeza con unas piedras y esta comenzó a convulsionar. En ese momento se dio cuenta de la barbaridad que había cometido, pero sabía que ya no había marcha atrás y en un intento de que la víctima dejara de sufrir, le cortó el cuello, con mucho miedo por lo que estaba haciendo. Posteriormente la arrastró 100 metros por el suelo y aprovechando una cueva abierta por jabalíes, la amplió con una pala metiendo allí el cadáver, una vez que lo desnudó y cortó las manos. Dice que las manos las enterró en otro punto. Tras estos hechos reconoce haber estado extraño, pasando tres días vomitando, al recordar lo que había hecho. Cuando pasaron cuatro meses, ante el temor de que el FBI participara en las investigaciones y hallara el cadáver, lo desenterró y lo dejó en el sitio en el que se encontró finalmente…

Y añadió la funcionaria:

Al confesar los hechos muestra arrepentimiento.

El informe continuaba con las conclusiones del examen psicológico, también muy precisas:

Sin alteración psicopatológica en el momento actual que merme sus capacidades intelectiva y volitiva; no es posible conocer el estado psicopatológico en el momento de los hechos.

Y en el capítulo de interpretación de las pruebas a las que sometió a Miguel Ángel, escribió respecto al test PAI:

Refleja una persona que padece algún grado de estrés debido a cierta agitación de su vida, pero sin que se observen síntomas agudos. Se puede sentir triste o nervioso en algún momento pero mantiene que esto no afecta a su funcionamiento diario. Su autoestima está intacta, intenta mostrar una buena imagen general con cierta negación de los problemas. Este perfil se observa en pacientes con caracteres antisociales, narcisistas o paranoides.

Finalmente, reflejó los resultados del test MCMI:

Tiende a mostrarse de forma favorable o personalmente atractivo, siendo probable que haya ocultado algún aspecto de sus dificultades psicológicas o interpersonales. Obtiene puntuaciones más altas en rasgos narcisistas y compulsivos, siendo muy difícil sacar conclusiones más precisas por la continua tendencia del paciente a mostrarse lo más favorable posible ante los demás.

A las nueve y media de la noche, Miguel Ángel Muñoz salió de declarar ante la jueza por segunda vez. Estaba tocado, porque ya empezaba a ser muy consciente de que acababa de confesar por segunda vez ser autor del asesinato de la peregrina y eso le iba a costar muchos años entre rejas. En ese estado de ánimo se encontraba cuando salía de la sala. Entonces vio en el pasillo a la inspectora, acompañada por la forense. No abrió la boca, pero la mirada de odio que le lanzó demostraba hasta qué punto identificaba a esa policía con su ruina… «Patricia, me he asustado de cómo te ha mirado; si te pilla, te mata», le advirtió la perito. «Es muy vengativo, como pueda y tenga ocasión también va a ir a por ti», respondió la policía.

Ahí fuera la oscuridad se había abierto paso cuando, custodiado de nuevo por tres agentes y esposado, subió a un coche policial que lo llevó de vuelta a la comisaría de Astorga. No fue trasladado esa noche a la cárcel de Mansilla de las Mulas porque la instructora había ordenado que al día siguiente se procediera a la reconstrucción de los hechos, en su presencia y también en la de su abogada.

— . —

– CAPÍTULO 2 –

THE WAY

A Denise Pikka Thiem, una mujer menuda de cuarenta y un años, norteamericana de origen asiático, clase media y residente en Arizona (Estados Unidos), le gustaba viajar alrededor del mundo. Mejor con alguna amiga, desde luego, pero si no se daba el caso tenía la suficiente fortaleza de carácter y decisión para hacerlo sola. Era introvertida, es verdad, y tenía ese punto de desconfianza ante un desconocido que le hacía sentirse más segura, pero al mismo tiempo, cuando se rompía esa primera barrera entablaba con naturalidad nuevas relaciones. En definitiva, se trataba de una mujer de su tiempo, inteligente, alegre y responsable.

En 2014, Denise estaba un tanto estresada. Llevaba ya bastantes años como jefa de proyectos de una compañía de mascotas, además con cierto éxito profesional porque había recibido varios premios por su trabajo, pero sentía que había llegado el momento de hacer una pausa en su vida. En esa empresa también estaba empleado quien había sido su pareja durante cuatro años, entre 2004 y 2008, con quien aún compartía un perro. Ese hombre se llamaba Josh Funk y fue ella la que había decidido poner fin a esa relación, la única que se le conocía.

Por lo demás, Denise tenía una conexión especial con su hermano Cedric, que la veía como una mujer independiente, inteligente, trabajadora, generosa y única. Cada vez que hablaban, la conversación acababa con risas. De joven había sido buena estudiante, le encantaba leer, y en su trabajo estaba muy valorada. En su tiempo libre se dedicaba a actividades como la costura y la fotografía, que la relajaban, y cuando acababa lo que tenía entre manos siempre se lo regalaba a algún amigo. Cuidaba sobre todo de su hermano, aunque también de sus padres, ya de una cierta edad, por supuesto de los perros… Los quería de verdad; sin duda, habría hecho cualquier cosa por ellos.

Aunque con esa vida feliz en lo familiar, Denise necesitaba dar un nuevo impulso a su peripecia vital. Un día entró en una sala de cine

de su ciudad y vio una película que lo cambió todo: *The Way*, protagonizada por Martin Sheen y que se estrenó bastantes años antes, en 2010. El argumento: Tom Avery —interpretado por Sheen — recibe la terrible noticia de la muerte de su hijo, fallecido en una tormenta de nieve en los Pirineos. Cuando viaja hasta allí para llevar su cadáver de vuelta a casa, descubre que en el momento del accidente el joven cubría la primera etapa del Camino de Santiago. Avery decide entonces completar la ruta Jacobea con sus cenizas. En el trayecto conoce a otros peregrinos, cada uno con su propia historia, y recuerda a su vástago, al que se imagina siempre con una sonrisa. Al final, llega a Santiago de Compostela. Pero hace una parada más, acompañado de algunas de las personas que había conocido: el lugar elegido es Muxía; allí tira al mar las cenizas de su hijo.

Se trataba, por tanto, de un viaje casi iniciático, con el que cerrar una etapa de la vida y abrir otra. Precisamente eso era lo que buscaba Denise. Empezar de cero, reinventarse… Quería recorrer antes algunos países asiáticos, quizá para buscar sus raíces. Su familia procedía de Macao, por lo que le parecía una buena idea visitar esa región autónoma del sur de China. Pero la película le había llegado a lo más profundo. ¿Por qué no hacer el Camino después de ese primer viaje por Asia? ¿Había una forma mejor de reencontrarse consigo misma?

Cada vez lo tenía más claro: aquella aventura era lo más conveniente para salir de la encrucijada en la que se encontraba, el colofón perfecto de un periplo que necesitaba hacer casi tanto como respirar. Apartada de su familia, a la que por supuesto adoraba, de sus amigos, de su trabajo, podía reflexionar sin que nada la perturbase, limpiar su mente y su alma, acumular fuerzas para ese primer día de su nueva vida. Poco a poco la idea tomó forma en su cabeza —a finales de 2014 ya tenía tomada la decisión— y así se lo comunicó a su círculo más cercano: a sus padres, Seng y Dalia, y a su hermano Cedric, por supuesto; pero también, entre otros, a Josh, su antigua pareja…

Aunque para mucha gente aquella podía ser una idea descabellada, lo cierto es que Denise no era la única persona que había tomado una decisión parecida; quizá de menos duración —no hay mucha

gente que pueda permitirse estar meses fuera de casa, sin trabajar —, pero con la misma esencia. La de hacer un *break*, reinventarse, en definitiva. Según averiguó, desde el estreno de *The Way*, que además había coincidido con la celebración de un Año Santo, el número de peregrinos extranjeros en el Camino de Santiago había crecido de forma espectacular, de modo que mientras terminaba de planificar la aventura muchas otras mujeres de todas las partes del mundo ya estaban viviéndola.

Una de las personas que así lo había hecho era Josefine Elisa Fischer, una chica alemana de veinticuatro años nacida en Chemnitz, quien en septiembre de 2014 disfrutaba en España de las distintas etapas marcadas en su hoja de ruta jacobea. Una no sabía de la otra, pero el destino les reservaba una sorpresa: sus nombres quedarían unidos para siempre.

A las 16:18 horas del sábado 20 de septiembre, Josefine entró en el centro de salud de Astorga para ser atendida. Estaba nerviosa, confundida, un punto traumatizada y además el idioma complicaba su comunicación con la médica que estaba delante de ella. Horas antes había tenido un desagradable incidente con un individuo a consecuencia del cual había sufrido algunas heridas de las que precisaba ser atendida. La facultativa la examinó a fondo y redactó después el correspondiente parte. Presentaba una «erosión superficial en la mejilla derecha, erosiones en ambas rodillas y erosión en el muslo izquierdo», todas ellas lesiones de pronóstico leve. Añadió la doctora que el suceso había ocurrido en Santa Catalina, una localidad próxima a Astorga, y precisó asimismo que la causa de aquel cuadro médico era un «intento de atraco por parte de un varón español».

No era necesario un internamiento, por supuesto, ni tampoco mayores atenciones, pero sí era conveniente, imprescindible para ser más exactos, que denunciase cuanto antes los hechos que acababa de vivir porque cada hora que pasara iba a ser más complicado localizar y detener al autor de la agresión. Habían pasado ya algunas desde que se había producido el ataque, pero el margen de tiempo estaba aún dentro de lo razonable para que hubiera bastantes posibilidades de que la investigación que se abriera pudiera tener resultados positivos.

Solo cuarenta minutos después de ser atendida, Josefine, aconsejada por la doctora del centro médico que firmó el parte de lesiones, entraba en la comisaría de Astorga, casi desierta a esas horas: lo normal, por otra parte, al ser fin de semana. Se trata de un edificio moderno, situado en la plaza de los Marqueses, al que se accede por una rampa o subiendo una escalera de apenas cuatro peldaños. A la alemana la acompañaba una amiga, que hacía las veces de intérprete, porque ella no hablaba castellano. Poco más tarde, en la Oficina de Atención al Ciudadano (ODAC), el subinspector Rubén, que estaba de guardia, la recibió y comenzó a tomarle declaración a pesar de las dificultades que entrañaba ese desconocimiento del idioma.

Según explicó la joven, a las 10:30 horas de la mañana se había despistado y tras algún titubeo enfiló un sendero solitario, estrecho y por el que los coches apenas podían pasar por la abundante vegetación. Aquel camino, precisó, comunicaba Castrillo de los Polvazares con Santa Catalina. El error cometido, añadió la chica, tenía su explicación: «Vi una flecha que me desvió del Camino, como si alguien la hubiese puesto allí para despistar a los peregrinos». A ojos del subinspector, ese ya era un primer dato inquietante.

Apenas llevaba unos metros recorridos por ese sendero cuando un individuo salió de entre los arbustos. «Me dio a entender que me había equivocado de ruta y me indicó que fuese hasta donde él estaba… No sabía bien lo que me decía, pero el caso es que segundos después este hombre se acercó, me agarró por el pelo y me tiró al suelo. Luego me puso una pistola eléctrica en el cuello, como las que se utilizan para dar descargas al ganado.» La activó, pero la ropa que cubría esa parte de la anatomía de la víctima se alió con ella, porque la corriente no le alcanzó. El agresor, sin embargo, no se detuvo y lanzó otra descarga en su pierna izquierda.

«Cuando estaba en el suelo, intentó ponerse encima mío, pero empecé a darle patadas… Una le alcanzó en sus genitales, pero aun así seguía intentando inmovilizarme. Pensé que quería robarme, así que saqué cincuenta euros de la mochila y se los tiré, mientras que le gritaba que me dejase en paz. Él cogió el dinero y entonces me pude levantar y salir corriendo.»

El desconocido salió tras ella unos veinte metros, gritándole «¡No Policía!», pero Josefine, aterrorizada, continuó la carrera hasta que vio que aquel tipo no la perseguía ya. En el ataque, además, la joven alemana perdió sus gafas graduadas, según contó a Rubén, que para entonces ya sabía que estaba ante un suceso que se salía de lo normal. Además del relato, la peregrina entregó al policía el parte de lesiones redactado por la médica del centro de salud.

Quedaba, claro, que el instructor de la denuncia le preguntara si podía describir al desconocido. Josefine fue bastante precisa, dadas las circunstancias: varón, de unos cuarenta y cinco años, complexión normal tirando a delgada, que cubría su cabeza con una prenda que podía ser un pasamontañas de color negro, si bien las aperturas de la boca parecían estar hechas de forma artesanal. El tipo, por lo demás, medía 1,70 metros de estatura, vestía un polo verde con un logotipo en la parte izquierda del pecho y un pantalón corto negro. «Además —explicó— tenía unos prismáticos que dejó en el suelo en la misma zona en la que estaba escondido antes de atacarme… La verdad es que no sé cuáles eran sus intenciones», admitió, lo que daba aún más verosimilitud a su relato porque demostraba que no tenía intención alguna de «adornarlo».

Nada más escuchar la declaración, el subinspector Rubén comenzó a tomar decisiones. En la denuncia había elementos muy preocupantes —en especial, que el sospechoso estuviera escondido, como si esperara a una presa fácil para acometerla— y lo mejor era comenzar cuanto antes una investigación sobre el terreno. Pidió a Josefine y a su amiga que lo acompañaran a la zona. Era ya media tarde y, tras tomar un camino a las afueras de Castrillo de los Polvazares que discurría en paralelo al Camino de Santiago, llegaron a un cruce. La víctima no tuvo dudas: «Esta mañana estaba aquí la flecha que me confundió».

El agente y las dos mujeres caminaron unos trescientos metros por ese sendero, hasta que llegaron a poca distancia de una finca cercada con una valla metálica, solitaria, con una vivienda prefabricada instalada a varios metros de la linde. «Fue aquí», afirmó con rotundidad la víctima, mientras le recorría un escalofrío. En ese lugar, y era significativo, vivía un hombre de unos cuarenta años, 1,70 metros de estatura, de complexión delgada… Es decir, un

tipo cuyas características físicas coincidían a la perfección con las descritas por la joven.

Rubén se acercó a aquel individuo y le pidió la documentación: se trataba de Miguel Ángel Muñoz Blas, nacido el 24 de junio de 1976 y con domicilio en Camino de Jauja, 37, en la citada pedanía leonesa perteneciente a Astorga. Dijo, además, que también residía alguna temporada en Valdemanzanas, en casa de sus tíos.

—¿Ha pasado la noche aquí? —preguntó el policía mientras estudiaba al tipo.

—Sí, he dormido en la finca y toda la mañana he estado aquí —respondió Muñoz Blas, con un punto de nerviosismo que lo delataba.

—¿Ha oído algún grito sobre las diez y media de la mañana, algún alboroto, algo que le llamara la atención?

—Nada, en absoluto.

—Ya, pues es extraño, porque este es un paraje muy silencioso y su casa dista apenas unos metros de la linde…

Al subinspector le llamó la atención el especial interés de ese individuo por saber si había sucedido algo, «porque por aquí pasan muchas personas». Segundos después, sin embargo, rectificó: «Lo normal es que por aquí no pase nadie»… Y poco más tarde cometió otro error.

—¿Ha visto alguna vez, en el cruce de allí abajo, del que sale este camino, alguna indicación de que esta sea una alternativa a la ruta jacobea oficial?

—No, y no creo que ningún vecino del pueblo ponga flechas para que la gente venga por aquí…

¿Por qué Miguel Ángel hacía alusión específica a una flecha, cuando el policía solo se había referido a «una indicación»? ¿Le había traicionado el subconsciente? Y las sospechas aumentaron mucho más cuando Josefine, en presencia del subinspector, encontró en medio del camino, junto a la puerta de la finca de este individuo,

las gafas graduadas que había perdido en el forcejeo con su agresor… Estaba rota la montura y rayados los cristales, lo que era compatible con la escena descrita por la víctima. Y había otro dato relevante: las lentes no estaban muy lejos de donde se produjo el ataque, pero sí lo suficiente como para que no hubieran podido llegar hasta allí solo como fruto de la pelea. Terminadas por ese día las gestiones, el policía acompañó a las chicas al albergue de Rabanal del Camino, donde estaban hospedadas.

La inspectora Patricia, que ya había sido informada de la denuncia por su compañero el mismo domingo, se incorporó el lunes a su despacho en la comisaría, un habitáculo minúsculo, de apenas ocho metros cuadrados y sin ventanas, situado en el primer sótano. Desde aquel cubículo dirigía el Grupo Operativo Local. Desde luego, quien diseñó la comisaría no tuvo entre sus prioridades la de facilitar el trabajo policial, al menos el de este grupo de investigación, aunque sus miembros ya estaban hechos a esa circunstancia.

Nada más repasar el resto de las novedades del fin de semana —poca cosa, por suerte—, Patricia comenzó a analizar la denuncia de Josefine y los resultados de los primeros pasos de la investigación abierta por el suboficial Rubén. Para esa plantilla cualquier incidente que se produjera en la parte del Camino de Santiago de su demarcación era importante, porque uno de los principales atractivos de la ruta es su seguridad y si esta se ponía en cuestión también sufrirían las consecuencias muchos negocios de la localidad, para los que los peregrinos son sus principales clientes y, por tanto, primera fuente de ingresos.

Lo ocurrido el sábado tenía un plus inquietante; había ciertos elementos —en especial, que el agresor saliera de detrás de unos arbustos, desde donde vigilaba— que podían hacer pensar que se estaba ante la actuación de un depredador que había atacado a una peregrina, pero que podía continuar a partir de ese momento con nuevas agresiones. Era, desde luego, la peor de las hipótesis, pero perfectamente plausible. Por tanto, se abría ante los policías un panorama nada tranquilizador que requería de una rápida actuación investigadora para neutralizar la amenaza y que no cundiera la alarma.

La inspectora tenía muy claro que lo primero en estos casos era tirar

de archivo, porque si se detectaba algún antecedente similar el asunto tomaría un cariz aún más grave. No tardaron en encontrarlo. Solo unos meses antes, el 28 de mayo de 2014, había acudido a esas dependencias policiales Yang Jieying, una joven de nacionalidad china nacida en 1983, para presentar una denuncia. Según explicó, fue agredida cuando hacía el Camino de Santiago, cerca de Santa Catalina, por un individuo que estaba escondido y que la golpeó con un palo en la pierna, para luego abalanzarse sobre ella. Como Josefine, hacía la ruta jacobea sola, y, como ella, había sido desviada de la misma con flechas colocadas ex profeso para provocar la confusión.

La toma de declaración, como sucedió en el caso de la peregrina alemana, resultó complicada por el idioma, pero una vez más la ayuda de compañeros de ruta, entre ellos un mexicano, facilitó mucho el trabajo de la Policía. El análisis minucioso de ese expediente era prioritario en la investigación, porque se podían encontrar coincidencias que permitieran pensar que en ambos casos se trataba de un mismo autor.

Patricia llegó pronto a conclusiones muy interesantes: las dos agresiones se habían producido en un radio no superior a dos kilómetros; además, en ambos casos el agresor medía, según las víctimas, entre 1,70 y 1,75 metros de estatura y era muy delgado; por si fueran pocas las coincidencias, en las dos ocasiones el autor tapaba su rostro para que no pudiera ser identificado y se escondía entre la vegetación, en actitud de vigilancia, como si estuviera esperando una víctima fácil para poder actuar. El perfil de un tipo que salía de «caza», en definitiva.

¿Miguel Ángel Muñoz podía estar detrás de ambos ataques? Era posible. De hecho, era la hipótesis más probable para la jefa del Grupo Operativo Local, al menos a primera vista y sin que hubiera dado tiempo a profundizar más en el asunto. De lo que no tenía dudas es de las muchas coincidencias entre los dos episodios y de la necesidad de abrir de inmediato una investigación más a fondo sobre ese sujeto.

Patricia subió al despacho de Paco, el inspector jefe al mando de la comisaría de Astorga, en la primera planta del edificio. Amplio, moderno, cómodo, con ventanales y por tanto una espléndida luz

natural, era el contrapunto del que ocupaba la inspectora. No se fue por las ramas.

—Creemos que las dos agresiones a las peregrinas pueden ser obra de este tipo. Vamos a pedir una orden judicial para registrar su casa.

—De acuerdo, Patricia, me parece bien; voy a comentárselo también a la comisaria provincial. Es un tema delicado, creo que debe estar al tanto de todos los movimientos que hagamos en este asunto.

Paco, como la inspectora, estaba preocupado por el episodio de la alemana y sobre todo por lo que podía haber detrás de él. No quería ser agorero, pero aquello no pintaba bien. En todo caso, a partir de ese instante era un asunto prioritario para la comisaría.

La inspectora y su compañero Rubén decidieron ese mismo lunes ir a buscar al sospechoso. Como Miguel Ángel Muñoz no trabajaba, no tardaron mucho en encontrarlo por allí. A voces, primero se identificaron y luego le pidieron que se acercase. Cuando lo hizo, le pidieron que en unos días se pasase por comisaría, que tenían que hablar con él de lo sucedido con la peregrina alemana. No le dieron muchas más explicaciones, ni el tipo las pidió. En ese momento parecía tranquilo.

Tal como estaba previsto, el miércoles 24 Patricia pidió al juzgado de guardia de Astorga un mandamiento de entrada y registro en la vivienda del sospechoso, en base a los siguientes indicios: su finca estaba en un paraje desde el que se podía controlar el Camino de Santiago, así como las personas que lo recorrían; no existía ninguna otra aledaña, con lo que cualquier actividad dentro de ella no podía ser vista por nadie; era imposible que las gafas de la peregrina se encontraran cerca de la puerta de la parcela sin que mediara actuación humana; Miguel Ángel Muñoz estuvo nervioso ante el policía que se entrevistó con él y cayó en algunas contradicciones… Y, por supuesto, existía la posibilidad de que en su vivienda se encontrara la pistola eléctrica o artefacto similar que había descrito Josefine, o al menos el pasamontañas.

El inspector jefe de Astorga, mientras, como ya había anunciado a

la inspectora, tuvo una conversación telefónica sobre este asunto con María Marcos, máxima responsable de la Policía en la provincia, a la que puso al corriente de los detalles de la investigación.

—Jefa, Patricia cree, y yo estoy de acuerdo, que al final vamos a tener que detener a ese tipo.

—Paco, por mi parte no hay problema, aunque no creo que las pruebas que tenemos sean suficientes para que el juez lo meta en prisión.

—Pienso lo mismo, pero vamos a ver qué sale del registro de su casa y de su declaración… Lo mismo nos llevamos alguna sorpresa. Estamos también en contacto con la jueza, le hemos comentado cómo vemos las cosas. Tenemos muy buena relación con ella.

—Estupendo, pase lo que pase es bueno que sepa que lo tenemos marcado, porque si ha sido él es muy posible que quiera volver a hacerlo. Además, con esa detención ya tendremos sus huellas registradas y su fotografía actualizada, que nos pueden venir muy bien en el futuro. Adelante con el plan de trabajo y ya me contaréis cómo han ido las cosas.

Antes de recibir la respuesta del juzgado a la petición de la inspectora, hubo más novedades. A las ocho y media de la mañana, Patricia y el subinspector Rubén se acercaron de nuevo a la finca de Miguel Ángel Muñoz para pedirle que los acompañara a comisaría para tomarle declaración, tal como ya le habían anunciado que iban a hacer. El sospechoso accedió a ello sin poner inconvenientes y los tres se encaminaron a las dependencias policiales de Astorga.

A las nueve y diez de la mañana del día 25, jueves, Miguel Ángel Muñoz ya estaba en comisaría, confiado en que esa muestra de buena voluntad disiparía las sospechas que pudieran tener los agentes sobre él. Así que estaba tranquilo, al menos en apariencia. Sin embargo, aunque no lo demostraban con su actitud, los agentes tenían muy presente el contraste que suponía ese supuesto afán colaborador con las evasivas que había dado a las preguntas de la Policía el domingo anterior, que eran las que habían provocado que volviera a ser citado.

Sentado delante de la mesa que ocupaban la inspectora y su compañero, el testigo aseguró que vivía en la finca desde mayo de 2013 y que el día de los hechos se despertó al mediodía. Media hora después, según dijo, salió para ir a visitar a un vecino suyo, de nombre Serafín.

—Pero ¿no vio ni escuchó nada esa mañana?

—No, duermo con la puerta cerrada y las persianas bajadas, porque si no, me desvelo. Además, me había acostado muy entrada la noche anterior, así que me levanté más tarde de lo habitual.

—¿Por ese camino pasan muchos peregrinos?

—Algunos, sí; y también vecinos del pueblo, que lo utilizan para pasear.

Los dos agentes, que mantenían el mismo tono frío, seco, con el que había comenzado la toma de declaración, siguieron presionándolo con más preguntas. Tenían la incómoda sensación de que aquel tipo los estaba engañando y eso lo hacía aún más sospechoso.

—¿Ha tenido en alguna ocasión problemas con peregrinos?

—En absoluto.

—¿Vio en la puerta de su finca algún objeto? ¿Tiene prismáticos?

—No, ninguno. Lo que sí tengo en casa, en efecto, son unos prismáticos. Los compré en *los chinos*, los utilizo para ver los pájaros y el monte.

Para ser excusa, no era demasiado buena, si bien, al no haber otros elementos que lo incriminaran en la agresión, en ese momento los investigadores no podían hacer otra cosa que seguir anotando sus respuestas con la esperanza de que cometiera algún error. Pero sus sospechas no hacían más que crecer.

El tramo final de la declaración fue también revelador. Aseguró que nunca había tenido ni utilizado una pistola eléctrica, pero más sorprendente aún fue que cuando se le preguntó si accedería de manera voluntaria a que la Policía hiciera una inspección ocular en

su residencia respondió de forma tajante que no, que solo con autorización judicial… ¿Por qué alguien que supuestamente quería colaborar con la Policía se negaba a algo tan simple como abrir su vivienda a los investigadores para que se convencieran de que allí no había nada extraño?

La inspectora decidió que ya era suficiente. Llevaba una hora de interrogatorio y aquel individuo respondía con evasivas. No era capaz de dar una versión coherente de su actividad esa mañana del 20 de mayo y, además, sus características físicas coincidían con las descritas por las víctimas. Y por si fuera poco no permitía la inspección ocular de su vivienda, lo que no tendría problema en hacer cualquier persona que nada tuviera que ocultar.

Patricia utilizó un tono más severo para informar a Miguel Ángel Muñoz de que en ese mismo momento quedaba detenido como presunto autor de un delito de robo con violencia e intimidación. Al sospechoso se le demudó el rostro. Ni en la peor de sus pesadillas hubiese imaginado ese desenlace. ¿Quién se creía que era esa policía? De inmediato se le leyeron sus derechos y con las mismas fue llevado a uno de los calabozos del sótano, al más amplio, el que está primero a la derecha según se baja desde las dependencias del Grupo Operativo Local en las que le habían tomado declaración… Antes, enfadado por el giro copernicano de los acontecimientos, el arrestado se negó a firmar esa declaración voluntaria. Se trataba, más que nada, de una rabieta, pero es que esa reacción, a ojos de los policías, no hacía sino confirmar que el sujeto que tenían delante ocultaba la verdad.

Después de ser reseñado convenientemente, y de que también se negara a que le fuera tomada una muestra de ADN —un nuevo indicio de que tenía miedo a ser descubierto—, a las once y veinte de la mañana fue subido otra vez a las oficinas del Grupo. Aún estaba furioso, no entendía lo que acababa de suceder. Lo único que tenía claro es que se iba a mantener firme, que la Policía no tenía pruebas contra él y que no las iba a conseguir. Se iba a enterar esa inspectora de quién era él…

En ese ambiente tenso comenzó un nuevo interrogatorio, ya como detenido y en presencia de una abogada de oficio. En esta segunda ocasión, Miguel Ángel Muñoz fue mucho más parco en palabras; se

limitó a explicar que sabía leer y escribir, que trabajaba de forma esporádica como labrador y que estuvo detenido en alguna ocasión, aunque por delitos menores. Pero a partir de ahí dejó claro que no iba a responder a más preguntas, ya que quería hacerlo directamente ante el juez. Estaba en su derecho, así que no había más que hablar.

Tras terminar de instruirse las diligencias policiales, fue llevado ante el juez de guardia, en este caso jueza. No hubo sorpresas y prácticamente calcó la primera declaración prestada de forma voluntaria en comisaría. Matizó, eso sí, que el día de la agresión regresó a su casa a la una y media de la tarde tras visitar a su vecino. Hubo otro cambio de actitud significativo. Finalmente, a preguntas de la jueza, accedió a que se realizara la inspección ocular de su casa, pero mintió sin rubor al asegurar que no sabía que la Policía le hubiera hecho antes esa petición. Solo puso una condición: pidió estar presente en el registro, que comenzó a las dos de la tarde y acabó sin resultado positivo alguno. Además, la víctima no fue capaz de reconocer la voz del sospechoso, algo que hubiera resultado definitivo, de modo que a los investigadores les quedaban pocas bazas por jugar. Hasta ahí habían llegado; no se podía avanzar más.

Analizadas todas las pruebas, y tal como sospechaban los propios investigadores, la jueza consideró que no se contaba con elementos suficientes contra Miguel Ángel Muñoz, que quedó en libertad con la obligación de presentarse en el juzgado tantas veces como fuera requerido y de comunicar cualquier cambio de domicilio. La decisión no sorprendió a la inspectora, que al menos tenía la tranquilidad de haber agotado todas las vías de investigación. Eso, y que ahora este individuo ya sabía que estaba en el radar de la Policía, y que tenían sus huellas y fotografía actualizada, era suficiente como para considerar que el trabajo de aquellos días mereció la pena.

Cuando salió de comisaría, el tipo se sentía bien; respiró profundo, en su rostro se dibujó una leve sonrisa y dio el episodio por concluido. Se había salido con la suya y esa inspectora tan insistente y tan borde, que antes de marcharse le había dicho que como siguiera así se iban a volver a cruzar sus caminos, por fin iba

a dejar de molestarlo… No sabía hasta qué punto estaba equivocado.

— . —

— CAPÍTULO 3 —

DESAPARECIDA

Antes de comenzar su viaje iniciático, una de las cosas que más preocupaban a Denise era cómo se adaptaría su hermano Cedric, carpintero de profesión, a una ausencia tan prolongada. Era la primera vez que iban a estar tanto tiempo sin verse, y aunque las comunicaciones permitían mantener un contacto permanente, no era lo mismo. Tenían una relación muy especial desde pequeños. Ella jugaba un papel de protectora, de consejera permanente, de cuidadora incluso cuando era necesario, mientras que él, simplemente, la adoraba, seguía sus consejos y le consultaba cualquier decisión de cierta importancia que tuviera que tomar. Por eso, antes de partir habló con él.

Era necesario tener esa conversación. Primero, para hacerle los clásicos encargos de que se ocupara aún más de sus padres, ahora que ella no iba a estar; segundo, para que de vez en cuando se preocupara de cómo estaban sus perros, otra de sus pasiones; tercero, para quedar en que cada dos o tres días estarían en contacto bien por vía telefónica, a través de Skype, o por correo electrónico. Quería contarle las novedades de la aventura, que comprobara que todo le iba bien, que estaba feliz y contenta por la experiencia. Sabía que eso lo tranquilizaría. Y de paso, pensó Denise, pero no se lo dijo a su hermano, con esas conversaciones frecuentes ella sabría también cómo iban las cosas en la familia. Había una última razón, y también muy importante, para esa charla previa al viaje: darle las contraseñas de sus cuentas bancarias y de su correo electrónico.

De esta forma, pensó, Cedric podía hacer frente a cualquier asunto urgente que pudiera surgir. Era una simple precaución, por supuesto, muy alejada de cualquier mal presagio. Pero también demostraba con esta iniciativa hasta qué punto era una mujer sensata, prudente, previsora y consciente de que al estar tanto tiempo alejada de su entorno habitual era necesario dejar la «intendencia» garantizada y las vías de comunicación abiertas.

Todo eso estaba muy bien, pero en realidad, y como siempre sucedía a lo largo de sus vidas, lo que de verdad preocupaba a Denise es que Cedric estuviera bien, tranquilo y confiado, que se adaptara a esos meses que iba a estar sin verla y que tuviera claro que si ocurría cualquier cosa podía entrar en contacto con ella en cuanto lo necesitara. Quizá fuera una exagerada. Pero por nada del mundo quería que su hermano se sintiera angustiado o desprotegido. Tenía claro que esa era una condición irrenunciable para emprender el viaje. Él, por supuesto, la animó a cumplir su sueño y a que dejara de preocuparse por él: «No seas pesada, anda; vete y disfruta todo lo que puedas, que te lo mereces. Papá, mamá y yo seguro que estaremos bien».

Antes de la despedida, los hermanos hablaron de muchas más cosas y, como tantas otras veces, hubo risas y bromas cómplices entre ellos. Contenta, con el gusanillo en el estómago propio de quien va a comenzar un viaje de esa naturaleza, la peregrina abrazó a Cedric y se despidieron hasta la vuelta, prevista para finales de abril. Antes lo había hecho de sus padres y sus amigos. Todos le desearon, como es tradición en estos casos, «buen Camino» en sus etapas de la ruta por España.

Antes de llegar a nuestro país, Denise pasó por algunas zonas de Asia, entre ellas Macao, de donde procedía su familia, y desde allí ya voló a Europa. París fue la última etapa antes de coger un avión que la llevaría a España para empezar la ruta jacobea, la parte de su periplo que más le seducía.

Después de estudiar al detalle los diferentes itinerarios del Camino de Santiago, Denise había elegido el Camino Francés, sin duda el de mayor tradición de todos, que sale desde Roncesvalles y que recorre Navarra, La Rioja, Castilla y León y Galicia. La peregrina, no obstante, decidió partir de Pamplona, porque recorrer las etapas que van desde esa localidad próxima a la frontera con Francia hasta la capital navarra suponía invertir mucho más tiempo y tampoco quería prolongar mucho el viaje. De hecho, aunque estaba feliz ante la experiencia vital que se abría ante ella, cada vez sentía más la necesidad de regresar a Estados Unidos para estar con su familia, de forma muy especial con su hermano, siempre muy presente en su cabeza. El sentido de la responsabilidad le empezaba a pesar,

aunque las noticias que recibía de su casa eran tranquilizadoras y eso la tranquilizaba.

Las guías, que la peregrina, más que leer, diseccionaba y estudiaba al detalle, calculan que se tarda aproximadamente un mes en hacer el trayecto entre Pamplona y Santiago de Compostela. Pero su plan de viaje era mucho más modesto y, como tenía más tiempo para hacer el recorrido que esos treinta días previstos en las publicaciones especializadas, estimó que con caminar unos doce kilómetros diarios le era suficiente para llegar a la capital gallega con la necesaria antelación para emprender el viaje de regreso a su país en la fecha que tenía prevista.

Esas publicaciones del Camino recomiendan, entre otras cosas, no excederse con el peso de la mochila, que en ningún caso debe superar un diez por ciento de lo que pesa el peregrino. Las etapas en este Camino Francés son muy largas y tener esa precaución es clave para no sufrir en exceso. De todas formas, a esas alturas del viaje ese tipo de cosas no preocupaban demasiado a Denise, profundamente atraída por una ruta cuyos orígenes se remontan al siglo IX, poco tiempo después de que se descubrieran los restos del Apóstol.

No obstante, hasta finales del siglo XI el Camino Francés no quedó fijado de forma «oficial», algo que confirma la publicación hacia el año 1135 del Códice Calixtino —con el tiempo llegaría a ser conocido en todo el mundo por haber sido robado de la catedral compostelana—, una guía medieval de peregrinación a Santiago de Compostela atribuida al clérigo francés Aymeric Picaud. En la obra se describen con minuciosidad asombrosa los pueblos, ríos, hospitales e iglesias que se encuentra el caminante en cada etapa, de modo que era un libro de viajes inigualable en la época. En el siglo XII, el Camino Francés ya era un itinerario de masas, con hasta mil peregrinos diarios llegados a Compostela, una cifra que, sin embargo, no se puede dar como incuestionable ante la ausencia de pruebas documentales.

El caso es que el 6 de marzo de 2015, Denise Pikka Thiem, una mujer menuda de apenas 1,60 metros de estatura y poco más de cincuenta kilos de peso, llegó a la capital de la Comunidad Foral para comenzar el Camino de Santiago. Estaba ilusionada y

expectante por ver qué le podía deparar aquella experiencia, que en parte iba a coincidir con la Semana Santa. Además de la mochila con todo lo necesario, llevaba en lugar seguro al menos quinientos dólares en efectivo para hacer frente a cualquier contingencia que pudiera presentarse; también, por supuesto, su documentación personal y las tarjetas de crédito.

Cada dos o tres días, tal como habían quedado antes de partir, la peregrina hablaba con su hermano. Le contaba las novedades del viaje, preguntaba por sus padres y amigos, por sus mascotas… Le mandaba con regularidad fotografías, ya que era muy aficionada y ante sus ojos aparecían cada día paisajes y monumentos de una belleza extraordinaria que invitaban a ser inmortalizados con su cámara Sony, que tanto apreciaba. Se la notaba con buen ánimo; las bromas con Cedric se sucedían como siempre y eso que ya había pagado alguna novatada como peregrina.

En esos primeros días de caminata tuvo que recurrir a los servicios de un taxi para llegar a su destino, porque le era muy complicado seguir la ruta a pie con una mochila con exceso de peso como la que llevaba. Aprendió de su error, así que cuando llegó a Estella decidió enmendarlo sin más demora. Envió a Santiago de Compostela por paquete postal las pertenencias menos necesarias, con la idea de recogerlas en la oficina de Correos de la capital gallega antes de volver a Arizona.

Para aligerar peso se desprendió de un estuche de color blanco y transparente con varios artículos de pintura y dibujo, que pensaba utilizar para plasmar algunos de los parajes con los que se iba a encontrar. En su interior guardaba una caja de acuarelas, tres rotuladores de color marrón y tapa negra, un rotulador de color gris, dos servilletas de papel, dos pinceles de color dorado, tres clips, una memoria USB, seis cartulinas… Además envió un mosquetón de color azul, un bolígrafo, un iPod, un cuadernillo con dibujos y una cartera con algún otro efecto en su interior.

El Camino, entre otras muchas cosas, es un lugar perfecto para entablar nuevas relaciones y Denise comenzó pronto a conocer a otros peregrinos. Con la primera que mantuvo una relación fue con una chica australiana aunque afincada en el Reino Unido, algo más alta que ella y con media melena, llamada Lynley Read. No tardó en

conocer a otra, en este caso una británica, llamada Naomi. Estas nuevas amistades eran lógicas ya que a las tres las unía el idioma y que hacían solas la ruta jacobea, de modo que al llegar a la hospedería correspondiente comentaban las incidencias del día. No es que hicieran todo el Camino juntas —en el caso de Denise y la australiana sí ocurrió en varias etapas—, porque cada una de ellas caminaba a su ritmo y salía de los albergues a horas distintas, pero cuando coincidían al final de la jornada sí se juntaban para intercambiar sus experiencias.

Esos momentos, en los que el cuerpo está derrotado por el duro ejercicio pero la mente está lúcida como pocas veces, eran muy apreciados por Denise. Después de comer, tras lavar alguna camiseta, calcetines y ropa interior, le gustaba tumbarse en la litera del albergue de turno para echarse una siesta. Luego cenaba pronto con cualquier peregrino con el que hubiese entablado una conversación y se acostaba a una hora prudente para poder reanudar la marcha con las primeras luces del día. Esas veladas eran propicias para confidencias, risas, reflexiones de todo tipo y hasta para la melancolía. Porque esa es la esencia del Camino de Santiago: encontrarse con uno mismo, a veces también a través de los demás.

A mediodía del 27 de marzo, víspera del Domingo de Ramos, Denise y Lynley comían en un bar de la localidad palentina de Calzadilla de la Cueza. Casualidades de la vida, por allí estaba también Javier Pombo, un piloto de Iberia que dominaba la lengua de Shakespeare y que también hacía el Camino junto a su hija Cristina y sus sobrinos Gonzalo, Guillermo y Blanca. Todos ellos daban cuenta de unos filetes y una buena ensalada, que sabían a gloria después de una mañana de marcha. La pareja de mujeres y el grupo familiar ocupaban mesas contiguas, de modo que aunque no se tuviera interés en ello a veces unas oían las conversaciones de los otros, y viceversa.

—Lynley, ¿qué es el arroz con leche? —preguntó Denise a su compañera, con una pronunciación del castellano manifiestamente mejorable.

—*Rice Pudding* —contestó ella, sin dar al asunto más importancia.

La frase hizo gracia a los chavales, y las dos chicas, Cris y Blanca, empezaron con la broma: «*Rice pudding, rice pudding*», repetían mientras las risas se adueñaban de la mesa. A la peregrina aquello le llamó la atención —la pronunciación de las jóvenes era perfecta, pese a su juventud—, pero además le divirtió, porque no dejaba de ser llamativo que un adulto de unos cuarenta años se hubiese embarcado en semejante aventura con cuatro menores, tres de ellos adolescentes. Había que tener mucho ánimo para hacer algo así, muy buen humor, porque seguir el ritmo a esa gente no debía de ser fácil para una persona ya de cierta edad como era aquel desconocido.

Denise y Lynley rompieron el hielo; se presentaron como peregrinas que habían venido de Estados Unidos y Gran Bretaña, aunque la segunda aclaró pronto que era australiana, y contaron que se habían conocido en el Camino. Javier y los chicos, que dominaban el inglés a la perfección, les explicaron por su parte que eran familia y que en su caso el destino era León, desde donde regresarían a Madrid. La corriente de simpatía entre unos y otros fue inmediata, y mientras para los españoles Denise seguía siendo Denise, Lynley acababa de ser rebautizada por los jóvenes: a partir de entonces se llamaría *Australia*.

—Denise, ¿cómo es que estás haciendo el Camino?

—Pues mira, Javier, necesitaba hacer un cambio radical en mi vida y pensé que lo mejor para reinventarme era hacer un largo viaje. Primero he estado por Asia, pero el último mes lo quería dedicar a hacer el Camino de Santiago. Pensaba que me podía venir muy bien y así está siendo.

—Entonces llevas mucho tiempo fuera de casa…

—Sí, y la verdad es que ya empiezo a estar un poco inquieta por mi hermano Cedric. Estamos muy unidos, me necesita y en cuanto llegue a Santiago regresaré a Arizona. Por cierto, te quería preguntar una cosa, ¿es mejor que desde Galicia viaje a Lisboa o a Madrid, para luego enlazar con un vuelo a Estados Unidos?

—Mira, soy piloto de aviación y creo que lo mejor es que vayas a Madrid, porque desde allí hay muchos más enlaces con Estados

Unidos, mucha más frecuencia de vuelos porque operan no solo Iberia o Air Europa, sino también United, American y varias líneas europeas más. Pero es que además el viaje desde Santiago a Madrid es mucho más sencillo que el de Santiago a Lisboa.

La confianza había surgido de inmediato entre el grupo español y las dos peregrinas extranjeras. Las conversaciones, mezcladas con canciones españolas, norteamericanas y australianas que se enseñaban unos a otros, se sucedían y ya esa misma noche compartieron albergue y cena. Denise y Australia lo pasaban en grande; estar con gente joven, divertida, educada y hospitalaria como aquellas personas era un regalo para ellas… Y Javier y su familia también estaban felices por haberlas conocido, porque las nuevas amistades eran encantadoras y también contribuían a animar el ambiente.

A partir de ese día, Javier se encargaba de reservar albergue para todos. Hay que decir que el piloto tiraba de picaresca, muy española por otra parte, porque en el Camino de Santiago está prohibido reservar plazas en las hospederías, que se ocupan a medida que van llegando los peregrinos… Salvo que se vaya con menores. Pombo llamaba por teléfono, reservaba siete plazas y decía que iba con los chicos, lo cual era cierto, pero solo parcialmente. En cualquier caso, la pequeña triquiñuela proporcionaba tranquilidad a Denise y a Australia, que sabían antes de comenzar la caminata que ya tenían asegurado un lugar para pasar la noche.

—¿No os habéis planteado dormir en hoteles?

—No, Javier, de ninguna manera. Queremos hacer el Camino de verdad, y para eso hay que dormir en los albergues.

—Pues nada, no os preocupéis, que yo me ocupo…

Tras compartir la primera noche de albergue, Denise quiso tener un detalle con sus nuevos amigos y les dejó pagado el desayuno. La verdad es que aquello era otra demostración más de que había surgido un afecto sincero, y aunque no recorrían juntos cada etapa —eso solo iba a suceder una vez—, el hecho de juntarse cada día en la misma hospedería lo acrecentaba. Esa segunda noche, y a la vista de lo que había hecho la peregrina norteamericana por la mañana,

Javier decidió correr con los gastos de la cena, que de nuevo fue de lo más animada. Las amigas aceptaron, no sin alguna reticencia porque lo consideraban una atención excesiva.

Al día siguiente, en un nuevo albergue, se produjo una de las escenas más bonitas de aquellos días. Como las otras noches, las dos peregrinas cenaron con Javier y sus chicos. También se incorporaron otros caminantes e incluso los hospitaleros (las personas que atienden la estancia) se unieron a la tertulia. La velada estaba muy animada y, en un momento dado, Blanca, sobrina del piloto, comenzó a cantar. Alguien del grupo grababa el momento con su teléfono móvil. Se hizo el silencio. La voz, de una belleza extraordinaria, envolvió a todos. Fueron minutos mágicos, imposibles de olvidar. Cuando terminó, los comensales se pusieron a aplaudir a rabiar, mientras Denise, muy emocionada, no podía contener las lágrimas… Por supuesto, aquello provocó que fuera objeto de todo tipo de bromas.

El peregrinaje respondía, al menos hasta ese momento, a las expectativas de la estadounidense, que esos días se mostraba vital, con ese punto de felicidad y serenidad que denotaba que estaba muy contenta de cómo le iban las cosas, aunque siempre con su hermano Cedric presente en su cabeza. Actuaba como una persona muy meticulosa, previsora y prudente. Y demostraba unas ganas de aprender fuera de lo común. De hecho, no paraba de preguntar, a veces de forma casi obsesiva, con el consiguiente cachondeo de los jóvenes, que intentaban enseñarle el español. Y la verdad es que hacía progresos, incluso hasta cierto punto sorprendentes por su rapidez… Como es natural, todo eso era un caldo de cultivo perfecto para mantener largas conversaciones con sus eventuales compañeros de aventura.

Javier Pombo tenía experiencia en el Camino de Santiago, así que era un perfecto guía para recomendar lugares poco conocidos para la mayoría de los peregrinos. Sus consejos, su simpatía natural que le hacía ganarse con facilidad la confianza de sus interlocutores, eran de gran utilidad para Denise, que quería apurar al máximo aquellos días. En una de esas conversaciones al atardecer, cuando los peregrinos tratan de recuperar fuerzas para el día siguiente y con Australia también presente, el piloto sacó a colación un

nombre: Castrillo de los Polvazares, una preciosa localidad muy próxima a Astorga.

Pombo sabía que Denise iba a llegar hasta Santiago de Compostela y que la peregrina australiana también recorrería varias etapas después de llegar a la capital de la maragatería, así que ambas tenían la posibilidad de visitar aquella villa. Para Javier, aquel lugar era especial y por eso recomendaba con entusiasmo su visita: es bisnieto de Concepción Rodríguez-Espina y García-Tagle, más conocida como Concha Espina, escritora de enorme prestigio de la primera mitad del siglo XX que llegó a ser propuesta para el Premio Nobel de Literatura. Pues bien, Concha Espina escribió en ese pueblo una de sus obras más conocidas, *La esfinge maragata*.

Visitar esa población las desviaría algo de la ruta, por lo que muy probablemente, dada la forma física de Denise, eso iba a obligarla a cambiar su plan inicial de dormir en Rabanal del Camino, a veinte kilómetros de Astorga, para hacerlo en alguna hospedería más próxima, como podía ser la de El Ganso. Pero no tenía duda de que Castrillo de Polvazares merecía el esfuerzo, no ya por la anécdota de Concha Espina, sino porque es un pueblo que llama la atención por lo cuidado que está, con preciosas casas de piedras rojizas y tejas de cerámica, marcos blancos y ventanas pintadas de verde. Hay además numerosas puertas grandes con arcos de medio punto y otras viviendas con dintel recto y más pequeño, lo que en su época marcaba la clase social del arriero: los inmuebles con esos grandes portones pertenecían a las más pudientes, mientras que los de dintel recto eran propiedad de gente más modesta. Muchas de esas viviendas son, a día de hoy, restaurantes donde siempre se come bien, en especial cocido maragato, a buen precio. Las calles, de piedra, contribuyen también a la armonía de un conjunto que cuando se visita transporta a épocas lejanas.

A Denise, además de las cosas que le iba contando Javier sobre Castrillo de los Polvazares, también le llamó la atención una particularidad culinaria: según le contaron, y era cierto, el cocido maragato comienza con la carne y acaba con la sopa, al contrario de lo que sucedía con el madrileño. Sobre la razón de esa forma de servirlo había un par de leyendas: una versión según la cual los franceses acuartelados en Astorga esperaban la batalla contra los

ejércitos combinados aliados, y los lugareños, con ganas de no perdérsela, comieron primero la carne, por ser más sabrosa, luego las verduras, y dejaron la sopa para el final por si no les daba tiempo; y una segunda, que asegura que se debe a que los franceses saqueaban las casas arrieras, especialmente la comida que adivinaban por el humo de la lumbre. Así que por si llegaban los invasores para robar, empezaban comiendo lo más sabroso y nutritivo, la carne; luego las verduras, de modo que si irrumpían los enemigos solo pudieran robar la sopa. Por supuesto, todo este tipo de relatos, más o menos basados en la historia, acrecentaban la curiosidad de Denise y Australia por visitar la localidad, cuya belleza también se resaltaba en la guía que ella manejaba. Es verdad que Javier no iba a estar allí para acompañarlas, pero en su cabeza empezó a abrirse paso la idea de que aquella pequeña desviación podía merecer la pena.

Una de las cosas que llamó la atención de Javier Pomblo es que Denise —hay que insistir, una mujer menuda que pesaba poco más de cincuenta kilos— tenía ciertas dificultades para caminar por culpa de unas incómodas ampollas en los pies. Influía en ello no solo la ya notable acumulación de kilómetros en sus piernas, sino el hecho de que su mochila seguía pesando demasiado. El 29 de marzo, cuando la peregrina recorría junto a su nuevo amigo y su familia la etapa entre Sahagún y El Burgo Ranero, decidió, como ya había hecho en otra ocasión, detenerse y llamar a un taxi para que la recogiera… Fue una excepción, una pequeña licencia, porque el resto de días que coincidieron completó la ruta.

—Denise, por favor, ¿me puedes llevar la mochila en el taxi, que me pesa mucho? —le dijo Guille con un punto de picardía, ya que veía la posibilidad de ir más ligero.

—Por supuesto, dámela y la recoges en el albergue…

La verdad es que Guille, el benjamín, tenía cautivadas a Denise y a Australia. Aparte de continuar una y otra vez con la broma del *rice pudding*, a la norteamericana le divertía mucho lo desastre que era, el grado de desorden y caos que podía provocar alrededor de su litera en el albergue… Y es que ella era todo lo contrario: ordenada al máximo, la noche anterior dejaba preparada y perfectamente doblada la ropa que iba a llevar. Además, se había estudiado al

detalle su guía para saber qué se iba a encontrar, los kilómetros de la etapa, si iba a poder llenar su cantimplora de agua o no, los monumentos que iba a ver. Nada lo dejaba a la improvisación. Y, claro, ese contraste con Guille, el *guarrete* del grupo familiar, le hacía reír.

—¿Sabes que mañana tenemos una etapa de veinte kilómetros hasta Mansilla de las Mulas y que no pasamos por ningún pueblo?

—Pues no, Denise, la verdad es que no tenía ni idea… —respondió Javier con una sonrisa, ya que ni se había planteado semejante asunto.

—Madre mía… Venga, vamos al supermercado para comprar lo necesario para hacer unos sándwiches vegetales, algo de fruta y agua. Tengo localizado un sitio a mitad de etapa en el que hay unas mesas para hacer picnic… ¿De verdad no te habías mirado cómo era la ruta de mañana?

El piloto la miraba divertido. No lo había hecho, claro, porque el grupo familiar afrontaba las cosas según venían —por supuesto, con prudencia siempre y sabedores de que tenían recursos de sobra para hacer frente a cualquier contingencia—, algo poco concebible en una personalidad como la de la peregrina norteamericana. Aquella tarde, todos fueron al supermercado y compraron lo necesario, con Denise al mando de las operaciones de logística.

El albergue de ese día provocaba algo de miedo en la peregrina, en especial por una particularidad: para evitar la entrada de intrusos por la noche, sus muros estaban coronados por cristales, algo habitual en zonas rurales de España pero que a ella le llamaba mucho la atención. Desde luego, la hospedería no era la mejor ni la más cómoda en la que habían estado, pero Javier y los chicos la tranquilizaron. Australia, en ese sentido, era mucho más confiada.

A la mañana siguiente, todos se levantaron muy pronto para hacer los sándwiches vegetales. Esa etapa, que era la última antes de la despedida, la hicieron juntos.

—Pero ¿cómo dejas bañarse a los niños en el río? ¡Estás loco, Javier! —espetó Denise al piloto, con una mezcla de sorpresa y

espanto.

—Ja, ja, ja… No les pasa nada, están disfrutando… No te preocupes. Tú tranquila.

—Javier, esa agua puede causarles infecciones… Además, seguro que está muy fría, a ver si se van a poner malos —insistió, demostrando una vez más su condición de friolera.

—Que no, mujer, no hay problema, de verdad. Relájate y vamos a seguir disfrutando del día.

Por supuesto, Australia, el piloto y los chavales se lo pasaban en grande al ver a su amiga preocupada, mientras esta miraba la escena como si pensara «vaya panda de locos con los que me he juntado». Pero para entonces la relación, aunque de solo unos días, era ya muy estrecha; otro de los milagros que obra el Camino de Santiago.

Poco después, el grupo se detuvo a comer, por supuesto en las mesas que Denise tenía previamente localizadas gracias a su inseparable guía del Camino. Allí dieron cuenta de los sándwiches vegetales, manjares exquisitos después de la paliza, y se sacaron un buen número de fotografías de recuerdo. Hubo risas, canciones, bromas… La sonrisa en el rostro de todos los protagonistas reflejaba hasta qué punto aquella estaba siendo una experiencia inolvidable.

Por desgracia, para Javier Pombo y su familia, el Camino comenzaba a tener las horas contadas. Debían regresar pronto a Madrid porque al piloto le esperaba uno de esos enormes pájaros de acero que manejaba desde hacía muchos años y que lo llevaban por todo el mundo. Lo bueno acaba pronto, debían volver a la rutina.

Esa tarde, como estaba previsto, el grupo llegó a la hospedería El jardín del Camino, de Mansilla de las Mulas, en donde también estaba alojada Naomi, la peregrina británica con la que Denise había forjado un trato cercano los primeros días de su ruta. Al ser la última noche que iban a compartir —era la del 30 al 31 de marzo —, Javier decidió volver a invitar a cenar a las nuevas amigas, que se resistieron todo lo que pudieron, porque aquello les parecía demasiado. La velada fue, una vez más, muy divertida, aunque con

ese punto de melancolía inevitable que siempre tienen las despedidas.

Guille puso una vez más la nota gamberra. Siendo el benjamín, se dirigió a las peregrinas y se despidió de ellas con un «*good night, pilgrims*» («buenas noches, peregrinos»), que era la frase que solían utilizar ellas cada noche, pero él con la voz ronca y profunda de uno de los personajes de *La guerra de las galaxias*.

Al día siguiente, Denise y Australia se levantaron pronto para reanudar la marcha, mientras Javier, su hija y sus sobrinos lo hicieron algo más tarde. Después de desayunar se dirigieron a la habitación para terminar de hacer los macutos y fue entonces cuando se llevaron una sorpresa: sobre la cama superior de una de las literas había doce euros… Exactamente era la cantidad que había costado cada cena de la noche anterior. «Esta ha sido Denise», coincidieron todos.

Horas después, el grupo llegó a León, donde les esperaba un hotelazo de cinco estrellas donde iban a pasar la noche. Era el merecido homenaje que se iban a dar Javier, Cris, Blanca, Gonzalo y Guillermo después de la aventura del Camino de Santiago, con tantos días de caminata que los había dejado reventados. Todos coincidieron en que la experiencia vivida era fabulosa y que jamás olvidarían esos días… Por entonces no podían sospechar que se les iba a quedar marcada para siempre, no solo por haberla disfrutado tanto.

El 1 de abril, Denise habló con su hermano Cedric. La conversación, por Skype, se prolongó durante una hora y transcurrió con absoluta normalidad, entre las bromas habituales. Ella le comentó las peripecias con sus nuevas amistades y también que le había salido una ampolla en el pie, que la llevaba a maltraer. Pero se la veía feliz, contenta, llena de vida… Eso sí, como siempre, se preocupó por cómo estaban sus padres y también le preguntó por sus mascotas. Los echaba de menos, claro, pero al mismo tiempo cada vez tenía más claro que había tomado la decisión correcta al hacer el Camino. Se sentía renovada por dentro, con energía para retomar su vida con fuerza, tranquila y con confianza en el futuro.

Denise reanudó el viaje sin más novedad. Aunque quedaban etapas

intermedias, Astorga estaba marcada en rojo en su hoja de ruta. No era para menos. Esta localidad de cerca de once mil habitantes alberga auténticos tesoros. Desde 1978 está declarada Conjunto Histórico-Artístico y nadie que la visite puede dejar de admirar la catedral de Santa María, o el Palacio Episcopal del genial Antonio Gaudí, por citar solo un par de ejemplos. A pocos kilómetros de la localidad, cuando la peregrina ya veía su silueta en el horizonte, decidió inmortalizar la escena. No la habían engañado. La capital de la maragatería se alzaba ante ella sobria y cercana, con una belleza extraordinaria que sin duda le iba a proporcionar unas horas de enorme disfrute.

El día 4, Sábado Santo, llegó a la capital de la maragatería y se alojó en el albergue San Javier. Allí coincidió con un italiano de Carmignano, muy simpático. Se llamaba Giorgio Cadoni y tenía sesenta y tres años. Compartió con él muy buenos ratos a pesar de la diferencia de edad. Denise bromeaba por lo mal que su nuevo amigo hablaba el inglés, pero eso no fue dificultad para que fueran a cenar juntos a un restaurante próximo a la catedral de Santa María. Como Pombo, él también le habló de la belleza de Castrillo de los Polvazares, que, según le dijo, había visitado con su mujer en otra ocasión. La velada fue muy agradable y, tras los postres, ambos se dirigieron al albergue para dormir unas horas.

Ese mismo día, Denise se puso en contacto con su amiga Lynley Read, *Australia*, a través del correo electrónico:

Saludos desde Astorga [escribió la peregrina]. Me alegra que pasaras un buen día. A que hacía buen tiempo! Mañana iré a misa a las 11:00 antes de marcharme. Mi idea es ir a Ganso [se refería a El Ganso], me han dicho que tiene un albergue decente. Me alegra que Louis esté bien. A seguir mejorando! Disfruta,

dt [Denise Thiem]

Poco después llegaba la respuesta de Lynley:

Ey, hoy vine por Castrillo de Polvazares, que es una opción descrita pero no es complicado. Mis amigos se fueron esta mañana en uno de los primeros autobuses para coger el avión. Buen Camino,

Lynley

Al día siguiente, Giorgio Cadoni, Denise y otras dos peregrinas desayunaron juntos y el veterano caminante acompañó a la estadounidense a misa de once, una liturgia que se prolongó durante tres cuartos de hora. Luego vieron salir la procesión del Domingo de Resurrección. Cuando el acto religioso ya estaba a punto de acabar, el italiano y la norteamericana decidieron reemprender la marcha, en concreto desde la calle Leopoldo Panero, muy próxima a la catedral. Allí se despidieron con el clásico «buen Camino» y el deseo de seguir en contacto. Él comenzó a andar a buen paso rumbo a Murias de Rechivaldo, donde tenía previsto dormir; ella, más lenta, le dijo que su próxima parada sería El Ganso, más cerca de Astorga… Nadie la volvió a ver desde ese momento.

— . —

— CAPÍTULO 4 —

SIN NOTICIAS DE DENISE

En su casa de Arizona, Cedric llevaba ya un par de días con la mosca detrás de la oreja. Desde el 1 de abril, cuando habló con Denise por Skype durante casi una hora, no tenía noticias suyas. No era normal. Ella estaba feliz, le había contado una y mil historias del Camino, así que ese silencio era inexplicable y angustioso. Al principio intentaba quitarle importancia, pero cada hora que pasaba aumentaba su inquietud, ese presentimiento irracional que a veces uno experimenta de que se ha producido una tragedia.

El 5 de abril, Domingo de Resurrección, cuatro días después de aquella última conversación, llamó por teléfono a su hermana, pero no obtuvo respuesta; al día siguiente, lo mismo y varias veces… Entonces tuvo claro que algo grave había pasado. Era imposible que no le cogiera una llamada de forma consciente. Si hubiera estado fuera de juego algún tiempo por la razón que fuese se lo habría hecho saber cuanto antes, si es que era algo sobrevenido; o comunicado con antelación, en el caso de que lo tuviera previsto. En el ADN de Denise no estaba desaparecer sin dar explicaciones, y menos a su hermano, al que protegía y del que estaba pendiente en todo momento. Siempre era así y no podía existir razón alguna para que eso hubiera cambiado.

Cedric estaba confuso, entre otras razones porque sus padres tenían una cierta edad y debía tener cuidado en la forma de abordar este asunto. Actuar de forma impulsiva podía desatar una alarma innecesaria, pero a la vez cada minuto que pasaba tenía más claro que las cosas no podían seguir así mucho más tiempo. El equilibrio entre no caer en la histeria y dejar pasar los días sin hacer algo era difícil. Nadie está preparado para afrontar algo así, de modo que las dudas le asaltaban a cada momento. Pero las horas, y eso sí que estaba claro, pasaban de forma inexorable sin que la situación se decantase.

Tenía que tomar decisiones, y hacerlo, además, de forma rápida. «¿Qué habría hecho ella en mi lugar?», se planteó. Y lo primero que

se le ocurrió, aprovechando que tenía las claves bancarias y de la cuenta de correo electrónico de Denise, fue revisar los movimientos económicos de su hermana y también su *e-mail*… No había sacado dinero; tampoco escrito un solo mensaje. Nada. Solo silencio desde el 4 de abril, Sábado Santo. Entonces sí, Cedric sintió que el mundo se detenía. El estómago se le encogió, la boca de pronto se quedó seca y le invadió una sensación de irrealidad propia del *shock*. Ya no tenía la menor duda de que a Denise le ocurría algo grave. No imaginaba qué podía ser, pero desde luego nada bueno. Otra explicación era imposible, y eso que la buscaba con desesperación. No tenía sentido engañarse.

Estaba angustiado, aunque intentaba mantener la calma. Comenzó a analizar los correos electrónicos enviados y recibidos por su hermana para intentar ponerse en contacto con peregrinos que la hubieran conocido. Así localizó a Javier Pombo, pero también a Lynley, la peregrina australiana, y a Naomi, la británica. Todos se pusieron de inmediato a su disposición, porque ninguno de ellos era capaz de darle a esa ausencia alguna explicación tranquilizadora.

—Javier, soy Cedric, hermano de Denise.

—Cedric, ¿cómo estás? Tu hermana me ha hablado mucho de ti en los días que estuvimos haciendo el Camino…

—Por eso te llamo; no sé nada de ella desde hace días; he mirado sus cuentas y no hay movimientos de dinero… Estoy muy preocupado, la verdad. ¿Sabes algo de ella?

—No, nada en absoluto. Nos despedimos el día 30 en Mansilla de las Mulas. Mis sobrinos y yo regresábamos a Madrid desde León, y ella tenía previsto llegar a Santiago de Compostela y volar luego a Estados Unidos.

—Estoy desesperado, Javier, no sé qué hacer, ¿me puedes ayudar?

—No te preocupes, me pongo en marcha a ver si puedo enterarme de algo… La verdad es que es muy extraño lo que me dices, porque ella estaba fenomenal, feliz y contenta. Estoy a tu disposición, de verdad. Bueno, Cedric, estamos en contacto. Cualquier novedad te digo.

Gracias a los peregrinos, además, pudo reconstruir esos últimos días de su hermana y saber con certeza que, al menos, Denise llegó a Astorga. Lo confirmaba el *e-mail* que esta había enviado a Lynley el ya citado 4 de abril y una fotografía; la fotografía que tomó pocos kilómetros antes de llegar a la capital de la maragatería en la que se veía la localidad leonesa en el horizonte.

Por Naomi, por ejemplo, supo que Denise le mandó mensajes en los que le comentaba que conoció a un italiano ya maduro con el que coincidió en el Camino, aunque solo lo identificaba por un perfil de Facebook a nombre de Il Vecchio Tobia. También por los peregrinos averiguó que la última vez que se vio en el Camino de Santiago fue ese Sábado Santo.

Tal como había prometido a Cedric, Javier Pombo se puso en marcha de inmediato. Lo primero que hizo fue movilizar a su hija, Cris, y también a sus sobrinos, Blanca, Gon y Guille, que compartieron también el Camino con la peregrina y que como él le cogieron un cariño muy especial.

—Me ha llamado el hermano de Denise, está muy preocupado porque no sabe nada de ella y me ha pedido ayuda. Así que hay que ponerse en marcha. Vamos a llamar a todos los albergues, hospitales y centros de salud próximos a Astorga, por si saben algo de ella.

—¿Crees que ha tenido algún accidente?

—Es posible, pero lo importante ahora es saber si en algún sitio tienen noticias de su paradero.

El teléfono de Javier y los de sus familiares echaban humo. La noticia les había descolocado y decidieron implicarse al máximo. Cada llamada era un nuevo mazazo: «No, aquí no ha estado nadie con ese nombre»; «Ningún enfermo con esa identidad está ingresado aquí»; «No, no hemos atendido a esa persona», eran las respuestas que recibían una y otra vez. Pombo y los chicos tenían cada vez más claro que esa desaparición era muy extraña, pero también que debían seguir intentándolo.

Ante la falta de resultados, el piloto decidió dar un paso más:

denunciar la desaparición de su amiga ante la Policía y la Guardia Civil. Sin embargo, los agentes lo informaron de que él no podía hacer eso, que tenía que ser un familiar, y este que la podía presentar incluso en su país. Además, le explicaron que «es demasiado pronto para denunciar, no ha pasado el tiempo suficiente… Es una mujer adulta y no hay constancia de que le haya ocurrido algo».

Cedric no se conformó con estas primeras gestiones y en la red localizó el «Foro del Camino», seguido por multitud de peregrinos que emprenden esa aventura, de modo que pudo dejar un mensaje de auxilio para que cualquiera que supiese algo de Denise se comunicara de inmediato con él. Explicaba en el texto que llevaba mucho tiempo sin saber de ella y que la familia estaba muy preocupada por si le había sucedido algo. También hizo algunas llamadas para pedir consejo sobre cómo actuar a partir de ese momento. La situación era muy complicada, con su hermana desaparecida en un país a miles de kilómetros y sin conocer a nadie allí, más allá de esos contactos esporádicos con Javier, al que estaba muy agradecido por cómo fue su reacción.

Aunque ninguna de las gestiones daba resultado, intentaba mantener la esperanza. Por él, y sobre todo también por sus padres, a los que el 9 de abril, cuarenta y ocho horas después de empezar a moverse para intentar encontrar respuestas, informó de la desaparición. Era absurdo ocultarles por más tiempo la noticia y además tenían derecho a saber a qué se enfrentaba la familia. La conversación con su hijo, claro, les cayó como un mazazo.

A pesar de darse una y otra vez con un muro, Cedric tenía muy claro que no podía permitirse un desfallecimiento. Estaba en un callejón sin salida; no sabía si Denise estaba secuestrada, en un hospital por cualquier problema físico o si, sencillamente, muerta… Lo que sí tenía decidido es que no quería esperar, que al menos iba a apurar todas las posibilidades.

—Javier, ya no sé qué hacer, de verdad. ¿Qué me aconsejas?

—Cedric, a mí no me han dejado denunciar, pero aunque me han informado de que tú puedes hacerlo en Estados Unidos creo que lo mejor es que, si puedes, viajes a España para hacerlo en persona.

Así podrás hablar directamente con los que van a llevar la investigación… Y de paso te aseguras de que la Policía se toma el asunto en serio.

—Sí, creo que va a ser lo mejor, pero lo tengo que hablar con mis padres. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo.

—Lo que sí te garantizo es que la Policía y la Guardia Civil son muy profesionales, tienen a gente muy buena, con una preparación al menos igual que los mejores de cualquier Policía del mundo. En eso puedes estar tranquilo.

Cedric no lo dudó más y comenzó a hacer los preparativos de un viaje incierto, con fecha de ida pero no de vuelta. Sus padres, por supuesto, lo animaron a hacerlo. El 19 de abril emprendió vuelo rumbo al aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Iba solo, pero al menos alguien lo esperaba a su llegada a la capital de España: por supuesto, era Javier.

Pombo se hizo cargo de inmediato de lo delicado de la situación y estaba dispuesto a no dejar solo al hermano de Denise en un trance como ese. Tenía que presentar una denuncia en una comisaría española sin conocer la forma de trabajar de la Policía, sin hablar el idioma y con apenas un puñado de datos que poder aportar para que comenzara la búsqueda. Lo cierto es que entre ambos había surgido una conexión desde el primer momento y el piloto de aviones demostraba una empatía que Cedric agradecía en lo más profundo de su alma.

El viaje, por fuerza, se le hizo eterno. A la angustia de la desaparición se unía el abismo que se abría ante él, porque no sabía cómo podía resultar aquello. Se preguntaba por la reacción que tendría la Policía española, si le harían caso o trataría el asunto como cualquier otro; como un mero trámite, en definitiva. También le daba vueltas a la cabeza sobre qué sería mejor una vez presentada la denuncia, porque tenía claro que no quería volver a Estados Unidos sin que el asunto estuviese, si no resuelto, sí al menos encauzado. Su vida acababa de dar un giro inesperado, dramático, y apenas tenía certezas.

Tal como habían quedado previamente por teléfono, el lunes 20 de

abril de 2015 Javier Pombo esperaba en el vestíbulo de llegadas del aeropuerto. No se conocían físicamente, de modo que acordó que Cedric se pusiera una gorra de color rojo para que lo reconociera. Así fue; por la puerta de salida de viajeros salió un hombre de aproximadamente 1,70 metros de estatura, con rasgos orientales, corpulento y con el pelo muy corto, que inmediatamente fue detectado por el piloto. Se dieron un fuerte apretón de manos y sin más dilación se dirigieron a la comisaría de Barajas.

El reloj marcaba las 8:55 cuando Cedric y Javier llegaron a las dependencias policiales. Pombo, buen conocedor de las instalaciones aeroportuarias por su profesión, era el mejor de los cicerones posibles en esas circunstancias. Sentados ambos delante del policía con placa 118283, que hacía las veces de instructor del atestado número 3759/2015, el hermano de Denise comenzó su declaración.

Lo primero, claro, fue acreditar su identidad con la presentación del pasaporte: Cedric Kin Fai Thiem, nacido en los Estados Unidos de América el 15 de junio de 1979, hijo de Seng y Dalia y domicilio en el estado de Arizona. Facilitó, además, su número de teléfono y su correo electrónico. Superado ese trámite, explicó que su hermana Denise, nacida el 7 de agosto de 1974, hacía el Camino de Santiago desde el 6 de marzo. Lo comenzó en Pamplona y el 31, según había comprobado, estaba en el albergue de Mansilla de las Mulas, en León.

—¿Cuáles son sus características físicas?

—Es una mujer de cuarenta años, 1,60 metros de estatura, de entre cincuenta y cincuenta y tres kilos de peso. Es delgada, incluso muy delgada, y su aspecto es de una persona asiática. Tiene la cara cuadrada y el cabello largo, moreno y liso. Sus orejas, además, son muy pequeñas, pegadas a la cara, y el mentón entrante. Por lo demás, sus ojos son grandes y achinados, de color azabache, las cejas finas y la nariz grande y aplanada. La boca es muy pequeña y los labios muy finos y tiene un tatuaje en la espalda, unos símbolos…

—Sabe que tiene la obligación legal de decir la verdad, y que si no lo hace incurre en responsabilidad penal… ¿Tenía contacto con ella

de forma habitual?

—He tenido contacto con ella cada pocos días durante todo el recorrido, vía telemática a través de Skype, y también por *e-mail*, y ella me iba contando por dónde estaba y las cosas que le estaban pasando.

En ese momento de la declaración intervino Javier Pombo para explicar al policía que él mismo había conocido a Denise en una de las etapas y que continuaron juntos cuatro días, hasta Mansilla de las Mulas, a donde llegaron el 30 de marzo. Esa noche, él, su hija y sus sobrinos compartieron cena con ella y al día siguiente se despidieron, porque regresaban a Madrid. Añadió que tras hablar con varias personas que también conocieron a la desaparecida en la ruta jacobea le comentaron que aquella mañana desayunó con Lynley y Naomi, de las que además aportó sus teléfonos de contacto.

La comparecencia avanzaba lenta porque Cedric se expresaba en inglés y era necesario traducir sus palabras, dándoles además el sentido exacto en el que eran pronunciadas para que no hubiera luego margen a equívocos.

—Cedric, ¿tiene algún dato más que pueda aportar?

—Bueno, he podido comprobar, porque tengo acceso a la cuenta corriente de mi hermana, que el 1 de abril sacó dinero de la oficina de Bankia número 7571203875, y que luego, el día 6, hay otro cargo en un restaurante llamado Don Suero de Quiñones, que está en Hospital de Órbigo. —Ese día es el cargo en su cuenta, pero en realidad el pago fue el 3 de abril—. Hablamos por última vez el día 1, por Skype, durante una hora, y como pasaron muchos días sin volver a saber de ella me metí en su correo electrónico y pude ver las conversaciones que tuvo con otros peregrinos. Me puse en contacto con ellos y me dijeron que la última vez que se la vio era el Sábado Santo, día 4, en Astorga.

—¿Algo más que añadir?

—Sí, hay otro detalle importante; Denise tiene un pequeño problema de corazón y toma una medicación para controlarlo.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar en España?

—Dos semanas, más o menos, dependiendo de cómo vayan las cosas.

La presentación de la denuncia terminó con la entrega de una serie de fotografías de Denise que Cedric ya llevaba preparadas, puesto que suponía que la Policía se las iba a pedir.

En pocas horas esa denuncia iba a llegar a la comisaría de Astorga y también a la de León, además de a la Comandancia de la Guardia Civil de esa provincia, aunque al no haber ocurrido la desaparición en su demarcación no se iba a encargar del caso. Lo que en ella se recogía era más que suficiente para abrir una investigación a fondo. Primero, porque reunía, a priori, todos los requisitos de una desaparición inquietante; y segundo, porque para España, y para esas dependencias policiales en particular, todo lo que ocurre en el Camino de Santiago que afecte a la seguridad es materia muy sensible.

Cedric y Javier salieron del aeropuerto con una copia de la denuncia. El hermano de la peregrina estaba cansado por el viaje y sobre todo por el estrés, pero no quería relajarse hasta hacer otra gestión que consideraba importante: llevar una copia de ese documento a la Embajada de Estados Unidos, en la calle de Serrano. Así se garantizaba que la legación diplomática de su país estuviera al tanto del asunto y se interesara por la investigación… O al menos eso pensaba. Pombo lo llevó hasta allí en su coche, pero esta vez le dijo que lo esperaría en su casa, a poca distancia de ese lugar.

Una vez en su casa, Javier le preguntó por las últimas gestiones.

—¿Cómo te ha ido en la embajada?

—Bueno, se han quedado con una copia de la denuncia y dicen que se van a interesar por la investigación…

—Vale, quédate con estas llaves de casa para que puedas salir y entrar del piso cuando quieras. No te preocupes, porque vivo solo, así que intenta descansar y ya hablaremos luego tranquilamente.

—No sé cómo agradecerte todo esto, de verdad.

—Nada, olvídalo, ahora lo importante es que encontremos a tu hermana.

La hospitalidad de Javier se prolongó durante tres días. Cedric no sabía qué pasos dar a continuación, seguía muy confuso y era lógico porque no conocía el país, ni cómo funcionaba. Su principal apoyo era Pombo, pero sabía que este tenía que trabajar, así que cada vez más le invadía un sentimiento de impotencia.

—Javier, me voy a ir esta noche a Santiago de Compostela, a esperar a mi hermana.

—Hombre, haz lo que consideres oportuno, pero no creo que allí puedas hacer mucho.

—Es posible, pero no me puedo quedar quieto, solo esperando noticias; necesito hacer algo…

Cedric, como anunció, emprendió la noche del 22 de abril viaje a Santiago de Compostela. Lo hizo en tren, donde solo concilió el sueño por el agotamiento acumulado. A la mañana siguiente lo esperaba en la capital gallega otra persona que conoció en el «Foro del Camino», que también le fue de gran ayuda. Habló con él y, tal como ya le había dicho Javier en Madrid, llegó a la conclusión de que lo mejor era retroceder e ir directamente a Astorga para presentarse en la comisaría de esa localidad, ya que fue allí donde su hermana fue vista por última vez.

Tomada la decisión, el viernes 24 volvió a emprender viaje, esta vez en dirección a la capital de la maragatería, donde llegó por la mañana. De nuevo se demostró que el Camino de Santiago es una fuente inagotable de solidaridad, porque también allí lo esperaba una persona con la que había entrado en contacto uno de los amigos de su hermana.

Aunque él no lo sabía entonces, el día siguiente de que Cedric presentara la denuncia en Madrid, es decir, el día 21, el documento ya estaba en las comisarías de León y de Astorga, a las que fue remitido por haberse producido los hechos en su demarcación. A

primera hora de la mañana, Paco, el inspector jefe al mando de la primera de las dependencias policiales, llamó a su coqueto despacho a la inspectora Patricia, jefa del Grupo Operativo Local.

—Siéntate, Patricia, que tenemos lío. Ha llegado una denuncia por la desaparición de una peregrina norteamericana en el Camino de Santiago… Hay pocos datos: la edad, cuarenta y un años; su aspecto físico, bajita pero fibrosa, de aspecto asiático, con un tatuaje… La última vez que se la vio fue la mañana del Domingo de Resurrección en Astorga después de oír misa de once… Poco más.

—¿Ha desaparecido hace quince días y nos enteramos ahora? Pues qué bien… Paco, como sabes, eso complica mucho las cosas. Se ha perdido ya todo lo que pudiera haber…

—Es lo que hay, así que vamos a ponernos en marcha porque no podemos perder ni un minuto. Hay que dar a este asunto prioridad absoluta.

—¿Quién ha presentado la denuncia?

—Su hermano, que ha viajado expresamente desde Estados Unidos. Estúdiala, a ver qué se te ocurre. No te tengo que decir lo que hay que hacer, lo sabes mejor que yo. Lo primero es preguntar en los albergues, hoteles, hospitales, por si alguien la ha visto o le ha ocurrido algo, y luego vamos viendo sobre la marcha… Por lo visto, tiene un pequeño problema de corazón.

—De acuerdo, jefe, nos ponemos, pero te insisto en que investigar una desaparición quince días después de que se haya producido es un problema serio… Va a ser muy complicado. No me gusta nada cómo pinta esto.

Paco, que no llevaba demasiado tiempo como máximo responsable de la comisaría de Astorga y en cuya carrera profesional apenas había tenido contacto con la especialidad de Policía Judicial, tenía claro que aquella denuncia iba a traer cola. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía plena confianza en la inspectora, de la que conocía su trayectoria profesional y, sobre todo, su desempeño como jefa del Grupo Operativo Local. Eso, por supuesto, lo tranquilizaba.

El inspector jefe comunicó también la novedad a su jefa provincial, María Marcos. La comisaria había llegado a León tras pasar algún tiempo en la *nevera* del Comité Asesor del director general de la Policía, al que se suele mandar a los mandos policiales de primer nivel que son apartados cada vez que hay cambio de gobierno, en este caso del PSOE por el anterior del PP. Su trayectoria profesional era ya dilatada, y a su experiencia en Policía Científica e Información se le unía que había mandado una brigada de la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV Central) de la Comisaría General de Policía Judicial, desde donde pasó a ser la primera directora del CICO (Centro de Inteligencia contra el Crimen Organizado, hoy CITCO) por decisión del entonces ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba.

Marcos, por tanto, tenía mucha experiencia en casos sensibles y sabía manejar perfectamente situaciones complejas. La última de ellas, el asesinato de la presidenta de la Diputación Provincial de León, Isabel Carrasco, crimen cometido el 12 de mayo del año anterior por el que fueron detenidas, curiosamente, la mujer y la hija del inspector jefe que estaba al mando entonces de la plantilla de Astorga. Como decía medio en broma, medio en serio, «a la que nace para martillo, del cielo le caen los clavos»…

Con una casi permanente sonrisa en la boca, esta mujer inteligente, sensible, socarrona y divertida, aunque muy seria cuando es necesario, tuvo claro desde el primer momento que se trataba de una desaparición de riesgo. Intercambió impresiones con el inspector jefe Paco, le dio algunas indicaciones, pero sobre todo le trasladó su total confianza; en él por supuesto, pero también en su equipo. Le dijo que sabía que lo iban a hacer bien y que para cualquier cosa que necesitasen la llamara, aunque, por descontado, los contactos por este asunto iban a ser diarios a partir de ese momento.

El reto para la plantilla de Astorga, y en particular para su Grupo Operativo Local, era de primer nivel. Formado, además de por la inspectora, por un subinspector y apenas tres policías; afirmar que formaban una *task force* contra el crimen sería algo más que exagerado. Pero a cambio Patricia no era una persona que se achicara con facilidad; tenía fuerza y determinación, estaba bien

preparada y además hacía gala de una notable capacidad de liderazgo sobre sus compañeros. A ellos les había tocado la papeleta, y ellos tenían que resolverla. Así que no quedaba margen para lamentaciones. Había que venir llorado de casa.

A partir de ese mismo momento comenzó una frenética actividad policial. Lo primero, claro, era abrir el atestado correspondiente que se sumaría al de la comisaría del aeropuerto. Con número 569/15, fue comunicado al Juzgado número 2 de Astorga, que comenzó a instruir las Diligencias 378/2015. Este paso era imprescindible y urgente, porque era probable que hubiera que pedir muy pronto alguna intervención de comunicaciones que requerían la preceptiva autorización judicial.

En las primeras cuarenta y ocho horas, en las que no hubo horarios, ni pausa, ni prácticamente familia, Patricia desplegó toda una batería de instrucciones a sus compañeros. Como según la denuncia presentada en el aeropuerto Denise sufría una pequeña patología en el corazón, lo primero fue rastrear todos los centros sanitarios de la zona. Se comprobaron cada uno de los registros de ingresos en los hospitales y centros de salud dentro del límite territorial entre León capital y Galicia, sin resultado positivo. También, claro, se hicieron gestiones en todos los albergues, hoteles y hospederías. El último alojamiento conocido de la peregrina, tal como se sabía por Cedric Thiem, se había producido la noche del 4 al 5 de abril en el albergue San Javier de Astorga, sin que posteriormente figurasen pernoctaciones en otros establecimientos. Y aquello era relevante, porque como cualquier persona que hace el Camino de Santiago, necesitaba hospedarse en lugares públicos…

Como la desaparecida tenía previsto coger un avión en Santiago de Compostela para regresar a Estados Unidos una vez finalizada la ruta jacobea, y ante la posibilidad de que hubiese decidido adelantar el viaje, cansada de las caminatas o por haberle invadido un sentimiento de soledad, los agentes consultaron la lista de pasajeros de todos los vuelos salidos de España hacia ese país. También hacia otros. De nuevo, ni rastro de Denise.

Las gestiones anteriores eran obligatorias, casi de manual. Pero en paralelo había que comenzar otras líneas de investigación porque cada minuto que pasaba la inspectora estaba más convencida de

que estaba ante lo que en el argot policial se denomina como una «desaparición de alto riesgo». De hecho, ya el día 23 Patricia y su equipo habían descartado que se tratara de un acto voluntario. El inspector jefe Paco y la comisaria Marcos estaban de acuerdo, aunque insistían en que había que agotar todas las posibilidades antes de dedicarse en exclusiva a seguir esa pista criminal.

Con este planteamiento sobre la mesa, ese jueves volvieron a hacer lo mismo que ya habían hecho en el caso de la peregrina alemana Josefine Fischer meses antes: repasar todos los incidentes que se habían producido en el tramo del Camino de Santiago que va desde Astorga a donde se tenía la certeza absoluta que había llegado la peregrina, hasta el límite con Galicia. Y claro, casi de inmediato salió a colación la agresión a la peregrina alemana de septiembre de 2014, pero también la de la joven china Yang Jieying, en mayo del mismo año. En ambos casos el autor había sido un tipo encapuchado y los dos sucesos habían ocurrido a poca distancia…

No eran los únicos episodios de interés para la investigación que se habían producido —también salieron a colación exhibicionistas y otro tipo de sujetos que molestaban a las peregrinas—, pero sí los más significativos: las víctimas eran mujeres, la forma de actuar del agresor era similar, las dos hacían solas el Camino de Santiago, la descripción física del atacante coincidía, el individuo estaba escondido detrás de la vegetación y además realizaban la ruta alternativa que atraviesa Castrillo de los Polvazares. Demasiadas coincidencias.

El nombre de Castrillo de los Polvazares activó de inmediato los recuerdos de la inspectora, muy nítidos, sobre Miguel Ángel Muñoz, aquel tipo extraño que vivía en una casa prefabricada y solitaria instalada en una finca de un camino solitario, al que detuvo en septiembre y dicho aquella frase lapidaria de «como sigas así nos volveremos a ver». La conversación, rememoró, se había producido momentos antes de dejarlo en libertad por orden del juez, que no vio pruebas suficientes contra él en el caso del asalto a la chica teutona. Era evidente que en una hipotética agresión a Denise él tenía muchas papeletas de ser el autor.

El tiempo juega en contra de la investigación, pensó Patricia, y en cualquier caso intentarlo era obligatorio, porque si la peregrina

seguía viva y aquel sujeto tenía algo que ver con su desaparición era imprescindible actuar con la máxima urgencia. Ordenó, por tanto, hacer una primera batida alrededor de la finca de este individuo, situada en el apartado camino de Jauja, a las afueras de Castrillo de los Polvazares. Ella misma se puso al frente del dispositivo. La sorpresa saltó pronto. Miguel Ángel Muñoz andaba por allí, en una zona elevada del terreno, con su bicicleta. Iba abrigado y llevaba guantes, porque las temperaturas eran bajas a pesar de que ya estaba avanzada la primavera.

«¿Tienes mucho frío?», le espetó la inspectora a bocajarro… El sospechoso la reconoció de inmediato. «Otra vez ella no», debió de pensar. Pero mantuvo la sangre fría. Estaba en una zona desde la que dominaba la escena e invitó a la policía a acercarse a él, aunque eso sí, se fue desplazando lateralmente unos metros, poco a poco, sin que su actitud llamara entonces la atención.

Luis, el subinspector del Grupo Operativo Local que acompañaba a Patricia, decidió intervenir:

—Tú verás; o nos dejas entrar en tu finca por las buenas o vuelvo con un mandamiento judicial.

—No es necesario, podéis venir mañana a hacer el registro. No hay problema —respondió Muñoz con aplomo.

—De acuerdo, mañana por la mañana nos volvemos a ver aquí.

La batida, ni demasiado intensa ni tampoco extensa, no dio resultado alguno. Nadie podía imaginar entonces que estaban tan cerca del cadáver de la peregrina, pero aquella primera actuación sobre el sospechoso estaba planteada más como una primera toma de contacto con él, sobre todo para ver cómo reaccionaba. Por su actitud —estaba claro que controlaba todo lo que sucedía a su alrededor—, y sobre todo por sus antecedentes, Patricia le tenía tomada la matrícula, pero entonces era demasiado pronto para ir más allá. Debía admitirlo: no contaba con una sola prueba contra él más allá de sus antecedentes, y eso no era suficiente para adoptar medidas contundentes.

Ese jueves aún dio más de sí. Por la denuncia se sabía que la última

persona que había estado con la peregrina era un italiano que tenía un perfil en Facebook con el nombre Il Vecchio Tobia. Por la tarde, los investigadores, que llevaban ya cuarenta y ocho horas prácticamente sin descansar, consiguieron localizar a su hija y, a través de ella, llegar a su padre, Giorgio Cadoni. En efecto, este hombre confirmó que el día 5 por la mañana estuvo con ella y que se separaron después de la misa de once del Domingo de Resurrección en la catedral. Añadió que estaba bien de ánimo, que no apreció nada extraño en su comportamiento y, por supuesto, se mostró dispuesto a prestar declaración de forma oficial cuando la Policía lo considerase oportuno. Su testimonio era coherente, sin contradicciones, de modo que estaba descartado como sospechoso.

Los agentes de Astorga también habían comenzado a localizar a través de las redes sociales a los peregrinos que coincidieron con Denise, pero esas gestiones aportaban pocas novedades de interés para la investigación. Sí se averiguó que, sin contar con el italiano, las últimas personas que vieron a la peregrina en Astorga fueron dos alemanas. Una de ellas, Ting Dioso Dider, se puso en contacto con la Policía por correo electrónico y contó que al mediodía estaba frente a la catedral: «Le dije que yo iba a ir a misa de doce, y ella me contó que su idea era asistir a la que se iba a celebrar en una iglesia cercana. La perdí de vista cuando empezó la procesión. Estaba con un italiano que se llama Giorgi».

Tal como habían quedado, la mañana del día siguiente, viernes, los agentes de Astorga, acompañados por especialistas de Policía Científica y dos agentes del Tedax llegados desde León, se presentaron en la finca de Miguel Ángel Muñoz. Les abrió la puerta y se mostró algo borde, pero correcto. Los agentes comenzaron su trabajo sin demora. El terreno era muy extenso, así que podía haber escondido allí lo que hubiese querido. Era como buscar una aguja en un pajar. Lo único que se llevaron fue un gorro, por si era de Denise.

Mientras se practicaba esa diligencia, Cedric, el hermano de la peregrina, había llegado a Astorga procedente de Santiago de Compostela. Poco después se presentaba en comisaría.

—Vengo a denunciar la desaparición de mi hermana. Ya presenté denuncia en la comisaría del aeropuerto de Madrid…

—Sí, señor, ya tenemos noticia de esa denuncia. Estamos trabajando sobre ella.

La inspectora al mando del Grupo Operativo Local fue avisada de la visita y se desplazó hasta el vestíbulo para encontrarse con él. Sabía que iba a ser una entrevista dura, pero imprescindible.

Patricia domina el inglés, así que no le hacía falta intérprete. La conversación se produjo en el habitáculo de la inspectora, en ese *zulo* que alguien, en algún momento, decidió que era un buen lugar para poner un despacho y que probablemente levantó alguna suspicacia en el ciudadano norteamericano. Era complicado que entendiera que la jefa de la investigación de la desaparición de su hermana trabajara en esas condiciones. Pero pronto se dio cuenta de que estaba ante una policía solvente.

—Inspectora, ¿cómo ve la situación?

—Le voy a ser sincera, Cedric. No tenemos rastro de ella… No detectamos señales de su teléfono, las gestiones en albergues y hospitales no han dado resultado, nadie la ha visto desde el día 5… La verdad, no podemos ser optimistas, aunque hay que seguir trabajando sin descartar ninguna línea de investigación. ¿Cuánto tiempo va a estar por aquí?

—En principio, mi idea es estar una semana, pero depende de cómo vayan las cosas. ¿Necesitan algo de mí?

—Sí, un par de cosas. Lo primero, tomarle una muestra de ADN por si se encuentra algún rastro biológico y así poder hacer los cotejos; y lo segundo, le tendré que volver a tomar declaración, para ampliar algunos aspectos de la que ya prestó en la comisaría del aeropuerto cuando presentó la denuncia. También, probablemente, le llame en alguna ocasión para que vea alguna fotografía, o vídeos, por si reconoce a alguien. ¿Me deja un número de contacto?

—Sí, por supuesto, es este…

—¿Dónde se va a alojar?

—La Asociación de Amigos del Camino de Santiago me ha dejado

una habitación en el albergue; es una deferencia de esta persona que me acompaña… La verdad es que le estoy muy agradecido por su ayuda.

—Perfecto, pues ahora intente descansar y si hay cualquier novedad le avisamos. Mire, este es mi número de teléfono particular. Cualquier cosa que necesite, cualquier cosa que me quiera comentar o que le venga a la cabeza y crea que pueda sernos útil, me llama con toda confianza. No se preocupe por la hora; si en ese momento no puedo cogerlo, le devolveré la llamada lo más rápido posible. Y no pierda la esperanza. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a su hermana.

La cercanía de Patricia, la solvencia profesional que había demostrado, tranquilizó a Cedric. Comenzaba así una relación de confianza con ella, y también con el inspector jefe Paco, que duraría a lo largo de toda su estancia en la ciudad maragata. Una estancia que, por cierto, se prolongó bastante más de lo previsto.

Cedric, no obstante, seguía muy despistado en lo referente al funcionamiento de la Policía, de modo que días después se presentó también en la comisaría de León, esta vez acompañado por un amigo de su hermana, norteamericano como él, que residía en España. La escena vivida en la oficina de denuncias de esas dependencias policiales se desarrolló en los mismos términos que en Astorga.

—Buenos días, vengo a presentar una denuncia por la desaparición de mi hermana Denise. Ya presenté una en el aeropuerto de Barajas, al llegar de Estados Unidos…

—Un momento, por favor… Sí, efectivamente, aquí la tenemos. Estamos trabajando sobre ella; son nuestros compañeros de Astorga los que están con el caso, porque es allí donde desapareció su hermana.

—¿No es necesario presentar otra aquí?

—No, no se preocupe; a no ser que nos pueda facilitar algún dato más que no conste en la denuncia, no es necesario que haga nada. Déjelo en nuestras manos, y si le necesitamos nos pondremos en

contacto con usted. Pero le insisto en que la investigación la llevan los compañeros de Astorga. De verdad, puede estar tranquilo, porque estamos trabajando sobre ello…

— . —

— CAPÍTULO 5 —

«¿CUÁNDO VIENE LA CABALLERÍA?»

—Patricia, a partir de hoy tendremos una reunión diaria en mi despacho para planificar los pasos a seguir. Será a primera hora. Quiero todos los detalles para informar luego a León, y por supuesto si a lo largo de la jornada hay novedades me las comunicas.

—De acuerdo, Paco, así lo hacemos. Descuida. Otra cosa, sabes que somos muy pocos en el grupo y no podemos desatender los otros asuntos, nos vendría bien algún refuerzo.

—Lo estudio y te comento cuando tenga una decisión.

La comisaría de Astorga estaba volcada en el caso de la desaparición de la peregrina desde que el 21 de abril llegara allí la denuncia. El peso, claro, lo llevaba el Grupo Operativo Local, pero también estaban involucrados los policías de seguridad ciudadana, por supuesto los de Policía Científica… Todos aportaban lo que podían. Para los directamente concernidos los horarios eran ya apenas un recuerdo del pasado, pero incluso los que no estaban directamente relacionados con las pesquisas, cuando terminaban su turno, también se implicaban. Las plantillas pequeñas —cuarenta y tres funcionarios tenía esta—, sufren mucho ante una crisis de esa naturaleza, pero suplen las carencias con un extra de motivación, compromiso y compañerismo.

La ciudad, mientras, vivía ajena a esa intensa actividad policial. Al margen de los policías y la jueza, solo Cedric y su amigo sabían qué había pasado. Javier Pombo, en Madrid, sugirió a la Policía implicar a los medios de comunicación, pero los agentes con los que habló le comunicaron que hasta nuevo aviso era preferible mantener la discreción, y así lo hizo. A ojos de los investigadores, de momento, al menos en esos primeros días, era mejor así. La alarma social podía ser un problema añadido, y además aún quedaban gestiones por hacer para descartar por completo la hipótesis de un accidente, una enfermedad o una decisión voluntaria. Sí, era evidente que cada minuto que pasaba todas esas

posibilidades perdían fuerza, pero cosas más raras se habían visto.

La prudencia, pues, fue la primera opción, pero ante la falta de avances, y después de calibrar bien las consecuencias, los responsables del caso cambiaron de estrategia. El 27 de abril, lunes, la Policía, a través de su perfil en las redes sociales, decidió pedir la colaboración ciudadana para intentar encontrar a Denise. En la información difundida, además de la fotografía de la peregrina, se facilitaban sus características físicas y un número de teléfono al que cualquiera podía dirigirse para aportar datos… Las primeras noticias filtradas, además, apuntaban a que todo apuntaba a que podía tratarse de un accidente, lo que no era cierto, aunque convenía que de momento los ciudadanos lo creyeran así para poder trabajar con tranquilidad.

La verdad es que tampoco se podía guardar el *secreto* por mucho más tiempo —en realidad, la información ya circulaba en foros de peregrinos de internet—, porque además los responsables del caso estaban decididos a comenzar cuanto antes batidas más intensas para intentar encontrar a la peregrina. Antes ya las llevaron a cabo los agentes de Astorga, de forma selectiva, pero era el momento de que abarcasen extensiones de terreno bastante más amplias. Eso obligaba a pedir colaboración a asociaciones de cazadores y de Amigos del Camino de Santiago, y era evidente que a partir de ese momento la noticia iba a correr como la pólvora.

Este tipo de batidas, en las que participan los ciudadanos, son un arma de doble filo. Por una parte es verdad que con ellas se abarca un área mucho más extensa, pero por otra la lógica falta de preparación de los voluntarios puede hacer que o bien pasen por alto algún indicio que a un profesional no se le escaparía, o incluso destruir o manipular alguna prueba, por supuesto de forma accidental. Por todo ello, estos dispositivos deben estar dirigidos por profesionales, que son los que tienen que dar las instrucciones oportunas antes de que comiencen los rastreos y luego, además, dirigir las operaciones sobre el terreno.

Paco, el inspector jefe de Astorga, se encargó de planificar las búsquedas, de compartimentar el terreno sobre el plano y de atribuir a cada grupo una porción concreta. De partida, se contaba con una ventaja. La zona de rastreo, bastante llana, era extensa pero

fácil de recorrer, y la vegetación, en su mayor parte monte bajo, tampoco planteaba excesivos problemas. También la meteorología jugaba a su favor, ya que no se esperaban lluvias. No obstante, antes de comenzar las batidas el mando policial recordó a cada uno de los grupos que se formaron cuál era el protocolo a seguir, en qué debían fijarse y qué hacer si veían algo que les llamara la atención.

La primera de ellas se hizo el 28 de abril, martes. Participaron, además de policías de la comisaría de Astorga, el Grupo de Protección Civil «La Encina», la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Astorga y un grupo de pilotos de quads y motos de la localidad. Estos últimos eran muy útiles porque podían abarcar grandes extensiones de terreno en poco tiempo. Ese día se reconocieron los márgenes derecho e izquierdo del tramo de la ruta jacobea que va desde Murias de Rechivaldo hasta Santa Catalina de Somoza, y el margen izquierdo entre la primera de las poblaciones y Castrillo de los Polvazares.

En las primeras horas saltaron las alarmas cuando se localizaron, en una finca situada a la derecha de un camino rural, conocido como Camino del Corral, unos huesos diseminados y restos de un fuego en el que se encontró un trozo de camiseta de color negro… A quien más y a quien menos se le vino a la cabeza el caso de José Bretón, que asesinó a sus dos hijos, Ruth y José, y se deshizo luego de los cadáveres quemándolos en una hoguera de su finca de Las Quemadillas (Córdoba). De inmediato se alertó al Grupo de Policía Científica de Astorga, que en presencia de la inspectora Patricia recogió esos restos y los envió a los laboratorios centrales de Madrid para su análisis.

Al día siguiente se hizo una nueva batida, pero esta vez los responsables del caso prefirieron que solo participaran policías. El tramo rastreado fue el camino paralelo al oficial que va desde Castrillo de los Polvazares hasta Santa Catalina de Somoza, por tanto una zona especialmente *caliente* para la investigación. Sin resultado.

El jueves se volvió a la carga, otra vez con ayuda ciudadana. Además de los policías nacionales de la población, se unieron a la búsqueda la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Astorga y Comarca y los miembros de Protección Civil. Esta vez se

centraron en la zona de Carrascal y el margen derecho e izquierdo de la carretera que une la capital de la maragatería con Murias de Rechivaldo. Nada se encontró.

El viernes, los mismos protagonistas rastrearon el margen derecho del camino de Murias a Castrillo de los Polvazares, además de parte del monte de La Marquesa, y ya el sábado el trayecto del camino desde Castrillo de los Polvazares hasta El Ganso, con idénticos resultados.

Las búsquedas se centraban en todas las posibles rutas que podía haber seguido la peregrina, pero al margen del susto del primer día, cuando se encontraron esos huesos y esa camiseta que pronto se descartó que tuvieran relación con el caso, todo ese trabajo de los primeros días, desde el 21 de abril al 2 de mayo, todo aquel amplio despliegue apenas sirvió para confirmar, casi al cien por cien, lo que ya se sospechaba: ni se estaba ante una desaparición voluntaria, ni tampoco un accidente. La única hipótesis posible para la Policía, aunque por supuesto se iba a seguir trabajando en todas las direcciones, era que Denise era la víctima de un ataque criminal. Ya no se buscaba solo un cadáver; también a un asesino.

Los rastreos telefónicos, puestos en marcha con la correspondiente autorización judicial, tampoco proporcionaron datos de interés ni situaron a la peregrina en un punto lo suficientemente concreto del Camino cuando se produjo la última conexión a una BTS. Lo normal, porque en las zonas rurales, al contrario que en las ciudades, las antenas cubren grandes extensiones de terreno.

En paralelo, Cedric, para entonces ya instalado en un hotel, acudía a diario a comisaría, tanto por si se producía alguna novedad como para echar una mano en la medida de sus posibilidades. La Policía había pedido las fotografías de ese Domingo de Resurrección a todas las cofradías, así como los vídeos que se pudieran haber grabado. Era muchísimo material, pero la inspectora estaba interesada en que el hermano de Denise lo revisara con ella por si la veía con alguien que le sonara su cara por las instantáneas que le envió la peregrina desde que comenzó el Camino de Santiago. De la misma forma, si encontraban en algún rastreo un efecto que podía pertenecer a la desaparecida se tomaba una imagen y se le mostraba, por si podía identificarlo. Así sucedió con prendas de

vestir, un coletero…

Era un trabajo tedioso, pero imprescindible, porque cabía la posibilidad de que la peregrina se hubiera ido con alguien y quedara recogido en alguna grabación o fotografía, o que hubiese perdido alguno de sus efectos personales. Al hermano de Denise, en cualquier caso, también le servía para sentirse útil, para que las horas en la población leonesa no se le hiciesen eternas.

También, claro, se preguntó a cientos de personas si habían visto a la peregrina, ya que al ser Domingo de Resurrección cuando se le perdió la pista la calle estaba llena de vecinos y turistas. Era extraño, pero una vez que abandonó la zona de Astorga donde se celebraba la procesión nadie la había vuelto a ver: ni en la carretera, ni en el camino, ni en ninguno de los pueblos por los que tuvo que pasar, ni tampoco en Castrillo de los Polvazares. Era como si se la hubiese tragado la tierra, lo que por supuesto añadía interrogantes al caso: ¿la habrían subido a la fuerza en algún vehículo? Desde luego, era una posibilidad.

La iniciativa de difundir la fotografía de Denise y pedir la colaboración ciudadana era, como tantas otras veces se había demostrado, un arma de doble filo. Es cierto que la imagen podía refrescar la memoria de alguna persona que hubiera visto algo extraño, pero también se daba por hecho que iba a excitar las ansias de notoriedad de algunos que solo querían su minuto de gloria. Pronto lo comprobó la Policía.

Horas después de dar a conocer la desaparición de la mujer, y coincidiendo con la primera de las batidas, se recibió una llamada telefónica en la comisaría en la que se informaba de que en la página oficial en la que estaba colgada la fotografía de la desaparecida había un comentario de alguien que se hacía llamar *Cristianxxxxx*, que incluía la fotografía de un cuchillo de campo ensangrentado, con el *hashtag* «aquitepilloaquitemato» y que añadía este comentario: «Vi a una señora idéntica en el camino de Santiago de Astorga».

La inspectora dio la orden de que se activase una investigación, cuyo primer paso debía ser la remisión de un oficio a la jueza instructora para solicitar un mandamiento judicial dirigido a la

empresa Instagram-Facebook con el objetivo de que facilitase toda la información disponible sobre el mencionado *hashtag*. Apenas nueve días después, el 7 de mayo, se recibía contestación de la compañía, que facilitaba la IP del usuario; es decir, la dirección del ordenador desde la que se hicieron las publicaciones, y las fechas y horas en las que se realizaron. Al ser la IP de Telefónica España S. A., se siguieron los mismos pasos con esta entidad. Y de nuevo se recibió contestación rápida, que llevó hasta una vivienda de la localidad de Arenas de San Pedro, en Ávila.

Nada más recibir estos datos, un agente de Astorga se puso en contacto telefónico con la casa. La hija mayor de los inquilinos, María Teresa, se llevó un buen susto cuando al descolgar el teléfono su interlocutor la informó de que era policía. La joven explicó que ese era el domicilio de sus padres, en el que vivían con su hermano pequeño, de doce años y llamado Cristian, mientras que ella residía en Madrid.

—¿Qué es lo que pasa, ha ocurrido algo? —preguntó la chica con un punto de angustia.

—No se preocupe —la tranquilizó el agente—. ¿Sabe usted algo de un mensaje que se ha subido a Facebook, a la página de la Policía, en el que se informa de la desaparición de una peregrina, con el *hashtag* «aquitepilloaquitemato», en el que hay una fotografía de un cuchillo de monte ensangrentado y un comentario que dice «vi a una señora idéntica en el camino de Santiago de Astorga?».

—No, nada, yo no he subido ningún comentario.

—¿Y sabe quién puede haberlo hecho? Está escrito desde el ordenador de ustedes…

—Mi hermano Cristian utiliza mucho las redes sociales y puede que haya sido él.

—Está bien; de verdad, no se preocupe. Muchas gracias por su ayuda, no la molesto más.

El asunto estaba bastante claro. Todo apuntaba a que se trataba de una broma de mal gusto del chico, incapaz de calibrar las

consecuencias de sus actos, pero era necesario hacer todas las comprobaciones para confirmarlo. La comisaría de Astorga se puso en contacto con el cuartel de la Guardia Civil de Arenas de San Pedro y envió allí toda la documentación del asunto. Agentes del Instituto Armado citaron al chaval y a sus padres. Cristian reconoció de inmediato que era él quien había hecho los comentarios; ese, y otros que también podían resultar ofensivos…

El 28 de abril, es decir, apenas veinticuatro horas después de la alerta del mensaje en Facebook del chaval, se produjo un nuevo sobresalto. Al mediodía, la Guardia Civil de Porriño tomaba declaración a un gallego de Tui que quería comunicar algunos hechos que, según pensaba, podían tener relación con la desaparición de Denise.

Explicó que había leído en *La Voz de Galicia* y el *Faro de Vigo* que Denise había sido vista por última vez en compañía de otro peregrino de origen italiano. Entonces, dijo, recordó que el viernes anterior, en torno a las 12:00, cuando atendía el bar de la comisión de fiestas de San Campio de Pontellas, en Porriño, por donde pasa el Camino de Santiago, vio a un señor que respondía a las características que difundía la prensa sobre esa persona. Añadió que el individuo tenía entre cincuenta y cinco y sesenta años, medía 1,70 metros de estatura, era de complexión fuerte y tenía barba frondosa y canosa que le llegaba hasta el pecho. Se comió un bocadillo y se marchó sin más al acabar.

La Guardia Civil remitió la declaración a la comisaría de Astorga, pero en cuanto la leyeron los investigadores supieron que aquello nada tenía que ver con el asunto, entre otras cosas porque ya conocían quién era el peregrino italiano que estuvo con Denise, que además dio todo tipo de explicaciones que lo alejaban de cualquier sospecha. Pero el asunto demostraba que la colaboración ciudadana funcionaba, aunque luego la información que se recibía hubiera que descartarla.

Un par de días después de este episodio, una mujer, de nombre Yolanda y vecina de la localidad, se presentó en comisaría para contar que sobre las once de la mañana del Domingo de Resurrección, el mismo día que desapareció la peregrina y casi a la misma hora, había salido a dar un paseo en bicicleta desde Astorga

hasta El Ganso y vio un coche de color claro aparcado en un camino paralelo a la ruta jacobea. Explicó además que el vehículo tenía la puerta trasera izquierda abierta, y junto a él, en el suelo, observó una silla infantil con respaldo.

También le llamó la atención que en la parte delantera estaba tirada una bicicleta de montaña. Ella aminoró la marcha para sobrepasar al vehículo y vio a alguien en la parte trasera derecha, pero no pudo llegar a determinar si era una persona o dos. Añadió que le resultó extraña la presencia de ese automóvil allí, porque ese es un camino poco transitado, que ella solía recorrer de forma frecuente, y precisó que desde el Camino de Santiago ese punto concreto no se veía.

En su día no le dio más vueltas al asunto, pero tras conocer lo sucedido a Denise decidió contar el episodio, por si podía servir para la investigación. Una vez precisado el lugar exacto donde se produjeron los hechos, la Policía se trasladó allí para buscar algún indicio. Como tantas otras gestiones de aquellos días, no se consiguieron resultados positivos.

Hubo más personas que acudieron a comisaría a prestar declaración de forma voluntaria. El 5 de mayo, Andrés, también vecino de la población leonesa, relató a la Policía que el 19 de abril recogió a un individuo que hacía autoestop y que tuvo un comportamiento extraño. En el coche, se mostraba apesadumbrado y decía frases extrañas como «su primo», «la furgoneta», «los tres euros», y también una más inquietante: «Ay, Dios mío, la que he preparado»… Aquel tipo le contó que trabajaba en la construcción, en el tramo de autovía de Benavente a Orense, y que tenía permiso para conducir cualquier vehículo, de lo que dedujo que era camionero. Lo dejó en Hospital de Órbigo, donde el hombre, de 1,60 metros de alto, piel morena y barba desarreglada, le dio cuatro euros por el viaje.

Los supuestos avistamientos de Denise, en lugares muy distintos de nuestra geografía, daban mucho trabajo al ya de por si sobrecargado Grupo Operativo Local, pero cada uno de ellos se comprobaba hasta el final antes de ser descartado. Particularmente complicado fue gestionar una información que situaba a la desaparecida en un restaurante de Sevilla. Tras numerosas indagaciones se averiguó que, en efecto, por allí pasó una mujer de

rasgos orientales, pero por desgracia no era la buscada. Hubo asimismo alertas en León, Pontevedra, Oviedo, Salamanca… Sin resultado.

La hipótesis policial más sólida seguía siendo la de las primeras horas: la participación en los hechos de Miguel Ángel Muñoz, aquel tipo extraño de Castrillo de los Polvazares, pero en tanto no se tuvieran más indicios contra él se tenían que seguir cada una de las pistas que llegaban, por descabelladas que parecieran.

De hecho, entre esas comunicaciones un tanto peculiares comenzaron a recibirse algunas de videntes que aseguraban que la peregrina estaba en uno u otro lado, o muy cerca o muy lejos de Astorga, según quien llamara; unos la veían encadenada en una casa, otros enterrada, otros en perfecto estado y feliz… La verdad es que la irrupción de estas personas con *superpoderes* era ya un clásico en este tipo de investigaciones y nunca daban resultado; no obstante, por si acaso se comprobaban también esas llamadas, porque tampoco se perdía nada con ello.

Entre tanta noticia contradictoria, tantos rumores que corrían de boca en boca, una persona, Esteban Jesús Salvadores, presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares, se llevó las manos a la cabeza en cuanto conoció la desaparición de Denise. «Tiene que ser él, Miguel Ángel Muñoz, no puede ser otro… Este tío la ha matado y enterrado luego. Lo sé. Pero ¿qué puedo hacer?», reflexionaba en su casa un tanto nervioso.

Lo primero que se le ocurrió fue llamar a un mando de la Guardia Civil, compañero de estudios en la infancia con el que mantenía muy buena relación, para contarle su intuición. Lo escuchó con atención, porque sabía que su amigo no era ningún loco que viese fantasmas en cualquier parte y que, además, por su responsabilidad, conocía al dedillo todo lo que sucedía en Castrillo de los Polvazares y por supuesto a sus vecinos. Cuando acabó, el guardia civil le explicó que esa investigación no la llevaba el Instituto Armado, sino la Policía Nacional, pero que no dudase en llamar a la comisaría de Astorga para contar lo mismo que a él. «No dejes de hacerlo, Esteban. Eso que me has dicho tiene sentido y los investigadores deben saberlo.»

Salvadores hizo caso de la sugerencia y marcó el número de teléfono de las dependencias policiales. Nada más identificarse, su interlocutor entendió que no se trataba de una llamada más: primero, porque el comunicante estaba relacionado de forma directa con el *punto caliente* de la investigación; y segundo, porque la persona a la que apuntaba estaba ya en el foco de las pesquisas, por más que en esos momentos no hubiera pruebas directas de su implicación en los hechos.

—Buenos días, soy Esteban Salvadores, el presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares. Les llamo en referencia a la desaparición de la peregrina…

—Buenos días, muchas gracias por su llamada. Por favor, díganos qué sabe…

—No he visto nada, eso que vaya por delante, pero hay un vecino aquí, Miguel Ángel Muñoz, que es muy agresivo y ha molestado ya a algunas mujeres que hacen el Camino… Incluso a alguna la ha espiado cuando iba a tomar el sol al río. Es un tío raro, desde que está por aquí ha habido pequeños robos en huertas que antes no se producían. No lo puedo asegurar, pero creo que está implicado; quizá deberían ir a buscarlo, porque pienso además que la tiene enterrada…

—Pero ¿por qué piensa eso? ¿En qué se basa?

—Insisto en que es una intuición, pero cuando llegó aquí fue capaz de hacer él solo en su finca un agujero muy grande y profundo para la instalación de una fosa séptica… Lo sé porque mi hermano y yo le ayudamos a ponerla y nos llamó mucho la atención que hubiera podido cavar él solo esa oquedad. Ya saben que aquí el terreno es de arcilla y barro, muy duro… No es un tipo muy fuerte, pero está claro que sí fibroso y resistente… No sé, creía que tenía que decírselo…

—Por supuesto, ha hecho usted muy bien y se lo agradecemos. Por favor, déjenos sus datos de contacto porque es muy posible que en poco tiempo alguno de mis compañeros tenga que volver a hablar con usted.

La información fue trasladada a la inspectora Patricia, para quien resultaba interesante porque era un elemento más que ponía el foco sobre ese individuo. Evidentemente, no podía irrumpir en esa propiedad «por una intuición», como sugería el comunicante, aunque estuviese fundada. Pero estaba claro que aquella llamada debía tenerla en cuenta y que iba a ser necesario mantener una entrevista a fondo con Esteban.

Las innumerables gestiones eran agotadoras y la jefa de la investigación sabía que, salvo un golpe de suerte, el trabajo se iba a alargar durante bastante tiempo. Por eso, pasadas las primeras semanas comenzó a lanzar avisos muy claros a sus jefes de que era imprescindible la colaboración de las unidades centrales de la Policía, entre otras razones porque, además del caso de la peregrina, su grupo tenía que atender también los asuntos cotidianos que se presentaban. Es cierto que, tal como pidió en su momento, Paco, el inspector jefe, lo había reforzado con un par de agentes procedentes de seguridad ciudadana, pero aun así iban con la lengua fuera y además era ya imperioso comenzar a hacer gestiones fuera de su demarcación. «¿Cuándo va a venir la caballería?», preguntaba Patricia una y otra vez, en referencia a esos compañeros de Madrid. Pero no recibía respuesta de momento.

La comisaría de Astorga estaba tensionada; de hecho, lo raro hubiese sido lo contrario. Pero el trabajo seguía adelante, con la misma intensidad. Los investigadores tenían como prioridad reconstruir hasta donde fuese posible los últimos pasos de Denise. Las redes sociales eran una buena posibilidad para ello. Los agentes, a través de esos canales abiertos, comenzaron a entrar en contacto con todos los peregrinos que estuvieron alojados en los albergues próximos a Astorga los días críticos de la desaparición, por si hubiesen visto algo que les llamara la atención. Era un trabajo tedioso, pero todos los implicados en las pesquisas sabían que también imprescindible.

Las preguntas se repetían para cada una de esas personas. «¿Estuvo alojado en el mismo albergue que Denise Thiem entre el 20 y el 31 de marzo?»; «¿Le llamó algo la atención?»; «¿Iba sola cuando salió de la hospedería?»; «Si habló con ella, ¿en qué situación anímica se encontraba, según su criterio?»… Y las respuestas eran casi siempre

las mismas: «No, no noté nada extraño, estaba animada»… Nada que cambiara el rumbo del trabajo policial.

El 16 de mayo era sábado, fin de semana, por tanto, pero no de descanso para los encargados de la investigación. En comisaría, delante de la inspectora y de uno de sus compañeros estaba sentada Covadonga A., de cincuenta y tres años, de origen asturiano y vecina de Astorga. El reloj marcaba las 20:15 horas. Estaba nerviosa, aparentemente asustada. Quería denunciar una agresión sufrida solo unas horas antes, a las 17:15, en un terreno rural del ramo del Camino de Santiago, en concreto entre Santa Catalina y El Ganso.

Presentó también un parte médico firmado por una facultativo del centro de salud en el que se leía:

Refiere intento de secuestro esta tarde. Dice que un hombre intentó meterla a la fuerza en un coche, y para huir salió corriendo hacia el monte. Refiere dolor en el brazo izquierdo por el forcejeo y arañazos en piernas, sobre todo de rodilla hacia abajo. Dolor y dificultad de movilización de brazo y hombro derecho, con dolor a movilización pasiva. No deformidad, pulso radial positivo. Dolor a movilización cervical y palpación en el lado derecho. Hematoma en cara anterior de brazo derecho. Se deriva a urgencias para valoración.

—Antes de empezar, le tengo que advertir de que tiene la obligación legal de decir la verdad y de la responsabilidad penal en la que puede incurrir si acusa o imputa de forma falsa un delito a alguien…

—Sí, lo sé.

—De acuerdo. Entonces, por favor, cuéntenos lo sucedido.

—A las cinco y cuarto de la tarde paseaba por el Camino de Santiago, entre Santa Catalina y El Ganso. En ese momento se acercó un coche por la espalda, que iba en dirección a El Ganso, con dos hombres dentro. El vehículo paró un poco más atrás de donde yo estaba.

—¿Qué pasó entonces?

—Sentí que un hombre me llamaba y me decía «señora». Tenía acento extranjero, como de los países del Este. Me di la vuelta y uno de aquellos individuos bajó del coche. Pensé que querían preguntarme algo y me acerqué, aunque con cautela. En ese instante, el que había bajado del automóvil se abalanzó sobre mí para cogerme y me agarró del brazo… Intenté escaparme, pero tropecé, y entonces ese señor me intentó agarrar de una pierna, arañándome.

—¿Cómo pudo escapar?

—Empecé a correr, miré hacia atrás un par de veces y vi que aquel hombre me perseguía. Seguí corriendo lo más rápido que pude, durante bastante rato, hasta que me escondí. Bajé el volumen del teléfono móvil y llamé a mi pareja. Como no me contestó, hice otra llamada, esta vez a un amigo, al que conté lo que me había pasado y pedí que se acercara a buscarme.

—¿Puede describirnos a aquel hombre?

—Tenía unos cuarenta años, medía entre 1,68 y 1,70 metros de estatura, era fuerte, tenía el pelo rapado, castaño, la cara redonda con el mentón macado y unas manos muy grandes… Vestía pantalón verde con manchas marrones, tipo militar, y en el cinturón, en su parte derecha, llevaba una funda de cuchillo de monte color caqui, con el mango del cuchillo color marrón a la vista. Además, calzaba botas de militar altas, de color negro.

—Del individuo que se quedó en el coche ¿nos puede contar algún detalle?

—No, lo siento, todo fue muy rápido… Solo pude ver que llevaba un pasamontañas, creo que de color gris o similar, que le tapaba la mayor parte de la cara.

—Y el vehículo, ¿se acuerda de qué modelo era?

—Desde luego, era de color negro, estaba sucio y era viejo… Es posible que fuera un R-8, pero no puedo asegurarlo… Insisto, todo

fue muy rápido. Eso sí, en el capó delantero, cerca del retrovisor, tenía una pegatina de un perro peligroso, un *pitbull* o un *bulldog*, con un collar de clavos de un tamaño como la mitad de un DNI.

—¿Alguien pudo ver lo sucedido?

—No, no lo creo; no había nadie por allí.

Nada más acabar la declaración, Patricia y agentes de la Brigada Local de Seguridad Ciudadana realizaron una primera inspección ocular del lugar de los hechos. Los acompañaban la víctima y su novio. Allí no se detectó huella alguna que pudiera asemejarse a la realizada por un hombre corpulento con botas de tipo militar; es más, lo único que se apreció con claridad fueron unas pisadas que parecían corresponder con las de la denunciante…

A primera vista, la denuncia era muy inquietante. Es verdad que el ataque no se había producido en la misma zona que los de las peregrinas china y alemana, pero también era cierto que como ellas —y como Denise, por cierto— la víctima iba sola, había sido abordada de forma sorpresiva y uno de los implicados llevaba pasamontañas… Que solo hubiera pasado mes y medio desde la desaparición de la norteamericana era otro motivo de preocupación. ¿Estaban ante un depredador de mujeres?, se preguntaban una y otra vez Patricia y sus compañeros. El episodio se convirtió a partir de ese momento en una de las prioridades de la investigación.

Un par de días después, Patricia envió al Juzgado de Instrucción número 2 un escrito en el que hacía hincapié en las coincidencias de este caso con el de Denise y las otras dos jóvenes e informaba de que este asunto se iba a investigar de forma conjunta con el de la peregrina norteamericana. Y además pedía que se librasen mandamientos a las compañías telefónicas para que facilitasen un listado de los teléfonos móviles que se conectaron a los repetidores de Castrillo de los Polvazares, Santa Catalina y El Ganso entre las 16:45 y las 17:45 horas del 16 de mayo.

El objetivo era obvio: comprobar si un mismo teléfono estaba conectado tanto en esta ocasión como el 5 de abril en algún tramo del Camino de Santiago entre Astorga y El Ganso. Si eso se había producido, la investigación podía dar un paso de gigante, porque

era posible identificar al titular de la línea.

Además, en las primeras horas se tomó declaración al novio de la denunciante y al amigo que cogió primero el teléfono a la mujer tras el incidente, después de que la pareja no lo hiciera. Su versión sobre su participación en los hechos coincidía punto por punto con la de Covadonga.

Tras el análisis del testimonio de la mujer y la inspección del lugar de los hechos, la inspectora se dio cuenta de que algunas cosas no cuadraban. Por ello, el 27 de mayo Patricia y dos compañeros regresaron a la zona con la supuesta víctima para que relatara otra vez lo sucedido. Y saltó la sorpresa: surgieron cuatro contradicciones importantes entre una y otra versión. Algunas, tan groseras como que primero dijo que el automóvil donde iba el agresor se le acercó por la espalda, y esta segunda vez que de frente; o que las marcas que tenía en el brazo no pudo causárselas alguien que corriera detrás de ella porque la huella del pulgar estaba en la parte interior del brazo izquierdo; o que cuando se analizaban a fondo las fotografías se veía que los supuestos arañazos no habían sido provocados por ese desconocido, sino que más bien correspondían a una rama… En definitiva, aquello no cuadraba y tenía toda la pinta de ser una denuncia falsa. Y así se lo hizo saber la inspectora Patricia a la jueza.

— . —

— CAPÍTULO 6 —

«SOY MUY CABEZOTA»

Desde el 21 de abril, «rutina» era una palabra que había dejado de tener sentido en la comisaría de Policía de Astorga. La atención al ciudadano, desde luego, seguía siendo prioritaria, pero el caso de la peregrina obligaba a hacer un esfuerzo suplementario y, lo que era aún más complicado, sin fecha de caducidad. Ninguno de los agentes iba a dar un paso atrás, ni tampoco se lo hubiera permitido Patricia, la inspectora al mando del Grupo Operativo Local. Es verdad que esa vorágine de actividad investigadora era insostenible en el tiempo, pero también que es en esos momentos cuando el orgullo profesional de una plantilla opera como «suplemento vitamínico» para seguir adelante.

El tiempo pasaba para todos. Para los agentes de Astorga, pero también para Cedric, el hermano de Denise, a quien cada día le pesaba como una losa. En los primeros se sentía útil, porque pasaba por comisaría, revisaba fotografías y vídeos y tenía una interlocución diaria con la inspectora y sus compañeros. Pero a medida que pasaba el tiempo su actividad en España era cada vez menor y, además, los investigadores le decían que la resolución del caso podía demorarse mucho. La realidad es que cuatro semanas después ya no podía ayudar más a la Policía. La idea no le gustaba, mucho menos porque no había avances significativos en las pesquisas, pero estaba claro que tenía que pensar en regresar a Estados Unidos.

Tras madurarlo un tiempo y hablarlo con sus padres, con quienes mantenía contacto diario, Cedric se convenció de que debía volver a casa, por mucho que le doliera hacerlo sin tener ni una sola respuesta acerca de lo sucedido con su hermana, más allá de que, salvo milagro, nunca la volvería a ver con vida. Pero también tenía que ocuparse de sus progenitores, de intentar tranquilizarlos en el sentido de que se estaba haciendo todo lo posible, de que los policías que se ocupaban del tema eran muy profesionales y estaban volcados en el caso. No era, desde luego, lo que había soñado

cuando aterrizó de buena mañana en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, pero la realidad era tozuda y más le valía aceptarla. Además, el caso ya tenía notoriedad a nivel nacional y tanto una televisión local como otra de Arizona le habían hecho una entrevista. Eso, pensaba, contribuiría a que la investigación siguiese con la misma intensidad.

Un día más, Cedric fue a ver a la inspectora a su despacho, esta vez para comentarle su decisión y conocer su opinión sobre el tema. La investigadora estuvo de acuerdo en que eso era lo más razonable, tal como estaban las cosas. En Astorga ya no podía hacer más; se le había tomado la muestra de ADN y cualquier asunto que necesitase su intervención se podía solventar por vía telefónica o telemática. Pero antes de terminar la conversación, el hermano de Denise, una persona que no tiene demasiada facilidad para las relaciones personales, decidió despejar sus temores. Fue directo.

—Patricia, hay una cosa que pasa por mi cabeza y me preocupa, así que quiero que seas sincera conmigo. Cuando me vaya, ¿vais a dejar de investigar el crimen de mi hermana?

—Nunca, Cedric; soy muy cabezota y no voy a dejarlo jamás hasta que se resuelva el caso. No tengas la menor duda de eso. Puedes estar tranquilo. Y no te preocupes, porque cualquier novedad que haya te la comunicaré de inmediato. Además, tienes mi teléfono y me puedes llamar si tienes alguna duda o necesitas algo.

Cedric la creyó. Era testigo de la determinación de esa mujer, de cómo trabajaba; sin duda se fiaba de ella, aunque es verdad que a tantos kilómetros de distancia como iba a estar a partir de ese momento las cosas podían empezar a verse de forma muy distinta. En todo caso, estaba convencido de que ese mes que ya llevaba en España no era en balde. Al principio, es verdad, sintió que tenía que convencer a los demás de que algo había pasado, porque no entendían que él era quien conocía a Denise mejor que nadie y sabía que jamás iba a desaparecer sin darle explicaciones. Pensaba, seguro que con razón, que para despejar esas primeras dudas que percibió fue muy importante su presencia física, porque a través de una videoconferencia lo más probable era que no hubiese tenido tanto poder de convicción.

Las despedidas, y más en un asunto como este, en el que las relaciones iban ya más allá de las estrictamente profesionales, son siempre delicadas. La última noche, Paco, el inspector jefe de la comisaría, y Patricia invitaron a cenar a Cedric. A la velada asistieron también dos comensales inesperados: nada menos que los dos hijos de la inspectora, de seis y dos años, que esa noche no podía dejarlos a cargo de nadie. La policía sabía que bajo ninguna circunstancia podía abandonar al hermano de Denise en un momento tan delicado como ese y si para eso tenía que llevarse a los pequeños a la cita no dudaba en hacerlo. Los dos críos se portaron bien, en especial el menor porque la mayor parte del tiempo estuvo dormido, de modo que los adultos pudieron charlar con tranquilidad.

La cena fue muy agradable, dentro de lo dura que era la situación. Más que platos, optaron por pedir unas raciones para picar, con presencia de los fantásticos embutidos de la zona. Cedric, claro, no podía dejar de pensar en qué sucedería a partir de entonces, en si la Policía sería capaz de resolver el caso, en las experiencias que acababa de vivir… Había sufrido mucho y también encontrado mucho apoyo, generosidad y empatía por parte de muchas personas a las que ni siquiera conocía y que probablemente nunca volvería a ver. Esa solidaridad le impresionó.

El viaje, en buena medida, lo reconfortó espiritualmente; había visto cómo los amigos de su hermana se volcaron con él con una generosidad que nunca imaginó… Movilizados hasta el límite de sus posibilidades, crearon una cuenta de Facebook, grabaron un vídeo, participaron en los rastreos… En todo momento lo acompañaron en un trance que de otra manera hubiera sido aún más doloroso, casi insoportable. En especial se acordaba del amigo norteamericano de su hermana que viajó hasta Astorga para reunirse con él y que lo acompañó durante un par de semanas. Tener al lado a esa persona cercana, que lo apoyaba en todo momento, lo ayudó mucho a ordenar sus pensamientos… Sin duda era lo mejor que le había pasado y su agradecimiento hacia él era infinito.

Cedric volvió a Madrid en tren para coger el avión de regreso a Estados Unidos. De nuevo se alojó en casa de Javier Pombo, que durante las semanas anteriores intentó seguir en contacto con él en

la medida de lo posible, ya que su trabajo, con muchísimos vuelos programados en ese periodo, lo mantenía muy ocupado. La última noche del hermano de Denise en Madrid compartieron cena e intercambiaron impresiones; también temores y esperanzas. Por la mañana, en la despedida, ambos se fundieron en un abrazo largo, cálido, familiar…

—Nunca te podré agradecer lo suficiente lo que has hecho por mí y por mi hermana.

—Cedric, no te preocupes, no tienes nada que agradecerme; aunque la conocí poco tiempo, la apreciaba mucho. Esos días que mi familia y yo pasamos con ella son imborrables. Seguimos en contacto y cualquier novedad que tenga te informo. La Policía me ha llamado para tener una entrevista, quiere que les cuente todo lo que sepa de tu hermana y de esas jornadas que pasamos con ella. Ya te contaré cómo va la reunión. Que tengas buen vuelo y no desesperes. Sé que es difícil, pero tienes que ser fuerte, por ti pero también por tus padres. Estoy seguro de que al final la van a encontrar.

El viaje de vuelta a Estados Unidos fue muy duro para el hermano de Denise. Durante el vuelo repasó todo lo vivido en España, sus dudas iniciales, porque nadie está preparado para un trance así, y las que aún le quedaban; y revivió todo lo bueno y malo que le había sucedido el último mes. Pero sabía que aún le esperaba en Arizona otro trago complicado: mantener una larga conversación cara a cara con sus padres para volver a explicarles que la Policía no tenía esperanza alguna de que Denise estuviese con vida y que, además, encontrarla no iba a ser nada fácil, que la investigación podía ser muy larga porque era también muy compleja. Era muy consciente, por lo demás, de que mientras no se localizase el cadáver nunca se terminaría el duelo en la familia, la angustia del no saber, la amargura de la despedida imposible.

Finales de mayo, complejo policial de Canillas, edificio central. En el ala izquierda de la tercera planta, donde tiene sus despachos la Sección de Homicidios y Desaparecidos de la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV Central), trabajan algunos de los mejores investigadores de la Policía. El comisario jefe, Héctor Moreno, acaba de recibir una llamada de su compañera, la también comisario María Marcos, jefa provincial de León. La

conversación, como no puede ser de otra manera, gira en torno a la peregrina desaparecida.

—Héctor, mi gente de Astorga necesita que entréis ya en la investigación. Han hecho un trabajo extraordinario, pero ha llegado el momento de que os incorporéis al caso. Ellos solos no pueden continuar.

—María, no te preocupes, llevo ya algunos días dándole vueltas a este tema y es evidente que hay que reforzar la investigación. La verdad es que tenemos mucho trabajo, pero entiendo que esto es más urgente y que también se puede complicar. Ahora mismo doy la orden de que te vayan a ver a León y que se pasen luego por Astorga. Nos ponemos con ello. Seguimos en contacto.

Nada más colgar el auricular, Moreno marcó el número de Carmen, la inspectora jefe al mando de la Sección de Homicidios y Desaparecidos, para comunicarle la novedad. La policía estaba en su despacho, al fondo de un largo pasillo, y de inmediato comenzó a pensar a quién encargar el asunto. No tardó mucho en decidirse: sería el Grupo II, aunque era consciente de que eso tenía un par de inconvenientes. El primero, que esos agentes estaban en un momento de actividad intensa, por las nuevas gestiones que se estaban realizando en relación con la desaparición de la joven pontevedresa Sonia Iglesias en 2010, y también sobre el triple crimen de Burgos, de 2004, dos de las espinas que tenía clavadas la unidad, además de por la investigación de un asesinato en El Ejido relacionado con un tema de drogas; el segundo, que uno de los inspectores de ese Grupo, Jesús, al que quería dedicar al asunto, estaba de baja por paternidad.

Las ventajas, sin embargo, eran mayores. En primer lugar, tenía plena confianza en Carlos, el subinspector que esos días llevaba buena parte del peso del Grupo II, con amplísima experiencia en homicidios y desaparecidos no solo en los servicios centrales, sino también en la Brigada de Policía Judicial de Madrid, una de las mejores escuelas de investigación que hay en España. Además, aunque en ese momento, contando con este investigador, disponía de ocho agentes, tres de ellos mujeres, estaba convencida de que serían capaces de sacar adelante todo el trabajo. Carlos como responsable, y Javi, Miguel Ángel y Eduardo se centrarían en la

peregrina; por su parte, las inspectoras Cris y Raquel, además de Patricia, estarían más volcadas en el caso de El Ejido, al que en ningún caso se iba a desatender, y de forma más puntual apoyarían a sus compañeros cuando fuese necesario. Y si las cosas se complicaban siempre se podía tirar de gente del Grupo I, al frente del cual estaba Óscar.

Con la decisión tomada, Carmen llamó a su despacho al subinspector Carlos. La inspectora jefe apenas tenía objetos personales allí; un calendario con fotos antiguas de ella, su marido y sus hijos, a los que había quitado miles de horas de atención por su pasión por la Policía y la investigación, y poca cosa más. Era una histórica de Homicidios, que se había ganado el respeto de todos sus compañeros por sus larguísimos años de servicio, que ahora empezaban a tocar a su fin. En las reuniones, siempre informales, le gustaba ofrecer a su gente frutos secos en una bandeja de Mahou… Era una forma de conseguir un ambiente más distendido, de confianza, para que todos expusieran sus ideas con absoluta libertad.

—Carlos, me dice el comisario que hay que subir a León. Nos vamos a incorporar a la investigación de la peregrina norteamericana desaparecida y quiero que lleves tú directamente el asunto. Prepara todo, porque en cuanto estemos listos salimos para León.

—Jefa, subimos tú y yo de momento, ¿no?

—Bueno, también se viene César, de Análisis de Conducta, porque hay una mujer que dice haber sido atacada hace unos días, el 16 de mayo, creo, cerca de donde desapareció la peregrina. Pero nuestra gente de allí cree que se lo ha inventado, así que va a ver si puede averiguar si eso es así o no, porque como te puedes imaginar el asunto tomaría otro cariz en caso de que se confirme la agresión. Por nuestra parte vamos a reunirnos primero con María Marcos en León y luego ya nos pasamos por Astorga para hablar con los compañeros y la jueza. Te adelanto que el tema es delicado; primero porque es el Camino de Santiago, y segundo porque la desaparecida es norteamericana.

El despacho del Grupo II estaba a pocos metros de allí. Se trataba de un antiguo laboratorio de Documentoscopia de la Comisaría

General de Policía Científica y de hecho conservaba algunos puntos de luz en lugares que solo se explicaba por esa funcionalidad anterior. Era amplio, disponía de un anodino mobiliario de oficina y de la pared colgaban varias fotografías de agentes que habían prestado y aún prestaban servicio allí. Pero entre todas, una tenía detrás una historia muy especial. Era la de la inspectora Alejandra, vestida de uniforme, muerta en acto de servicio mientras investigaba en Canarias la muerte de Sara Morales, allá por 2006. En su momento fue puesta allí por una compañera y amiga íntima, que cuando se marchó del grupo pidió a su sucesor, el inspector Jesús, que cuidara de ella. Este no la había conocido, pero por supuesto esa imagen siguió —y sigue— allí como recuerdo y homenaje a una servidora pública que dio su vida por la seguridad de todos.

De vuelta a su mesa de trabajo, el subinspector Carlos informó de la novedad a sus compañeros. Tras recopilar la poca información disponible sobre el caso comenzó a hacerse un esquema mental de qué hacer a partir de ese momento. Informó también a Jesús, el inspector, que aunque de baja se mantenía al tanto de las líneas generales de los asuntos que se llevaban en el Grupo II.

A primerísima hora de la mañana del 29 de mayo, viernes, el Ford Mondeo plateado de doscientos caballos adscrito a la Sección de Homicidios y Desaparecidos enfilaba la carretera de La Coruña. Ese coche se había hecho muy famoso tiempo atrás cuando las cámaras de televisión y fotográficas recogían una y otra vez su imagen en sus constantes entradas y salidas de la finca Las Quemadillas, de Córdoba, en la que José Bretón asesinó a sus hijos Ruth y José. A bordo, Carmen y Carlos intercambiaban impresiones sobre la nueva investigación que afrontaban, conscientes de que hasta que no estuvieran sobre el terreno no podrían hacerse una idea cabal de la situación.

El subinspector, siempre dentro de la tensión que supone asumir un reto de este tipo, estaba tranquilo. Primero, porque no era la primera vez que le asignaban un caso muy complicado en sus veinticuatro años de servicio; segundo, porque sus jefes directos —Jesús, el inspector, Carmen, la inspectora jefe, y Héctor Moreno, el comisario al mando de la UDEV Central—, tenían también mucha

mili a sus espaldas en estos temas y, de hecho, el primero, el más *novel* de todos, acumulaba ahora cuatro, con casos muy delicados como el del pederasta de Ciudad Lineal, en Madrid; y tercero, porque compartía grupo con policías que consideraba ya de su familia —en uno de los casos, literalmente, porque es hermano suyo — y que llevaban con él, el que menos, nueve años. Podían salir mal las cosas, pero no sería ni por falta de preparación, ni de horas de trabajo.

Las tres horas escasas de viaje —los límites de velocidad no estaban entre las prioridades del conductor en ese momento— pasaron rápido. Al filo de las diez de la mañana, los tres policías llegados de Madrid estaban en la puerta del amplio despacho de la comisaria Marcos, en la segunda planta, en cuya mesa de trabajo, siempre ordenada, nunca faltaban caramelos de violeta. Conocía de sobra a Carlos y a Carmen, al primero muy especialmente porque fue su jefe cuando mandaba la Brigada de Delitos contra las Personas, de la UDEV Central. Existía, por tanto, confianza mutua; todos sabían cómo trabajaban los demás. La cordialidad, incluso la complicidad por las historias anteriores compartidas, presidían la reunión.

—Ya están avisados los de Astorga y tienen todo preparado. La instructora de las diligencias va a seguir siendo la inspectora Patricia, jefa del Grupo Operativo Local, y Carlos, tú serás el secretario. Es lo lógico porque ella empezó la investigación y también por razones de categoría profesional. No vais a tener ningún problema entre vosotros, entre otras cosas porque desde hace tiempo ya estaba deseando que os incorporarais al caso… Como os podéis imaginar son un grupo pequeño, están trabajando al límite desde hace tiempo y necesitan como el comer que se les eche una mano.

—Por supuesto, jefa, no hay ningún problema con que ella sea la instructora y yo el secretario. Además, la inspectora está en Astorga siempre y si hay que hacer cualquier gestión urgente con la jueza es más eficaz que sea así. Seguro que vamos a trabajar bien juntos.

—Si necesitáis cualquier cosa, me lo decís. No necesito explicaros que este es un caso no solo complicado, sino también muy delicado porque afecta a la imagen del Camino de Santiago, la desaparecida es norteamericana y la embajada querrá estar al tanto… Pero sobre

todo hay preocupación porque pueda instalarse un clima de inseguridad entre los peregrinos.

La comisaria era muy consciente de que la ruta jacobea era una de las principales fuentes de ingresos en economía de la zona y que, si ese temor se extendía, muchos negocios podían empezar a tener problemas.

La conversación, siempre distendida, continuó con la puesta al día de algunas cuestiones generales acerca del asunto, aunque María Marcos ya les advirtió de que para conocer los detalles tenían que esperar a reunirse con sus compañeros de Astorga. Sin más temas que tratar finalizó la reunión y los tres policías de Madrid continuaron camino hacia esa población, a apenas treinta y cinco minutos por autopista.

En la comisaría esperaba Paco, el inspector jefe al mando, la inspectora Patricia, jefa del Grupo Local Operativo, y Luis, subinspector del mismo. Tras los saludos de rigor, los seis —por supuesto, además de Carmen y Carlos estaba César, de Análisis de Conducta— pasaron a la sala de reuniones anexa al despacho del primero de ellos, en la primera planta, que contaba con una amplia mesa ovalada muy adecuada para este tipo de encuentros de trabajo.

Después de los preámbulos habituales, Patricia tomó la palabra para explicar con detalle a sus compañeros todas las gestiones que se habían hecho hasta ese momento.

—Desde que llegó la denuncia de la desaparición no hemos parado. Aunque luego os lo daremos todo en un *pen* y algunas cosas en papel, os hago un pequeño resumen de lo que se ha hecho. Lo primero fue mirar los registros de los centros hospitalarios y de salud entre León y Galicia, por si había sufrido un accidente o una enfermedad; también hemos hecho batidas en la zona en la que desapareció, en concreto el tramo del Camino entre Astorga y El Ganso, así como sus márgenes, igualmente sin resultado; hemos preguntado en bares, tiendas, a ver si alguien la había visto después de salir de Astorga, y es increíble, pero nadie la recordaba, y eso que sus rasgos físicos, orientales, son más fáciles de retener; miramos los registros de las hospederías de todas las localidades

próximas, y su último alojamiento conocido fue la noche del 4 al 5 de abril en el albergue San Javier de Astorga; hemos revisado las bases de datos policiales, difundido la fotografía de Denise y, gracias a que su hermano Cedric viajó a España, pudimos conocer muchos detalles de su situación personal, vida anterior e historial médico; además, analizamos con él todas las fotografías y vídeos que hemos localizado de ese día y de los anteriores en los que estuviera ella… Cedric también tenía las claves de sus cuentas corrientes, así que hemos comprobado que no volvió a hacer ningún movimiento económico desde el 3 de abril cuando hizo un pago en un alojamiento de Hospital de Órbigo. Pedimos además el tráfico de llamadas en la zona en la que desapareció para rastrear su señal de móvil. Asimismo nos hemos puesto en contacto con muchos otros peregrinos que compartieron Camino con ella, por si sabían algo. En paralelo, desde el primer momento nos planteamos que podía haber sido víctima de un ataque, mucho más cuando las primeras gestiones para localizarla comenzaron a dar resultados negativos, así que empezamos a buscar incidentes similares que pudieran estar en nuestros archivos… Y es entonces cuando surgió el dato que creo que es más importante. En la zona en la que desapareció esta chica habían atacado hace un año a otras dos peregrinas, una china y otra alemana, que, como Denise, hacían solas el Camino aunque eran más jóvenes que ella. Las dos dieron una descripción similar del agresor, que además actuó de forma parecida, esperando oculto detrás de arbustos o árboles la llegada de la víctima. Por el caso de la alemana lo detuvimos, pero quedó en libertad porque esta no lo reconoció al ir encapuchado. Tampoco su voz… Se llama Miguel Ángel Muñoz Blas, vive en una casa prefabricada en finca junto a un camino rural de Castrillo de los Polvazares y es un tipo raro, solitario. Los vecinos le acusan de ser autor de pequeños robos; ya os podéis imaginar, el clásico solitario, malencarado, agresivo. Mi relación con él fue muy tensa, me dio la impresión de que era un misógino, así que cuando desapareció Denise nos fuimos a verle… En el caso de la alemana se negó al registro de su casa hasta que no hubiera por medio orden judicial; esta vez, y eso es curioso, nos abrió las puertas de par en par, sin orden ni nada… Sabía que allí no íbamos a encontrar nada.

—Habéis hecho un trabajo tremendo, la verdad es que no sabemos si nosotros podremos hacer mucho más… ¿Tenéis los dos

expedientes de esas agresiones?

—Sí, por supuesto, están a vuestra disposición en la documentación que os hemos preparado… Sé que es muy pronto, que no hay que descartar nada, pero ese tío de Castrillo de los Polvazares me da mala espina. Es un chulo, y violento.

—Es lo mejor que tenemos, desde luego, y a priori el perfil puede coincidir… Habrá que mirarle a fondo. ¿Más sospechosos?

—Sí, han salido algunos nombres… Ya sabéis, exhibicionistas, gente que ha acosado a peregrinas, aunque no hayan tenido contacto físico con ellas, que les han robado… Tenemos hasta ocho tipos de estas características. También los hemos mirado, pero quedan cosas pendientes de hacer con ellos. Por supuesto, cada vez que nos llaman con algún supuesto avistamiento también lo estamos comprobando. Hemos tenido un caso en Galicia, pero nada, y algún otro, en León, Salamanca, Sevilla… Hay que tener en cuenta que el caso ya ha salido en los medios, aunque de momento no está desmadrada la cosa. Y queda por hacer el estudio económico de Miguel Ángel, no vaya a ser que surja algo…

—Muy bien, muchas gracias por vuestra ayuda, insisto en que habéis hecho un trabajo impecable. Nos llevamos toda la documentación a Madrid para estudiarla y preparar un plan de actuación. Cualquier cosa que surja, hablamos. Para nosotros es muy importante que sigáis a tope con la investigación; estáis aquí, conocéis a la gente… Vuestra colaboración es imprescindible; nosotros venimos a echar una mano, sabemos que tenéis que estar desbordados. Patricia, sé que tú sigues como instructora de las diligencias y yo seré el secretario, no hay problema en eso. Estamos en contacto permanente. Mañana por la mañana vamos a ver a la jueza. Por cierto, ¿qué tal es?

—Muy bien, está muy implicada en la investigación y cuando le hemos tenido que hacer peticiones nos las ha autorizado sin problema. La relación es muy buena, la conocemos de hace tiempo. En ese sentido no creo que vayáis a tener problemas con ella.

—Me alegro, es una tranquilidad. En fin, lo dicho; seguimos hablando, seguro que volvemos a estar pronto en contacto…

El día había sido intenso, pero Carmen y Carlos estaban satisfechos. A medida que Patricia les contaba todas las gestiones que se habían hecho, en sus cabezas comenzaban a tomar forma los nuevos pasos a dar en la investigación, con Miguel Ángel Muñoz en el foco principal, como candidato más importante aunque no hubiera nada concreto contra él, pero sin descuidar las otras líneas de trabajo.

El ambiente con los compañeros de Astorga había sido muy positivo, sin que hubieran surgido celos profesionales entre ellos, como en alguna otra ocasión en circunstancias similares. Conocieron también al resto del Grupo Operativo Local, al que estaban adscritos Archi, Chapinal, Josan y Benjamín, que junto con Patricia estaban muy metidos en el asunto. Carmen y Carlos confiaban en que se podía formar con todos ellos un potente equipo de trabajo. El peso lo llevaría la UDEV Central, claro; pero Astorga estaría implicada también al mismo nivel. No tenía sentido desperdiciar recursos.

El hotel elegido para pasar la noche era el Ciudad de Astorga, un cuatro estrellas —sin duda, el mejor de la ciudad—, situado muy cerca del imponente Palacio Arzobispal. A pesar de las exiguas dietas —sesenta y cinco euros para dormir y treinta y siete para comer y cenar— podían pagarlo al no ser temporada alta, y además les era muy cómodo porque les permitía dejar el coche en comisaría, también a muy poca distancia de allí.

A primera hora de la mañana siguiente, sábado 30 de mayo, Carmen y Carlos llegaron a la plaza de los Marqueses de Astorga para reunirse con la titular del Juzgado de Instrucción número 2 de la localidad, en su pequeño despacho de la primera planta. El recibimiento, como vaticinó Patricia, fue cordial. La inspectora jefe le explicó que se incorporaba a la investigación la UDEV Central de la Comisaría General de Policía Judicial, y que en concreto el subinspector que la acompañaba, del Grupo II de la Sección de Homicidios y Desaparecidos, sería el secretario de las diligencias, continuando la inspectora Patricia como instructora. Además intercambiaron opiniones sobre el caso al que se enfrentaban, los policías se pusieron a su entera disposición y finalmente le hicieron una petición.

—Señoría, vamos a solicitarle que dicte un mandamiento a las

compañías telefónicas para que faciliten la información de las antenas BTS de varias poblaciones cercanas en el intervalo de fechas y tramo horario en el que se produjo la desaparición… Nos interesa porque queremos precisar al máximo el recorrido que hizo Denise hasta su desaparición, si el teléfono móvil de alguien con antecedentes estaba junto al de ella esos días, grupos de personas… Para nosotros disponer de esa base de datos es muy importante, no solo ahora, sino para el resto de la investigación, porque en cualquier momento puede surgir alguna pista de un individuo y podemos contrastar rápidamente si estaba o no en la zona crítica en la que se perdió la pista a la peregrina.

—No hay inconveniente; envíenme un oficio con la solicitud exacta de lo que necesitan y las razones de la misma y lo estudio, pero en principio no veo que vaya a haber problemas. Es razonable lo que piden. Y ténganme al tanto de cualquier novedad en la investigación, bien la inspectora o usted. Quiero seguir muy de cerca este asunto.

—Así lo haremos, señoría, muchas gracias por todo y, por supuesto, seguiremos en contacto.

La inspectora jefa, el subinspector y César, de Análisis de Conducta y que acababa de mantener una entrevista con Covadonga, regresaron a Madrid después de comer con sus compañeros de Astorga. Fue un almuerzo rápido, porque querían llegar cuando antes para intentar aprovechar con sus familias lo que restaba de fin de semana. En el trayecto, que procuraron aligerar al máximo, repasaron los resultados del viaje —para el especialista en Análisis de Conducta estaba claro que la supuesta víctima no era tal— y al llegar a la capital se despidieron, en el caso de Carmen y Carlos hasta primera hora de la mañana del lunes.

Ese día, 1 de junio, el Grupo II abrió, como hacía con cada caso, el diario de gestiones, en el que se anotan todas las cosas que se hacen, quién las hace y cuál es el resultado. No es un documento oficial, pero a través de él se puede reconstruir el trabajo policial, buscar datos clave en pocos segundos… Ordenar, en definitiva, el caos en que a veces se convierte una investigación larga como se preveía que iba a ser esta. Es, por tanto, la biblia de los agentes.

En el encabezamiento, Carlos escribió: «Operación Peregrina». Y a partir de ahí, en los distintos campos que se podían rellenar se describía el origen de la investigación, en este caso oficial; el nombre de la víctima, con su fecha de nacimiento; el lugar, Astorga; la síntesis del caso, «desaparición de alto riesgo», y entre otros datos más, el número de diligencias policiales (Astorga 569/15, Madrid 3759/15) y las judiciales (DP 378/15).

Los dos primeros asientos en este diario de gestiones recogieron el viaje a León y Astorga de Carmen y Carlos, acompañados por César, y la reunión del día siguiente con la instructora. Cuatro días después, el 5 de junio, se daba cuenta de la recepción de los atestados de las agresiones a las peregrinas china y alemana y de la localización de los dos hermanos del principal sospechoso, con domicilio en Villanueva de la Cañada (Madrid) y Pantoja (Toledo), junto a sus números de teléfono… La investigación del Grupo II de la UDEV empezaba a caminar.

Pocos días más tarde, un informe de la Sección de Análisis de la Conducta llegaba a conclusiones demoledoras sobre el encuentro con Covadonga, la mujer supuestamente agredida el mismo día de la desaparición de Denise: «La entrevista prestada por Covadonga A. en relación con los hechos investigados es altamente compatible con un testimonio deshonesto». En otras palabras, había muchas posibilidades de que hubiera mentido.

Estos especialistas basaban su conclusión en nueve argumentos, como las contradicciones en asuntos nucleares de su relato, las evasivas a las preguntas que se le hacían, las vaguedades sobre los hechos, respuestas inusuales a preguntas que no tenía preparadas o explicaciones o justificaciones innecesarias, entre otras. Se daba, por tanto, carpetazo al asunto.

— . —

— CAPÍTULO 7 —

«UN MENTIROSO COMPULSIVO»

El Grupo II de la UDEV, además de la inspectora jefe Carmen y el comisario Héctor Moreno, utilizaron los primeros días para estudiar toda la documentación y plantear lo que se presentaba con una investigación muy compleja, como lo eran todas las de desapariciones, en las que la principal dificultad radica en la ausencia de una escena del crimen. Eso supone partir de cero, reconstruir hasta donde es posible los últimos pasos de la víctima, conocer hasta el mínimo detalle de su vida, su forma de pensar y reaccionar, su círculo social, tanto familiar como de amistades y profesional, acotar bien los espacios… Es un trabajo minucioso, casi de orfebre, en el que cualquier cosa en apariencia menor puede encerrar una clave del misterio.

La Sección de Homicidios y Desaparecidos de la UDEV tenía amplia experiencia en este tipo de asuntos y por tanto también una forma metódica de trabajar, ampliamente experimentada, que luego adaptaba a cada situación concreta. Tras la reunión con sus compañeros de Astorga, Carlos tenía ya un perfil muy aproximado de Denise, pero como «cuatro ojos ven más que dos» quiso mantener personalmente una entrevista con Cedric, el hermano de la peregrina, y Josh, su antiguo novio. No es que hubiera desconfianza hacia Patricia y su gente; es que era la forma de trabajar del Grupo II y les funcionaba bien.

El 8 de junio, el subinspector de la UDEV se desplazó a la Embajada de Estados Unidos en Madrid para mantener una videoconferencia con esas dos personas, que desde el primer momento mostraron su predisposición a colaborar en lo que fuera necesario. Muchas de las preguntas a Cedric, como no podía ser de otra manera, eran las mismas que ya le había hecho la inspectora Patricia durante la estancia en Astorga, pero las respuestas podían aportar nuevos matices de interés para la investigación y ayudar a configurar un perfil más preciso de la mujer desaparecida.

—Buenas tardes, Cedric, le voy a hacer una serie de preguntas.

Algunas se las habrán hecho ya mis compañeros, pero es importante que responda de la forma más detallada que le sea posible. Bien, ¿me podía decir en qué trabajaba su hermana?

—Era jefa de proyectos de una compañía de mascotas, pero lo dejó hace un año. Quería descansar, llevaba muchos años trabajando.

—¿Cómo era la relación con su familia?

—Muy buena, muy cercana con nuestros padres y por supuesto también conmigo. Teníamos total confianza.

—¿Le conoce alguna relación sentimental, alguna conflictiva?

—No tiene novio; tuvo uno hace tres o cuatro años, pero lo dejaron. No tuvo problemas ni con él ni con nuestros familiares. La verdad es que no ha tenido discusión alguna que pueda justificar lo sucedido. Por lo demás, no es una mujer promiscua sexualmente, entre otras cosas porque tiene una formación religiosa; le gusta, eso sí, viajar con amigos, sobre todo con mujeres, aunque no se siente atraída por ellas…

—¿Cómo era su hermana?, ¿en qué estado de ánimo la encontró en la última conversación que mantuvieron?

—Denise no era especialmente extrovertida, ya le digo que sí le gustaba viajar, pero sobre todo acompañada por amigos. Nosotros hablábamos cada dos días normalmente, siempre por Skype, y la verdad es que estaba bien de ánimo, no la encontré preocupada, más bien al contrario. Me contó las anécdotas del Camino, como había hecho las otras veces que hablamos.

La entrevista continuó y salió a relucir desde un primo de la madre que residía en Portugal aunque habían perdido el contacto hacía tiempo, hasta el caso de Débora Fernández Cervera, cuyo cadáver fue encontrado desnudo y colocado cuidadosamente en el arcén de una carretera, por si había tenido alguna relación con esa familia, que aventuró la posibilidad de que los dos asuntos estuvieran conectados… Por supuesto, el hermano de Denise no tenía ni la menor idea del tema.

—Bien, Cedric, muchas gracias por su colaboración. Si hay cualquier novedad le informamos de inmediato. También nos gustaría que nos haga llegar una muestra de ADN de sus padres, bien vía FBI o a través de la Comisaría General de Policía Científica, vía Interpol. Es importante que lo haga lo antes posible.

El siguiente en responder a las preguntas de Carlos fue Josh, el exnovio, quien contó que había mantenido una relación con Denise entre 2004 y 2008 después de conocerse en la empresa de animales de compañía para la que ambos trabajaban. Precisó también que fue ella la que cortó la relación, aunque añadió que se seguían llevando bien y que incluso compartían un perro. Además, mantenían el contacto en el trabajo.

—Josh, ¿qué le contó Denise antes de comenzar su viaje?

—Bueno, ella me dijo que estaba estresada y que necesitaba hacerlo, pero como ya les habrán comentado era una mujer introvertida y no me contó mucho más.

—¿Ha tenido otros novios después de usted?

—No lo sé, nunca me dijo nada de ese tema. Lo que sí le puedo decir es que fue a un colegio de monjas, aunque no era especialmente religiosa.

—¿Qué más nos puede contar de Denise?

—Poco más que les pueda servir, solo que era una mujer que no bebía alcohol y tampoco trasnochaba, y que sabe conducir.

La entrevista servía para apuntalar el perfil de la peregrina, pero no aportaba grandes sorpresas. Se confirmaba que era una mujer que no iba a correr riesgos de forma gratuita, poco aficionada a entablar nuevas amistades, al menos en un primer momento, y que su estado de ánimo era bueno las horas previas a su desaparición… Todo ello, unido a las infructuosas gestiones en hospitales, centros sanitarios y albergues apuntaba cada vez con más claridad a que Denise estaba muerta, aunque aún era preciso aclarar si víctima de un accidente o de una agresión. Eso sí, las esperanzas de encontrarla con vida eran mínimas, por no decir nulas.

Los policías decidieron que era buena idea mirar quién era ese primo de la madre, más que nada por si la mujer hubiese decidido ir a visitarlo. Pero lo cierto es que no se detectó el menor indicio de que la desaparecida hubiera viajado hasta ese país. De hecho, ya se habían consultado las bases de datos de líneas aéreas y de fronteras y no surgió indicio alguno en esa dirección. Y tampoco tenía sentido que si eso era lo que había hecho no se hubiese puesto en contacto con su hermano Cedric, ya que no era nada vergonzante ni que tuviera que mantener en secreto. La UDEV, por tanto, llegó a la misma conclusión que sus compañeros del Grupo Operativo Local de Astorga.

El inspector Jesús entró a primera hora de la mañana en el despacho del Grupo II. Tras el permiso de paternidad, que lo había apartado de la primera línea de la investigación, una enfermedad de su mujer lo obligaba a no poder estar tan encima de los asuntos como le gustaba y, por supuesto, le impedía viajar. De todas formas, se implicó en el caso al máximo de sus posibilidades en ese momento.

Sabedor de que se estaba tras un tipo con un perfil inquietante, como era el de Miguel Ángel Muñoz, pidió los atestados de las dos jóvenes peregrinas, china y alemana, que sus compañeros se habían traído de Astorga. Los analizó detenidamente y, cuando acabó, alzó la cabeza y dijo a sus compañeros, con una convicción absoluta: «Este tío ha asesinado a Denise». Eso sí, de la misma forma que pronunció esa frase tan rotunda tenía muy claro que de momento no se contaba con pruebas que lo incriminasen y que no iba a ser fácil conseguirlas. Así que no había más remedio que seguir «pico y pala», trabajando al máximo como siempre y, además, sin descartar hipótesis alguna; por experiencia sabía que los casos, a veces, daban giros inesperados.

Además de conocer a fondo a la víctima, en una desaparición es decisivo dibujar bien el perfil del sospechoso; se hace incluso cuando no hay uno concreto a la vista y se plantean hipótesis de cómo puede ser en función de los datos que se conocen —en este tipo de trabajo son especialistas los agentes de la Unidad de Análisis de la Conducta—, con mucha más razón cuando hay alguien en el foco de los investigadores. Como ya sucedía con Cedric y Josh, los

agentes de Astorga tenían adelantada una buena parte de la información sobre el objetivo, pero interesaba mucho conocer qué pensaban los familiares de Miguel Ángel Muñoz. El Grupo II se puso a ello y pronto hubo resultados.

El 11 de junio, el subinspector Carlos lograba localizar al padre de Miguel Ángel, Juan José Muñoz, mayorista de un negocio de carne y que además se dedicaba a la construcción. El hombre, de entre sesenta y cinco y setenta años, alto y de una educación exquisita, se mostró en todo momento muy colaborador, hasta el punto de facilitar a los agentes el teléfono de María José, la expareja de su hijo. Sin duda, ella mejor que nadie podía contar cómo era el sospechoso en la intimidad, ya que Miguel Ángel Muñoz se fue joven de casa y su relación con su progenitor no era buena. La declaración de este hombre, así como la de otros familiares, se pospuso para días después.

La actividad del Grupo II era frenética. Paralelamente a las anteriores gestiones, desde Astorga la inspectora Patricia había trasladado a Carlos y a su compañero Miguel una información que también era relevante:

Te envío [escribió la jefa del Grupo Operativo Local] los datos de un hombre identificado ayer en Astorga, que fue condenado por una agresión sexual con penetración hace tiempo. Iba con tres hombres con antecedentes policiales y supuestamente se movían en una Citroën Jump.

Era otra línea clara de trabajo a explorar porque la presencia de ese individuo allí obligaba a reconstruir sus movimientos y el de sus compañeros el día y la franja horaria en que desapareció Denise y a averiguar de quién era esa furgoneta en la que al parecer se movían, o si había otra similar con unos individuos distintos merodeando por la zona. El de la agresión sexual era uno de los principales móviles que se barajaban y estos datos obligaban a hacer un trabajo de descarte que no iba a ser sencillo.

Además, Cristina, del Grupo II, hizo una consulta telefónica a cardiólogos del hospital de Txagorritxu, en Vitoria, para saber si la cardiopatía que sufría la peregrina podía provocar un infarto. La respuesta de los especialistas fue que una persona con esa patología

tenía exactamente las mismas posibilidades de sufrir un episodio como ese que otra que no la tuviera. Otra razón más para pensar que la posibilidad de que hubiese sufrido algún problema de salud eran mínimas.

A la primera entrevista con María José, concertada para la mañana siguiente en la residencia de acogida de mujeres Mater Admirabilis de Pozuelo de Alarcón (Madrid) y gestionada por las Esclavas de la Virgen Dolorosa, acudieron Carlos y Miguel Ángel. Se trataba, como en el caso del padre, de una charla informal, pero la verdad es que la mujer, a la que los policías informaron de la investigación que tenían entre manos aunque en términos muy generales, se abrió a contestar todas las preguntas desde el primer minuto.

María José es una persona menuda, de mediana edad y en cuyo rostro se reflejan las huellas de una vida que no la ha tratado demasiado bien. Acogida en ese centro con su hija Lilith —ella tiene otros dos vástagos de una relación anterior—, Miguel Ángel se había separado de ella precisamente al quedar embarazada, en un momento en el que ambos residían en una vivienda okupada de Brunete, también en Madrid. La razón: no quería reconocer a la pequeña, que de hecho no lleva sus apellidos.

El encuentro se hizo en un salón de mobiliario sobrio y pronto los policías lograron un ambiente de confianza, en el que María José se sentía cómoda a pesar de las circunstancias.

—Muchas gracias por recibirnos tan pronto… Como le dijimos por teléfono esto es solo una charla, ya la llamaremos a declarar más adelante si lo consideramos necesario. Es importante que sea sincera, porque lo que usted nos cuente nos puede ser muy útil para la investigación.

—Por supuesto, no se preocupen por eso…

—¿Cuándo conoció a Miguel Ángel?

—Fue en 2010. Nos vimos por primera vez en el departamento de «oficios varios» de la CNT, cuando él trabajaba como jardinero en el Acuópolis de Villanueva de la Cañada, aquí en Madrid. Ahí comenzó una relación y durante un año, más o menos, estuvimos

juntos en una urbanización okupada en Brunete. Pero rompimos cuando me quedé embarazada, porque él no quería reconocer a la niña, que nació en 2012. Cuando me puse de parto ya me había ido a vivir a Navalquejigo, un pueblo okupa que está cerca de El Escorial. Él, por su parte, se marchó a otras poblaciones también okupas que gestiona la CNT y que están cerca de Pamplona… Lakabe y Uralto, creo que se llaman. En septiembre de ese año es cuando me vine para la residencia.

—Desde entonces, ¿ha vuelto a tener contacto con su expareja?

—De forma muy esporádica, y siempre con la excusa de que quería ver a la niña. Pero no quiero saber nada de él. Vino en octubre de 2012 a Madrid, me contó que había tenido problemas en Navarra y que tuvo que abandonar los pueblos okupas. Desde ese momento hasta mayo de 2013 estuvo en Navalquejigo, aquí en Madrid, en una caravana que era mía y en la que residía sin mi permiso. Fue después cuando me dijo que se iba a un pueblo cerca de Astorga, a unos ocho kilómetros de esa localidad. Nosotras nunca hemos ido a verle, aunque Miguel Ángel me decía que quería que viviéramos con él allí… Creo que lo que de verdad quería era que trabajara para mantenerlo. Por eso siempre me negué a ello.

—Pero ¿Miguel Ángel tiene algo tuyo allí? —En ese momento de la conversación, el trato había dado paso al tuteo, mucho más cercano.

—Me pidió permiso para llevar ropa de Lilith que tenía en mi caravana de Navalquejigo, pero nada más…

—María José, vamos a empezar ahora una serie de preguntas, algunas muy personales. Créenos que si no fuera necesario no te las haríamos. La primera, ¿cómo definirías a Miguel Ángel?

—En un primer momento parece una persona calmada y afable, pero cuando le conoces más ves que es agresivo y que no le puedes llevar la contraria. No me ha llegado a agredir, pero casi; es verdad que también me ha amenazado alguna vez, pero lo que más hacía era insultarme. Siempre tiene que llevar la razón. Además es envidioso, celoso y un mentiroso compulsivo.

—¿Ha tenido comportamientos racistas? —Carlos y Miguel habían introducido esa cuestión porque Denise tenía rasgos orientales, y podía ser un móvil más de una agresión.

—En alguna ocasión sí ha hecho comentarios de ese tipo, pero desde luego a lo que es muy dado es a hacer otros muy machistas… Eso, muchas veces.

—¿Es consumidor de pornografía? ¿Cómo era su vida sexual con él? —le preguntaron con la máxima delicadeza de la que fueron capaces los policías.

—No sé si le gusta la pornografía o no —contestó ella con cierta timidez, pero también con naturalidad—. Nuestras relaciones sexuales eran clásicas, él no era especialmente activo. Hacíamos el amor unas tres veces por semana cuando estábamos bien. Sé que ha estado con más mujeres, pero la verdad es que ignoro si me ha sido infiel.

—¿Es consumidor habitual de drogas, de algún medicamento?

—Antes desde luego consumía hachís, pero ahora no tengo ni idea. En cuanto a medicamentos, no tomaba ninguno mientras estuvimos juntos.

—¿Tenía acceso a armas?

—Nunca le he visto con una, y desde luego en casa tampoco tenía. Pero es verdad que al estar metido en grupos anarquistas y okupas podría conseguir una en el mercado negro en cuanto quisiera. Una vez me dijo que a primeros de 2000 estuvo en Italia en una manifestación antiglobalización con motivo de una cumbre del G-8 y que lo habían detenido. Eso me lo confirmó más tarde su padre. Además, Miguel Ángel me contó que había viajado en alguna ocasión a Centroamérica para entrar en contacto con grupos de la guerrilla colombiana, y también a México, para hablar con los zapatistas. De todas formas, creo que esto os lo puede contar mejor el padre y su mujer, porque es colombiana y al parecer se reunió con los familiares de ella.

—María Jesús, ¿cuándo hablaste por última vez con Miguel Ángel?

—Hace un mes; me habían devuelto un dinero, unos ochenta euros, creo que por un curso que hice en 2012 de auxiliar de enfermería para desempleadas. Desde entonces lo tenía reclamado. Miguel Ángel me llamó para preguntarme cómo quería que me enviara el dinero. Le dije que por giro postal. Un par de días después me volvió a llamar para decirme que ya me había hecho el envío y darme una clave para retirar los ochenta euros, pero aún no he podido ir a por ellos porque tengo el carné de identidad caducado. En una de las llamadas anteriores también me comentó que había ganado un juicio en los juzgados de Getafe o Móstoles y que le dieron una cantidad de dinero. Su intención era cobrarlo desde Astorga, para no tener que viajar hasta Madrid.

—Lo estás haciendo muy bien, María José. Ya estamos terminando. ¿Algo más que recuerdes?

—Bueno, en 2014, cerca ya del verano me llamó para decirme que no podía ir al cumpleaños de nuestra hija, que es en agosto, porque le habían acusado de algún delito… Me contó algo de un abogado y que su teléfono estaba «pinchado», pero no le presté mucha atención.

—Pero ¿sabes si se ha dedicado a cometer robos menores?

—Creo que algún hurto o robo sí ha cometido…

—Y físicamente, ¿cuándo lo viste por última vez?

—Estas Navidades. El día de Nochevieja cenamos juntos en un piso del padre de Miguel Ángel. Recuerdo que me comentó que su intención en un futuro era buscar una casa en Madrid para poder estar cerca de la niña.

—Una última cosa, ¿sabes si ha tenido cuentas bancarias y de qué entidad?

—Antes tenía una en el Banco Santander, pero ahora no; también tuvo otra en La Caixa y nunca usaba tarjetas de crédito.

—Muchísimas gracias por todo, nos has sido de gran ayuda. Otra cosa, quédate con nuestra tarjeta, y si recuerdas algo más o él se

vuelve a poner en contacto contigo, por favor nos llamas por teléfono. No importa la hora que sea.

—No os preocupéis, así lo haré.

Carlos y Miguel salieron satisfechos de la residencia Mater Admirabilis. Con lo que ya sabían de antes y lo nuevo que les había contado María José tenían muchos más datos para trazar una estrategia sobre el principal sospechoso. Pero aún querían saber más de él, de modo que se entrevistaron con el padre y el tío de Miguel Ángel, además de con una persona de la que les había hablado la inspectora Patricia porque podía aportar datos del sospechoso: el presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares, Esteban Salvadores.

De las tres nuevas entrevistas planificadas, esta última fue la primera que abordaron Carlos y Miguel, el 18 de junio, durante uno de los viajes a Astorga que ya comenzaban a ser habituales. Seguían siempre la misma rutina. Salían muy pronto, de madrugada, e intentaban agrupar todas las gestiones en los menos días posibles para intentar conciliar en lo posible su trabajo con la vida familiar.

La cita con Salvadores fue en la empresa que Esteban tiene en la población leonesa.

—Esteban, muchas gracias por recibirnos. Esta es una conversación informal, pero para nosotros tiene mucha importancia poder conocer todo lo posible sobre Miguel Ángel Muñoz. Pensamos, como usted, que es posible que tenga algo que ver con la desaparición de la peregrina, aunque es solo una de las líneas de investigación que seguimos. Si es necesario, más adelante, con calma, le tomaremos declaración de forma oficial. Lo primero que queremos preguntarle es cuándo conoció a este hombre.

—De acuerdo, no hay inconveniente. A Miguel Ángel le conozco desde hace dos o tres años, no se lo puedo precisar con exactitud, cuando apareció por el pueblo. Al principio la relación era cordial, e incluso algunos le ayudamos a hacer algunas tareas en la finca en la que tenía la casa, a transportar y facilitarle materiales para la instalación de una fosa séptica en ese terreno… La verdad es que me sorprendió que una sola persona fuera capaz de cavar un

agujero de esas dimensiones en un terreno tan duro como ese… Al cabo de un tiempo su actitud cambió de forma radical y la verdad es que todos los incidentes y problemas que se han producido en Castrillo de los Polvazares han coincidido con su llegada; antes nunca pasaba nada, era un pueblo muy tranquilo. Con él cambió todo.

—Después de la desaparición de la peregrina, ¿notó algo extraño en él?

—Sí, me llamó la atención que hubo un cambio en su forma de vestir e incluso en su aseo personal. Se afeitó la barba, que antes llevaba desaliñada y muy larga, y se cortó el pelo. Además, como soy aficionado a la montaña me llamó la atención que llevara ropa de marca para hacer este deporte. Nunca antes se la había visto, así que me extrañó.

—¿Qué incidentes ha protagonizado?

—Por ejemplo, tuvo una discusión y casi llega a las manos con Fernando, un médico de aquí, simplemente porque paseaba cerca de su finca. Además reprochaba a los vecinos que anduvieran por los caminos próximos a su casa. También ha robado carteles del coto de caza y cambiado flechas que indican el Camino de Santiago en una bifurcación. Eso hacía que los peregrinos se confundieran y pasaran por su propiedad…

—Pero eso es contradictorio con que no quiera que la gente del pueblo pase por delante de la finca…

—La gente del pueblo ya no quiere pasar por allí… En el restaurante Cuca la Vaina ha tenido varios incidentes con los empleados, ya que les pide comida y las sobras de los servicios con malas maneras.

—¿Con alguna mujer ha tenido problemas?

—Sé por una maestra de San Justo de la Vega, María José, que es prima segunda mía, que alguna vez se ha sentido intimidada por las miradas lascivas de Miguel Ángel cuando se ha cruzado con él. Además, en alguna ocasión lo he visto en actitud de observación, e

incluso me han comentado que han encontrado varios puestos de observación similares a los que se utilizan en la caza.

—¿Y con alguna peregrina?

—En 2014 lo vi molestando a alguna de ellas en el tramo del Camino de Santiago que pasa cerca de su finca y el cruce de Santa Catalina. Empezaba a acompañarlas y hablarles, pero estaba claro que a esas mujeres no les hacía ninguna gracia… La verdad es que pensé que algún día podía ocurrir algo más grave.

—¿Tiene novia, o alguna amiga más íntima?

—Por lo que sé, puede que tenga una novia en Astorga, pero no lo puedo asegurar. Antes tuvo una que era maestra en Mataneveros, pero eso fue nada más llegar aquí.

En esta y otras conversaciones posteriores, Esteban relató algunas cosas más de interés. Explicó, por ejemplo, que al principio tuvo la impresión de que Miguel Ángel Muñoz era una especie de hippie, aunque trabajador. «Tenía la ilusión de vivir aquí con su pareja y con su hija, su plan era dejar la casa en condiciones para luego traerlas.» En cuanto a ideas políticas, se declaraba anarquista, «decía que era de la CNT» y desde luego era radical en sus planteamientos.

—En esa primera fase no hubo problemas, insisto; se mostraba educado y tranquilo. Creo que el primer cambio llegó cuando su compañera le dijo que no iba a volver a vivir con él. Empezó a hacer cosas raras, estaba *trillado*, tenía un comportamiento asocial… Un vecino del pueblo le preguntó un día que de dónde era y él respondió que de Valdemanzanas. Como este hombre conocía al pariente del que habló, le preguntó por él y no es que despotricara de Miguel Ángel, es que le dijo que había que tener mucho cuidado con él.

»Tenía un comportamiento agresivo, paranoias, veía enemigos y peligros por todas partes. Vivía como si fuera a empezar la guerra, como si le fueran a atacar… Se enfrentaba con la gente, con el pastor, con los cazadores. Empezó a ir detrás de las mujeres de forma obsesiva… Ya les he contado que le vi molestar a dos

peregrinas, quería que fuesen a su casa… No sé si es que quería montar un albergue o algo así y por eso se les acercaba. Pero es que además espiaba a una vecina que se ponía a tomar el sol cerca del río, en Santa Catalina… En fin, eso es más o menos lo que les puedo contar…

—Es muy interesante lo que nos ha explicado, de verdad…

—Bueno, es que soy muy observador, me fijo mucho en las cosas… Por eso me llamó mucho la atención el cambio de aspecto físico que tuvo nada más desaparecer la chica, al que ya me he referido. Y además los vecinos de Castrillo me lo cuentan todo… Al fin y al cabo nos conocemos desde hace mucho, no somos más de ochenta vecinos.

—Una última cosa, ¿se le ocurre a alguien más con quien podamos hablar?

—Bueno, Manolo, que era el conductor del autobús de la línea de los pueblos, también con Jaime, que tenía el mismo trabajo, con Serafín, que les puede contar más cosas de los robos que se han producido y que la gente del pueblo atribuye a Miguel Ángel, y con el presidente de la Junta Vecinal de Santa Catalina… También, claro, con el pariente de Miguel Ángel.

—Esteban, muchas gracias por todo, nos ha sido de gran utilidad. Estamos en contacto y quédese con nuestro teléfono por si recuerda alguna cosa más o surge algo que considere interesante.

Esta entrevista confirmaba a los agentes los rasgos de la personalidad de Miguel Ángel que había descrito su exnovia, además de añadir cosas muy interesantes para la investigación: se le había visto molestar a las peregrinas, las miradas lascivas que lanzaba a la prima segunda de Esteban cuando se encontraban, el repentino cambio de *look* tras la desaparición de Denise, sus accesos de ira…

Unos días después de la entrevista con el presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares, los agentes del Grupo II de Homicidios de la UDEV Central se trasladaron a una pescadería de la calle de La Salud para tomar declaración a Jesús, tío materno de

Miguel Ángel, en esta ocasión de forma oficial. La cita fue a las 12:30 y el objetivo, una vez más, profundizar en la vida y forma de ser del que era el principal sospechoso del caso.

—¿Qué relación ha tenido con su sobrino?

—Mantuve contacto con él hasta los cinco o seis años, cuando falleció su madre. Al principio mantenía alguna relación con mi cuñado, pero poco a poco fuimos perdiendo el contacto. La última vez que lo vi fue con motivo del 15-M. Me sorprendió que viniera a verme a la pescadería. Me saludó y me contó que vivía en Brunete, pero después de eso no nos volvimos a ver. Por mi cuñado supe luego que Miguel Ángel se había trasladado luego a un terreno en Santa Catalina de Somoza, en León, y que instaló allí una casa portátil.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Por casualidad, en el verano de 2014, en concreto en julio. Nos encontramos en Astorga y le invité a pasar unos días juntos en Valdemanzanas, donde tengo una casa. Me pareció una buena idea porque eran las fiestas del pueblo. Estuvo tres días con nosotros y noté que era una persona nerviosa, además de no tener un duro. En septiembre me llamó y me preguntó si iba a ir al pueblo. Me explicó que necesitaba las llaves de la casa porque le iba a visitar una asistenta social de Astorga y de esa forma podía acreditar que tenía un lugar de residencia para recibir una ayuda económica. Le dije que de acuerdo, y el 12 de octubre fui al pueblo a entregarle una llave con el compromiso, eso sí, de que me la devolviera a través de una vecina amiga mía cuando se hubiera producido esa reunión. Pero más de dos semanas después me llamaron unos vecinos diciendo que había luz en la casa y que Miguel Ángel no se había marchado, aunque sí entregó las llaves. Supongo que hizo una copia y se la quedó.

—¿Cómo consiguió echarlo de allí?

—Aproveché que Miguel Ángel estaba fuera para, por medio de unos primos de mi mujer, hacer una pequeña reforma. Además di instrucciones para que se cambiaran las cerraduras de la puerta y así no pudiera entrar en la casa.

—¿Cómo reaccionó él?

—Una semana después, un vecino del pueblo me avisó de que alguien había talado los ocho árboles frutales que tengo en un huerto trasero y que además dañaron los rosales. Luego, en el primer viaje que hice allí, en febrero, comprobé que dos de las puertas de acceso a la casa estaban bloqueadas porque alguien metió grapas en su interior. Por supuesto, no puedo asegurar que fuese él quien hiciese todo esto, pero me parece lo más lógico, por cuándo se produjo y porque no tengo enemistades en el pueblo. De todas formas, no lo denuncié. Me parecía que no merecía la pena.

—¿Algún contacto más?

—No, lo único que sé es que mi cuñado le recriminó lo que me había hecho en la casa. Además, los vecinos me han comentado que Miguel Ángel ha vuelto al pueblo unas cinco o seis veces para poner un buzón y recibir correspondencia, ya que se empadronó allí. No podía hacerlo en la casa portátil de Santa Catalina por ser un terreno rústico y no urbanizable y decidió actuar así.

—Acabamos ya, Jesús. ¿Qué nos puede contar de las relaciones familiares de Miguel Ángel?

—Solo tengo constancia de que habla con su padre y con su hermana Esther, aunque el vínculo con ellos no es muy estrecho. También que tiene un hijo o una hija de tres o cuatro años… Poco más.

A las 16:25 del 30 de junio se tomó la última de estas tres declaraciones, la de Juan José, el padre de Miguel Ángel, en esta ocasión en las dependencias del Grupo II. Lo hizo además acompañado de su mujer, María Adalgiza —Ada, la llamaba él—, de origen colombiano. Tras cumplir los trámites legales, entre ellos el ofrecimiento de no declarar al ser el sospechoso su hijo, el hombre comenzó a responder a las preguntas de los policías.

En la primera parte de la declaración, Juan José relató cómo había sido la relación con su hijo, el escaso contacto que habían mantenido, su trayectoria laboral… Todo cosas ya sabidas, aunque con pequeños matices para añadir. Fue a partir de ese momento

cuando comenzó el núcleo central de la comparecencia.

—¿Qué relación tiene en la actualidad con él?

—La verdad es que fría, apenas hablamos una vez al mes. Desde hace años es así, nunca he estado de acuerdo con su forma de vivir y él no acataba nuestras normas cuando residía con nosotros.

—¿En alguna ocasión ha tenido algún conflicto con él algo más grave?

—A los pocos meses de nacer su hija tuvo un incidente con mi mujer. Sin venir a cuento se puso a gritar a Ada y a su hija Jessica, al parecer porque le molestaban cuando hablaba por teléfono. Esta, al ver que Miguel Ángel levantaba la mano a la niña se puso entre medias de los dos. Llegué justo en ese momento y pude evitar que llegaran a las manos. Mi hijo se fue de casa y fue a un centro de salud por unas supuestas lesiones provocadas por mi pareja, y además presentó una denuncia.

—¿Cómo es su hijo?

—Tiene un carácter fuerte y puede llegar a ser agresivo verbalmente. Cuando se le lleva la contraria o no está conforme con lo que escucha es cuando saca esa agresividad y ese carácter. Además, se pone nervioso con facilidad.

—¿Su hijo le ha comentado que se produjera algún incidente cerca de donde vive?

—Bueno, hace aproximadamente dos meses le llamé porque había visto en las noticias que habían secuestrado a una chica muy cerca de donde él vivía. Me dijo, y lo digo textualmente: «Me quieren echar el muerto a mí ahora». También me contó que había ido hasta allí la Policía y que no la dejó entrar en casa, aunque luego volvió con perros y le registraron la vivienda.

—¿Su hijo es aficionado a las armas?

—No, y tampoco ha tenido ninguna. Ahora, es verdad que sabe utilizar los cuchillos típicos de carnicería relacionados con mi negocio de transporte de carne porque trabajó conmigo hace

muchos años.

—¿Conocía a los amigos de Miguel Ángel?

—Qué va; nunca le ha gustado que supiera nada de lo que hacía fuera de casa, así que no sé casi nada de lo que hacía cuando no estaba conmigo.

—¿Tenía relación con algún movimiento social, o asociaciones de trabajadores?

—Cuando estaba con María José se relacionaba con movimientos okupas o revolucionarios, sé que ha estado en manifestaciones, pero poco más. Lo que no sé es si le han detenido en alguna ocasión.

—¿Sabe si su hijo ha salido alguna vez de España y por qué?

—Sé que ha viajado a Colombia, porque estuvo con la familia de mi mujer, y también a México y a Cuba en diferentes ocasiones, pero creo que era para hacer turismo.

—¿Y a Italia?

—Bueno, estuvo en algún país europeo, pero no les puedo precisar cuál.

—¿Consume drogas o medicamentos?

—Hace muchos años, cuando acabó el servicio militar, consumía bastante cannabis, aunque había temporadas que rebajaba la dosis, o eso pensaba yo por su aspecto. En este momento no lo sé, la verdad. En cuanto a los medicamentos, nunca ha sido partidario de tomarlos.

—Usted, María Adalgiza, ¿quiere añadir alguna cosa?

—Sobre el tema de los teléfonos recuerdo que en 2014, cerca del verano, me dijo que no podía ir al cumpleaños de su hija Lilith, que es en agosto, porque había tenido algún problema en el que le acusaban de algún delito. Me contó algo de un abogado y que su teléfono estaba pinchado. En cuanto a la última vez que lo vi, fue en Navidades, cenamos con él en Nochevieja y me comentó que su

intención era buscar casa en Madrid en un futuro para poder estar cerca de la niña.

—Bueno, hemos acabado por nuestra parte. Muchas gracias por su ayuda, y si recuerdan cualquier cosa o se enteran de algo que nos pueda ser de utilidad, por favor, pónganse en contacto con nosotros.

La ronda de entrevistas para conocer aún mejor a Miguel Ángel Muñoz había sido muy fructífera. Estaba claro que se trataba de un tipo que podía ser violento si se le llevaba la contraria, impulsivo y al que no le iba a impresionar la presencia de la Policía, porque ya había tenido problemas antes con ella. Es decir, no iba a ser un individuo al que se pudiera «derrotar» con facilidad y por su trayectoria era previsible que ya hubiese eliminado todas las pruebas que lo pudiesen incriminar en la desaparición de Denise, si es que era él quien de verdad estaba detrás de ese asunto. Ahora bien, su perfil encajaba como un guante en el prototipo de sospechoso que tenían los investigadores, que además valoraban especialmente el hecho de que ya antes hubiese sido visto molestando a peregrinas cerca de su casa y en puntos de observación del Camino de Santiago.

Pero igual que hacían este análisis tenían claro que seguían sin tener nada tangible para poder detenerlo, de modo que quedaba mucho trabajo por delante.

— . —

— CAPÍTULO 8 —

«HAY QUE MIRAR LA PASTA»

Miguel Ángel Muñoz Blas era, sin duda, el objetivo número 1 del equipo investigador: tenía el perfil, los antecedentes y la experiencia suficiente para matar a Denise y deshacerse luego del cuerpo y las pruebas que lo pudiesen incriminar. Sabía cómo trabajaba la Policía del episodio del año anterior con la peregrina alemana y desde luego conocía el terreno a la perfección. «Todo esto está muy bien, pero no tenemos nada concreto para ir a por él, así que seguimos con el plan de trabajo previsto», comentó a mediados de junio el comisario jefe de la UDEV Central, que tenía la ventaja de ser un veterano en la investigación de homicidios y que un día sí, y otro también, se pasaba por las dependencias del Grupo II para conocer novedades, compartir análisis y dar instrucciones. La inspectora jefe Carmen, que también estaba sobre el tema de forma permanente, y el equipo investigador compartían el diagnóstico y sabían que, sin perder nunca el foco sobre ese individuo, les quedaba por delante un ingente trabajo de descarte y muchas horas de desgastar suelas sobre el terreno.

Había que poner toda la carne en el asador, entre otras cosas porque se acercaba el verano y el periodo estival siempre traía consigo una merma de efectivos por las vacaciones. Así que el 15 de junio dos equipos de la UDEV Central, uno formado por Carlos y Miguel, y el otro por Jano y Javi, salieron a primerísimas horas de la mañana de Madrid —en esto el subinspector imponía su criterio de agrupar gestiones y economizar al máximo las noches fuera de casa— rumbo a Astorga a bordo del Ford Mondeo plateado y el Opel Astra azul.

Nada más llegar, el equipo del subinspector se reunió con la nueva titular del Juzgado de Instrucción número 2 de la capital de la maragatería que pocos días antes había tomado el relevo de su compañera, con la que hubo siempre un buen *feeling*. En estos casos los investigadores siempre tienen la deferencia de presentarse lo antes posible ante el nuevo instructor (o instructora), sobre todo

porque al margen de las diligencias sobre el asunto ya ordenadas que haya podido estudiar conviene hacer al recién llegado —en este caso, llegada— una exposición global de las circunstancias del asunto, los pasos que se han dado, los que se tiene previsto dar próximamente y, sobre todo, comunicarle si se necesita hacer alguna gestión con cierta urgencia que requiera una autorización suya. Esa primera toma de contacto es importante, porque hay que conseguir cuanto antes un clima de confianza en ambas direcciones.

Antes que ellos la inspectora Patricia ya tuvo un primer encuentro con la nueva juez y pronto constató que, como la anterior titular del juzgado, iba a colaborar en todo lo posible. Es más, en un momento determinado de la conversación la magistrada se permitió hacer una broma con ella: «Con la mala suerte que tengo, seguro que encontramos a la peregrina antes de marcharme»…

La jefa del Grupo Operativo Local de Astorga comentó a sus compañeros esas buenas impresiones —a veces los cambios de instructor suponen una nueva complicación para la investigación, porque el nuevo instructor tiene otros criterios— y la verdad es que Carlos y Miguel tuvieron la oportunidad de corroborar ese diagnóstico desde su primera cita. También ella iba a estar encima del caso, estaba dispuesta a facilitar al máximo la investigación y, por supuesto, cualquier cosa que se necesitara, y fuera razonable, se autorizaría.

Después de ese primer encuentro, sin duda muy satisfactorio, el subinspector y su compañero se reunieron en comisaría con el equipo de Astorga, con Patricia a la cabeza. El objetivo, intercambiar impresiones y actualizar datos. Fue un encuentro muy operativo y se demostró que aquella petición que los agentes de la UDEV Central habían hecho a sus compañeros en el sentido de que no se relajaran por el hecho de que ellos se hubieran sumado a la investigación no había caído en saco roto.

—Aunque no quitamos ojo a Miguel Ángel Muñoz, tenemos varios individuos con antecedentes o que han tenido problemas con peregrinas de carácter sexual que pensamos que merece la pena mirar…

—Por supuesto, Patricia, nos ocupamos de ellos. ¿Qué datos

tenemos de esa gente?

—El primero es un tal Manuel R. F., nacido en 1972 y que no tiene antecedentes. Parece que se mueve en bicicleta y se masturba delante de las peregrinas. Nos ha llamado la atención porque en los días que desapareció Denise este tipo también desapareció, y según los vecinos no se le volvió a ver el pelo durante unos quince días… Tiene una finca con una pequeña edificación en Murias de Rechivaldo.

—¿Quién nos puede dar más información de él?

—El presidente y el vigilante de seguridad de Murias, que son de confianza. Además, tiene un tío que se llama José Luis, que creemos que también puede ser de fiar, aunque habría que comprobarlo bien. También tiene un hermano que se llama José Antonio, propietario de un Seat Ibiza de color azul del que os pasamos la matrícula y que a veces conduce Manuel. El hermano está casado con Patricia y tienen una hija que se llama Alejandra. Eso es todo lo que hay sobre él.

—Sigamos entonces con el segundo…

—Se llama Óscar y nació en 1969. Trabaja en una finca de vacas en San Román de la Vega, donde también vive su madre y otros familiares. Tiene una furgoneta…

—¿No será de color blanco?, lo digo por lo de la Citroën Jump que nos contaste…

—No lo sabemos, de momento; lo que tenemos es la matrícula. También desconocemos por ahora si tiene algún antecedente. Lo que sí hemos comprobado es que está separado dos veces y que tiene dos hijos, uno de cada relación. También es posible que tenga amistad con el anterior…

—De acuerdo, ¿algo más?

—Sí, sabemos que hay una tercera persona, no identificada, que ha acosado a gente y que conduce un Fiat Regata.

—Perfecto, nos ocupamos de ello. No perdamos de vista a Miguel

Ángel, pero creo que es mejor no agobiarle porque no tenemos nada concreto contra él y podría mosquearse.

—Carlos, estoy de acuerdo. Por cierto, hay que ver lo del tema de la pasta de este individuo, sus cuentas bancarias, si ha hecho algún movimiento económico…

—Sí, estamos con ello, se lo he pedido a un colega de la UDEF. —(Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal)—. Ya te contaré cuando haya algo concreto sobre ese tema.

La colaboración entre Madrid y Astorga funcionaba a las mil maravillas. Cada uno trabajaba en su ámbito, pero no había celos ni malos entendidos. Todos eran muy conscientes de que estaban ante un caso singular, un reto importante en sus carreras, de modo que se trabajaba mucho, pero con buen ambiente.

El final de la reunión no supuso, ni mucho menos, el de las gestiones que ese día debían afrontar Carlos y Miguel. La primera fue trasladarse a la finca del primero de los sospechosos, Manuel, para hacerse una composición de lugar. El terreno estaba a unos doscientos metros del Camino de Santiago, a la entrada de Murias de Rechivaldo, de modo que en teoría había tenido la oportunidad de atacar a la peregrina. Pero lo más interesante, no porque fuera el principal sospechoso sino para ese trabajo de descarte que quedaba por delante, era que la finca anexa era propiedad de un compañero destinado en Astorga, que por supuesto se iba a volcar en caso de que se necesitara alguna cosa.

Tras esta primera comprobación, Carlos y Miguel siguieron adelante con otra de las líneas prioritarias de la investigación: delimitar al máximo dónde se había producido la desaparición de Denise. La peregrina había tomado una fotografía entre las nueve y las diez de la mañana del 4 de abril, que envió a su hermano Cedric, y que había hecho en el albergue de Hospital de Órbigo. Los policías localizaron el lugar exacto. Además, detectaron otros escenarios de imágenes que la víctima había tomado posteriormente en su etapa hasta Astorga desde esa población.

El segundo equipo del Grupo II, formado por Jano y Javi, tampoco se había quedado de brazos cruzados. En su caso, su misión era la

de entrevistarse con los responsables de los establecimientos situados en el Camino de Santiago y los hospitaleros (personas encargadas de atender a los peregrinos). Era un trabajo tedioso, pero imprescindible en una investigación como esta en la que, hay que insistir, no había una escena del crimen. Cualquier detalle que recordaran sobre Denise podía ser de gran valor y, de paso, podían confirmar que la peregrina estuvo en aquellos lugares donde ya existía información previa de que había estado. Nunca están de más las segundas comprobaciones, máxime cuando apenas se tienen evidencias concretas.

En el albergue San Antonio de Padua de Villar de Mazarife, Ana Isabel, la hospitalera que lo regentaba en las fechas de la desaparición, les contó que en torno a las 14:00 horas del 2 de abril Denise llegó sola, pasó toda la tarde allí y sobre las siete de la tarde llegó con un peregrino italiano llamado Thomas. Los policías le enseñaron entonces una fotografía del hombre que se escondía tras el alias de *Il Vecchio Tobia* y ella lo identificó sin dudar. Al día siguiente desayunó entre las seis y las ocho de la mañana con ese italiano, si bien la testigo precisó que no aparentaban tener una relación estrecha. Creía recordar que había dejado el albergue sobre las siete de la mañana, pero no recordaba si sola o acompañada. Pagó en efectivo y se hizo alguna foto con su perro, de raza *yorkshire*, algo normal en una mujer que había trabajado toda su vida con mascotas…

El propietario del albergue, José María, precisó algún detalle más, como que Denise salió sola del albergue, unos diez minutos después que el italiano. Jano y Javi dieron la visita por concluida no sin fotografiar el libro registro y también el de dedicatorias, donde por cierto habían firmado tanto el italiano como Denise.

La siguiente parada fue Hospital de Órbigo, en concreto el hostal Suero de Quiñones. La razón de aquella visita era que allí se hizo el último pago con tarjeta realizado por la peregrina, el 3 de abril. Juan, el dueño, les confirmó que Denise se alojó en el establecimiento la noche anterior, Viernes Santo, y que al día siguiente pagó 53,80 euros con Visa. Esa cantidad se correspondía con el precio del alojamiento, la cena y el desayuno. Añadió que siempre la vio sola. Su hijo Alejandro, que fue quien hizo el *check*

in, les comentó que la peregrina llegó sola al hostal entre las 16:30 y las 17:00 horas, que pidió una cama grande y que le preguntó dónde había una farmacia, ya que al parecer tenía un problema en un tobillo. Los únicos que ese día se hospedaron allí, además de Denise, eran unos amigos de su padre, que formaban un grupo de música y que no constaban en el registro.

Además de esos dos albergues, los dos policías visitaron la farmacia, el estanco, un supermercado, un quiosco y otros tres albergues sin que ninguna de esas gestiones aportaran datos de interés a la investigación.

El día fue agotador para los dos equipos del Grupo II de la UDEV Central. Al caer la tarde, Carlos, Miguel, Jano y Javi llegaron al Hotel Spa Ciudad de Astorga, adoptado como base de operaciones, en buena medida gracias a la amabilidad de su directora. Una ducha rápida y una cena tempranera pusieron fin a la jornada.

A primera hora de la mañana del día siguiente, el subinspector Carlos y su compañero Miguel trabajaron en la presentación del oficio de peticiones al juzgado, tal como ya plantearon a la nueva jueza la mañana anterior. La formalización de la solicitud se haría a través de Patricia, como instructora de las diligencias, tal como se había hecho en ocasiones anteriores. No se preveían problemas por parte de la magistrada, como así sucedió.

Una vez resuelto este asunto, tedioso pero imprescindible, los dos equipos de policías reanudaron el trabajo de campo. A esas alturas resultaba prioritario la visita al albergue San Javier de la ciudad, donde la peregrina pasó la noche anterior a la desaparición. Mari Paz y Diego les explicaron las normas de funcionamiento del establecimiento —nadie puede entrar después de las 22:30 horas y la salida es a las 8:30— y a continuación hicieron una inspección del lugar para ver las habitaciones, el sótano, lugares comunes… La dueña, Concepción, le contó que los hospitaleros no cobraban y que sobre Denise había oído decir a algunas de estas personas que dijo que quería «ir a misa de once» —era Domingo de Resurrección—, a la parroquia de San Pedro de Rectivia.

Tras estas entrevistas, Carlos y Miguel continuaron las gestiones programadas. Por primera vez iban a acercarse a la finca del

principal sospechoso, Miguel Ángel Muñoz, en Castrillo de los Polvazares. Era la una y media de la tarde y al pasar por delante vieron que estaba dentro de la casa prefabricada en la que residía. No se acercaron a él, no tenía sentido acosarlo; eso sí, comprobaron que el Camino de Santiago pasaba muy cerca de su finca, a unos cuatrocientos metros.

El siguiente paso los llevaría hasta Valdemanzanas, donde el tío de Miguel Ángel tiene una finca. Allí, Manuel, el segundo del presidente de la Junta Vecinal de la localidad, les comentó que ese hombre había pasado largas temporadas viviendo en ese lugar pero que desde hacía un año había dejado de ir por desavenencias con sus familiares. Les contó, además, que a primera vista parecía un indigente, porque iba mal vestido y tenía un aspecto muy descuidado que denotaba poca afición por el agua y el jabón… «Eso sí, en el trato cercano parecía más normal. Siempre le hemos visto ir en bicicleta…»

—¿Nunca ha utilizado un coche?

—Sí, sabemos que alguna vez ha cogido el de su padre…

—¿Algo más que nos puedan decir de él?

—Puso un buzón en casa de su tío para recibir correspondencia, porque parece que en Castrillo de los Polvazares no le dejan empadronarse. Él mismo me dijo que tuvo muchos problemas allí por cosas de la finca, de los animales y de otras cosas, además de con vecinos.

Por su parte, Jano y Javi se trasladaron a varios pueblos de la zona para seguir con su ronda por albergues y establecimientos en los que pudo haber estado Denise. Visitaron desde Villares de Órbigo, a San Justo de la Vega, pasando por Murias de Rechivaldo, Castrillo de los Polvazares y Santa Catalina de Somoza.

En líneas generales, el trabajo no aportó grandes novedades. Sí era llamativo, por ejemplo, que nadie hubiese visto a Denise en Castrillo de los Polvazares, a pesar de ser un día festivo y haber bastante gente por la calle, por lo que de momento no se la podía situar en esa zona. También se pudieron localizar, en San Justo de

la Vega, los lugares desde los que la peregrina hizo fotografías de Astorga. Y en Murias, Vanesa, que lleva el Hotel Rural La Veleta les contó un episodio según el cual uno de los días de las batidas que se hicieron para buscar a la desaparecida se habían encontrado ropas abandonadas en una zona de matorrales, pero que se dejaron allí. Pero tomaron, según explicó, algunas imágenes de aquello.

Los dos policías le pidieron que consiguiera una fotografías de aquel hallazgo y de inmediato pusieron rumbo a ese lugar. Pronto comprobaron que por sus características y estado no podían pertenecer a la mujer, además de que estaban cubiertas por musgo, lo que indicaba que llevaban allí mucho tiempo. Pero es que, además, los agentes de Astorga ya les echaron un vistazo en su día y descartaron cualquier relación con los hechos investigados.

Aunque el intenso día de trabajo no sirvió para conseguir grandes novedades, al menos alguna de las entrevistas sí ayudó a trazar con más precisión el perfil psicológico del principal sospechoso y a confirmar el paso de Denise por determinados lugares, lo que ayudaba a acotar el lugar de su desaparición. Eso no equivalía a delimitar un escenario concreto, pero suponía un avance. De nuevo la ducha y la cena dieron paso a otra noche en Astorga. Las ganas de regresar a Madrid para ver a las familias aumentaba cada día, pero aún quedaban gestiones pendientes por hacer.

A primeras horas de la mañana del día siguiente, Carlos y Miguel se trasladaron hasta Santa Colomba de Somoza, al que pertenece Valdemanzanas, donde tenían prevista una visita al ayuntamiento. El secretario del consistorio, Raúl, les confirmó que Miguel Ángel Muñoz estaba censado en la localidad: «Creo que se interesó por algún tipo de ayuda alimentaria que la Cruz Roja da a través del ayuntamiento, pero se lo confirmaré de forma oficial en cuanto tenga la información… Mi idea es que estuvo por aquí para la tramitación de la documentación».

Además, facilitó a los policías los datos sobre fincas rústicas y propiedades que la familia del principal sospechoso tiene en Valdemanzanas, figurando todas a nombre de su abuelo Nicolás: en total, tres casas y sesenta y ocho terrenos, ninguno de gran entidad.

Realizado este trámite, el subinspector y el policía condujeron hasta

el poblado hippie de Mataveneros, un lugar al que solo se puede acceder por una finca forestal y en el que los que viven allí apenas tienen contacto con el exterior. Carlos y Miguel bajaron del coche y rápidamente todos se fijaron en aquellos desconocidos. Hechas las presentaciones, alguno de aquellos tipos les comentaron, con cierto desdén, que ya había estado por allí la Guardia Civil varias veces y que incluso les dejaron fotografías de Denise para que la pudieran ver todos los «vecinos», sin que ninguno la hubiera reconocido. A falta de avances en las pesquisas, al menos conocer aquel lugar les resultó curioso…

En medio de otras gestiones con albergues, la inspectora Patricia se puso en contacto con el subinspector:

—Carlos, buenos días. Nos han llamado los compañeros de la UDEV de Orense. Nos dicen que es posible que la desaparición de Denise esté relacionada con la muerte de Socorro Pérez, ya que esta chica fue encontrada muerta allí con señales de violencia y se da la circunstancia de que había feria en los dos sitios… Nos han pasado un listado de feriantes para que se cotejen con los de Astorga.

—OK, pásamela y miramos si alguno de ellos tiene antecedentes. Hablamos luego.

Una vez más, esa gestión dio resultados negativos. Ninguna de las personas incluidas en esa lista habían tenido problemas con la Policía. De la misma forma que tampoco el resto de peregrinos que pasaron la noche del 4 de abril en el albergue San Javier de Astorga, y cuyos antecedentes fueron igualmente cotejados por los investigadores.

Jano y Javi, los otros dos policías del Grupo II desplazados a León, continuaron mientras tanto su periplo por establecimientos y albergues, en esta ocasión los situados a la salida de Astorga, en Rabanal del Camino y en Valdeviejas. En la primera de las zonas visitaron seis de ellos, en la segunda, quince, y en la tercera, uno. El esfuerzo fue enorme; los resultados, parcos. Pero estaban acostumbrados a estas situaciones y en ellos no quedaba lugar para el desánimo. Sabían, por su experiencia, que así eran esas investigaciones en las que se tocan mil palos para que solo uno dé algún tipo de resultado.

Es cierto que en la posada El Tesín sí saltó una noticia prometedora. Javier, la persona que regenta el negocio, les explicó que en la fecha de la desaparición de Denise vio a una persona de origen chino residente en Estados Unidos en su establecimiento. Pidió un pincho de tortilla, iba sola y llevaba un gorro. Aseguró que su hija recordaba que la familia del piloto Javier Pombo pasó por allí, recordando claramente al hijo de este. Pero pronto comprobaron que se trataba de un recuerdo falso, porque en una conversación posterior con el piloto de Iberia les ratificó que ellos no pasaron de León, por lo que era imposible que los hubieran visto en ese lugar.

También en Rabanal llamó la atención de los investigadores el testimonio de Ramón, encargado del albergue El Pilar. Contó que esos días se hospedó una persona que dio problemas, de la que incluso facilitó su identidad. Pedía alcohol constantemente, algo no muy habitual en los peregrinos, y en una ocasión molestó a una chica italiana, motivo por el cual tuvieron que avisar a la Guardia Civil. También presumía de haber recibido una herencia gracias a la cual compró una moto que tenía estacionada frente a la comisaría de Astorga.

Estaba claro que era imprescindible hacer un trabajo de descarte sobre este tipo, en particular por el episodio de la peregrina italiana. Lo primero era saber si tenía algún tipo de antecedentes —no contaba con ellos—, pero además se tenía que comprobar dónde había estado la mañana del 5 de abril, momento en el que se vio a Denise por última vez.

El 18 de junio era el tercer y último día en Astorga de los dos equipos del Grupo II antes de regresar a Madrid. El cansancio acumulado era ya notable y Carlos tenía la idea de acelerar las gestiones al máximo para intentar salir de viaje antes de comer. En su caso, por ejemplo, su hijo iba por la tarde a una escuela de fútbol y quería llegar a tiempo de recogerlo. Se lo debía por tantas ausencias.

Eso obligaba a comenzar temprano, pero además había que contar con las sorpresas que iban surgiendo sobre la marcha y que debían atender, como fue por ejemplo lo del asunto de Orense el día anterior. Esta vez, Carlos y Miguel regresaron a la posada El Tesín, en Rabanal del Camino, en la que ya estuvieron veinticuatro horas

antes Jano y Javi. Los llevó por allí una información de los dueños según la cual una chica americana, con rasgos orientales y cara redonda —cuadraban por tanto con los de Denise—, estuvo comiendo un pincho de tortilla en el establecimiento el domingo 5 o el lunes 6 de abril por la mañana.

Era prioritario aclarar el asunto, porque de ser cierta esa información variaba por completo el enfoque de la investigación. Según el relato de esas personas, «la chica estuvo dentro del bar. Iba bien vestida, estaba sola y llevaba una mochila». Carlos y Miguel les enseñaron a continuación la fotografía de la desaparecida: «Podría ser ella, sí, pero no estamos seguros».

—Patricia, estamos en Rabanal. Los dueños de El Tesín dicen que Denise podría haber estado aquí el domingo o lunes por la mañana tomando un pincho de tortilla, y al ver la fotografía dicen que es posible que sea ella. ¿Sabéis algo de esto?

—Sí, Carlos, ya nos lo habían dicho antes a nosotros, pero cotejamos esa información y comprobamos que efectivamente una chica americana, con rasgos orientales y cara muy redonda, estuvo allí un día después. Pero las gestiones que hicimos luego descartaron que pudiese ser Denise, no nuestra Denise, aunque sí que es verdad que estuvo una chica con ese nombre…

—¿Tenéis su filiación?

—No, una vez descartado que fuera ella dejamos el asunto.

De nuevo, una línea de investigación que parecía prometedora se venía abajo poco después, y no era la primera vez que sucedía. Es la dinámica habitual en este tipo de casos, por lo que ni hay euforia cuando surgen este tipo de situaciones ni cunde el pesimismo cuando no llevan a nada. Simplemente, forma parte del trabajo…

Desde Rabanal, Carlos y Miguel se dirigieron al colegio de San Justo de la Vega para mantener una entrevista con María José Martínez Salvadores, la profesora que según contó su primo Esteban, el presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares, fue molestada en alguna ocasión por Miguel Ángel Muñoz.

—Buenas tardes, María José, muchas gracias por recibirnos. Su primo nos ha contado que ha tenido algún problema con Miguel Ángel Muñoz y nos gustaría que nos contase con detalle ese episodio… Es importante para nosotros. Lo primero, ¿usted vive en Castrillo de los Polvazares?

—Sí, resido allí con mis padres.

—Esteban nos ha contado también que desde que Miguel Ángel Muñoz llegó a Castrillo de los Polvazares comenzaron a producirse incidentes en el pueblo…

—Así es. En mi caso, además, en enero y febrero pasado me he sentido intimidada por él, me miraba de forma lasciva cuando me lo cruzaba, incluso estando yo acompañada… No me fío nada de él, los vecinos intentamos evitar pasar cerca de su finca.

—¿Alguna otra cosa que nos pueda contar?

—Me llamó la atención que pusiera un par de puestos de observación con ramas y follaje, como los que utilizan los cazadores, cerca del Camino de Santiago. También colocó señales en tablillas clavadas con estacas cerca del Camino que si se seguían llevaban hasta su finca.

—¿Quiere añadir algo más?

—Bueno, no sé si tendrá que ver con lo de la desaparición de la peregrina, pero se ha visto por la zona de Santa Catalina una furgoneta blanca matrícula de Zamora, posiblemente una Renault, cuyo conductor, de unos cuarenta años, se masturba al paso de las peregrinas.

Otro dato relevante, así que era necesario abrir otra línea más de investigación para identificar a ese individuo y comprobar sus antecedentes y movimientos el día de la desaparición de Denise. En paralelo, Jano y Javi visitaron cinco de las siete farmacias y dos parafarmacias de Astorga. En ninguna habían visto a Denise, y quedaron pendientes solo dos, cerradas por vacaciones.

El viaje a Astorga terminó ahí. Era momento de regresar a Madrid,

ver a la familia, descansar unas horas y volver a las dependencias de la UDEV Central para recapitular lo que habían dado de sí no solo esas tres jornadas agotadoras, sino el conjunto de la investigación.

Este tipo de análisis es frecuente en los casos más complicados, como era el de la desaparición de Denise. La situación estaba de la siguiente manera: la posibilidad de una desaparición voluntaria estaba descartada casi al cien por cien, por todos los testimonios recogidos —el de su hermano Cedric, pero también el de los peregrinos Giorgio Cadoni y Javier Pombo—, y también porque no se había registrado ni un solo movimiento económico en su cuenta bancaria desde dos días antes de que se la perdiera de vista. De eso hacía ya bastante tiempo, de modo que era imposible que no hubiera necesitado hacer algún pago en ese periodo.

Con la segunda hipótesis, la del accidente o enfermedad repentina, sucedía lo mismo con la anterior. Es verdad que Denise tenía una afección cardiaca, pero era muy leve, hasta tal punto que los médicos sostenían que tenía las mismas posibilidades de sufrir un infarto que cualquier otra persona. Pero se hicieron amplias batidas en la zona de la desaparición, que además no era difícil de rastrear, sin que se hubiera encontrado el menor rastro de ella.

Y quedaba, claro, la tercera: la de la desaparición forzada, en contra de su voluntad y con la participación de terceras personas. Y en esta línea de investigación, al menos hasta ese momento de las pesquisas, surgía un nombre con fuerza: Miguel Ángel Muñoz Blas, el tipo extraño de la finca de Castrillo de los Polvazares, contra el que no había prueba alguna pero sí nueve indicios que lo señalaban. A saber:

En situaciones de frustración ante la no aceptación de sus actos se vuelve agresivo; es capaz de llevar sus actos hasta el final, sin pensar en las repercusiones, aunque pueda perjudicar a sus seres queridos, como lo demuestra cuando se autolesiona con la intención de culpar a la compañera sentimental de su padre; sus relaciones con los movimientos antisistema y okupas han ayudado a que poco a poco se vaya desvinculando de la sociedad, hasta convertirse prácticamente en un eremita, como lo demuestra su actual situación social, viviendo en la soledad del campo; precisamente esa situación

de soledad que ha elegido le permite gran impunidad a la hora de moverse de un sitio a otro sin ser controlado, lo que facilitaría sobre manera comportamientos antisociales; los problemas en la localidad de Castrillo de los Polvazares comienzan una vez que se instala en el pueblo; ha tenido problemas con varios vecinos; se le ha visto molestar a peregrinas sin ningún motivo; sus características físicas encajan perfectamente con las manifestadas por las denunciantes china y alemana y existen razones muy fundadas para pensar que Denise pasó por allí…

—De acuerdo —terció una vez más el comisario jefe de la UDEV, Héctor Moreno—. Esto nos sirve para pedir a la jueza una intervención del teléfono de este tipo, pero seguimos sin tener nada concreto para apretarle si vamos a por él… Tenemos que encontrar algo objetivo, es lo prioritario, pero por supuesto no podemos olvidarnos del resto de líneas de investigación, porque seguro que van a seguir saliendo cosas las próximas semanas; hay que actuar de la misma forma que hasta ahora, ir descartando cada una de ellas, trabajarlas como si fueran la buena. Estáis haciendo un gran trabajo, esto va a salir sí o sí.

— . —

— CAPÍTULO 9 —

DOS «INSPECTORAS» SE SUMAN AL CASO

A principios de julio, Castrillo de los Polvazares vivía la investigación abierta tras la desaparición de Denise con enorme inquietud. Los rumores sobre Miguel Ángel Muñoz se propagaban con rapidez y quien más y quien menos lo miraba no ya con recelo, que eso venía de largo, sino con un punto de temor indisimulado. Estaban convencidos de que era el autor de la muerte de la peregrina, porque para entonces nadie dudaba que había sido asesinada. Pero si estaba tan claro, ¿por qué no lo había detenido ya la Policía? ¿A qué esperaba?

Esteban Jesús Salvadores, como presidente de la Junta Vecinal de la localidad, era perfectamente consciente de esa situación. Es más; él mismo aconsejó a sus vecinos que tuvieran cuidado con ese sujeto, porque sabía que muchos de ellos tenían la costumbre de salir a pasear por el monte y podían cruzárselo. «¿Por qué está aquí?, ¿qué se traerá entre manos?», se preguntaban cuando se lo encontraban por los caminos rurales. «Sed prudentes, porque si lo ha hecho una vez puede volver a hacerlo», les insistía Esteban. Todo ello había provocado un clima de desconfianza en el pueblo que resultaba incómodo, más en un lugar en el que nunca pasaba nada. Al menos, y eso sí era una buena noticia, no se había producido ninguna situación especialmente tensa con ese individuo.

En Astorga la situación era algo diferente. Allí la gente empezaba a cuestionar en voz baja el trabajo policial. Pasaba el tiempo y no se conocían resultados. ¿Qué ocurría? ¿Los investigadores no hacían bien su trabajo? ¿Por qué no había detenidos, ni se sabía qué había pasado con la peregrina? Desconocían, y era lógico, que la Policía estaba volcada en las pesquisas, pero esa presión por la falta de resultados concretos se trasladaba a los investigadores, en especial a los que estaban destinados en la localidad, que eran los que palpaban a diario el ambiente en la calle. La mayor preocupación de los vecinos, en especial de los que tenían establecimientos públicos que vivían del turismo, era que lo ocurrido disminuyese el

número de visitantes, sobre todo de peregrinos.

Todo ello, sin embargo, no apartaba a los investigadores de su línea de trabajo. Eran muy conscientes de lo que sucedía a su alrededor, pero tenían muy claro cuáles debían ser los siguientes pasos a dar. No era la primera vez que pasaban por una situación como esa y por tanto sabían que aquello formaba parte del paisaje habitual en este tipo de asuntos. Sucedía lo mismo con la repercusión mediática de cada detalle que se conocía del caso, unos ciertos y otros, en cambio, pura fantasía, porque los directamente implicados en el caso mantenían una reserva absoluta sobre sus gestiones.

Las fuentes de los medios, por tanto, no podían ser directas; «apócrifas» quizá puede ser un calificativo adecuado para definirlas. Pero la verdad es que tampoco dedicaban ni un segundo a este tipo de cosas, aunque estaban persuadidos de que eran variables que estaban sobre el tablero y no les quedaba más remedio, por tanto, que lidiar con ellas. Eso sí, no podían evitar el cabreo cuando al llegar al despacho se encontraban con ese tipo de noticias, en especial las que no tenían fundamento alguno.

Uno de los principales objetivos del subinspector Carlos a lo largo de las semanas anteriores había sido ganarse la confianza de aquellas personas que facilitaron más información sobre Miguel Ángel Muñoz. Por supuesto, su expareja, María José Pintos; su padre, Juan José Muñoz, y la pareja de este, María Adalgiza. Pero también de otras dos personas que podían ser claves en el caso: Esteban Salvadores, presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares, y Javier Pombo, el piloto de Iberia, que no solo era interesante por haber compartido con Denise los días anteriores a su desaparición, sino porque además contaba con la confianza de Cedric, el hermano de la peregrina, y de Lynley Read, la australiana que también hizo parte del camino con la desaparecida.

El 7 de julio se demostró hasta qué punto es necesario conseguir la complicidad de las personas que más pueden ayudar en la investigación. A las seis menos cuarto de la tarde, Pombo y su sobrino Gonzalo estaban en las dependencias del Grupo II de la UDEV Central, en la tercera planta, en el ala izquierda del vetusto edificio principal del complejo policial de Canillas, de ladrillo visto y con forma de «U». Habían sido citados para que prestaran

declaración, ya de manera oficial, tras haber mantenido algunas conversaciones previas con ellos.

La diligencia discurrió por los derroteros habituales en estos casos y la comparecencia de ambos quedó recogida en el correspondiente acta, de poco más de dos folios. Ya habían leído sus respuestas, para que no hubiese equívocos, y firmado el documento que daba fe de ello, cuando un agente entró en la sala:

—Javier, tenemos un problema. Hemos entrado en contacto con Lynley Read pero no quiere responder a nuestras preguntas porque dice que no sabe si en verdad somos policías o no. Tú la conoces, ¿nos podrías echar una mano?

—Ja, ja, ja… Claro que sí, no os preocupéis, ahora mismo hablo con ella y la convenzo. Te acompaño.

Segundos después, Javier Pombo estaba en contacto con Australia, como la habían bautizado su hija y sus sobrinos en aquellos días que compartieron de Camino.

—Lynley, buenas tardes desde España, qué alegría hablar contigo, ¿cómo estás? Mira, yo ando por aquí en Madrid, en el despacho de los policías que llevan la investigación de Denise. Acabo de prestar declaración. Me han dicho que dudabas de si era verdad o no que eran los encargados del caso. Lo son, te lo aseguro. Te puedes fiar de ellos, no te preocupes.

—Hola, Javier, ¿cómo estás? Es un placer hablar contigo. Sé que te puedo parecer desconfiada, pero tenía que estar segura de que en verdad eran ellos. Ahora que te oigo, diles que no hay problema, que responderé a todas las preguntas que me quieran hacer.

—Me parece muy bien, hay que ayudarles todo lo posible para resolver este caso. Ya te comentarán ellos, pero de momento la investigación es muy complicada. Bueno, te dejo, un beso y seguimos en contacto.

—Otro para ti, Javier, me ha encantado tener esta conversación contigo.

El 14 de julio se produjo otro ejemplo de lo eficaz que resulta conseguir que los testigos se involucren en el caso. Ese día los agentes del Grupo II de la UDEV Central recibieron una llamada interesante. Era de María José Pintos, la expareja del principal sospechoso, con la que los policías habían conseguido forjar lazos de confianza.

—María Jesús, qué sorpresa, ¿cómo estás?, ¿hay alguna novedad?

—Pues sí; me ha llamado Miguel Ángel y me ha dicho que tiene la intención de venir a Madrid el fin de semana. Creo que quiere ver a nuestra hija…

—¿Te ha comentado algo más?

—También me ha advertido que no le ponga ningún mensaje por el teléfono, y la verdad es que me ha extrañado…

—De acuerdo, vamos a hacer una cosa. Si viene y está contigo nos vuelves a llamar y nos cuentas cómo han ido las cosas.

—Vale, así lo hacemos, hasta luego.

Un par de días después, otra de las personas con las que se habían entrevistado los policías, en este caso María Adalgiza, Ada, la pareja del padre de Miguel Ángel, también se puso en contacto con el Grupo II, en concreto con el subinspector Carlos, para confirmar que «viene para Madrid con su padre».

El día 20, Ada volvió a descolgar el auricular. Esta vez habló con Javi, al que comentó que, según le había contado su pareja, el sospechoso «regresó a Astorga el domingo por la tarde. El fin de semana ha dormido en el piso que tiene su padre en Getafe y también sé que se ha visto con su expareja».

Pocos días después era María José Pintos la que llamaba por teléfono de nuevo al Grupo II. Fue Miguel quien descolgó el auricular:

—Hola, Miguel, solo contaros que Miguel Ángel estuvo por aquí, en la residencia de Pozuelo, el fin de semana del 18 y 19. Como os dije, fue a ver a nuestra hija.

—¿Te comentó algo especial?

—Sí, me dijo que la Policía me estaba buscando para hablar. Le pregunté que por qué me iban a preguntar a mí y me respondió que por una chica que desapareció cerca de su casa, pero que él no sabe nada de ese asunto y que nunca haría nada a una mujer porque es anarquista.

—Vaya, interesante… ¿Algo más?

—Bueno, me dio treinta euros del dinero que me había intentado enviar por giro postal por el curso de auxiliar de enfermería que os comenté y me dijo que ya me daría el resto.

—¿Le has visto cambiado?

—No, qué va, está con el mismo aspecto de siempre, no hay nada que me haya llamado la atención. Sé que ya está de vuelta en Castrillo de los Polvazares y me ha vuelto a insistir en que mi hija y yo nos vayamos a vivir con él. Pero le he vuelto a decir que no.

—¿Tiene pensado volver a Madrid?

—No me ha dicho nada de eso, solo que en septiembre tiene un examen para hacer el Graduado Escolar.

—OK, pues muchas gracias, María José. Si vuelves a tener noticias de él nos lo dices, por favor.

En las conversaciones con la expareja del sospechoso surgieron dos detalles interesantes: el primero, que no quería que María José le escribiera mensaje alguno, sin duda porque sospechaba que tenía el teléfono intervenido, por lo que se sentía investigado por la Policía; el segundo, el intento de desvincularse, sin que nadie se lo hubiera preguntado, de la desaparición de la peregrina.

En la comisaría de Astorga, mientras tanto, la rutina de trabajo se mantenía inalterable. Cada mínima información se comprobaba, y si era necesaria la colaboración de sus compañeros de la central se les comunicaba la incidencia de inmediato. Por esos días, además, el secretario de Estado de Interior, Francisco Martínez, quiso conocer de primera mano la marcha de las pesquisas. Aprovechando que

estaba en León, se convocó una reunión en la comisaría provincial a la que asistió, además de su máxima responsable, María Marcos, el inspector jefe de Astorga y la inspectora Patricia, al ser ella la que llevaba directamente el asunto. Estaba claro que el caso comenzaba a preocupar a nivel político, porque el hecho de que la víctima fuera norteamericana podía excitar el interés de este país por el tema a medida que pasara el tiempo y no hubiera resultados concretos.

Héctor Moreno, el comisario jefe de la UDEV Central, estaba al tanto de cada paso que se daba. Desde que su unidad se incorporó a la investigación pasaba casi a diario por el despacho del Grupo II y además mantenía contacto fluido con la comisaria Marcos. Conocía hasta el mínimo detalle del asunto, porque además repasaba una y otra vez informes y declaraciones para encargar nuevas pesquisas.

—He analizado vuestro diario de gestiones y creo que hay que hacer algunas cosas en estos próximos días en los que, si nada se complica, y toco madera, vamos a tener algo más de tranquilidad por las vacaciones. Lo primero es confeccionar una lista detallada de las pertenencias de la peregrina, si es posible documentándolas con fotografías. Me refiero a prendas de vestir de calle y las que utilizaba para las caminatas, material de acampada, pero también de aseo… Tened en cuenta que el responsable de la desaparición se los ha podido quedar como *souvenir*, y a la hora de hacer un registro debemos tenerlo en cuenta, porque sería una prueba clara para poder incriminarlo. También es interesante saber si llevaba algún amuleto, muñecos, joyas, colgantes, cruces, cualquier objeto personal que pudiera relacionarla directamente con ella.

—Así lo haremos, jefe, ¿algo más?

—Sí, hay que insistir en el tema de los equipos electrónicos, ver dónde los usó por última vez, agotar todas las posibilidades de localizarlos… Si hay que pedir ayuda a los especialistas, hacedlo, pero no dejéis este tema. Se trata de reconstruir con su rastro la vida de la desaparecida en España. Es vital también conocer con la máxima precisión sus últimos días, sus contactos, las llamadas que hizo o recibió, dónde estuvo…

—Eso está muy avanzado, hemos hablado prácticamente con todos

los peregrinos que coincidieron con ella en los albergues. Nos hicimos con las listas de huéspedes de todos ellos y, con las redes sociales y la ayuda de Interpol, les hemos conseguido localizar. Les hemos enviado un cuestionario, el mismo para todos, y la verdad es que están colaborando bien.

—Bien, pero hay que insistir y actualizar esa información con nuevos datos que vayan surgiendo; se puede hacer una especie de diario de sus últimos días, a ver si se nos ha pasado algo. Y desde luego es crucial saber qué cantidad de dinero llevaba encima cuando desapareció, al menos de forma aproximada y si era en dólares o en euros.

—Nos dijo su hermano que llevaba un fondo de contingencia de unos quinientos dólares, para tener margen de maniobra por si le ocurría un imprevisto. Lo que no sabemos es si había gastado ya algo de ese dinero o bien lo mantenía íntegro.

—De acuerdo, entonces; centrémonos ahora en el sospechoso. Hay que conocer más a fondo sus ingresos y gastos, el origen del dinero que pueda manejar y, sobre todo, si ha ingresado o cambiado dólares después de la desaparición de Denise. También es de especial interés todo lo relacionado con su cambio de aspecto tras los hechos, en especial dónde, cuándo y cómo pagó la ropa deportiva de marca que empezó a llevar, porque si no tenía un duro ya me contaréis cómo ha podido comprar esas prendas. Y hay que insistir a Interpol Roma por si tuvo algún incidente cuando estuvo en Italia… Ya sé que nuestro agregado de Interior ha dicho que no hay nada sobre este asunto, pero quizá pudo tener algún pequeño incidente que no pasó por sus manos… Finalmente, también hay que ver si ha adquirido productos de droguería y cuáles son… Otra cosa, y acabo; hay que hablar con Información por si tienen alguna noticia de este tipo por su relación con los antisistema, y hay que hacerlo de forma oficial, pero también extraoficial con la gente que conozcamos.

—Muy bien. Nos ponemos en marcha.

Esos primeros días de agosto sirvieron también para cumplir las órdenes del comisario Moreno relativas a una de las líneas de investigación en las que, además de él, ya había insistido antes la

inspectora Patricia, jefa del Grupo Operativo Local de Astorga, y también los hombres del Grupo II: la vertiente económica. El subinspector Carlos volvió a hacer una petición a sus compañeros de Delitos Monetarios de la UDEF para que rastrearan sus bases de datos por si Miguel Ángel hubiera realizado un cambio de divisas, de dólares a euros, en fechas posteriores a la desaparición de Denise. La respuesta no solo fue negativa, además se le dijo que no solía quedar constancia de esos cambios, sobre todo cuando eran de pequeñas cantidades… Vía muerta, por tanto; o al menos eso es lo que parecía.

Los agentes del Grupo II siguieron con el resto de tareas. Es verdad que no se estaban consiguiendo datos definitivos que implicaran en los hechos a Miguel Ángel Muñoz —desde luego, ninguno que pudiera servir como elemento de presión en una eventual detención —, pero tenían que seguir también con sus esfuerzos por encontrar el cadáver de Denise. Comenzaba a abrirse paso con fuerza la idea de que la víctima estaba enterrada —la sospecha era que no podía estar mucho más lejos de donde ya se había buscado, mucho más teniendo en cuenta quién era el principal sospechoso— y no estaba de más hacer consultas sobre las técnicas que se podían emplear para localizar el cuerpo en caso de que estuviera bajo tierra. También, claro, era preciso conocer qué posibilidades de éxito tenía cada una de ellas.

Hecha esta reflexión, se decidió consultar con los agentes de Sistemas Especiales si era posible utilizar cámaras térmicas en la zona de búsqueda con este fin. Fue Cristina la que se encargó de ello y la respuesta que recibió no fue alentadora: estos artefactos solamente detectarían personas o animales sepultados que desprendieran calor. «Si el enterramiento, como sería en este caso, es de hace tres meses o más, las cámaras térmicas no registrarían una variación de temperatura. No vemos útil su utilización en este asunto», le dijeron los especialistas.

Cristina no se dio por vencida y siguió con sus consultas a sus compañeros. Esta vez habló con Ana, facultativa de Entomología de la Comisaría General de Policía Científica con muchos años de experiencia. La pregunta que le planteó era clara:

—¿Se puede detectar un cuerpo a través del estudio de la fauna

cadavérica que pueda aflorar sobre el terreno?

—Pues mira, Cris, hay un estudio nuevo que ha hecho la Policía alemana en colaboración con el Instituto de Medicina Legal de Frankfurt/Main basado en la detección del calor desprendido por masas larvarias y por diferentes estadios de la actividad larvaria a través de una cámara térmica de infrarrojos movilizada sobre la zona con un helicóptero. Es una técnica viable, desde luego, pero hay dos problemas: primero, el tiempo transcurrido, porque el estudio está hecho con cadáveres de cerdos de veinte días; y segundo, el enterramiento, porque el ensayo se ha realizado con cuerpos en superficie o solo semienterrados, no completamente bajo tierra. De todas formas, deja que lo consulte con un contacto que tengo en Alemania y te cuento luego por *mail*.

Además, para cerrar todas las posibilidades que se abrían con esta línea de investigación, se decidió hacer una consulta extraoficial con la gente de Guías Caninos. La cuestión era si los perros adiestrados en la detección de cadáveres podían detectar restos óseos, ya que por el tiempo transcurrido los restos de Denise estarían prácticamente reducidos a los huesos. Los especialistas aclararon que era más problemática la amplitud del área de búsqueda que se proponía que el propio estado de los restos enterrados. La reflexión de los investigadores fue inmediata:

—Necesitamos precisar aún más el lugar donde desapareció Denise, hay que acotarlo al máximo. Es la única manera de poder centrar la búsqueda.

—Es verdad, tenemos que confirmar qué ruta cogió exactamente desde Astorga. Para eso estaría muy bien averiguar qué guía del Camino utilizaba la peregrina, porque podría indicarnos con más certeza si de verdad llegó o intentó llegar a Castrillo de los Polvazares y ayudar a delimitar mejor la zona en la que se le pierde el rastro. Es complicado, pero hay que intentarlo.

—Quizá Javier Pombo y su familia puedan ayudarnos, al fin y al cabo son los que más tiempo estuvieron con ella y nos han dicho que se estudiaba la guía a fondo para saber exactamente qué le esperaba en cada etapa.

La conversación desembocó en una llamada, otra más, del subinspector Carlos a Javier. La complicidad entre ambos era ya total —con el inspector Jesús mantenía la misma relación—, y sabía que el piloto de Iberia ayudaría en todo lo que fuera posible. No tenían muchas esperanzas de que aquella gestión tuviera éxito, pero no se perdía nada por intentarlo.

—¿Cómo estás? Te llamo porque nos interesa mucho saber qué guía concreta del Camino de Santiago utilizaba Denise. La idea es que a través de ella sabremos qué etapas concretas tenía previsto hacer. ¿Te fijaste en cuál era?

—Chico, pues la verdad es que ni idea, pero voy a preguntar a mi hija y a mis sobrinos por si acaso. Lo muevo y te digo algo.

—Te lo agradezco mucho, Javier, te insisto en que para nosotros es importante.

El piloto de Iberia llamó de inmediato a sus familiares. Como era de esperar, ninguno se fijó en ese detalle, pero Cris, su hija, y su prima Blanca comenzaron a dar vueltas al asunto para ver si eran capaces de averiguarlo. Desde el principio, lo interiorizaron como un reto. Era la segunda vez que actuaban como «inspectoras» improvisadas, después de haber llamado a todos los hospitales y albergues del Camino de Santiago próximos a Astorga los primeros días, cuando Cedric, el hermano de la peregrina, les comunicó que había desaparecido.

Lo primero que hicieron las jóvenes fue volver a mirar las fotografías que tenían de Denise, por si en alguna de ellas saliera con la guía. Y hubo suerte. En una, tomada el 30 de marzo, se veía a la peregrina tumbada en su litera del albergue Jardín del Camino de Mansilla de las Mulas, muy sonriente y con el móvil en la mano. Pero lo más interesante es que también se veía —más bien se intuía — la guía de marras, sobre el colchón, a un costado y a la altura de sus pies.

Era imprescindible fijarse muy bien para darse cuenta de ese detalle y ampliar bastante la imagen para poder sacar alguna información. Cuando Cris y Blanca lo hicieron, no pudieron ver el nombre de la publicación, pero sí un par de palabras en inglés del título.

Pensaron que si podían localizar la imagen de la portada en Google con esa pista, era muy posible que pudieran identificarla.

Dicho y hecho. Metieron en el conocido buscador de internet las dos palabras que se podían leer en la fotografía y… ¡Bingo! Una de las imágenes que salieron en pantalla correspondía con la de la guía de la peregrina. Javier, sorprendido una vez más por la sagacidad de las chicas —sabía, claro, que eran muy inteligentes, pero aun así su descubrimiento no dejaba de impactarle—, se puso de inmediato en contacto con Carlos.

—No te lo vas a creer, pero mi hija y mi sobrina han sido capaces de averiguar lo que me pedías. Ha sido gracias a una de las fotografías que teníamos de ella, en la que está la guía… Luego te la mando. El caso es que, como se veían un par de palabras, las han metido en Google y les ha salido la imagen de la portada de una, que coincide con la que llevaba Denise.

—Qué grandes… Muchísimas gracias, y dale las gracias también a ellas. Son unas crack, vamos a tener que ficharlas… En serio, esto nos va a servir de mucho. Un abrazo y seguimos en contacto.

De esta forma se pudo saber que la desaparecida utilizaba una guía editada por la editorial Findhomepress, con sede en el Reino Unido y cuyo autor es John Brierley. Lo más interesante es que, según pudo comprobar la Policía con la propia editorial, en todas las ediciones de esa publicación, cuando se describía el itinerario de la etapa con salida en Astorga se recogía también la ruta alternativa que pasa por Castrillo de los Polvazares. Si a eso se le unía el consejo que le había dado el propio Javier Pombo y el italiano Giorgio Cadoni, las posibilidades de que Denise hubiese elegido ese itinerario aumentaban de forma exponencial. Y una vez más, esa conclusión llevaba hasta Miguel Ángel Muñoz, aunque seguía sin haber nada concreto contra él.

El 6 de agosto, el comisario Héctor Moreno, el subinspector Carlos y el agente Miguel emprendieron viaje a Astorga. No era frecuente, ni mucho menos, que el jefe de la unidad se implicase en un caso hasta el punto de viajar para hacer gestiones operativas. Pero si había algo que le gustaba al jefe de la UDEV Central era la investigación y el caso de la peregrina sin duda tenía ya la

suficiente entidad para que decidiera rememorar sus ya lejanos tiempos en el legendario Grupo VI, de Homicidios, de la Brigada de Policía Judicial de Madrid. Es verdad que su obligación era dirigir las pesquisas, más que llevarlas a cabo sobre el terreno, pero también la devoción por su trabajo jugaba un papel importante en esa implicación tan personal. Eso, y la trascendencia del asunto, por supuesto.

Lo primero que hicieron los tres fue ir a la comisaría de Astorga para reunirse con sus compañeros, analizar juntos la investigación e intercambiar los últimos datos operativos. Todo ello era necesario para poder concretar las gestiones a realizar a partir de ese momento. En ese encuentro salió el nombre de Óscar, sobre el que los agentes del Grupo Operativo Local, con Patricia al frente, explicaron que era un vecino de una localidad próxima con antecedentes de tipo sexual que le hacían de interés para la investigación, porque además utilizaba una Renault Express, un vehículo similar al descrito por algunos testigos.

El subinspector Carlos y su compañero Miguel localizaron al sospechoso en una nave a la entrada del pueblo en la que ordeñaba vacas. A lo largo de una hora, los policías le preguntaron acerca de sus actividades sexuales en el Camino de Santiago. El hombre, acorralado y nervioso, acabó por reconocer que en varias ocasiones lo había merodeado para masturbarse al paso de las peregrinas.

—¿Qué hiciste con la peregrina?

—Nada, no sé de qué me hablan, de verdad, no sé nada de eso… —respondió notablemente nervioso.

—Dinos la verdad, ¿te la llevaste? —Carlos lo miraba fijamente a los ojos, como solo lo sabe hacer un «poli» de Homicidios de toda la vida.

—Que no, no me la llevé, tienen que creerme… —Óscar no sabía ya qué hacer, si llorar, implorar que se fiaran de él…

—¿Puedes demostrarlo?

—Sí, claro que sí… Pueden hablar con mi mujer y se lo dirá.

—Espero que no nos estés mintiendo, porque lo vamos a averiguar —le advirtió el subinspector, de nuevo con la máxima severidad.

—No les miento.

El tipo era un pobre hombre, un punto lascivo sin duda, pero a los investigadores les quedó la sensación de que en efecto no estaba implicado en el caso. Eso sí, harían más gestiones para comprobar su coartada y descartarlo por completo, entre ellas, por supuesto, la de hablar con su exmujer, de la que el propio Óscar facilitó su número de teléfono.

No era la primera entrevista mantenida con tipos de la zona con un perfil similar, de cuyas andanzas se enteraban los agentes de la comisaría de Astorga en su incansable trabajo de recogida de información sobre el terreno. Pero al menos hasta ese momento ningún dato permitía que se pudiera sacar del foco a Miguel Ángel Muñoz.

El comisario, como todos los que trabajaban en el caso, seguía convencido de que este individuo era el responsable de la desaparición de Denise y quiso aprovechar su presencia en Astorga para echarle un vistazo en persona. Se vistió como cualquier otro peregrino, se colgó una mochila a la espalda y llegó hasta Castrillo de los Polvazares, solo. Observó luego durante un rato los movimientos del objetivo oculto detrás de unos matorrales —perfectamente podía ser uno de los apostaderos que utilizaba Miguel Ángel Muñoz para controlar el paso de las mujeres que hacían el Camino—, y sacó algunas fotografías.

La distancia hasta el objetivo, unos veinte metros, era lo suficientemente corta como para apreciar sin demasiados problemas qué pasaba allí dentro. En esos instantes, pasado el mediodía, Miguel Ángel Muñoz estaba fuera de la casa, encaramado en una escalera, y hacía trabajos de mantenimiento en el tejado. El veterano policía decidió que era el momento de abordarlo para mantener con él una conversación banal con cualquier excusa.

—Buenas tardes, perdone, estoy haciendo el Camino de Santiago y no sé si me he perdido…

—El Camino de Santiago no pasa por aquí, tiene que ir en esa dirección —contestó Miguel Ángel Muñoz con un tono de voz nada amable.

El tipo siguió con su actitud fría y distante, recelosa al máximo. Estaba claro que no tenía la menor intención de mantener una conversación con un desconocido, de modo que el comisario, tras un par de frases más con lugares comunes, se marchó de allí. No sacó nada concreto de aquello, pero por lo menos ya sabía cómo se comportaba el principal sospechoso, la desconfianza que mostraba, y además le había puesto cara y ojos…

Al día siguiente hubo una nueva reunión en la comisaría de Astorga en la que se concretaron nuevas líneas de trabajo.

—Hay que controlar todos los locutorios de la zona, porque es posible que este individuo los haya utilizado para hacer llamadas o conexiones con alguno de los ordenadores, y lo mismo hay que hacer con la wifi de la biblioteca municipal. Tened en cuenta que puede usar un *pincho*… Además debemos localizar todos los puntos de observación del Camino que haya cerca de la casa… Carlos, vosotros tenéis que hacer un perfil completo de Miguel Ángel, porque quiero compararlo con el que ya han hecho los compañeros de Astorga. Y finalmente, quiero que hagamos una búsqueda en internet de todas las informaciones que se hayan publicado en relación con la desaparición de la peregrina. Es posible que este tío las esté controlando y tome decisiones en función de lo que vea en las páginas web.

Después de la reunión, el comisario jefe de la UDEV Central y los agentes del Grupo II que lo acompañaban emprendieron viaje de regreso a Madrid.

La primera quincena del mes de agosto se consumía sin grandes novedades. El día 13, el representante de la familia, Juan Muñoz, envió tres correos electrónicos al Grupo II, que a su vez había recibido de la familia de Denise. En uno de ellos se adjuntaba una denuncia presentada en Santiago de Compostela por una coreana que aseguraba haber sido asaltada en Santiso, muy cerca de Santiago de Compostela. Según afirmaba, dos encauchados la amenazaron con una pistola y le quitaron sus pertenencias. El

segundo correo era de otra denuncia, pero no se podía analizar ya que estaba en coreano y sin traducir.

El subinspector Carlos se puso de inmediato al habla con los compañeros de la capital gallega. Los agentes que llevaron el caso informaron que no tenían denuncias similares, ni allí ni en zonas próximas. Además, en cuanto a la autoría sospechaban de dos jóvenes de la zona a los que tenían identificados. Analizadas todas las informaciones, se descartó que tuvieran relación con la desaparición de Denise, entre otras cosas porque la descripción física de los presuntos autores tampoco coincidía con la de Miguel Ángel Muñoz.

Paralelamente, Miguel logró localizar el mismo modelo de casa prefabricada del principal sospechoso, una Hergohome Brasil de cuarenta metros cuadrados con tres habitaciones. Con este dato había localizado también una empresa de Alcorcón que las comercializaba y cuyos responsables accedieron a que los policías fueran a verlo. La gestión era importante de cara a una posible actuación sobre el terreno de los agentes especializados, puesto que contarían previamente con toda la información necesaria del inmueble.

Mientras tanto, en Astorga los agentes del Grupo Operativo Local seguían con sus gestiones. Patricia no paraba de darle vueltas a la cabeza, consultaba con compañeros de promoción, destinados en puestos de las distintas especialidades de la Policía, qué cosas se podían hacer, por si alguna no se le había ocurrido antes a ella. No desfallecía: «Soy muy cabezota, vamos a sacar esto adelante», repetía una y otra vez. Eso sí, cada vez estaba más sorprendida de la cantidad de «mierda» que había en el Camino de Santiago y que hasta ese momento estaba oculta por falta de denuncias.

— . —

— CAPÍTULO 10 —

EL AMIGO AMERICANO

Cedric volvió a finales de mayo a su casa de Arizona, en Estados Unidos, pero sus pensamientos seguían en España. No podía, ni quería, dejar pasar los días sin hacer nada, solo a la espera de recibir una llamada. Ante la falta de respuestas, empezó a tomar decisiones. La primera, ponerse en contacto con el embajador de su país en España, James Costos, quien tras hacerse cargo del dolor que estaban sufriendo les comunicó que no podían hacer nada, pues «a cargo de la investigación está exclusivamente la Policía Nacional», lo que era cierto. Pero lo que quizá molestó más al hermano de Denise es que el embajador tenía previsto viajar ese mismo mes a Estados Unidos, lo que iba a aprovechar para reunirse personalmente con la familia, con una fecha además ya determinada, y no cumplió.

Finalmente pospuso su regreso hasta septiembre, aunque lo que les dolió a los Thiem, sobre todo, es que no fijara un día alternativo para la cita. Para ellos eso suponía que no tenía el menor interés en el asunto, que los abandonaba a su suerte. No estaban dispuestos a dejarlo pasar por alto y se imponían nuevas iniciativas. Su gobierno tenía que atenderles; era su obligación, y para ellos, su derecho. Lo iban a hacer valer.

Corría la primera quincena de julio y ya había arrancado la carrera por la presidencia de Estados Unidos. Estaba en la fase de primarias para elegir a los candidatos demócrata y republicano, tras los dos mandatos improrrogables de Barack Obama. Cedric intuyó que eso le daba una oportunidad, aunque fuese pequeña. Si involucraba al Partido Republicano en el asunto, denunciando además una clamorosa falta de atención por parte de la administración demócrata a la familia de una ciudadana norteamericana desaparecida en un país extranjero, esa formación podría utilizar el asunto para desgastar electoralmente a sus adversarios políticos.

Sabía además que John McCain, héroe de la guerra de Vietnam y senador republicano por Arizona, el estado en el que residían, tenía

una enorme influencia en las esferas de poder; incluso, llegó a disputar la presidencia a Obama, lo que aumentaba su prestigio. Así que pensó que merecía la pena intentar que se interesara por el asunto y lo ayudara a conseguir lo que por entonces era su objetivo prioritario: que el FBI se incorporara a la investigación.

Pero ¿cómo conseguirlo? A veces, las soluciones más simples son las más eficaces. Un día, a mediados de mes, condujo su coche hasta la puerta de la oficina de McCain, en Phoenix. Bajo el brazo llevaba un pequeño informe con todos los detalles que había logrado recopilar de la desaparición de su hermana en el que incluía, además, las comunicaciones enviadas a la Embajada de Estados Unidos en España para solicitar ayuda y la petición de que el FBI se sumara a la investigación. Abrió la puerta y contó a la persona que lo recibió el motivo de su visita. Entonces saltó la sorpresa.

«Un momento, por favor. Le voy a decir al señor McCain que está usted aquí y el motivo de su visita.» Cedric se quedó de una pieza; ni por lo más remoto esperaba, primero, que el senador estuviera en la oficina en ese momento, ni mucho menos que tuviese alguna posibilidad de que lo recibiera. Pero se equivocaba de plano. Segundos después, la misma persona se volvió a dirigir a él: «Por favor, acompáñeme, el senador está encantado de recibirle para que le exponga el caso».

Segundos después, Cedric Thiem, un ciudadano anónimo de Arizona, estrechaba la mano del todopoderoso John McCain en su despacho. No fue una reunión larga, pero sí lo suficiente como para que el hermano de Denise le expusiera los hechos a grandes rasgos, el malestar de la familia por la supuesta desatención de la administración Obama y también su petición: «No se preocupe, señor Thiem; me voy a interesar por este asunto personalmente», le prometió. Y cumplió su palabra.

El senador se puso en contacto tanto con el secretario de Estado, John Kerry, como con el director del FBI, James Comey, para interesarse por las gestiones que ambos habían hecho en relación con este asunto. A Kerry le pidió que «autorice el uso de recursos adicionales del Departamento de Estado para ayudar a España y a la embajada en las tareas de búsqueda de la peregrina». Y a Comey le planteó que «dado que las evidencias recientes parecen indicar que

se ha cometido un crimen en el extranjero contra una ciudadana estadounidense, la participación del FBI en los esfuerzos internacionales por localizar a Denise es vital».

No se conformó con eso; además, llamó a la puerta de la Embajada de España en Estados Unidos para pedir una reunión con nuestro embajador, Ramón Gil-Casares. Por supuesto, el titular de la legación diplomática accedió de inmediato a tener esa cita, aunque pidió unos días para poder recabar toda la información posible acerca de este asunto.

Desde la embajada se pusieron en contacto con el Ministerio del Interior para que se redactase un informe del caso lo más completo posible a fin de que Gil-Casares pudiera preparar la entrevista. El 15 de julio, los investigadores del Grupo II de la UDEV Central, con el inspector Jesús y el subinspector Carlos a la cabeza, enviaron el documento al consejero de Interior en Washington. En ese momento, los dos policías fueron plenamente conscientes de que las presiones políticas iban a empezar en cualquier momento, aunque ni siquiera lo comentaron demasiado entre ellos. Era un factor más a tener en cuenta, pero no estaban dispuestos a que eso les desviase ni un milímetro de su línea de trabajo.

Dos días después, el viernes 17 de julio, se celebró el encuentro entre McCain y Gil-Casares. El clima de la entrevista fue muy cordial y por parte del embajador, como no podía ser de otra manera, se mostró una comprensión absoluta hacia el sufrimiento de la familia. También trasladó al senador norteamericano que una unidad de la Policía española, especializada y con mucha experiencia en este tipo de casos, estaba volcada en resolver la desaparición de la peregrina, un asunto además que el Gobierno español consideraba prioritario para las Fuerzas de Seguridad.

Asimismo, le precisó que había varias líneas de investigación, una de ellas prometedora, de la que no le podía avanzar detalles para no entorpecer las pesquisas. Le garantizó que se hacía todo lo necesario y que no se escatimaban esfuerzos. Y se comprometió a que en cuanto hubiera cualquier novedad se informaría a la familia. Es más, se puso a disposición de los Thiem por si alguno de sus miembros, o la persona que designasen, quería hablar de forma directa con los investigadores para que comprobaran en primera

persona que se hacía todo lo humanamente posible.

McCain no podía conseguir más allá de ese compromiso. Sabía también que por esa vía ya no podía aumentar la presión, puesto que España era un país aliado y soberano al que no se le podía imponer nada. E informó de todo ello a la familia, con la promesa, eso sí, de que no se iba a olvidar del asunto y ese ofrecimiento de tener una conversación con los policías del caso.

Tras redactar el informe para la Embajada de España en Washington, los investigadores se dieron cuenta de que había un flanco muy sensible del caso sobre el que apenas tenían control: la familia de Denise, de la que solo conocían a Cedric, que además estaba ya a miles de kilómetros de distancia y que, como se acababa de comprobar, tenía una visión muy distorsionada de la realidad desde que no estaba en nuestro país, muy especialmente de todo lo referente al trabajo de la Policía española para aclarar el asunto. Los agentes del Grupo II de la UDEV Central sabían muy bien que en muchas ocasiones los parientes de la víctima se convierten en un factor desestabilizador cuando actúan por su cuenta, y ese era un problema complicado que la Policía tenía que abordar cuanto antes. De modo que esa conversación con el representante de los Thiem era una oportunidad inmejorable para reconducir las cosas.

Cinco días después de la reunión entre nuestro embajador y el senador McCain, Desiree Yao, una prima de Denise a la que la familia había encargado ponerse en contacto con los investigadores, apareció en escena. Esta mujer, psiquiatra de profesión y residente en Hong Kong, había tenido relación alguna vez con casos policiales, por lo que a los padres y al hermano de la peregrina les pareció la persona adecuada para hablar con los agentes. Además era una mujer de carácter fuerte, profesional, que sabría pedir explicaciones sin arredrarse ante las respuestas que pudiera recibir. El inspector Óscar, jefe del Grupo I de la UDEV Central y que también estaba al tanto de los detalles del caso —en realidad, toda la Sección de Homicidios y Desaparecidos estaba involucrada de alguna forma en el asunto—, fue el encargado de entablar al principio esa relación.

El primer contacto se concretó días antes a través de Mark, agregado del FBI de la Embajada de Estados Unidos, mediante una

videoconferencia mantenida desde la legación diplomática de ese país, con sede en la calle Serrano de Madrid. Se trató, sobre todo, de una presentación, de darse a conocer y de que ella explicara qué era lo que quería exactamente de la Policía española. En el segundo, el 22 de julio, se entró más a fondo en materia.

En todo momento, Desiree se mostraba formalmente colaboradora y aseguraba que su intención no era supervisar el trabajo de la Policía española, pero es verdad que al mismo tiempo se la percibía un tanto distante, tensa, como si no confiase demasiado en cómo estaban llevando el caso los investigadores. Algo que tampoco sorprendía, porque no los conocía de nada, ni sabía cómo trabajaban, ni los pasos que daban, y sobre todo porque a esas alturas su interlocutor ya sabía que su principal petición era que el FBI se incorporase al caso.

—¿Verían ustedes adecuado que ofrezcamos una recompensa para quien aporte información veraz del caso?

—Mire, Desiree, nosotros no se lo podemos prohibir, pero sí le digo que seguimos una línea de investigación interesante, de la que no le puedo dar detalles en este momento, y pensamos que en este punto de las pesquisas una iniciativa como esa puede ser más perjudicial que beneficiosa para la resolución del caso. Lo que le garantizo es que en cuanto tengamos resultados concretos de esta línea de trabajo que tenemos abierta, ya sean positivos o negativos, se lo haremos saber de inmediato.

—De acuerdo, pero sí me gustaría que nos informasen de lo que haya dos veces por semana, para estar al tanto de cómo van las investigaciones… Como pueden suponer, la familia está muy inquieta por la falta de avances.

—Por nuestra parte no hay problema, pero tiene que entender que solo le podremos contar algunas cosas, porque otras son secretas y no nos está permitido hablar de ellas.

—OK, lo entiendo; también estamos interesados en que nos digan en qué podemos ayudar, no sé si quieren que nos pongamos en contacto con medios de comunicación. Sí les anuncio que la familia ha contratado a una amiga como su representante en España. Se

llama Covadonga y se pondrá en contacto con ustedes.

—Bien, no hay inconveniente. Por supuesto la atenderemos. En cuanto a lo de la ayuda, si necesitamos algo de ustedes se lo haremos saber.

—Otra cosa, ¿creen que mi prima Denise está muerta? Por favor, sea sincero…

—Bueno, no podemos descartar nada, pero es muy extraño que si está viva no haya dado señales de vida en todo este tiempo. Es lo que le puedo decir en este momento.

—Pero esté viva o muerta, ¿sigue en España?

—En nuestra opinión sí, es lo más probable. No hay un solo dato que indique otra cosa.

—Otro tema les quiero comentar; un familiar, Richard, estuvo en Astorga y alguien llamado Antonio le dio información sobre dos de los trabajadores del albergue en el que estuvo alojada mi prima que abandonaron el mismo poco después de su desaparición, ¿saben algo de esto?

—Sí, ya hicimos todas las gestiones en relación con ese asunto y quedó descartada cualquier relación de esas personas con el caso.

—¿Qué les parecería que contratáramos a un detective privado para que trabaje con ustedes?

—Desiree, de nuevo le tengo que insistir en que la Policía no les puede decir lo que tienen que hacer en ese aspecto o en otros, pero lo que sí le aseguro es que los investigadores no necesitamos la colaboración de un detective. Tenemos los medios suficientes y la experiencia necesaria para resolver este tema.

La conversación, que había comenzado algo más crispada para luego relajarse, llegaba a su fin. Antes de despedirse, el inspector Óscar se comprometió a enviarle un correo electrónico semanal para comentar las novedades, si es que las había, o al menos para garantizarle que continuaban las pesquisas. También mantendrían las conversaciones telefónicas con la cadencia solicitada.

Ese mismo día, el inspector mantuvo otra charla, esta vez con un compañero, Luis, que en su etapa en la UDEV Central había investigado el caso de Déborah Fernández, la joven encontrada muerta hacía más de diez años en una cuneta de una carretera de Vigo. El policía le comentó que se había puesto en contacto con él el padre de la chica y que le comentó que tenía un poder de la familia de Denise por el cual los nombraba sus representantes en España. Era extraña esa relación, porque ambos asuntos nada tenían que ver, pero en cualquier caso, si eso era como le decía, por supuesto se le atendería. Luis añadió que, si le parecía bien, le daría su teléfono para que lo pudiera llamar.

Las conversaciones demostraban hasta qué punto la familia de la peregrina actuaba como pollo sin cabeza. Aún hubo una tercera llamada, de Covadonga. Fue ella misma la que aclaró la relación con la familia de Déborah Fernández, ya que explicó que también estaba en contacto con el padre de esta joven. Pidió asimismo una reunión con los encargados del caso, que se concretó a la mañana siguiente.

Hubo otra novedad en relación con este asunto. El 27 de julio, el Grupo II de la UDEV Central recibió un *e-mail* de un detective privado en el que explicaba que la familia Thiem lo había nombrado enlace exclusivo con la Policía y que ya les había enviado esa comunicación. No obstante, aún no disponía del poder oficial, que se lo haría llegar en los días siguientes, pero aun así, y para ganar tiempo, pedía concretar una fecha para mantener una reunión. De nuevo hubo total comprensión por parte de los agentes, que fijaron la cita para el 30 de julio. Era importante que la familia se sintiera arropada por la Policía, porque era la forma de poder acordar con ella una forma de actuar que no generase más problemas. Si para ello había que tener todas esas conversaciones, se tenían. Esas, y todas las que fuesen necesarias en el futuro.

Julio enfilaba sus últimos días y la angustia de los Thiem iba en aumento ante la ausencia de novedades y la falta de resultados de sus gestiones con el embajador Costos y el senador McCain, al que desde luego estaban muy agradecidos por el enorme interés que se había tomado y el apoyo prestado. Estaban desesperados, y aunque Desiree mantenía contactos con la Policía, tal como se acordó con

los agentes, no les era suficiente; nada, en realidad, les podía parecer suficiente, porque seguían sin saber nada de su hija.

Desesperados, decidieron dar un paso más. Se sentían abandonados por su gobierno, así que decidieron apostar a lo grande y enviar una carta al presidente de Estados Unidos, Barack Obama, con copia al secretario de Estado, John Kerry, para exponerle su situación. Nada tenían que perder. El 28 de ese mes, la misiva partía rumbo al 1600 de Pennsylvania Avenue. NW. Washington DC 2006. Y decía lo siguiente:

Estimado Sr. Presidente,

Necesitamos su ayuda. Nuestra amada hija Denise lleva desaparecida en España desde hace más de 120 días, necesitamos su inmediata intervención por si hay alguna esperanza de que siguiese con vida. El senador McCain pidió al Secretario Kerry y al Director Comey [James Comey, director del FBI] aumentar los recursos de la Embajada de Estados Unidos para atraer la atención del presidente de España sobre del caso de nuestra hija. Amigos y gente desconocida le han hecho esa petición, a usted directamente y al vicepresidente Biden [Joe Biden], mediante cartas y correos electrónicos. A día de hoy, nadie ha respondido.

La Embajada de Estados Unidos en España nos dice que el de Denise es un caso que es responsabilidad del Gobierno español. El embajador y el cónsul general aparentemente desean evitar cualquier relación con el asunto. Por todo ello, sentimos que nuestro gobierno ha abandonado a nuestra hija.

Tiene dos hijas adorables. Tenemos una hija y un hijo. Como usted habrá experimentado, nuestra vida se centra en nuestros hijos. Desde el momento en que vinimos a Estados Unidos hemos trabajado duro para ser ciudadanos de provecho y para inculcar a nuestros hijos los valores norteamericanos. Les hemos dado la educación necesaria para alcanzar el 'sueño americano', hasta donde su talento y compromiso alcanzasen. El sueño de Denise estaba a su alcance, pero ahora está desaparecida. Estamos en un punto de inflexión emocional y mental.

La Embajada estadounidense nos ha dicho que dependemos por

completo de la Policía Nacional española para cualquier información concerniente a la investigación de la desaparición de nuestra hija. Después de más de 120 días, seguimos esperando noticias, cualquier noticia.

Por favor, ayúdenos a encontrar a nuestra hija llamando al presidente Rajoy e implorándole que dé orden a su gobierno de que nos informen de lo que saben, no saben, y sobre lo que están haciendo para encontrar a nuestra hija. Como padres, creemos que tenemos el derecho a saber si hay alguna razón para esperar que nuestra hija siga viva. Por favor, ayúdenos.

Respetuosamente,
Dalia y Seng Thiem

La carta revelaba toda la angustia que vivían los familiares de Denise y al mismo tiempo un desconocimiento total de la realidad. Necesitaban saber, como es lógico, porque a cualquier persona que pase por esa situación le ocurriría lo mismo, mucho más si está en otro país, a miles de kilómetros de distancia y sin saber con detalle qué es lo que se hacía.

Al margen de la petición concreta, de la carta llamaban la atención los reproches a cargos de la administración Obama, incluido el propio presidente, y esa apelación personal en la que le suplicaban que comprendiera por lo que estaban pasando, porque él era padre como ellos. También su condición de inmigrantes y que hubiesen querido que sus hijos vivieran el «sueño americano».

Pero Dalia y Seng Thiem no se pararon ahí. El mismo día 28, los padres de Denise enviaron otra carta. En esta ocasión su destinatario era el presidente del Gobierno español, Mariano Rajoy. Este era su contenido:

Estimado Sr. Presidente,

Nosotros, los padres de Denise Thiem, necesitamos su ayuda. Le escribimos para suplicarle que nos cuente lo que la Policía española piensa de qué ocurrió en la desaparición de nuestra hija el 5 de abril de 2015 mientras realizaba el Camino de Santiago, cerca de Astorga. ¿Hay alguna esperanza de que siga con vida?

Denise eligió hacer el Camino de Santiago pensando que el Camino era seguro, pero su desaparición hace ver lo contrario. Damos por hecho que la Policía española son servidores públicos ejemplares y profesionales altamente cualificados, dedicados a la búsqueda de nuestra hija. Al mismo tiempo, estamos agotados mental y emocionalmente debido al desgaste de no saber qué pasó con Denise. Como padre de dos hijos, estamos seguros de que comprende nuestra situación.

La Embajada americana nos insiste constantemente en que debemos confiar en las autoridades españolas para cualquier información relativa a nuestra hija. Se ha comprometido a que la Policía Nacional española se pondrá en contacto con nosotros cuando haya nueva información. Mientras la Policía Nacional española nos ha hecho preguntas, no nos ha dado ninguna información ni actualizado datos.

No sabemos si la falta de información por parte de la Policía Nacional significa que no saben nada, si es resultado de no querer filtrar información para no comprometer una investigación que puede estar cercana a concluir, o simplemente no saben cómo comunicar información que signifique que nuestra hija no sigue viva. Sin importar eso, y dado que Denise es nuestra hija, le imploramos que haga que el ministro del Interior se comunique directamente con nosotros.

Su ministro debería ser capaz de decirnos lo que la Policía sabe y no sabe con la seguridad de que no divulgaremos ninguna información sensible para que la investigación sea exitosa. Apelamos a usted porque hemos acudido al embajador James Costos y a su Exmo. embajador Ramón Gil-Casares, sin éxito.

Es usted nuestra última fuente de apoyo y comprensión. Por favor, ayúdenos.

Respetuosamente,
Dalia y Seng Thiem

¿Qué puede hacer un presidente del Gobierno, en este caso Mariano Rajoy, para aliviar a estas personas? La respuesta es clara, pero dura: nada, más allá de mostrar su comprensión y empatía con

ellas. Porque la Policía no podía decir nada porque nada concreto tenía, más allá de unas sospechas firmes sobre un individuo. ¿Cómo iba a decir a los padres que su hija estaba muerta, si no se habían encontrado sus restos? Es verdad que todo apuntaba a que era así, y eso sí se les había trasladado, pero ¿qué hubieran pensado esos padres de nuestras Fuerzas de Seguridad y de España si pasado algún tiempo Denise era encontrada con vida?

Lo único razonable era esperar a que el trabajo policial diera sus frutos. Para el Gobierno este caso era una china en el zapato en las relaciones con Estados Unidos, y la verdad es que las llamadas al Ministerio del Interior —y desde este hacia abajo— para preguntar sobre el tema comenzaron a sucederse. El mensaje es que había que hacer todo lo posible para resolverlo, y hacerlo cuanto antes. Eso suponía trasladar una presión notable sobre los investigadores, a los que alguien debía proteger. Héctor Moreno, el jefe de la UDEV Central, fue quien decidió hacerlo, de modo que les ocultaba las llamadas que recibía de los jefes, de forma cada vez más frecuente. «Como no lo saquéis te destituyo», le decía cada poco el entonces director adjunto operativo (DAO), el comisario principal Eugenio Pino, «abrasado» a su vez por su director general, Ignacio Cosidó; el secretario de Estado de Seguridad, Francisco Martínez, y el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, a quien Moncloa, a su vez, pedía explicaciones.

Tal como había prometido a la familia, el senador McCain no se había olvidado del asunto. El 3 de agosto imitó a la familia de Denise y envió una carta al presidente Rajoy:

Sé que esto puede herir algunas sensibilidades en su país [escribió], pero el FBI tiene recursos significativos para ayudar en la investigación. Por eso le pido que lo evalúe y pida su ayuda inmediata.

Es decir, se expresaba en la misma línea que ya lo había hecho en sus comunicaciones con Kerry y el director de la agencia de investigación norteamericana.

La cosa tenía su guasa, porque el mismo día que McCain instaba a Rajoy a incorporar al FBI a la investigación, porque supuestamente era la élite mundial en este tipo de asuntos, se recibió en la UDEV

Central un correo electrónico de Interpol muy significativo. En el texto se explicaba que su oficina de Washington les acababa de comunicar que aún no habían recibido las muestras de ADN de los padres de Denise que Estados Unidos se comprometió a enviar, a pesar de que la Policía española hacía meses que lo solicitó. Eso sí, se ofrecían para ponerse en contacto con las autoridades locales de Arizona para que ellas enviasen las muestras directamente a donde se les dijese… Pero por lo menos era curioso que ese enorme interés norteamericano no estuviera acompañado por la mínima diligencia exigible de colaboración con las autoridades policiales de nuestro país.

A pesar de que ya estaba en contacto con la Policía, Desiree Yao decidió aumentar la presión, para lo cual mantuvo contacto con el diario *El Mundo*. Lo hizo a través de correo electrónico. «Podemos estar siendo injustos —decía en unas declaraciones publicadas el 10 de agosto, una semana después de la carta de McCain a Rajoy—; pero nos ha dado la impresión de que las autoridades no están muy interesadas en el caso. No sabemos nada significativo y eso es muy frustrante para nosotros. Nos sentimos muy solos»; y añadía que «pensar que estamos igual que hace cuatro meses, el que nadie nos diga si creen que Denise está viva o muerta, es una tortura. La agonía de tener que vivir con la incertidumbre empieza a ser peor que saber que le ha ocurrido algo horrible», afirmaba. No entendía que esas eran incógnitas que no se podían resolver de momento, porque una cosa era las impresiones de los investigadores y otra muy distinta la obtención de las pruebas que demostrasen que no estaban equivocados.

Además, Desiree mostraba su agradecimiento al senador republicano. «Hemos recibido mucho apoyo de su parte. Si no hubiera sido por él, pensaríamos realmente que al Gobierno de Estados Unidos no le interesa encontrar a Denise, porque las cartas que nosotros y muchos amigos hemos enviado a la Casa Blanca y al Departamento de Estado han caído en saco roto; no ha habido ninguna respuesta, ninguna empatía.»

Estas declaraciones afectaban directamente a la administración Obama y era muy probable que con ellas la prima de Denise quisiera presionar a su gobierno para que se implicara más. Estaba

en su derecho, desde luego, porque pensaba que era la mejor forma de ayudar a resolver el caso. La familia, además, concedió alguna entrevista a un medio de comunicación de su país y este tipo de asuntos podían empezar a ser un problema para las autoridades norteamericanas, que pedían explicaciones a las españolas.

Desiree Yao, no obstante, era un poco injusta con la Policía española. La UDEV Central, a través del inspector Óscar, jefe del Grupo I de la Sección de Homicidios y Desaparecidos —luego también de sus compañeros del Grupo II—, sí había tenido varios contactos con ella desde la videoconferencia desde la Embajada de Estados Unidos en España. En esas conversaciones e intercambios de correos electrónicos le insinuaron, con bastante claridad, no solo que pensaba que su familiar estaba muerta, sino también que se estaba siguiendo una línea de investigación prometedora, de la que, como era lógico, no le podía avanzar detalle alguno en tanto no se llegara hasta el final de la misma.

Su reacción, por tanto, se debía a que la familia quería presionar para acelerar las pesquisas e involucrar al FBI sin ser consciente de que la Policía estaba haciendo todo lo posible por aclarar el asunto. Y también demostraba que tampoco tenía una excesiva confianza en la capacidad de los agentes encargados del caso y en los medios técnicos que tenían a su alcance, de nuevo por una comprensible falta de información.

Ese mismo 10 de agosto, Cristina Fraile, encargada de negocios de la Embajada de España en Washington, se puso en contacto con la UDEV Central. Para entonces ya había tenido noticias de las cartas enviadas por la familia a Obama y a Rajoy, además de la que recibió este de McCain. También de las preguntas que estaba haciendo el senador al departamento de Estado y al FBI. El objetivo de la llamada, recogida por Edu, era pedir a los investigadores información de la Operación Peregrina, ya que se lo había pedido la Casa Blanca. El asunto desbordaba claramente el ámbito de actuación del Grupo II, de modo que el policía trasladó la información a su comisario jefe, Héctor Moreno, junto con el número de contacto de la diplomática.

A la vista estaba que las cosas se estaban tensando a nivel internacional, lo que no era bueno para la investigación. Pero lo

principal era mantener aislado del ruido ambiental al grupo de agentes encargados del caso, tanto los de la UDEV como los de Astorga, para que nadie se precipitase y diera un paso en falso. Un error en este tipo de asuntos es siempre irrecuperable, y todos lo sabían.

El nerviosismo, no obstante, era inevitable. Los responsables de Interior sabían que la presión iría en aumento a medida que pasasen los días, así que querían tener toda la información para estar preparados ante lo que pudiese venir. El director general de la Policía, Ignacio Cosidó, palentino de origen, veraneaba ese mes de agosto en su tierra, así que decidió que podía aprovechar esa circunstancia para mantener en la comisaría de Astorga una reunión de trabajo informal con los encargados del caso y ponerse al día de las pesquisas.

El jueves, 20 de agosto, Cris descolgó el teléfono de la UDEV. Desde la dirección general se le comunicaba que al día siguiente iba a haber ese encuentro. Puesta al habla con el comisario Moreno, este decidió asistir a la cita, acompañado por ella y su compañera Raquel. A pesar de que las dos estaban más volcadas en el asesinato de El Ejido, también colaboraban con el de la peregrina y su presencia era necesaria. Además, Cris, siguiendo las órdenes de su jefe, intentó entrar en contacto con Mark, el enlace del FBI en España, por si quería sumarse al encuentro. Por su parte, Óscar, el jefe del Grupo I de la UDEV Central, se encargó de alertar de la novedad a la inspectora Patricia, de Astorga. Y menos mal que lo hizo, porque nadie desde la dirección general los avisó de las intenciones de Cosidó.

El encuentro se celebró en la sala de reuniones anexa al despacho de Paco, el inspector jefe al mando de la comisaría leonesa. Cosidó quería, y así lo dijo al comenzar, que fuera una reunión de carácter informal, en la que se expusiera cómo estaba la situación sin cortapisas. No era ningún examen. Primero el comisario Moreno, y luego brevemente Paco, como jefe de las dependencias, y Patricia, en su calidad de instructora de las diligencias, expusieron a grandes rasgos las líneas de investigación que se seguían. El director general se interesó por si necesitaban alguna cosa y les trasladó todo su apoyo.

Este tipo de reuniones no aportan nada desde el punto de vista operativo, porque el director general no dirige las investigaciones de la Policía. Pero son útiles para renovar la confianza en los profesionales que están al frente de las pesquisas y sirven al cargo político para tener más bagaje de cara a las preguntas sobre el asunto que cada vez más le hacían sus superiores en el Ministerio del Interior.

Mariano Rajoy, mientras, había ejercido de gallego una vez más y se tomó su tiempo antes de responder a John McCain. Lo hizo el 24 de agosto, una vez recabada la información necesaria:

Estimado senador:

Le agradezco su carta del pasado 3 de agosto y su interés por la desaparición de la ciudadana estadounidense Denise Pikka Thiem, ocurrida en la ruta del Camino de Santiago.

Le aseguro que las Fuerzas de Seguridad españolas, en especial el Cuerpo Nacional de Policía, están trabajando en la desaparición de la Srta. Thiem sin descanso desde el primer momento, poniendo todos los medios técnicos y humanos. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, muy profesionales y experimentadas, han practicado diversas pruebas y tienen varias líneas de investigación abiertas que esperamos puedan conducir a la solución del caso.

Desde el principio, los responsables de la investigación han mantenido contacto permanente con los representantes de la Embajada norteamericana en Madrid. Sin perjuicio de otros canales establecidos, y para reforzar esta colaboración, se va a poner en marcha asimismo un mecanismo de contacto e información periódica entre el Ministerio del Interior y representantes de la Embajada norteamericana en Madrid. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad mantienen además un constante contacto con el representante en España nombrado por la propia familia de la Srta. Thiem.

Estoy seguro de que, dado el actual avanzado estado de las pesquisas, la investigación policial requiere un especial carácter reservado para que alcance su buen fin.

La respuesta de Rajoy encerraba varias claves: la primera, que los contactos se mantienen con la Embajada norteamericana y con la familia a través de los cauces establecidos y algún otro que se iba a poner en marcha; la segunda, que los policías que llevaban el caso estaban tan cualificados como el que más para sacar adelante la investigación; y la tercera, la ausencia de cualquier referencia al FBI, lo que suponía que España no iba a permitir que agentes norteamericanos se hicieran cargo del asunto. Ayuda puntual si era necesaria, podía ser; información, toda la que se pudiera dar. Pero nada de que funcionarios de Estados Unidos tomaran las riendas de un asunto ocurrido en España y que solo a ella correspondía resolverlo.

Cinco días después de la reunión con Cosidó, el 26 de agosto, hubo una nueva reunión, mucho más formal, en el Ministerio del Interior, a la que asistieron altos cargos de la Embajada de Estados Unidos en España. El encuentro era consecuencia directa de la estrategia de presión diplomática puesta en marcha por McCain y de la familia Thiem ante su gobierno y de la respuesta de Mariano Rajoy al senador.

En esta ocasión, por parte de la Policía asistieron agentes que estaban involucrados de forma directa en el caso: el inspector Jesús, del Grupo II de la UDEV Central, y su compañera Cristina, que ya acompañó a Astorga al jefe de la unidad, el comisario principal Héctor Moreno, en el encuentro con Cosidó. Las fechas de esa cita, en pleno agosto, tampoco facilitaban una asistencia de más miembros de la cúpula policial, y por otra parte se consideraba que nadie mejor que los propios investigadores para dar explicaciones a los «amigos americanos»

A las diez de la mañana, y tras identificarse en la garita de acceso, los dos policías subieron la escalera de entrada al palacete del paseo de la Castellana, 5, la última sede de la Presidencia del Gobierno antes de que Adolfo Suárez la trasladara al Palacio de la Moncloa en plena Transición. Al llegar al vestíbulo fueron recibidos por los ordenanzas, que los acompañaron hasta la imponente sala de reuniones de esa misma planta, presidida por una enorme mesa de reuniones de madera noble y alumbrada por espectaculares arañas de cristal. Los investigadores no iban de uniforme pero sí habían

elegido una indumentaria adecuada para la ocasión, con pantalón y americana él, aunque sin corbata, y ella con un vestido veraniego.

El salón, al que da acceso la última puerta de la izquierda del vestíbulo, es uno de los más emblemáticos del edificio y está reservado a aquellas reuniones de alto nivel con un gran número de asistentes o bien para encuentros protocolarios con delegaciones, aunque menos numerosas. También, en ocasiones, se han celebrado allí ruedas de prensa del ministro de turno. Que se hubiera elegido para esta ocasión ya era una demostración clara de que el ministerio quería darle cierto empaque al encuentro.

Por parte del ministerio, que era el anfitrión, asistieron Javier Conde, jefe de gabinete de Jorge Fernández Díaz, y Jorge Notivoli, asesor diplomático del departamento y por tanto una persona que por su experiencia en las relaciones internacionales podía ser de gran ayuda. La embajada envió al encuentro una delegación de cuatro personas, presidida por la consulesa general Ángela Colyvas-McGinnis e integrada también por el representante del FBI en España, el jefe de seguridad de la legación y el ministro consejero.

Tras las presentaciones, el jefe de gabinete dio paso a Jesús para que expusiese en qué punto estaban las investigaciones, siempre sin revelar detalles sensibles del caso porque podría perjudicarlas y estar decretado por la jueza instructora el secreto de sumario. El inspector fue desgranando todas las gestiones que se habían hecho esas semanas, explicó que en opinión de los investigadores era muy poco probable que la peregrina siguiera con vida y precisó que se estaba trabajando en una línea que consideraban prometedora pero de la que no podía avanzar más, aunque esperaba que diera resultados a medio plazo.

La embajada volvió a ofrecer la ayuda del FBI, pero en este caso fue el representante en España de la agencia norteamericana quien explicó a sus diplomáticos que el trabajo de nuestra Policía era plenamente satisfactorio y que ellos no podrían hacer más de lo que ya se estaba haciendo. Mark llevaba años en España y conocía bien la Comisaría General de Policía Judicial, a la que está adscrita la UDEV Central, y su alto grado de especialización. Su intervención fue muy importante porque tranquilizó a la delegación norteamericana, que sin duda trasladaría esas impresiones a su

gobierno.

Antes de acabar la reunión, que se desarrolló siempre en un tono de máximo respeto, las dos partes acordaron que habría más encuentros de este tipo para que la embajada conociera todo lo que se hacía y pudiera trasladarlo a Washington. También se les ofreció ir a Astorga para conocer las investigaciones sobre el terreno. Mark conocía a la comisaria provincial de León, María Marcos, de su etapa de jefa de brigada en la UDEV Central, y cuando habló por teléfono con ella y supo que también estaba en el asunto fue para él otro motivo más de tranquilidad. De hecho, cada vez estaba más convencido de que el FBI no pintaba nada en este asunto, y en tono de broma aseguraba a sus colegas españoles que «no sé qué pintan unos norteamericanos trajeados en el Camino de Santiago. No son mejores que vosotros, no solucionarán nada. Beberán cerveza, eso sí»… Y no le faltaba razón. No en vano, sabía muy bien de lo que hablaba.

Tal como se acordó, a partir de aquel momento las reuniones periódicas con la embajada se sucedieron. El inspector Jesús se limitaba a contar lo que podía, que tampoco era mucho más de lo que ya había dicho en la primera cita, y el representante del FBI continuó mostrando en cada ocasión su plena confianza en cómo se hacían las cosas. El proceso no estuvo exento de tensión, pero al fin parecía que ese flanco estaba controlado. Era un alivio para los investigadores, que sabían que tenían muchas más miradas puestas sobre ellos que en otras ocasiones.

Además, por esos días hubo una visita de agentes del FBI a Astorga, acompañados por el jefe superior de Policía de Castilla y León, el comisario segundo jefe de la provincia y la propia Patricia, cuyo mensaje a los forasteros y a sus jefes volvió a ser el mismo que ya lanzó desde el principio de las pesquisas a otros interlocutores: «Esto lo vamos a sacar, soy muy cabezota».

De todas formas, en previsión de que las cosas se complicasen con los americanos, el Grupo II de la UDEV Central decidió poner en marcha una estrategia de respuesta. «Si se ponen pesados debemos tener algo con lo que responderles, tampoco vamos a quedar como imbéciles», comentaron. Y se pusieron manos a la obra. Miguel se puso al habla con un compañero de desaparecidos.

—Buenos días, Pedro, ¿cómo estás?

—Bien, todo tranquilo, Miguel, ¿en qué te puedo ayudar?

—Pues mira, ya sabes que estamos a tope con el caso de la peregrina norteamericana desaparecida en el Camino de Santiago, y los yanquis nos presionan porque aún no está resuelto el caso. Así que en previsión de que lo hagan aún más, necesitamos que nos hagas un favor.

—Claro, tú dirás…

—Necesitaríamos que nos saques un listado de los ciudadanos españoles que han desaparecido en Estados Unidos los últimos años.

—Cuenta con ello, en un rato lo tienes.

Tal como se había comprometido, el mismo día que hizo la consulta, Miguel recibió la respuesta. Desde el año 2000 se produjeron cinco desapariciones en Estados Unidos denunciadas en España. Tres de ellos eran españoles, y todos fueron reintegrados. Es decir, aquello no les servía demasiado como munición a emplear en caso necesario.

Por ello, el agente del Grupo II utilizó una segunda vía. En esta ocasión llamó a una agente de Interpol para preguntarle la manera en que podía tener acceso a los datos de los ciudadanos españoles desaparecidos o asesinados en Estados Unidos. No logró hablar con ella por teléfono, pero sí consiguió su correo electrónico. De todas formas no se hizo esa gestión para dar tiempo a localizarla por teléfono, ya que antes se quería analizar si era mejor que una gestión de esa naturaleza se hiciera o no de forma discreta.

No obstante, estaba claro que no se iba a utilizar información alguna de ese tipo si no era estrictamente necesario, casi en «defensa propia». De momento no se estaba en ese punto, pero los investigadores sabían que en este tipo de asuntos hay que tener todos los escenarios abiertos para evitar problemas.

— . —

— CAPÍTULO 11 —

«USTED LLEVA LA INVESTIGACIÓN»

El mundo político-diplomático en torno al caso Denise discurría en paralelo al policial. Aún había mucho trabajo por hacer, en Madrid y por supuesto en Astorga, de modo que los que estaban sobre el terreno seguían ese intercambio epistolar entre autoridades con cierta curiosidad, en la medida que podía aumentar el foco sobre ellos, pero con distancia.

Los avances eran aún pequeños, pero constantes. Es verdad que observadores ajenos a la investigación, como altos mandos de la propia Policía que nunca se habían enfrentado a un caso así, podían pensar que nada se movía, pero lo cierto es que poco a poco se conseguían más elementos para cerrar un círculo en el centro del cual siempre estaba el mismo tipo: Miguel Ángel Muñoz. Solo faltaba el empujón final, el dato definitivo. Pero se resistía.

Los viajes a Astorga de los agentes del Grupo II de la UDEV Central continuaban casi cada semana. El 18 de agosto salieron de Madrid Miguel y Jano —el subinspector Carlos había cogido unas pequeñas vacaciones— para continuar con las gestiones, siempre en colaboración con sus compañeros de León. Se sabía que el sospechoso intentaba sacarse el Graduado Escolar, porque así lo contó su expareja, y era posible que se examinase a primeros de septiembre. Para averiguarlo, la inspectora Patricia se puso en contacto con los Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León, y a través de la web los agentes pudieron acceder al listado definitivo de solicitudes admitidas para la convocatoria de estas pruebas del 3 de septiembre, que se celebrarían en el Tribunal 1 de la sede de León.

Entre los alumnos figuraba Miguel Ángel Muñoz, que según comprobaron tenía previsto presentarse a las materias de Inglés y Ámbito Social. Curiosamente, este individuo tenía la misma profesora de lengua extranjera que familiares de algunos policías de la comisaría, por lo que era bastante conocida en esas dependencias policiales. En cuanto al lugar donde se iban a celebrar los

exámenes, se averiguó que era el Centro de Educación de Personas Adultas Faustina Álvarez García, en la calle Fernández Cadórniga número 1 de León. Ya solo quedaba conocer los horarios —en agosto no era posible porque el personal docente y administrativo estaba de vacaciones—, pero ese ya era un trámite menor.

El interés de esta gestión radicaba en conocer bien los movimientos de Miguel Ángel Muñoz, porque cabía la posibilidad, dado que era evidente que se sentía vigilado, que decidiera marcharse de España. Ya lo había hecho antes, tenía el pasaporte en regla y era posible también que contara con medios económicos suficientes para salir de nuestro país. El final de los exámenes podía ser un buen momento para quitarse de en medio. Así que se tenía que poner en marcha un dispositivo de seguimiento para ese momento.

En esos días, además, el sospechoso se mostraba muy susceptible porque veía a helicópteros sobrevolar la zona, en especial uno de la Guardia Civil. La Policía tuvo conocimiento de la existencia de esos vuelos porque los propios agentes lo detectaron, pero desde el Instituto Armado no se consideró necesario informar a sus compañeros. Pero sobre todo este individuo leyó en los medios de comunicación que el FBI se iba a incorporar en breve a las investigaciones —era falso—, algo que consideraba muy peligroso para su plan. Sin saberlo, resultaba que el anarquista irredento pensaba igual que el senador republicano John McCain; que los agentes de la agencia norteamericana eran mucho mejores que los policías españoles… Consecuencias de ver tantas películas policíacas de la factoría Hollywood, sin duda.

Pero Miguel Ángel Muñoz hizo otro movimiento que denotaba cierto nerviosismo. Ese mes de agosto quiso denunciar en el juzgado a los agentes de la comisaría de Astorga, porque según decía le estaban acosando. No era cierto, aunque es verdad que tanto Patricia como alguno de sus compañeros se pasaban de vez en cuando por la zona para prevenir nuevos ataques y también para comprobar que seguía por allí. De paso, cabía la posibilidad de que alguien se intentase acercar a la inspectora con malas intenciones al confundirla con una peregrina.

Había más. En una conversación con María Adalgiza, Ada, la pareja del padre del sospechoso, este acusó a la Policía de robarle el

retrete de su casa, lo que de nuevo era una invención, una maniobra de distracción con el probable objetivo de mantener a los policías alejados de él. O quizá porque no quería desvelar a su progenitor la verdadera razón que se escondía detrás de eso.

Miguel y Jano tenían una larga lista de gestiones pendientes. Patricia les facilitó la localización exacta de tres puntos de observación que podía haber utilizado el individuo para elegir a sus víctimas y debían echarles un vistazo. Al final solo lo hicieron con dos, porque el tercero estaba demasiado cerca de la finca del objetivo. Si veía a dos desconocidos merodear por allí podía sentirse aún más acosado y era imprevisible lo que pudiera hacer a partir de ese momento. Los dos puntos que sí revisaron estaban en plena cuneta del Camino, y en uno de ellos daba la impresión de haber sido utilizado por alguien para hacer vigilancias, aunque también era posible que los peregrinos lo usaran como servicio improvisado para hacer sus necesidades.

Además, Miguel y Jano visitaron tiendas de deporte, para averiguar si en alguna de ellas Miguel Ángel Muñoz había comprado su ropa nueva, y cómo la había pagado; droguerías, por si hubiera adquirido algún producto corrosivo; farmacias, y hasta un locutorio que en alguna ocasión usó el sospechoso para intentar avanzar en todo lo relativo al análisis de sus comunicaciones, tal como había pedido el comisario jefe de la UDEV Central a principios de mes.

Asimismo, la inspectora les facilitó el nombre de otro posible sospechoso, en este caso llamado Mario y vecino de una localidad colindante con Castrillo de los Polvazares, que podía ser autor de agresiones o abusos sexuales. Esta información llegó a la inspectora a través de la Guardia Civil, porque el hombre residía en la demarcación del Instituto Armado. Como siempre, se abrió la pertinente línea de investigación, y como en los otros casos se llegó a la conclusión de que nada tenía que ver con la desaparición de Denise.

La hipótesis policial sobre el caso seguía invariable: asesinato y enterramiento de Denise a manos de Miguel Ángel. Y el problema para detenerlo, también. No se disponía de prueba alguna que lo relacionase de forma directa con el caso. Si la investigación no avanzaba por el lado de encontrar esas evidencias que incriminaran

al sospechoso, era necesario volcarse también, si cabe con más intensidad, en la búsqueda del cadáver. Cris, la «científica» del Grupo II —la inspectora es bióloga de formación—, ya había hecho gestiones hacía algunas semanas acerca de las técnicas que se podían emplear en esa tarea, pero era el momento de reforzar esa línea de investigación con nuevas consultas.

La agente se entrevistó con Pedro, inspector jefe al mando del Servicio de Coordinación Analítica de la Comisaría General de Policía Científica, para tratar sobre las distintas sugerencias recibidas del doctor alemán Arpad Vass, inventor de «Labrador», un dispositivo portátil de detección de gases de putrefacción. Se consultó con él algunas semanas atrás, vía correo electrónico, acerca de las posibles técnicas que se podían aplicar para intentar encontrar un cadáver ya putrefacto y enterrado. El científico, en su respuesta, no hizo referencia alguna a su invento, pero a cambio sugirió hasta seis técnicas diferentes de posible aplicación para un asunto como el que se le planteaba.

El inspector jefe, que por su parte ya estudiaba un artículo referente a la cromatografía de gases de muestras de tierra circundantes a cuerpos en descomposición, se mostró abierto a analizar todas las sugerencias del experto alemán, aunque ya adelantó que sería muy complicado aplicarlas con los medios disponibles en nuestro país. Y además precisó que en su unidad no estudiaban ni tenían nada sobre medición de variaciones de los campos electromagnéticos en zonas donde hay cuerpos enterrados.

Cristina se dirigió luego al Tedax para interesarse por los dispositivos de medición de gases que pudiera tener, específicamente para niveles anómalos de carbono y nitrógeno. La respuesta fue de nuevo desalentadora, ya que no contaban con esos aparatos y sí con otros que los detectaban en zonas donde se podían producir explosiones. Desde luego, tampoco tenían medidores de campos electromagnéticos.

No se dio por vencida, y recurrió al Instituto Geológico Español para pedir datos sobre el sustrato de la zona donde se pensaba que podía estar enterrada Denise. Desde ese organismo se facilitó un cartograma, pero con la advertencia de que allí se manejaba información del subsuelo profundo, por lo que en su opinión a

quien se tenía que recurrir era al Ministerio de Agricultura.

Y Cristina, inasequible al desaliento, así lo hizo. El contacto lo mantuvo con la Subdirección General de Silvicultura y Montes, pero tampoco aquello sirvió de mucho, porque solo disponían de datos de la vegetación. Al menos quedaron en buscar los que podían tener sobre el sustrato edafológico y remitirlos por correo electrónico…

Los policías aprendían a medida que avanzaba la investigación. Cada gestión que hacían les abría nuevas posibilidades para explorar. No era la primera vez que sucedía, pero al comenzar sus pesquisas ninguno de los agentes hubiera podido imaginar que acabarían por tener un intercambio de correos con un eminente científico alemán, o conocimientos sobre el cambio de los campos electromagnéticos que provoca un cadáver enterrado, o del sustrato edafológico de no se sabe qué terreno… Ese aprendizaje era siempre estimulante, pero en ocasiones también provocaba algo de frustración en la medida que no repercutía en resultados prácticos. De todas formas, no se ponían nerviosos porque solo llevaban cuatro meses de trabajo sobre este asunto y ellos estaban acostumbrados a otros que se prolongaban durante mucho más tiempo.

Agosto agotaba sus días. Los que habían disfrutado de vacaciones comenzaban a incorporarse y las urgencias en algunos despachos empezaban a ser muy evidentes. Tanto, que nada más reincorporarse al suyo el director adjunto operativo de la Policía, Eugenio Pino, decidió convocar una reunión con los responsables del caso en la sede de la Dirección General, en el palacete de la calle Miguel Ángel, 5, de Madrid, para saber exactamente en qué punto estaban las pesquisas y, por qué no, de paso «ponerles las pilas». Era un tema que le empezaba a incomodar y además sabía que si el caso se resolvía de forma favorable su posición ante los responsables políticos del Ministerio del Interior se reforzaría.

La fecha elegida fue el 3 de septiembre, precisamente el mismo día que Miguel Ángel Muñoz debía presentarse a los exámenes en León para sacar el Graduado Escolar. Es decir, a las mismas horas en que en la sala de reuniones de la Dirección General de la Policía próxima al despacho del DAO se iban a encontrar los encargados del caso para analizar las pesquisas, se desarrollaba un amplio

dispositivo de seguimiento sobre el sospechoso, con participación del Grupo de Apoyo Operativo (GAO) y cinco de los agentes del Grupo II de la UDEV Central.

El día anterior a la cita de Madrid, la comisaria provincial de León, María Marcos, que esos días estaba en la capital de España, avisó a la comisaría de Astorga de que también ellos tenían que asistir a esa reunión. Esos días el jefe de esas dependencias, Paco, estaba de vacaciones porque hacía meses que tenía contratado un crucero de una semana con su mujer, y dado cómo estaban las cosas con el caso de la peregrina iban a ser de los pocos días que podría disfrutar. No solo eso, es que si no hacían el viaje perdía el dinero y, muy probable también y mucho más importante, las «amistades» con su esposa.

El inspector jefe responsable de la secretaría de la comisaría de Astorga, segundo de a bordo de esas dependencias, fue por tanto quien recibió la llamada de la comisaria. El mando era una persona prudente, generosa, muy sensata y sabía que aquella reunión podía ser complicada, porque quien más y quien menos en el Cuerpo conocía las formas de conducirse del comisario Pino. Él, además, estaba al tanto solo de las líneas generales de qué se había hecho y qué no en esta investigación, pero no de todos los detalles. Así que cogió el teléfono y llamó a la inspectora Patricia.

—Hola, jefe, ¿qué se te ofrece?

—Patricia, el DAO ha convocado mañana por la mañana una reunión en la Dirección sobre el caso de la peregrina. Va el comisario general de Policía Judicial, el de Científica, el de Seguridad Ciudadana, el jefe de la UDEV, la comisaria provincial y tenemos que ir nosotros. En principio tengo que ir yo, pero la verdad es que tú eres la que mejor te sabes el tema…

—No pasa nada. Hacemos una cosa, te acompaño en el coche hasta Madrid y en el trayecto te pongo al corriente de todo lo que hemos hecho y de lo que queda por hacer, según nuestro criterio. Te lo podía contar ahora, por teléfono, pero no sé si te ibas a quedar con todo, y además sería muy largo.

—No, tienes razón, mejor en el coche. Te lo agradezco mucho, de

verdad, porque no sé cómo pueden ir las cosas allí. Mañana te recojo a primera hora en tu casa.

Mientras se planificaban los detalles del viaje y se preparaba la reunión, los investigadores recibieron uno de esos datos que por sí mismos puede no ser nada —de hecho, casi nadie había reparado demasiado en ello— pero que en cambio tienen un potencial enorme para dar un impulso definitivo a las pesquisas. Por fin, después de casi cuatro meses, se recibió la información completa de las cuentas corrientes de Miguel Ángel Muñoz. Esa línea de trabajo, la investigación patrimonial, había sido una fijación de los investigadores, aunque las gestiones que había hecho Carlos con la UDEF en ese sentido no solo no habían aportado resultados, sino que parecía que llevaban a un callejón sin salida. Es más, algunos de los jefes pensaban que poco o nada se iba a sacar de ahí, de modo que tampoco tenían urgencias en ese sentido.

Aun así, ni el Grupo Operativo Local de Astorga ni el Grupo II de la UDEV Central se habían conformado con esa respuesta, y tras salir de forma reiterada el asunto en varias reuniones decidieron volver a pedir, esta vez de forma oficial, la información de las cuentas corrientes que podía tener el sospechoso. Resultó que tenía dos: una en Catalunya Banc, en la calle Infante Don Luis de Boadilla, y otra en Cajas Rurales Unidas Sociedad Cooperativa de Crédito, en la plaza de Santocildes número 5 de Astorga. En ese momento estaban volcados en la cita de Madrid y en montar el dispositivo de seguimiento de Miguel Ángel, pero nada más acabar con esos temas se harían las gestiones pertinentes sobre este asunto.

A primera hora de la mañana siguiente, jueves, el inspector jefe y la inspectora Patricia salieron desde León rumbo a Madrid. Tal como planearon, el viaje fue un monólogo por parte de la segunda, que intentó no olvidar ni un solo detalle del trabajo realizado desde que se conoció la desaparición. Su compañero estaba un tanto abrumado:

—No sé si me voy a acordar de todo, me has vuelto loco con tantos datos… ¿De verdad habéis hecho todo eso?

—Ja, ja, ja… Pues claro. Tú no te preocupes que seguro que te acuerdas de todo, no vas a tener ningún problema, ya lo verás.

La comisaria Marcos los esperaba en la puerta de la Dirección General de la Policía para llegar juntos a la reunión. Los tres entraron en el imponente portal, donde el director general aparcaba cada día el coche oficial, subieron los pocos peldaños hasta la puerta de acceso al vestíbulo del palacete y luego llegaron al primer piso por las elegantes escaleras de piedra del inmueble. Así accedieron a la planta noble, donde tiene su despacho no solo el máximo responsable de la Policía —ocupa uno amplio, que da a la calle Miguel Ángel y que tiene secretaría y una sala de reuniones anexa—, sino también el DAO y los más cercanos colaboradores de ambos.

Pero había un problema: la sala donde se iba a celebrar el encuentro era algo pequeña, de modo que el número de asistentes tenía que ser necesariamente reducido. El inspector jefe no lo dudó: «Jefa, si solo podemos entrar uno de los dos, que lo haga Patricia; es la que de verdad sabe de esto». Ese paso atrás era una muestra más de la generosidad con la que este mando se conducía por la vida, ya que prefería no figurar con tal de que el trabajo saliera adelante lo mejor posible. Marcos, agradecida por el gesto de su compañero, accedió a ello.

Segundos antes de entrar a la reunión, la comisaria abordó en un pasillo a Eugenio Pino, que se mostró tan «amable y cariñoso» como casi siempre:

—Eugenio, de Astorga va a pasar la inspectora Patricia, que es la que sabe todo del tema.

—¿Ella es la que sabe? Pues que entre… —respondió seco y sin siquiera mirar a esa inspectora.

—Patricia, venga, pasas tú, vamos a empezar.

La verdad es que este tipo de reacciones del DAO no hacían mella en María Marcos, que lo conocía de sobra. Lo que era más sorprendente es que Patricia tampoco se sintiera intimidada lo más mínimo, como iba a demostrar solo unos segundos después. Estaba segura de que se habían hecho bien las cosas y que nadie le podría hacer reproches.

Pino, fiel a su estilo, comenzó a dar instrucciones, una detrás de otra, pero siempre encontraba la misma respuesta de Patricia: «Jefe, eso ya se ha hecho; eso ya se ha pedido; eso ya se ha descartado»… Pero el DAO no se detenía.

—Tenemos que pedir ayuda a los de seguridad informática para el seguimiento de los teléfonos, a ver qué pueden hacer; hay que estudiar sus facturas de electricidad, si esos días hubo un pico de consumo, porque puede haber utilizado una sierra eléctrica para deshacerse de los restos. Tenemos que ver sus consumos de agua, estudiar las comunicaciones, y por supuesto tenemos que vigilar a ese tipo, seguirle a donde quiera que vaya.

—Es muy complicado hacer vigilancias al sospechoso. Por la zona donde vive, nos detectaría fácilmente…

—¿Acaso es imposible?

—Imposible no, pero le insisto en que hay muchas posibilidades de que nos «muerda». Hoy sí está montado un dispositivo porque se está examinando en León, y hay que asegurarse de que vuelve a su casa, pero ir más allá de eso puede ser contraproducente.

—Que lo miren los de sistemas especiales, a ver qué se puede hacer —zanjó el director operativo, que si algo odiaba es que le cuestionasen sus órdenes.

El comisario Pino adoptó en la reunión el rol de jefe de una investigación cuyos detalles no conocía, de modo que poco a poco se dio cuenta de que prácticamente todo lo que se le ocurría ya estaba en marcha, o la gestión hecha. Pero era un tipo listo y se dio cuenta de que esa inspectora a la que antes apenas había mirado a la cara era la que más sabía del tema, y además apreciaba que en ningún momento se hubiera arrugado, que respondiera cada una de sus preguntas de forma precisa, sin titubear, al contrario de algunos de los mandos presentes. Así que antes de terminar la reunión se dirigió directamente a ella.

—Bien, usted, como instructora de las diligencias, lleva la investigación; siga con esa persona y cualquier cosa que necesite me llama directamente.

—A sus órdenes, jefe.

—Quiero estar al tanto de cualquier novedad. Hemos acabado. A trabajar.

En la reunión estaba presente otro comisario, un jefe de unidad que tenía hilo directo con el DAO, amigo de María Marcos y que además tenía un vínculo con León porque su mujer, compañera del Cuerpo, era de allí. Se trataba de Enrique García Castaño, conocido por todos como *el Gordo* en la Policía, que mandaba la Unidad Central de Apoyo Operativo (UCAO) de la Comisaría General de Información, aunque también era perejil de todas las salsas. No es que su unidad llevara algo de lo que allí se analizaba, pero estaba, aunque también es justo reconocer que su gente ya había intervenido, y con éxito, en otros casos criminales.

Fuera de la reunión, el Gordo se acercó a María Marcos para ofrecer su colaboración:

—Lo que necesites de nosotros lo vas a tener, lo que te haga falta, no es necesario que te lo repita más veces; si quieres, te mando a mi gente, que sabes que van a estar ahí siempre —le dijo en un aparte.

—Lo sé, Enrique, y te lo agradezco mucho. Pero no es necesario, me fío de los de sistemas especiales. —La comisaria provincial de León sabía que García Castaño era sincero, que no tenía intenciones ocultas en su ofrecimiento, pero pensaba que era mejor seguir los cauces previstos.

María Marcos estaba satisfecha del encuentro. Patricia había estado a la altura y la prueba más evidente era el cambio de actitud de Pino durante la misma. De ese estilo prepotente con el que comenzó viró poco a poco hacia una demostración de confianza total en la inspectora al comprobar que sabía muy bien qué tenía entre manos. Ese cambio, además, se produjo delante de los máximos responsables de todas las especialidades que intervenían ya, o iban a intervenir, en el caso: Policía Judicial, Científica y Seguridad Ciudadana.

—Patricia, ¿cómo ha ido ahí dentro? ¿Ha sido muy duro?

—Bien, jefe, todo tranquilo, la verdad es que estoy contenta. Le he respondido a todo lo que me ha planteado, le he explicado todo lo que ya hemos hecho y al final me ha dicho que la responsable de la investigación soy yo, que haga lo que considere oportuno y que si necesito algo le llame directamente.

—Coño, pues entonces ha ido perfecto, sobre todo conociendo cómo describen al personaje…

La reunión convocada por el DAO, como tantas veces sucede en citas de este tipo, no supuso avances desde el punto de vista operativo pero en cambio sí dio un giro en lo que se refería a quién llevaba el peso de la investigación. La inspectora era quien desde ese momento iba a tomar las decisiones, de modo que el epicentro de la investigación, de alguna manera, cambiaba de Madrid a Astorga. Es decir, la inspectora tenía la potestad de hacer todas las gestiones que considerara oportunas de forma autónoma, sin consultar con nadie. No iba a dudar en hacerlo si fuera necesario, pero también sabía que lo mejor era mantener la cohesión del grupo investigador. Desde luego, su intención no era la de imponerse a nadie, porque se podían producir roces con sus compañeros que no conducían a nada.

Mientras tanto, en Astorga las cosas fueron como estaban previstas. Cinco de los agentes del Grupo II de la UDEV —Carlos, Jano, Miguel, Edu y Javi— viajaron entre el martes y el miércoles hasta la capital de la maragatería para participar en el operativo de seguimiento a Miguel Ángel Muñoz en su desplazamiento a León, donde tenía previsto examinarse. Las pruebas comenzaban a las nueve y media de la mañana y la de inglés estaba programada para las cuatro de la tarde.

A la localidad leonesa también se trasladó un equipo del Grupo Operativo de Apoyo (GOA), especializado en seguimientos, para hacer un reconocimiento del terreno en el que cuarenta y ocho horas después se tenía que montar un dispositivo en el que también intervendría la gente de sistemas especiales. Era una reunión clave, muy técnica, para evitar que hubiese sorpresas durante las vigilancias.

El día anterior a la operación, Eduardo y Javier comenzaron la

jornada muy temprano. A las seis de la mañana quedaron de nuevo con sus compañeros del GOA en Castrillo de los Polvazares. Comenzaba, con veinticuatro horas de antelación, el dispositivo.

Nada más acabar con sus compañeros, los dos se trasladaron al Ayuntamiento de Santa Colomba de Somoza para entrevistarse con su secretario. Querían saber cómo podían citar a Miguel Ángel Muñoz allí en caso de que no se presentara al examen del día siguiente. Al funcionario se le ocurrió una idea interesante. Se podía citarlo de forma oficial con la excusa de que debía presentar una documentación para solicitar una ayuda de la Cruz Roja.

—Nos parece buena idea, pero ¿podemos entregar nosotros mismos esa citación haciéndonos pasar por empleados del ayuntamiento?

—Claro, no veo inconveniente, dadas las circunstancias.

—¿Y cómo podemos hacer para que sea creíble? Tenga en cuenta que no puede dudar…

—Lo que podemos hacer, si les parece oportuno, es facilitarles vestuario y un camión rotulado del ayuntamiento; supongo que con eso será suficiente.

—Por supuesto que sí, es perfecto, muchísimas gracias por su colaboración.

Poco tiempo después, los agentes de la UDEV, convenientemente ataviados para la ocasión, empezaron a dar varias pasadas con el vehículo municipal por delante de la finca de Miguel Ángel Muñoz, que de momento no daba señales de vida. La insistencia de los policías dio sus frutos, ya que finalmente lo vieron, se bajaron del camión, le explicaron el motivo de su visita y le entregaron en mano la citación.

—Lo siento, no podré ir al ayuntamiento porque tengo que hacer un examen mañana en León. Me estoy sacando el Graduado Escolar.

—Bueno, no se preocupe, le volveremos a citar en otro momento. Lo importante es que haga el examen y apruebe. ¿Tiene como ir hasta allí?

—Voy a salir de casa a las seis de la mañana y luego he quedado con un amigo en Astorga para que me lleve.

—Muy bien, pues nada, que tenga suerte mañana y ya volveremos por aquí.

La gestión dio los resultados previstos. Se había podido confirmar que seguía en su domicilio y que a la mañana siguiente saldría a primera hora rumbo a León para ir a examinarse. Y todo ello sin que el objetivo sospechase lo más mínimo.

Carlos, Miguel y Jano, ya sobre el terreno también, aprovecharon para hacer algunas gestiones. Por ejemplo, se informaron en el Ayuntamiento de Astorga de que la finca de Miguel Ángel Muñoz tenía 5.340 metros cuadrados, lo que había que tener en cuenta a la hora de plantear un registro. Además, averiguaron que cobraba la Renta Garantizada de Ciudadanía, de 426 euros, y que aunque no se presentase al examen al día siguiente la seguiría cobrando. Y tenían pendiente además una cita con María José Martínez Salvadores, la prima del presidente de la Junta Vecinal de Castrillo de los Polvazares que se sintió en su día intimidada por las miradas lascivas del sospechoso.

Con ella comprobaron los puntos de observación de la zona de Castrillo de los Polvazares y alrededores, y vieron cómo uno de ellos estaba en el lateral de la finca de Miguel Ángel Muñoz. Lo más interesante es que por el lugar donde estaba podía coincidir con la ubicación del escondrijo descrito por la peregrina alemana en su declaración. A continuación, trasladaron a la mujer a comisaría para tomarle declaración, una diligencia que estaba pendiente desde hacía semanas.

Los policías también aprovecharon para quedar con Esteban Salvadores. Querían pedirle los números de teléfono de dos cazadores a los que se refirió en sus entrevistas anteriores y que utilizaban el coto de caza próximo a la finca del sospechoso. También volvieron a reconocer el terreno. Cuando acabaron, se reunieron con la gente del grupo de seguimientos para ultimar los detalles de la operación del día siguiente.

Esa noche, los policías que participaban en el dispositivo cenaron

pronto y se fueron a la cama. Al día siguiente había que levantarse antes del alba, porque a las cinco y media de la madrugada los agentes tenían que estar ya en sus puestos. Hasta trece policías iban a estar sobre el terreno, comunicados de forma permanente entre ellos y distribuidos de la siguiente forma: dos en un cruce de carreteras, uno provisto de bicicleta por si Miguel Ángel Muñoz utilizaba ese medio; cuatro cerca de los distintos caminos que podía tomar el sospechoso para llegar hasta Astorga; dos más en Castrillo de los Polvazares, y otros tantos en Murias; uno, también con bicicleta, en la entrada de Astorga, y los últimos dos agentes cerca de Valdeviejas. Con ese despliegue se garantizaba que cualquier opción que eligiese el objetivo estaría siempre monitorizada por los policías.

A las ocho de la mañana, por la malla de comunicaciones se anunció que Miguel Ángel Muñoz acababa de salir de la finca en la que vivía: «Va solo, a pie, y ha cogido el Camino de Santiago, en sentido inverso». Sobre las nueve de la mañana, otra comunicación: «Acaba de subir en un autobús hacia León». Por supuesto, con él había cogido el autocar otro pasajero, para él desconocido, que media hora después volvía a enviar una información: «Estamos en León». A partir de ese momento otros compañeros retomaron el seguimiento.

Esa misma mañana, el subinspector Carlos recibió una llamada en su teléfono móvil: era Juan José, el padre de Miguel Ángel Muñoz, que quería saber cómo iba la investigación. El policía había cuidado mucho esa relación, porque los familiares de los sospechosos pueden ser de una enorme ayuda en determinados momentos particularmente tensos. Tras darle dos pinceladas del estado de las pesquisas, por supuesto muy generales, el hombre le contó un episodio que le preocupaba ocurrido en la última visita a su hijo.

Según explicó, cuando estaba en la casa prefabricada de Castrillo de los Polvazares le llamó la atención que el cuarto de baño no tuviera retrete, así que le preguntó por ello. Miguel Ángel le contó entonces que la Policía lo quitó cuando registraron su casa y para acreditarlo le enseñó un papel, el acta de entrada y registro obligatoria en estos casos y firmada por seis o siete policías, dándole a entender además que alguno de ellos lo había roto.

Carlos tomó nota del asunto —no era una sorpresa porque un par de días antes tuvo noticias de él por boca de María Adalgiza, la pareja de Juan José—, se lo comentó a sus compañeros de Astorga que estuvieron presentes en esa diligencia y juntos redactaron un informe a la jueza para precisar los acontecimientos y que no hubiese luego problemas. El subinspector se limitó a hacer constar los términos en que se produjo la conversación, mientras que los agentes de la localidad leonesa adjuntaron una de las fotografías tomadas en el registro de la vivienda en la que se podía ver con absoluta nitidez que el inodoro no estaba ya entonces, así que era imposible que hubieran roto nada. Es más, encima del desagüe del mismo el sospechoso había colocado una silla de madera y el hueco destinado a la taza estaba sellado con plástico.

Era evidente que Miguel Ángel Muñoz engañó a su padre sobre este asunto; ahora bien, la duda que surgía hacía ya cuarenta y ocho horas, y que exigía abrir una línea de investigación nueva, era por qué este individuo tenía la necesidad de hacer creer eso a su progenitor. ¿Podía tener algo que ver el hecho de quitar el retrete con la desaparición de la peregrina? ¿Pudo tirar el cuerpo allí y luego intentar descomponerlo con productos químicos para hacerlo desaparecer definitivamente? La respuesta a esos interrogantes podía estar en droguerías y establecimientos del sector, tarea que quedó pendiente para los días sucesivos.

Miguel Ángel Muñoz no lo sabía, pero había estado controlado de forma permanente hasta que a las siete menos cinco de la tarde regresó a su casa. Cuando el objetivo volvió al «nido», Carlos Miguel y Jano aún tuvieron que reunirse con el equipo de seguimiento para hacer una evaluación del dispositivo, que por otra parte transcurrió con absoluta normalidad.

Los funcionarios estaban agotados. El día fue muy largo, así que de nuevo cenaron pronto y se fueron a dormir. Para entonces, y después de tantos viajes, el Hotel Spa Ciudad de Astorga era ya su segunda casa, y Sagrario, su directora, una persona de absoluta confianza que se volcaba siempre con ellos para que estuviesen lo más cómodos posible. Aún no lo sabían, pero el día siguiente iba a estar lleno de emociones.

— . —

– CAPÍTULO 12 –

LA PISTA DEL DINERO

A primera hora de la mañana del 4 de septiembre, viernes, se celebró la habitual reunión de la mañana del Grupo Operativo Local de Astorga.

—Madrid ya nos ha mandado la información patrimonial de este tipo. Tiene dos cuentas, una en Catalunya Banc, en Boadilla, y la otra aquí, en Cajamar, la de la plaza de Santocildes. Hay que ir allí a pedir la información de todos los movimientos que se hayan hecho en esas cuentas. Sobre todo, tenemos que fijarnos si ha hecho alguna operación significativa después de la desaparición de la peregrina.

—De acuerdo, Patricia, ¿algo más?

—Sí, hay que pedir también al resto de entidades bancarias de Astorga si tiene o ha tenido cuentas abiertas en ellas. Venga, no perdamos tiempo.

Desde las primeras semanas los investigadores insistieron en la pista del dinero, porque sabían gracias al testimonio de su hermano Cedric que Denise llevaba un fondo de dinero en dólares para contingencias y cabía la posibilidad de que su asesino —nadie dudaba ya de su asesinato—, hubiese tenido la tentación de robarle el dinero y cambiar las divisas. Ese dato, además, lo abonaba el hecho de que se hubiese comprado tras la desaparición de Denise ropa de montaña de marca, cuando al menos en apariencia no tenía ingresos para ello.

Patricia había hablado con Carlos varias veces —también con sus jefes, y de forma reiterada—, y ambos estaban de acuerdo en que era necesario explorar hasta el final esa vía. De hecho, en agosto el subinspector había hecho una segunda gestión con sus compañeros de Delitos Monetarios de la Unidad Económica y Fiscal (UDEF) —de forma informal también la había realizado anteriormente, sin resultado—, pero desde esa unidad le respondieron que no había

información alguna sobre una operación de esa naturaleza y que tampoco solía quedar constancia de esos cambios de divisas, sobre todo si eran de cantidades pequeñas…

Aun así, Patricia creía que era necesario insistir, porque quizá algún trabajador de las entidades bancarias sí recordara que Miguel Ángel Muñoz cambiara dólares en los últimos meses, aunque no hubiera quedado constancia documental de ello.

La plaza de Santocildes, en pleno centro de Astorga, está a poca distancia de la comisaría, de modo que dos agentes del Grupo Operativo Local, el subinspector Luis y Archi, se desplazaron a pie a hacer la gestión. Como cada día, abrió sus puertas a las ocho y media de la mañana, por tanto solo unos minutos después los policías entraron en la sucursal de Cajamar.

—Buenas tardes, somos policías —dijeron al director de la oficina mientras le mostraban su placa a modo de presentación—. ¿Tiene un momento? Necesitamos una información bancaria para una investigación que llevamos.

—Sí, por supuesto, ¿de qué se trata?

—Sabemos que un individuo que se llama Miguel Ángel Muñoz tiene abierta una cuenta aquí. Queremos conocer los movimientos de los últimos meses y si ha hecho un cambio de divisas, de dólares concretamente.

—Muy bien, ahora mismo hacemos la comprobación.

Poco después, los agentes ya tenían en sus manos la respuesta. Y saltó la sorpresa.

—Pues sí; aquí está registrada, el 17 de abril pasado, una venta de divisas por importe de 1.033 euros… El número de la operación es la 977336… Y además es curioso, porque tenemos hasta las fotocopias de los dólares que cambió.

—¿Podemos hablar con la persona que gestionó la operación? No le podemos contar mucho, porque el caso está bajo secreto de sumario, pero para nosotros es muy importante…

—Claro, pregunto ahora mismo si alguien se acuerda de este tema, aunque tenemos a una persona que suele hacer este tipo de operaciones y que está hoy por aquí, así que supongo que sería ella quien se ocupó de este asunto.

Los agentes eran plenamente conscientes de la importancia de lo que acababan de descubrir. Por primera vez tenían en sus manos un dato objetivo que vinculaba a Denise con Miguel Ángel Muñoz, algo que buscaban desde el primer momento. Pero no querían precipitarse. Unos segundos después tenían delante a Victoria, vecina de San Justo de la Vega, empleada de esa oficina bancaria desde hacía años.

—Buenos días, Victoria, supongo que ya le habrán informado de la razón de nuestra presencia aquí. Le reiteramos que su testimonio es clave para nosotros, así que por favor sea lo más precisa posible en sus respuestas. ¿Qué recuerda de aquella operación?

—Se me quedó grabada, porque fue un tanto peculiar. Esa persona que ustedes dicen vino a la sucursal con un taco de billetes de dólares americanos y me pidió que le diera el cambio en euros de forma inmediata. Le expliqué que ese tipo de operaciones no se hacían así, que primero ese dinero se enviaba a los servicios centrales del banco para comprobar su autenticidad y que una vez superado ese trámite se ingresaba la cantidad en la cuenta corriente. Además, le dije que todo eso tenía una comisión, un coste para el cliente.

—¿Cómo reaccionó él?

—Se fue, pero al poco tiempo regresó para hacer la operación. Me preguntó cuándo podría cobrar el dinero. Me llamó la atención, parecía tener prisa… Le di una fecha bastante amplia para asegurarme de que el cobro estaba hecho cuando regresara, y la verdad es que el mismo día que le dije que ya estaría ingresada la cantidad en su cuenta vino a por ella.

—¿Alguna cosa más? Nos llama la atención que hiciera fotocopias de los billetes…

—Bueno, al comprobar que esta persona no tenía muchos

movimientos en su cuenta bancaria, ver que quería cambiar muchos dólares y su propia actitud decidí hacer esas fotocopias de los billetes por si eran falsos. Creo que él no me vio, o al menos no me dijo nada.

—¿Nos puede describir a la persona que hizo la operación?

—Sí, ha pasado ya tiempo pero me acuerdo de él. En torno a 1,70 metros de estatura, de mediana edad…

—Si lo ve en una fotografía, ¿podría reconocerlo?

—Sí, creo que sí; me acuerdo bien de ese hombre.

—De acuerdo, en los próximos días la citaremos en comisaría para tomarle declaración de forma oficial. Otra cosa, solicitaremos al juzgado la orden para que nos envíen toda la documentación que tengan de esa venta de divisas, así que, por favor, ténganla preparada.

Solo unos minutos después, Patricia tenía puntual información de lo que acababa de suceder. El corazón se le aceleró. Por fin, tanto trabajo, tantas horas dándole vueltas a todo, tanta insistencia en seguir el rastro del dinero, cobraba sentido. Primero informó a Paco, el inspector jefe al mando de la comisaría de Astorga, e inmediatamente después a sus compañeros del Grupo II de la UDEV Central. Muy poco después, la comisaria Marcos y el comisario Moreno, jefes directos de ambos grupos investigadores, también tuvieron noticias de la novedad. La satisfacción entre todos ellos era total. Pero la clave era, y lo sabían, no perder la calma, no cometer errores ahora que estaban al final del camino.

—Carlos, ese cambio de divisas es exactamente lo que necesitábamos. Ya podemos ir a por él. El dinero le relaciona con Denise porque no ha viajado en los últimos años fuera de España, y su familia tampoco, así que no puede ser suyo; no hay ninguna denuncia sobre un extravío de dinero; también es muy significativa la fecha en la que hizo la operación de venta de divisas y por si fuera poco la cantidad es compatible con la que nos dijo Cedric que llevaba para hacer frente a cualquier contingencia que se le presentara. No tiene escapatoria.

—Está claro, Patricia, sin ninguna duda es una prueba objetiva y podemos presionarle con algo sólido. Pero no debemos precipitarnos, él no sabe lo que nosotros sabemos, así que con esta baza podemos seguir trabajando sobre él. De todas formas, déjame que lo hable también con Jesús, a ver cómo lo ve él. Pero es evidente que ya es nuestro, aunque sería decisivo encontrar el cadáver, claro.

—Sí, por supuesto, háblalo con Jesús y con vuestros jefes, pero creo que hay que detenerle ya. No olvides que tiene el pasaporte en regla, dinero, que ya ha viajado con anterioridad a países como México y Colombia y que está ya mosqueado porque sabe que nos tiene detrás… No nos podemos arriesgar a que se marche de España.

—Lo podemos tener controlado para impedirlo, insisto en que una detención inmediata no me parece necesaria. Pero bueno, lo hablamos con nuestros jefes, porque al final van a ser ellos los que lo decidan…

Era evidente que la inspectora y el subinspector, instructora y secretario de las diligencias, respectivamente, tenían puntos de vista diferentes sobre este asunto concreto, más allá de que para los dos el caso estaba prácticamente cerrado. Si la decisión dependía del grupo investigador, el criterio que se iba a imponer era el de Patricia, dada su posición jerárquica en el caso, pero los dos sabían que por encima de ellos estaban sus mandos, y en este caso en concreto quien iba a decir la última palabra era el DAO, Eugenio Pino, que ya estaba involucrado de forma personal en el caso… Con el permiso de la jueza, por supuesto, porque podía negarse al arresto, aunque no parecía probable porque siempre se había mostrado colaboradora al máximo.

El lunes, la inspectora Patricia habló con Carmen, la inspectora jefe al mando de la Sección de Homicidios y Desaparecidos de la UDEV Central.

—Carmen, hay que actuar ya, acabamos de comprobar que han desaparecido las placas solares de la casa, así que está claro que se va a marchar y no es la primera vez que sale de España. No nos podemos arriesgar.

—Bueno, se le puede controlar. Quizá sea mejor tenerle vigilado y ver cómo reacciona. No sé si es necesaria tanta prisa.

Había argumentos para actuar de una forma u otra. En el Grupo II de la UDEV, la opinión mayoritaria era que no se perdía nada por esperar un poco, ya que cabía la posibilidad de que en ese tiempo Miguel Ángel Muñoz cometiera un error. El comisario jefe de la unidad, Héctor Moreno, estaba prácticamente convencido por su gente de que eso era lo mejor, o al menos no veía inconvenientes insalvables a esa postura. Sin embargo, en León las cosas se veían de un modo muy diferente y tanto el inspector jefe de Astorga como la comisaria provincial, María Marcos, coincidían con Patricia y también trasladaban a Madrid ese punto de vista. No era un choque, ni un enfrentamiento; simplemente, se trataba de dos formas distintas de abordar un problema en un momento en el que, por fin, se veía la luz al final del túnel.

Como la decisión final estaba ya en otros ámbitos, sobre el terreno el subinspector Carlos y el resto de agentes del Grupo II que el día anterior hicieron el seguimiento del sospechoso hasta León para examinarse, y de su regreso a Castrillo de los Polvazares esa misma tarde, continuaron con el trabajo. Estaba cerrado el círculo sobre el objetivo principal, pero una vez más los policías de Madrid actuaron como si no fuese así. La máxima era la de siempre: en cualquier momento pueden surgir sorpresas, así que hay que hacer las gestiones ya planificadas. Y esa misma mañana una de ellas se antojaba imprescindible.

Carlos y Miguel se trasladaron a Val de Lorenzo a ver a un tipo llamado Mario que, según les informó la comisaría de Astorga, estaba involucrado en temas de exhibicionismo y conductas «sexualmente raras», por decirlo suavemente. Era usuario del mismo *ciber* de Astorga que Miguel Ángel Muñoz, donde se conectaba a páginas eróticas y a la red de contactos Badoo, pero además era cliente habitual de prostíbulos de la zona. Como elemento añadido, se sabía que tenía una escopeta de caza y que solía ir a los cotos de la zona, por lo que los conocía como la palma de su mano. Así que, a priori, el perfil podía encajar con el del individuo que podía haber atacado a la peregrina.

—Buenos días, somos policías y estamos aquí por la desaparición de

la peregrina norteamericana…

—No tengo nada que ver con eso, se lo juro —respondió Mario con voz un tanto temblorosa.

—Nos dicen que eres un exhibicionista, que tienes comportamientos sexuales raros —le soltó entonces Carlos, a bocajarro.

El hombre estaba muy nervioso, le temblaba la voz y tenía enfrente a dos agentes que no paraban de hacerle preguntas en tono severo, que parecían convencidos de que él era el autor del crimen de Denise.

—Bueno… Después de matar a una pieza me masturbo encima de ella… —les reconoció avergonzado.

En ese momento cayó al suelo, desplomado. Carlos y Miguel se miraron, no daban crédito a lo que sucedía. «A ver si al final ha sido este tío…», se preguntaban.

—Carlos, ¿qué hacemos? A ver si se nos muere…

—Que no, hombre, que no, que es una lipotimia.

Mientras hablaban, por supuesto, intentaban reanimar al hombre, que, poco a poco, recuperaba el color de su demudado rostro. Cuando estuvo algo más tranquilo, los policías continuaron a lo suyo.

—No nos mientas, te has llevado a la chica y la has matado. Dinos dónde está.

—Que no, se lo juro, no tengo nada que ver, tienen que creerme. No sería capaz de hacer algo así… —insistía el sospechoso casi entre lágrimas.

—Dinos dónde estabas el 5 de abril…

—Si tuviera algo que ver me habría escondido. —Y para entonces el tono era ya hasta suplicante.

No hubo tiempo para más porque Mario, de nuevo, perdió el

conocimiento durante unos segundos. Los dos agentes estaban a cuadros. Tampoco era cuestión de que se les muriese allí, de modo que decidieron tranquilizarlo y marcharse, no sin antes obtener información sobre sus amigos y familia, por si en el futuro era necesario volver sobre ello. Luego, se subieron al coche.

—Joder, tío, casi se nos muere, qué marrón…

—Ja, ja, ja… La verdad es que sí, vaya tela. Pocas veces he visto a alguien tan nervioso… Bueno, nada, se ha recuperado bien, así que tranquilidad.

—No creo yo que este sea capaz de matar a alguien, parece un pobre hombre.

—No, no parece, pero nuestra obligación es comprobarlo todo.

—Venga, vamos, que por hoy ya es suficiente.

Mientras llegaban a Astorga para unirse al resto del grupo, les vino a la cabeza, por surrealista, otra gestión similar que habían tenido que hacer a lo largo de la investigación. Se trataba de hacer averiguaciones sobre otro individuo. Lo fueron a buscar a un pueblo próximo a Astorga, donde su madre tenía una mercería. El objetivo tenía una inteligencia límite.

—Carlos, ¿te acuerdas de cómo era? Tenía toda la pinta de un asesino…

—Sí, a mí me recordaba a Ed Gein, el psicópata de *El silencio de los corderos*… No me digas que no.

—Ja, ja, ja… La verdad es que sí.

En las conversaciones entre los agentes del Grupo II de la UDEV siempre había lugar para las bromas. Tantos viajes juntos, tantas horas de coche, tantas comidas y cenas compartidas hacían que se consideraran de la familia. El momento, además, se daba a los chascarrillos, porque después de tanta tensión el caso estaba bien encauzado. Quedaba solo ponerle la guinda. Pero estaban convencidos de que sería solo cuestión de tiempo.

Los agentes desplazados desde Madrid regresaron a la capital de España ese mismo día. La detención de Miguel Ángel Muñoz no iba a ser inmediata porque los máximos responsables del caso plantearon una operación que requería la movilización de muchísimos efectivos, algo que tarda tiempo en coordinarse, y también tenían que decidir cuál iba a ser la fecha elegida para el arresto, si muy pronto o a medio plazo. Al margen de ello, Patricia y Carlos acordaron que no se agobiase al sospechoso —un cierto control sobre él sí era conveniente tenerlo, pero poco invasivo— para evitar que se pusiera más nervioso y huyera por sorpresa. En realidad, ese era el mayor riesgo que veían.

En menos de cuarenta y ocho horas estaba tomada la decisión sobre el momento en que se haría la detención. Eugenio Pino ordenó que se procediera al arresto de Miguel Ángel Muñoz en cuanto fuera técnicamente posible y, por supuesto, tras comunicárselo a la jueza del caso. Desde ese mismo momento comenzó a planificarse un dispositivo en el que iban a estar involucradas más de trescientas personas, incluido personal de la Unidad Militar de Emergencias. Un despliegue sin precedentes para detener a un solo hombre, en principio desarmado, por mucho que se lo hubiese relacionado con alguna guerrilla o tuviera un carácter violento. Pero el máximo responsable operativo de la Policía no quería ningún fallo. El «Tío Sam» esperaba resultados.

Los detalles de la operación se los dejó al comisario general de Seguridad Ciudadana, Florentino Villabona. El día 10, jueves, fue la fecha elegida y al lugar se desplazaría no solo él mismo, sino su hombre de confianza, el comisario Juan Francisco Espinazo, y buena parte de la cúpula policial, con Pino a la cabeza. De ninguna manera quería perderse el éxito. Pocas cosas le gustaban más a este comisario principal que demostrar su poderío, y aquella iba a ser una ocasión perfecta, con gente del FBI también por allí.

Mientras el comisario Villabona coordinaba los detalles del despliegue, tanto el Grupo II de la UDEV como el Grupo Operativo Local de Astorga continuaban su camino. Los primeros, por ejemplo, intentaron ponerse en contacto con Giorgio Cadoni, el italiano que había sido el último en ver a Denise, con las otras dos peregrinas atacadas, Josefine Elisa Fisher y Yang Jieying, y también

con Javier Pombo, que tanta ayuda había prestado para que pudieran avanzar las investigaciones.

En el caso de los agentes de la localidad leonesa, se centraron en la toma de declaración de dos hermanos propietarios de una droguería y del dueño de una ferretería. Los primeros confirmaron que en fechas próximas a la desaparición de la peregrina, en concreto solo seis días después, vendieron a Miguel Ángel Muñoz un bote de cuatro litros de pintura verde para el exterior. Además, recordaban que este mismo individuo compró otros botes de pintura, estos de color marrón, si bien no sabían precisar las fechas exactas. Para los investigadores este asunto era importante, porque podía haber servido para tapar manchas de sangre de Denise, si es que el ataque se produjo en la vivienda.

Por su parte, el dueño de la ferretería explicó que la primera compra que le hizo el sospechoso fue el 5 de agosto de 2013, cuando adquirió un generador por el que pagó 965 euros, que abonó en efectivo. En la segunda ocasión que lo visitó, el 19 de septiembre de 2014, se llevó una motosierra, también solicitó factura e hizo el abono de la misma forma que la otra vez. Aún hubo una tercera visita, esta para comprar una bomba eléctrica de achique de aguas sucias. Especialmente, la motosierra y la bomba eran significativos para la Policía, porque las podía haber utilizado en el crimen, o para ocultarlo.

Además, en comisaría se recibió al fin la documentación sobre la operación de cambio de divisas, según la cual Miguel Ángel Muñoz vendió 1.132 dólares, correspondientes a estos billetes: siete de un dólar, uno de cinco, otro de veinte y once más de cien. Asimismo, tal como se le pidió, Cajamar envió las fotocopias de los billetes, lo cual era importante para conseguir la numeración de los mismos y abrir una investigación para averiguar, si era posible, por qué países habían pasado. En esta gestión, que podía confirmar que al menos algunos de esos billetes pasaron por países visitados por la peregrina antes de viajar a España, se iba a pedir la colaboración del FBI.

Para no dejar cabo suelto en este asunto clave para la investigación, también se buscaron posibles denuncias presentadas en Astorga como consecuencia de extravíos, hurtos, estafas o robos de moneda

extranjera desde el 30 de marzo de 2015, último día en el que la peregrina estuvo con Javier Pombo y su familia, hasta el 17 de abril. No se encontró ninguna, de modo que se reforzaba aún más la hipótesis de que el dinero que cambió Miguel Ángel Muñoz era el que había robado a Denise. Porque además no se tenía constancia de que el sospechoso hubiera viajado al extranjero, ni tampoco su padre ni su expareja, a los que preguntaron de forma expresa los encargados del caso, tenían la menor noticia de que hubiese salido de España. En cambio, Cedric, el hermano de Denise, sí hizo referencia en sus declaraciones al famoso fondo de contingencia para imprevistos, que cifró en al menos quinientos dólares.

El 8 de septiembre, martes, las cartas estaban ya sobre la mesa. La detención se iba a hacer en cuestión de horas, y así se le comunicó a la jueza en la correspondiente diligencia, basada en el informe de imputación que ya obraba en poder de la magistrada. Desde que saltara el asunto de las divisas —en realidad, desde dos días antes, puesto que ya se le había seguido hasta León para examinarse—, se hicieron vigilancias esporádicas del objetivo. Pero a partir de esa mañana ya iban a ser permanentes, tanto del domicilio como de los alrededores.

Veinticuatro horas después se confirmaba la peor de las hipótesis: allí no había nadie. Ni respondía a las insistentes llamadas que se le hicieron, ni ninguno de los objetos que había en la finca se movieron de donde estaban el día anterior. Y se detectó otro elemento inquietante: los investigadores pensaban que había hecho creer a los policías que lo vigilaban que aún seguía allí, ya que en la barandilla de la escalera que da acceso a la puerta de la casa el sospechoso dejó unos calcetines y un par de botas.

—Este tío no está en su casa, se ha largado…

—No me jodas, ¿estáis seguros?

—No se le ha visto en veinticuatro horas, ha recogido las placas solares, no responde ni hay un solo ruido… Se ha largado, Patricia, es lo que hay.

—Pues hay que ponerse en marcha de inmediato. Lo que nos faltaba ahora era esto. Hablo con la gente y aviso a los jefes y a la jueza.

El Grupo Local Operativo de Astorga y el Grupo II de la UDEV estaban sorprendidos por el cariz de los acontecimientos. El inspector Jesús, por ejemplo, pensaba que no se podía descartar que simplemente hubiera cogido unos días de vacaciones después de los exámenes. Patricia, sin embargo, era más pesimista y creía que había huido de forma precipitada porque sospechaba que iba a ser detenido en cualquier momento y podía intentar ocultarse en poblados okupas, en los que ya pasó temporadas y conocía gente, o incluso en el extranjero. Ambas opciones suponían que la detención podía complicarse mucho.

Ese miércoles, 9 de septiembre, las órdenes se sucedían en cascada: «Vamos a difundir la incidencia a todas las demarcaciones policiales; hay que hablar con sus familiares y con todos aquellos con los que tienen relación, por si saben algo de su paradero o se han puesto en contacto con ellos; entrevistaos con los vecinos de los pueblos próximos, puede que lo hayan visto; hay que vigilar además los domicilios de los padres y la expareja en Madrid, por si se ha ido a verlos, y hablad con los albergues del Camino de Santiago así como con otros alojamientos gestionados por entidades sociales en las provincias de Pontevedra, Palencia, León, Burgos, Huesca, Navarra, Logroño y La Coruña; también con los conductores de autobús y empleados de estaciones de tren y autocar de Astorga y alrededores, a ver si ha cogido alguno de estos medios de transporte; preguntad en hospitales y centros de salud, y hay que buscar también en los poblados okupas de Mataveneros, en León, y Navalquejigo, de Madrid; y por supuesto, pedir información de sus movimientos bancarios, incluyendo una alerta especial sobre la última cuenta corriente que ha abierto, esa de Caja España de la que nos informaron el otro día»…

No se lo podía haber tragado la tierra, pero la preocupación era evidente porque la Policía tenía horas de desventaja, si no días, respecto al sospechoso. Sabía que se había marchado antes de la mañana del martes, pero no tenía ni idea de cuándo; un día antes, dos… El 3 de septiembre estaba en casa, porque se lo controló cuando llegaba de examinarse desde León. La mañana siguiente las placas solares seguían allí, mientras que cuatro días después ya no. Pero entre medias no se sabía qué había ocurrido con el tipo. El escenario era peligroso: Miguel Ángel Muñoz tenía dinero —al

menos parte del que robó a la peregrina—, y pasaporte en regla. Patricia no paraba de darle vueltas a ello.

No hubo noticias de Miguel Ángel Muñoz el miércoles, ni tampoco al día siguiente, pero a esas horas la operación estaba lanzada y era imposible pararla. Sin detenido a la vista, se preparó todo lo necesario para hacer la entrada y registro en la finca del sospechoso, donde se esperaba encontrar más pruebas contra él. La inspectora Patricia, con la ayuda del subinspector Carlos, dedicó buena parte de la mañana a redactar el escrito para pedir a la titular del Juzgado de Instrucción número 2 el mandamiento correspondiente, en el que se hacía una reconstrucción de todo lo investigado, con especial hincapié en el asunto del dinero:

¿Cómo es posible [se preguntaba] que un hombre que no tiene trabajo, que cobra una pensión mensual por valor de 426 euros por renta garantizada, que en sus manifestaciones a los agentes les explicaba que vivía de criar unas gallinas y vender parte de la siembra de productos de temporada de su huerta a los vecinos de los alrededores, de ser una persona que hace su propio pan, que su modo de desplazamiento habitual es una bicicleta de montaña de poca calidad, que viste habitualmente de forma desaliñada y con ropa de andar por el campo, pueda, de un día para otro, disponer de esa cantidad de dinero en dólares americanos, la moneda del país de origen de la desaparecida Denise?

E inmediatamente después de esta reflexión introdujo más cuestiones surgidas los últimos días:

Otro hecho que infunde sospechas [escribió] fue el cambio de color de la vivienda de Miguel Ángel, primero pintando parte de las tablas que se encuentran debajo de la vivienda, y solo parte de ellas, de color verde, adquiriendo los botes de pintura en la semana posterior a la Semana Santa, tras la desaparición de Denise (…) Lo que conlleva a sospechar que esta persona intentaba ocultar cualquier resto de mancha o vestigio de sangre, que pudiera haberse producido al intentar ocultar restos humanos.

En el informe, muy detallado, Patricia decidió incluir otro elemento, no constatado pero a su juicio significativo: en la droguería donde Miguel Ángel Muñoz había comprado la pintura

también se vendía un producto químico para fosas sépticas, y una de las ventas se había hecho, precisamente, el 9 de abril; es decir, solo cuatro días después de la desaparición de la peregrina, mientras que las otras tres lo fueron en verano, cuando la gente regresa a sus casas de campo. Era llamativo, también, porque según los expertos esa sustancia no era necesaria en caso de que la fosa fuera utilizada con asiduidad, como era el caso del sospechoso, y además su compra coincidía con la de la pintura.

Participando que Miguel Ángel tiene una poza séptica en su finca para las aguas residuales del domicilio [explicaba la inspectora a la jueza] y durante la inspección realizada por agentes policiales el día 30 de ese mes de abril, los cuales manifestaron que se puso muy nervioso cuando varios de ellos se acercaron al lugar donde se encuentran las bocas de respiración del envase de plástico; y que este les indicó que no se acercaran al lugar por la gran toxicidad que podía emanar de los respiraderos de la fosa, por lo que se puede intuir que algunas de las compras de los productos que realizó en ese breve periodo de tiempo del mes de abril pudieran ser productos específicos para las fosas sépticas los cuales podrían acelerar el proceso de descomposición de posibles restos orgánicos que hubiera arrojado Miguel Ángel en el caso de que fuese el autor de la desaparición de Denise.

En otras palabras: los investigadores planteaban que este sujeto había matado a Denise en su finca y arrojado el cuerpo a la fosa séptica. Luego, según esta hipótesis, utilizó productos químicos para acelerar la descomposición de los restos y pintó los puntos sensibles de la casa para tapar cualquier rastro de sangre. Otro detalle abundaba en esa idea: la extraña desaparición del retrete del cuarto de baño de este individuo, y la posesión de una sierra mecánica, susceptible de ser utilizada para descuartizar un cadáver.

A todo ello la inspectora decidió añadir toda una batería de indicios, como el hecho de que desde el 15 de junio el sospechoso dejara de hablar por teléfono desde sus dos terminales móviles y lo hiciera desde un locutorio, o que el 6 de abril, justo el día después de la desaparición, hablase durante más de cuarenta y siete minutos con su expareja, María José Pinto, lo que no encaja con su actividad telefónica habitual, ya que sus comunicaciones nunca duraban más

de diez minutos.

Consultados varios psicólogos y expertos de la conducta [escribió Patricia], han manifestado que esta llamada se ha podido producir como intento de tener una conversación con alguien cercano, como descarga por la realización de un hecho reprochable, como pudiera ser el haber matado a una persona.

En paralelo, agentes de la Comisaría General de Policía Científica comenzaban desde el exterior de la finca un examen de la zona, entre otras cosas para saber si el terreno era adecuado para estacionar los vehículos policiales y militares necesarios para la inspección ocular, como así era. La información se trasladó a los responsables del imponente operativo, que dieron la orden de comenzar el trabajo en cuanto se dispusiese de la oportuna autorización judicial.

Sobre las dos de la tarde, los agentes de Científica localizaban una serie de evidencias que les llamaron la atención: un inodoro —sabían ya que el sospechoso lo había retirado de su cuarto de baño por razones desconocidas—, un pastillero de color azul, que quizá podía pertenecer a la peregrina, y, sobre todo, veintisiete huesos y un maxilar inferior «de origen posiblemente humano», aunque en ese momento era imposible determinar su antigüedad y los datos antropométricos del individuo al que pertenecieron. No obstante, no se creía que fuesen de Denise. Todo ello fue recogido para su análisis en laboratorio.

Poco después, tras analizar el escrito policial en el que se solicitaba el permiso para poder hacer la entrada y registro, la instructora firmó el auto que lo autorizaba. Para entonces, los alrededores de la finca de Miguel Ángel Muñoz en Castrillo de los Polvazares ya estaban literalmente tomados por fuerzas policiales y militares. Las órdenes del director adjunto operativo eran claras. Había que ir con todo lo que se tenía. Quizá no fuera necesario utilizar todos los medios; en realidad, no lo era en absoluto, según coincidían más de uno y más de dos, pero sin duda un caso tan mediático como este también servía para «trabajar» la ya de por sí prestigiada imagen de la Policía.

A las 15:07 comenzó la operación. En pocos minutos numerosos

vehículos se desplegaron sobre los cinco mil metros cuadrados de la finca, lo mismo que los agentes, de la comisaría local de Astorga, con Patricia a la cabeza; de la Comisaría General de Policía Judicial, con el inspector Jesús y el subinspector Carlos entre ellos; de la de Científica, con el inspector jefe Maxi como jefe de equipo; de la Brigada Provincial de Policía Científica de León; del Grupo Operativo de Intervenciones Técnicas (GOIT); de la unidad de Guías Caninos; de la de Subsuelo de Madrid y Valladolid, de Caballería y de Análisis de Conducta, todos ellos reforzados por militares de la Unidad Militar de Emergencias.

También, por supuesto, era apabullante la concentración de jefes, con el DAO, Eugenio Pino, al frente. Pero además estaba el comisario general de Policía Judicial, Jesús Sánchez Aparicio; la de Científica, Pilar Allúe; el de Seguridad Ciudadana, Florentino Villabona; el jefe superior de Policía de Castilla y León, Manuel Peña, y la comisaria provincial de León, María Marcos, entre otros… Porque muchos de estos responsables policiales estaban acompañados por sus segundos escalones, también comisarios.

En todos ellos, sin embargo, la preocupación era evidente: «¿Dónde demonios está el sospechoso? ¿Por qué no lo hemos visto salir de su casa? ¿Habrá huido de España?». Y planeaba una idea que a más de uno ponía mal cuerpo: «Anda, que como hayamos montado este follón solo para hacer un registro y no seamos capaces de detener a este tipo antes de que acabe, el ridículo va a ser notable. Sobre todo si en ese registro no encontramos nada»… En especial, a Pino ese asunto lo llevaba a maltraer y su humor estaba muy alejado de ser excelente.

Mientras los jefes tenían un ojo puesto en la entrada y registro y el otro en las posibles novedades sobre la desaparición de Miguel Ángel Muñoz, los agentes del Grupo II de la UDEV Central tomaron la iniciativa para echar un primer vistazo en el interior de la vivienda. Minutos después tomaban el testigo sus compañeros de la Sección de Inspecciones Oculares de Científica. Antonio del Amo, el comisario jefe de la Unidad Central de Coordinación Operativa, se puso al frente de sus hombres, y no solo para dar instrucciones; también él se puso el traje de faena, los guantes, y comenzó a buscar evidencias, sin tener en cuenta los galones y predicando con

el ejemplo.

En ese primer momento, los «policías de la bata blanca» se centraron en buscar evidencias científicas, sobre todo rastros de sangre, para lo cual utilizaron Luminol —un reactivo químico—, así como el Test de Adler, sin ningún resultado.

También les llamó la atención una estufa metálica, de leña, en la que se encontraron pañuelos de papel. De nuevo se aplicó el Luminol, y de nuevo el resultado fue el mismo. Asimismo, localizaron unos restos metálicos de lo que podían ser unos auriculares y una jeringuilla con aguja epidérmica en el cuarto de baño.

La consigna era no dejar ni un palmo de la finca sin rastrear, de modo que el trabajo avanzaba con lentitud. A las cinco de la tarde, los policías del mono blanco se dirigieron hacia el cobertizo de la finca, a pocos metros de la vivienda, para volver a buscar restos de sangre. Esta vez optaron por emplear el Test de Adler, menos preciso que el Luminol y cuyos resultados son solo orientativos. En esta ocasión sí hubo un positivo, en una sierra de arco. No obstante, nadie echó las campanas al vuelo, porque hasta que no se hicieran los análisis definitivos nada era seguro.

—Señores, son las seis y media, vamos a parar unas horas, hasta que se haga de noche.

—¿Qué hacemos ahora entonces?

—Ponernos con la fosa séptica. Hay que coger muestras de su interior a diferentes niveles de profundidad y enviarlas al laboratorio para su análisis químico y biológico.

—De acuerdo, Maxi, nos ponemos a ello.

En torno a las diez de la noche, los policías de la Sección de Inspecciones Oculares volvieron al cobertizo para aplicar sobre todas las superficies el Luminol y el Test de Adler. No hubo novedades, salvo que se llevaron, para su análisis, un trozo de tela y un gorro de tipo andino.

—Venga, lo dejamos por hoy… Vamos a dormir unas horas y mañana seguimos. La gente de Seguridad Ciudadana se encarga de proteger la finca.

La investigación para detectar al sospechoso discurría por cauces diferentes. Felipe y Manu, policías de la UDEV Central que permanecían en Madrid por si había novedades, recibieron la llamada del inspector Jesús para que comprobasen un par de lugares de Madrid en los que era posible que se hubiera escondido el objetivo. El primero, un edificio okupado llamado La Dragona, en el cementerio de La Almudena, a la izquierda de la entrada principal. Puestos al habla con la Brigada Provincial de Madrid, les confirmaron que en efecto conocían ese lugar, por lo que les pasaron los datos del buscado para que los cotejasen con sus bases. El resultado fue negativo. No obstante, el jefe de sección se ofreció a pasar la información al Grupo de Captación de Fuentes por si podían hacer algo y sin decirles de qué se trataba para evitar filtraciones.

Los dos policías se lo agradecieron, pero el asunto era de máxima urgencia, de modo que ellos mismos se desplazaron hasta ese lugar. Se trataba de un inmueble de tres plantas, con una puerta de acceso y con muchas de las ventanas abiertas. Pero de allí no entraba ni salía nadie, así que comunicaron la novedad al inspector.

Aún les quedaba por comprobar el segundo de los lugares en los que supuestamente podía estar el fugitivo: un paraje próximo a El Escorial, Navalquejigo, donde ya había residido este individuo. Es más, les indicó que buscasen concretamente una autocaravana blanca que tuviese una leyenda con el nombre de Arévalo, un pueblo de Ávila.

Como ellos no conocían ese lugar, Nacho, de Desaparecidos, se ofreció a acompañarlos hasta allí. A la entrada, a la derecha del camino principal estaban estacionadas cuatro o cinco caravanas, de las que una tenía esa leyenda, en la parte superior izquierda. La puerta estaba abierta pero dentro no había nadie, aunque era evidente que alguien vivía allí. Volvieron por la tarde y tampoco detectaron al buscado. En cualquier caso, si estaba allí era difícil que lo hubieran localizado, porque tal como contaron a Jesús al dejar la zona, «la colaboración de los especímenes que allí habitan

es cero».

También los agentes de la comisaría de Astorga estaban movilizados para detectar algún rastro del sospechoso. Patearon las calles de la localidad y de los pueblos cercanos, hicieron decenas de llamadas a albergues, acudieron a las estaciones de tren y autobús con la fotografía de Miguel Ángel Muñoz por si alguien lo reconocía… Esta última gestión, por fin, dio una primera pista. Era por la tarde cuando localizaron a Antonio, conductor de autocar, que declaró que ese individuo que veía en la imagen había hecho el trayecto entre Astorga y Benavente el lunes, 7 de septiembre. En concreto, el vehículo de pasajeros salió a las cuatro y cuarto de la tarde y llegó a la población vallisoletana una hora y cuarto después. Estaba seguro casi al cien por cien, pero además lo describió como un varón de unos cuarenta y cinco años, de complexión delgada, 1,70 metros de estatura aproximada, con calvicie parcial, de pelo muy corto de color claro y que llevaba barba corta, pelirroja… No había dudas. Era él.

Añadió que mantuvo una conversación con ese tipo, porque estaba interesado en la manera de llegar a Toro, en Zamora, a lo que el conductor le respondió que preguntase en la ventanilla de la estación de Benavente. Algo era algo, porque por fin surgía un pequeño rastro. Pero no se podía olvidar que eso sucedió tres días antes —por tanto, si su intención era huir, el fugitivo llevaba setenta y dos horas de ventaja—, y además desde allí existían múltiples posibilidades de dirigirse a distintos lugares al ser un nudo de comunicaciones. Lo primero, en cualquier caso, era pasarse por esa población por si alguien lo recordaba…

El día no fue todo lo fructífero que se esperaba. Miguel Ángel Muñoz no estaba detenido y las primeras horas de la inspección ocular tampoco sirvieron para encontrar evidencias contra él. Empezaban a aflorar los nervios, porque desde luego ese no era el escenario previsto. En el hotel de siempre dormían los policías del Grupo II, que comentaban los acontecimientos.

—Joder, Jesús, te veo muy tranquilo…

—Sí, la verdad es que de momento no estoy preocupado. La entrada y registro es solo el veinticinco por ciento de esta operación; queda

la detención, que es un cincuenta por ciento y que estoy seguro de que se va a producir más pronto que tarde, y otro veinticinco por ciento, que es el rastreo del entorno… Así que hay que mantener la calma.

El inspector transmitía a sus compañeros toda la calma de que era capaz, primero porque es lo que hay que hacer en momentos como ese, en los que lo peor que puede ocurrir es perder los nervios, y segundo porque estaba convencido de lo que decía. Después de la cena se fue a su habitación y no tardó mucho en cerrar los ojos. «Coño, esto es como perder un partido 0-1 en el primer minuto… Queda tiempo suficiente para remontar», reflexionó antes de que el sueño lo venciera.

— . —

— CAPÍTULO 13 —

«TE VOY A LLEVAR DONDE ESTÁ LA CHICA»

Miguel Ángel Muñoz, al contrario de lo que suponía la Policía, no tenía la menor idea de lo que sucedía en Castrillo de los Polvazares. Al terminar sus exámenes —al final solo se había presentado al de inglés— decidió cogerse unos días de vacaciones, quitarse de en medio, no por nada, sino porque se sintió estresado con la preparación de esas pruebas. Y la mejor opción que se le ocurrió fue hacer algunas etapas del Camino de Santiago, lo que no dejaba de ser paradójico, dado que era el autor de la muerte de una peregrina. Los investigadores no lo sabían aún, pero la hipótesis del inspector Jesús para explicar su desaparición —que se tomara unos días descanso— era la correcta.

El individuo salió de casa el día 6, domingo, tres después de las pruebas en León, y desde la primera etapa —la primera noche se instaló en Oviedo— se juntó con un grupo de ocho personas, españoles y extranjeros, con los que entabló una cierta relación; la suficiente para, a partir de entonces, hacer juntos el Camino. A los peregrinos, como sucedía con todos los que se cruzaron con él antes, les parecía una persona amable, educada, de trato fácil, y por otra parte este tipo de encuentros es uno de los atractivos de la ruta jacobea.

Los días transcurrían con la placidez esperada. Miguel Ángel Muñoz contaba a sus nuevas amistades algunas cosas de su vida, como por ejemplo su experiencia de haber vivido en comunas como okupa, pero nada en su comportamiento hacía sospechar que pudiera estar implicado en un delito, mucho menos de sangre. Si acaso, les llamaba un poco la atención que no tuviera teléfono móvil, que la mayoría de peregrinos considera imprescindible por si hay una urgencia y para estar conectados con el mundo… Fuera de eso, y de que uno de los días salió solo a caminar muy de madrugada, en solitario, el tipo se mostraba anodino, agradable, pero sin más. No era, desde luego, alguien que dejara huella.

La etapa del viernes 11 de septiembre comenzó para los peregrinos a primeras horas de la mañana y al filo del mediodía llegaron a Grandas de Salime, un pequeño pueblo del interior de Asturias. Lo primero, como siempre, era acercarse hasta el albergue de turno para garantizarse un techo para pasar la noche. Miguel Ángel, además, se dirigió a un banco para sacar dinero…

En Castrillo de los Polvazares y Astorga el día había comenzado también muy pronto para las cerca de trescientas personas involucradas en la Operación Peregrina. Las investigaciones para localizar a Miguel Ángel seguían sin dar resultado y la tensión entre los mandos, en especial en el DAO, comenzaba a ser evidente. Los éxitos tienen muchos padres, pero los fracasos ninguno, así que la mayoría de las veces se endosan a quien está en los escalones inferiores.

A las diez y media de la mañana, el Grupo Operativo de Intervenciones Técnicas (GOIT) de la Policía comenzó a hacer una serie de catas, con taladros, en los laterales exteriores y en el suelo interior del cobertizo. De nuevo hubo una sorpresa: bajo el cemento se localizó un pequeño zulo en cuyo interior se encontró una bolsa de plástico de color blanco. Dentro se encontraron seis sobres con fajos de billetes de cien y cincuenta euros por un valor total de 38.000.

El hallazgo era sorprendente, porque no se pensaba que el sospechoso pudiera acumular tanto dinero —el hecho de que lo tuviera en efectivo no extrañó, ya que detestaba el sistema capitalista y por ende a los bancos—, pero no aportaba pruebas sobre el crimen de la peregrina. La falta de noticias sobre el paradero del sujeto, en cambio, aumentaba la crispación con el paso de las horas. Y el comisario Pino estalló:

—¿Alguien me puede explicar por qué se ha dejado escapar a este tío?

—Yo soy el responsable, Eugenio; di la orden de que se le dejara espacio, que no se le atosigara para que no se pusiera más nervioso de lo que ya estaba.

El jefe de la UDEV Central, Héctor Moreno, acababa de dar un paso

al frente para defender al equipo investigador. No estaba dispuesto a que quienes se habían dejado la piel en el caso se llevaran una bronca, además injusta. Su gente, claro, le agradeció el gesto, muy poco habitual. Pero el DAO no estaba dispuesto a parar y el siguiente en llevarse la bronca fue Paco, el jefe de la comisaría de Astorga. Y aún continuó, elevando el tono:

—Quiero que se controle todo el Camino de Santiago, todos los albergues desde Pamplona hasta aquí y de aquí a Santiago de Compostela. ¿Está claro?

Unos y otros se miraban con cara de asombro, sin intervenir para no tensar más la situación, pero estaban perplejos. ¿Cómo se podía dar semejante orden?, se preguntaban. ¿Cuántos policías serían necesarios para hacer lo que se les pedía? Además, los investigadores estaban convencidos de que a no mucho tardar saltaría la alarma que lo situara en algún lugar. Por ejemplo, sabían que tarde o temprano necesitaría sacar dinero —después de cinco días fuera de casa era algo que tenía que ser inminente—, y cuando lo hiciera lo sabrían de inmediato, que para eso tenían hechos los deberes oportunos con los bancos.

A las 13:37, por fin llegaron las noticias esperadas. La inspectora Patricia recibió una llamada telefónica de la entidad Cajastur en la que le informaban que a las 12:40, en su sucursal de Grandas de Salime, se habían sacado cincuenta euros en ventanilla de la cuenta de Miguel Ángel Muñoz. Tenía que ser él, pero era imprescindible confirmarlo. En minutos se recibieron también por correo electrónico las grabaciones de las videocámaras de seguridad instaladas en el interior de la oficina bancaria y las del cajero automático, que abarcaban el espacio de tiempo que iba entre las doce del mediodía y la una y cuarto de la tarde. Visionadas con la máxima rapidez posible, en las imágenes se veía de forma nítida cómo el sospechoso entraba en el banco. El reloj marcaba las 12:27. Vestía una camiseta de color azul claro sin mangas, pantalón corto beis, botas de montaña y llevaba una mochila de color negro con detalles naranjas. Además, se observaba un bastón que sin duda empleaba para ayudarse en las etapas del Camino de Santiago.

—Hay que ponerse en marcha ya —ordenó el comisario Héctor Moreno—. Vamos a ver dónde está exactamente ese pueblo para

mandar allí a gente de la comisaría más próxima. Y hay que preparar un helicóptero para ir a por él; que vayan los geos para evitar problemas, y alguien de Judicial. También hay que enviar cuanto antes un coche por carretera desde aquí. Lo mismo, con geos y alguien de la investigación.

—Jefe, está a ciento cincuenta kilómetros de Oviedo, es la última parte del Camino asturiano antes de Santiago de Compostela. Por lo que vemos, los que pueden llegar más rápido son los compañeros de Luarca. Por distancia hay otra comisaría más cerca, pero las carreteras son peores y tardarían más.

—De acuerdo, voy a llamar al jefe superior de Asturias para que los movilice. Otra cosa, ¿hay Policía Local en ese pueblo?

—Sí, un par de agentes, por lo que hemos averiguado. Es muy pequeño.

—Pues quiero que os pongáis en contacto con ellos para que lo busquen, no vaya a ser que se haya largado. No quiero fallos, venga, todo dios en marcha…

La jueza encargada del caso, que estaba presente en el registro, fue informada de inmediato de las novedades. En principio iba a ser la inspectora Patricia, como instructora de las diligencias, la que viajaría con los geos a Grandas de Salime. Pero la magistrada intervino:

—Señoría, es muy importante que vaya la inspectora —le explicó la comisaria Marcos.

—Sí, sí, lo entiendo, pero prefiero que se quede aquí conmigo, la puedo necesitar, que vaya otra persona a la detención.

—Por supuesto, señoría. Lo hacemos como ordena.

Moreno y Marcos decidieron que en lugar de esta investigadora fuera el subinspector Carlos, que además era el secretario de las diligencias. Quizá fuera lo mejor, porque Miguel Ángel Muñoz ya demostró en su día una gran animadversión hacia la inspectora, por lo que las posibilidades de que se cerrara en banda en cuanto la

viera eran muy altas. Si existía alguna probabilidad de que el sospechoso colaborara, estaba claro que sería más sencillo con otra persona que no fuera ella.

Nada más recibir la llamada, el jefe superior de Policía de Asturias se puso en contacto con el jefe regional de Operaciones para que movilizara a los agentes de Luarca. Este mando policial telefoneó al inspector jefe Cachón, de la comisaría local, quien recibió la orden de salir de inmediato hacia Grandas de Salime. Así lo hizo, junto al inspector Fran, que estaba al frente del Grupo Operativo Local de esas dependencias. Estos dos policías ordenaron que saliera también hacia allí en un segundo coche K (camuflado) otros tres agentes del mismo grupo, con la misión de cortar posibles vías de escape del sospechoso.

En paralelo, los responsables de la operación se pusieron en contacto con la Policía Local de esa población asturiana. En ese momento solo estaba un agente de servicio.

—Buenas tardes, ¿Policía Local?

—Sí, aquí es, dígame.

—Mira, somos compañeros de la Policía Nacional, del Grupo II de la UDEV Central. Estamos investigando la desaparición de la peregrina en el Camino de Santiago y como habrás visto por televisión estamos ya con los registros. Te llamo porque nos acaba de saltar una alerta de que el sospechoso, Miguel Ángel Muñoz, está allí. Mis compañeros ya están en camino, pero necesitamos que nos hagas un favor.

—Tú me dirás…

—Tienes que intentar localizarlo; si lo encuentras no hagas nada, simplemente contrólalo hasta que lleguemos. Déjame un teléfono y te mando una fotografía.

—OK, no te preocupes, en cuanto la tenga me pongo con ello y te pongo al corriente cuando lo encuentre.

El policía local estaba a punto de terminar su turno, pero tras la

inusual llamada tenía asumido que se iba a prolongar algunas horas. Lo primero que hizo fue quitarse el uniforme, para no levantar sospechas, y salió luego a recorrer las calles de la localidad, de menos de mil habitantes, a ver si lo detectaba. En principio no tenía que ser difícil, porque la localidad contaba con pocos establecimientos públicos.

Solo unos minutos después, el agente detectó a un tipo que se parecía mucho a Miguel Ángel Muñoz. Estaba en la terraza del bar Centro, con un grupo de peregrinos. Lo comunicó de inmediato.

—Perfecto, quédate por ahí, pero no intervengas. Solo vigila sus movimientos, porque es posible que haya visto lo del registro en alguna televisión e intente huir. En poco tiempo están por allí mis compañeros. Muchas gracias por tu ayuda, lo has hecho de puta madre.

El helicóptero ya estaba en el aire, el coche que salió desde Astorga en carretera y los dos vehículos K de la comisaría de Luarca, a punto de llegar a la zona. Los nervios en la población leonesa eran evidentes, pero por fin las cosas empezaban a salir bien. Las órdenes del DAO, que fue informado de inmediato de las novedades, quedaron sin efecto y la situación estaba por fin bajo control.

Jesús llamó a sus compañeros de Luarca para darles novedades. No los conocía, pero dio la casualidad de que se trataba de dos policías con amplia experiencia operativa en asuntos muy delicados que por razones distintas prestaban servicio en esa pequeña comisaría. Esa circunstancia, sin duda, era una garantía.

—Hola, compañeros. El policía local de Grandas de Salime ya tiene localizado a este tío en la terraza de un bar y os espera. Id con cuidado, porque es violento y nos dicen que puede haber estado relacionado con alguna guerrilla, lo que le haría más peligroso. En principio, arma de fuego no lleva, pero es posible que un machete sí.

—De acuerdo, gracias por la información. No te preocupes. Iremos con cuidado. En cuanto lo tengamos te aviso.

—Perfecto, suerte entonces. Cualquier cosa que necesitéis me decís.

El jefe regional de Operaciones de la Jefatura de Asturias era consciente de la importancia de la operación y decidió enviar también a Grandas de Salime a un inspector y dos policías del Grupo III de Homicidios de Oviedo. Las comunicaciones entre todas las dotaciones enviadas, y también con Astorga y el policía local, eran constantes. Cuando fallaba la cobertura, era un agente de la sala de la comisaría de Luarca el que distribuía las informaciones.

Uno de los vehículos de esas dependencias policiales se dedicó a controlar los taxis y autobuses que utilizaban la salida por Vegadeo; mientras, el inspector jefe y el inspector llegaron al pueblo poco después de las tres de la tarde. Lo primero que hicieron fue entrar en contacto con el policía local, que los esperaba en el ayuntamiento.

—¿Este es el tipo que has visto?

—Sí, creo que sí, aunque está algo cambiado respecto a la fotografía… Pero sí, me parece que es él.

—Perfecto, ahora lo comprobamos. ¿Nos llevas hasta ese bar?

—Sí, claro; está aquí al lado.

Los dos policías nacionales y el local se acercaron hasta el bar Centro observaron al sospechoso. Podía ser él, sí, pero no lo tenían nada claro solo con su aspecto físico. De todas formas, contaban con un dato objetivo: alguien había sacado dinero de su cuenta en una oficina bancaria del pueblo, así que casi con seguridad era él. Por si fuera poco, existía un evidente riesgo de fuga, así que lo mejor era intervenir cuanto antes, detenerlo e identificarlo.

En esos momentos, Miguel Ángel Muñoz compartía mesa en la terraza del establecimiento con otros seis peregrinos —el séptimo del grupo se fue poco antes al albergue a lavar la ropa— y se mostraba tranquilo, relajado, ajeno a la que le iba a caer encima solo unos segundos después. Desde luego, si sabía la que entonces estaba liada en su finca de Castrillo de los Polvazares lo disimulaba francamente bien.

Todo el trabajo de los meses anteriores dependían ahora de los dos

policías. Un fallo podía poner en alerta el objetivo y ya cualquier cosa podía suceder. Pero ellos estaban tranquilos y transmitían también esa calma; confiaban al máximo en su preparación, sabían muy bien lo que tenían entre manos. No era la primera vez que actuaban en una situación de gran tensión.

Los agentes estudiaron las opciones para hacer una detención rápida y sin riesgo para nadie. Debían tener en cuenta las informaciones que les llegaron desde Astorga poco antes. Por ello optaron por una actuación expeditiva para reducirlo en segundos sin dejarle el mínimo margen para reaccionar.

Eran las tres y media de la tarde cuando, sin llamar la atención, los dos policías comenzaron a acercarse hasta el sospechoso. Cuando lo tuvieron a su alcance, los dos agentes se abalanzaron sobre él al grito de «¡Alto, Policía, está detenido!», lo tumbaron en el suelo boca abajo y le pusieron las esposas con las manos a la espalda.

Los compañeros de tertulia del arrestado estuvieron a punto del infarto. «¿Qué coño está pasando?», se preguntaban, mientras los funcionarios policiales intentaban tranquilizarlos como podían. Para normalizar la situación en el establecimiento cuanto antes, se llevaron al detenido a las dependencias de la Policía Local del ayuntamiento, donde se le informó de los hechos que se le imputaban y se le leyeron sus derechos.

Antes de irse, además, el inspector jefe y el inspector de Luarca se dirigieron al resto de peregrinos:

—Disculpen por lo ocurrido. Somos policías nacionales y hemos procedido a la detención de esta persona porque está acusado de un delito grave. Antes de marcharnos les vamos a tener que pedir un favor: nos tienen que dar sus datos por si es necesario en el futuro llamarles a declarar, aunque no lo creo. De verdad, no se preocupen, es un trámite. Muchas gracias por su colaboración y de nuevo les pedimos perdón si se han asustado.

El trago, desde luego, no fue agradable para el grupo. Primero, porque acababan de descubrir que habían pasado cuatro días con un delincuente que, aunque en ese momento aún no sabían de qué se le acusaba, tenía que ser algo gordo dado cómo se produjo la

detención; y segundo, porque ser testigo de primera fila de una operación así desestabiliza emocionalmente a cualquiera. El susto, de hecho, aún les duraría varias etapas.

—Comisario, soy el inspector jefe de Luarca. El sospechoso está detenido e identificado. Todo ha salido bien. Le hemos llevado a las dependencias de la Policía Local y leído sus derechos.

—Bien, coño, por fin… —respondió el jefe de la UDEV Central con evidente satisfacción—. Enhorabuena, compañeros, habéis hecho un gran trabajo. Que nadie hable con él hasta que llegue el subinspector Carlos, del Grupo II de la UDEV, que aterrizará allí en unos minutos.

—OK, jefe, ¿algo más?

—Nada, insisto, buen trabajo.

Miguel Ángel Muñoz comenzó pronto a darle vueltas a la cabeza sobre lo que se le venía encima, pero también estaba preocupado por algunas nimiedades; por ejemplo, que había dejado su mochila en el albergue. Tres de los policías desplazados a Grandas de Salime fueron a recogerla y la depositaron, sin abrir, en las mismas dependencias en las que estaba el arrestado.

También era necesario hacer otro trámite imprescindible: comunicar la detención a la autoridad judicial de la demarcación, en este caso el Juzgado de Instrucción de Castropol. A las 16:28, el inspector Jesús consiguió ponerse en contacto con su titular, a la que puso en antecedentes sobre lo sucedido. Además, le pidió que se inhibiera en favor del juzgado de Astorga para que se pudiera trasladar al arrestado esa misma tarde hasta esa localidad leonesa. La jueza mostró su total acuerdo y de forma verbal lo autorizó expresamente.

—¿Bomberos de Grandas de Salime?

—Sí, aquí es. ¿Qué ocurre?

—Miren, soy el inspector Jesús, de la Policía. En estos momento hay un helicóptero en vuelo en el que viaja un equipo del GEO y un

subinspector de la UDEV Central que van a hacerse cargo de un individuo peligroso que ha sido detenido allí hace unos minutos. ¿Me puede facilitar unas coordenadas para que pueda aterrizar?

—Déjeme un minuto y ahora le doy la información. Creo que el sitio más adecuado es un campo de fútbol que hay aquí cerca del parque de Bomberos. Tome nota.

Veinte minutos más tarde, el helicóptero del Servicio de Medios Aéreos de la Policía, con el subinspector Carlos y tres geos a bordo, entre ellos su jefe, tomaba tierra en el punto señalado por los bomberos. Allí mismo los esperaban el inspector jefe y el inspector que habían hecho el arresto, que aprovecharon el trayecto hasta el ayuntamiento para ponerlos en antecedentes.

Cuando llegaron a las dependencias de la Policía Local, Carlos se sorprendió de la dureza de las condiciones de la detención, pues Miguel Ángel Muñoz aún estaba esposado con las manos a la espalda, lo que sin duda le suponía una gran incomodidad.

—Buenas tardes, Miguel Ángel, soy el subinspector Carlos de la UDEV Central de la Policía Nacional. Quiero que estés tranquilo; no te preocupes, porque no te va a pasar nada. Ahora te vamos a llevar en helicóptero a Astorga y luego pasaremos por comisaría para leerte otra vez tus derechos. Supongo que estarás muy incómodo con esos grilletes, ¿no?

—Sí, me aprietan bastante…

—Vale, te los vamos a quitar y te pondremos unos lazos, que son menos molestos. Además te esposaremos por delante, para que puedas estar más relajado. Eso sí, no hagas ninguna tontería. ¿Necesitas algo? Bueno… Pues en marcha, que aún nos queda mucho por delante.

El arrestado estaba asustado. La imagen de los agentes del GEO, de uniforme, intimidaba a cualquiera; eso sin contar con la expeditiva detención vivida, lógica desde el punto de vista policial —era en ese momento el hombre más buscado de España y estaba acusado de un asesinato— pero impresionante para el directamente implicado.

Una vez solventado el trámite judicial, ya no quedaba nada por hacer allí. Los geos condujeron al detenido al helicóptero mientras el subinspector se despedía de sus compañeros y, muy especialmente también, del policía local que había prestado una colaboración tan valiosa. El resto de los agentes, por su parte, emprendieron camino de regreso por carretera hacia sus bases.

En Astorga, mientras, los de Inspecciones Oculares de la Científica habían seguido con su trabajo en la finca de Castrillo de los Polvazares. Al margen de los 38.000 euros localizados en el zulo bajo el suelo del cobertizo, el día no dio para mucho más, salvo la recogida de algunos efectos para su análisis en el laboratorio. Además, a las 16:07 la jueza ordenó detener el registro hasta que tomara declaración al acusado, por lo que se volvió a precintar la finca, que quedó bajo custodia de la Policía.

La detención de Miguel Ángel Muñoz era imprescindible, pero los investigadores eran conscientes de que si no se encontraba el cadáver de Denise las cosas se podían complicar. Contaban con muchos indicios que lo acusaban, estaba el tema del cambio de divisas, pero no tenían prueba directa. Si el tipo se cerraba en banda se estaría al albur del criterio de la jueza. Elementos para presionarlo estaba claro que había, pero alguien que era capaz de comportarse durante meses con absoluta normalidad después de haber matado a una persona demostraba que tenía un notable control de sus emociones. Por tanto, las posibilidades de que se derrotara no eran muchas, al menos a priori.

El helicóptero despegó de Grandas de Salime poco antes de las seis de la tarde. El subinspector Carlos se limitó a que el sospechoso estuviera tranquilo, cómodo dentro de lo posible en esas circunstancias. Mantuvo con el arrestado un trato muy educado, exquisito casi, porque era la mejor forma de que estuviera relajado, de que lo percibiese como alguien cercano. Tenía presente también sus malas relaciones con sus compañeros de la comisaría de Astorga y en ese momento le interesaba que a él lo viera de forma muy distinta. No podía hablar con él, más allá de cuestiones banales, porque su abogado no estaba presente. Pero todos esos pequeños gestos le sirvieron para ganarse su confianza.

Las tribulaciones de un detenido, máxime cuando ante él se abre un

abismo de decenas de años de prisión, son imposibles de adivinar. Miguel Ángel Muñoz se mostró durante todo el vuelo pensativo, preocupado, en ocasiones incluso con ganas de hablar… Carlos lo observaba sin decir apenas una palabra, con la esperanza de que acabara por dar el paso.

El aparato aterrizó a las siete menos diez de la tarde. Al bajar del helicóptero, Miguel Ángel Muñoz se dirigió al subinspector y soltó la frase que tanto tiempo esperaba no solo él, sino todo el equipo investigador.

—Te voy a llevar donde está el cadáver de la chica. Pero yo no la he matado.

—De eso último ya hablarás en tu declaración; de momento vamos a comisaría, te leemos los derechos y luego me llevas a ese sitio. Haces lo que debes, Miguel Ángel. Si no la has matado, no tienes que preocuparte.

Minutos después, el coche policial entraba en el garaje de las dependencias policiales de la población leonesa. Era preciso seguir el trámite reglamentario. Lo contrario ponía en riesgo todo el trabajo hecho hasta entonces. El papeleo no duró mucho. Aún con luz, el vehículo K, conducido por un agente del GEO y con Carlos en la parte trasera junto a Miguel Ángel Muñoz, volvió a salir de comisaría, esta vez con destino a Castrillo de los Polvazares. La jueza estaba informada de todas las novedades y dio su autorización para que el sospechoso llevase a los policías hasta el lugar donde había abandonado los restos de la peregrina norteamericana.

—Venga, Miguel Ángel, ya estamos llegando, dime dónde está el cadáver… —se impacientó el subinspector.

—Sí, os voy a llevar, Carlos, no te preocupes… Ha pasado mucho tiempo… Deja que me sitúe.

La conversación se mantenía a bastante distancia de la finca del acusado. El subinspector estaba inquieto, aunque intentaba disimular el nerviosismo. No era la primera vez que vivía situaciones muy tensas, en las que la moneda puede caer de un lado o de otro, y sabía que ahora era esencial mantener la calma. Le

preocupaba, no obstante, que empezaba a caer la noche y en esas condiciones las posibilidades de encontrar el cadáver de Denise eran menores que a plena luz del día. Además, sus jefes seguro que empezaban a impacientarse.

En efecto, en la finca de Castrillo de los Polvazares el ambiente también estaba cargado. Los mandos de la Policía y los investigadores sabían que el subinspector había salido de comisaría con el detenido. Pero tampoco la distancia desde las dependencias policiales justificaban la tardanza. Los minutos pasaban y no se tenían noticias de Carlos. ¿Qué sucedía? ¿Se habría arrepentido en el último momento? ¿Se reía de la Policía?

—Vamos, os guío hasta allí —dijo por fin el detenido, esta vez con una mayor convicción, al menos en apariencia.

—¿Estás seguro de que no te equivocas esta vez? No me intentas engañar, ¿verdad? —le respondió Carlos, ya con un punto de severidad.

—Tranquilo, conozco bien la zona, lo tengo claro. Hay que coger la carretera comarcal LE-142 y luego ya os indico, porque tenemos que tomar un camino de tierra.

El geo que conducía siguió sus instrucciones y a la altura del kilómetro 7 de esa carretera salió de la misma para enfilar un camino rural. Un par de kilómetros después, Miguel Ángel Muñoz pidió parar un momento:

—Me tengo que orientar —volvió a justificarse.

Ya a pie, el policía del GEO, el subinspector y el detenido recorrieron unos cuatrocientos metros hasta que vieron una encina grande en lo alto de una ladera.

—Hay que subir hasta allí, y luego bajar. Ya estamos muy cerca.

—De acuerdo, espero que sea así —respondió Carlos, mirándolo a los ojos, para recordarle que si aquello era un juego no le gustaba nada.

Justo al bajar la ladera se toparon con una valla de piedras. El

sospechoso se detuvo:

—Está al otro lado, a unos diez o quince metros de aquí —dijo, ahora sí, con seguridad.

—A ver si es verdad —le respondió el subinspector, que estaba ya para pocas bromas.

Carlos se dirigió a donde le indicaba el detenido, pero miraba y no encontraba nada.

—Coño, Miguel Ángel, no veo nada. No me jodas. ¿Estás seguro de que es aquí?

—Está ahí, estoy seguro —insistió el arrestado.

La verdad es que en la zona se percibía un fuerte olor a un cuerpo en descomposición, pero la luz comenzaba a escasear. A las 20:30, por fin, Carlos vio, al lado de un pino, detrás de un arbusto, lo que parecía ser una cabeza humana, mientras el resto del cuerpo estaba cubierto de vegetación. Para ser sinceros, era necesario fijarse muy bien para poder identificar que aquello era un cuerpo. El grado de putrefacción era muy alto por el tiempo transcurrido, pero el policía supo en ese momento que, ya sí, el caso estaba resuelto. Y respiró tranquilo.

A continuación se alejó unos metros de la zona y llamó al comisario jefe de la UDEV Central, que ya estaba junto a la comisaría provincial de León.

—Jefe, está aquí; os mando la localización por WhatsApp.

—Joder, por fin, Carlos, ¿dónde te has metido? Nos tenías en ascuas… Enhorabuena. Informo ahora mismo a la jueza y vamos para allá. Vosotros esperad y asegurad la zona.

La noticia corrió rápido entre los agentes. La inspectora Patricia y el inspector Jesús supieron que todo el trabajo, las horas sin dormir, las miles de gestiones que llevaban a una vía muerta habían merecido la pena. También fue informado de inmediato el representante del FBI en España, Marck Verry, que horas antes había tenido una llegada triunfal a la finca de Castrillo de los

Polvazares a bordo de un flamante automóvil, prácticamente nuevo, al que no le importó maltratar circulando a velocidad poco adecuada dadas las condiciones, casi imposibles, de aquellos caminos rurales. «Una vez más, los yanquis mostrando poderío», comentaron con sorna más de uno y más de dos al verlo…

Lo prioritario a esas horas de la noche era preparar todo para el levantamiento del cadáver. Hasta allí comenzaron a desplazarse agentes, con especial protagonismo del GOIT, que era el que iba a poner los medios para que se pudiera hacer la diligencia en las condiciones adecuadas, en especial de luz. Era esencial para que no se perdiese ninguna pista. También agentes de la UPR se dirigieron a la zona con la misión de asegurarla. Cuando todo el dispositivo estuvo a punto se avisó a la instructora, que poco después llegaba junto con la secretaria del juzgado y la forense de guardia.

A las diez y media, con el trabajo del GOIT a punto de finalizar, los agentes de la Sección de Inspecciones Oculares recibieron la orden de trasladarse al lugar del hallazgo para proceder al levantamiento del cadáver.

La comisaria Marcos también comenzó a dar instrucciones para que no hubiera fallos, incluso a policías que no estaban directamente bajo su mando. No era el momento de andar con conductos reglamentarios, sino de agilizar las cosas.

—Ustedes vayan para allí.

—Perdone, jefa, se lo tenemos que decir antes a nuestro mando, no nos podemos marchar de aquí sin que él lo sepa.

—No se preocupe, asumo el mando y me responsabilizo de la orden.

—Pero ¿se lo dirá luego a mi jefe?

La comisaria provincial sonrió, porque ese mando del que hablaba el policía era buen amigo suyo: Juan Francisco Espinazo, *Juanfran* para sus más cercanos, responsable de las Unidades Especiales de la Comisaría General de Seguridad Ciudadana y uno de los jefes policiales más queridos del Cuerpo. De hecho, más tarde se lo encontró, y entre risas le comentó lo sucedido: «Faltaría más, María,

has hecho muy bien», respondió a su compañera con la misma sonrisa.

Marcos también se encontró por allí con Josean, un policía ahora destinado en Astorga pero que había sido su conductor durante su etapa al frente del CICO. Le tenía una enorme estima desde entonces, y le pidió que la acercase hasta el lugar donde estaban los restos de Denise.

—Claro, jefa, suba al coche. Está muy cerca. Conozco bien esta zona.

—Vale, Josean, muchas gracias.

Minutos después, detenía el vehículo. Solo quedaba bajar por un caminito para llegar, pero el policía intervino.

—Sígame, que conozco un atajo.

—¿Estás seguro, Josean? A ver si me voy a caer…

—Que no, jefa, no se preocupe.

Le hizo caso, y poco después, en efecto, la comisaria tropezó y cayó al suelo. No pudo evitar reírse… El policía, en cambio, se reprimió la carcajada. Estaba tranquilo; sabía que aquello no iba a tener consecuencias a pesar de su «responsabilidad» en los hechos. Eran horas difíciles, estaban allí por un asunto muy duro, pero también en momentos como esos surgen las anécdotas y es inevitable la sonrisa.

Con buena parte del uniforme lleno del polvo del camino rural, la comisaria llegó a la zona. El GOIT, como siempre, había hecho un trabajo espectacular. La iluminación era perfecta, de modo que la gente de Científica y la forense podían hacer su trabajo en buenas condiciones.

Miguel Ángel Muñoz, mientras tanto, que estuvo allí hasta poco antes, fue llevado de regreso a comisaría a bordo del mismo coche que guio hasta la zona del hallazgo. El subinspector Carlos lo acompañó hasta entonces, pero a partir de ese momento era mejor que se separasen para no perjudicar la investigación.

A las 23:11 minutos de la noche comenzó el levantamiento del cadáver, en presencia de la magistrada, la secretaria judicial que daba fe de todo lo que ocurría y la forense de guardia. El dispositivo policial seguía siendo muy importante. El frío de la noche empezaba a calar hasta los huesos y la comisaria Marcos, de complexión delgada, lo acusaba. Estaba de uniforme, pero no tenía a mano la guerrera. «A grandes males, grandes remedios», pensó, así que se dirigió a una de las policías que andaba por allí y le pidió si le prestaba la suya.

El paraje era de monte bajo y el cadáver estaba boca abajo, con las piernas flexionadas y el brazo derecho por debajo del cuerpo. Miguel Ángel Muñoz no se tomó muchas molestias; lo arrojó al suelo sin cuidado alguno y lo abandonó tal como quedó. Su estado impedía la identificación, pero las proporciones antropométricas invitaban a pensar que era el cadáver de una mujer. Tenía el pelo largo y moreno y una estatura de 1,50 metros, aproximadamente. Como Denise.

En el levantamiento, que transcurría con normalidad, saltó una sorpresa. La víctima no tenía manos y a primera vista no parecía que fuese por la acción de animales depredadores. Surgieron otros datos interesantes: la fallecida no llevaba zapatos y aparentemente estaba desnuda, aunque todo ello era algo que se intuía a simple vista y debía confirmar la autopsia. A la una menos veinte de la madrugada se realizó el levantamiento del cadáver para su traslado al hospital del Bierzo. La autopsia se fijó para las diez de la mañana; apenas nueve horas después.

—Por favor, agente, ¿me puede alumbrar con una linterna?

—Sí, señoría, ahora mismo —le respondió la comisaria Marcos, por supuesto sin identificarse—. Un momento, que la busco… ¿Así le vale de luz?

—Sí, está perfecto. Muchas gracias, le diré a su jefe que la felicite por su amabilidad.

—Gracias, señoría, pero soy la comisaria provincial de León —le dijo solo entonces, con la mejor de sus sonrisas—. Lo que pasa es que voy sin las divisas porque tenía mucho frío y le he pedido una

guerrera de estas a una compañera policía…

La magistrada también rio por el malentendido. De nuevo saltaba la anécdota, como tantas veces sucede en estas situaciones.

Los agentes del Grupo II de la UDEV desplazados a Astorga estaban reventados, pero muy satisfechos. Tras acabar las últimas diligencias pasada la medianoche y despedirse hasta el día siguiente de sus compañeros de la comisaría se fueron a cenar algo. El único que no estaba era Miguel, que se tuvo que marchar a Madrid por la tarde, tras confirmarse la detención, porque su mujer estaba a punto de dar a luz y, si ya estaba fuera de casa mucho tiempo en unas circunstancias tan especiales como esas, solo le faltaba no llegar al parto…

El resto —Jesús, Carlos, Jano, Javi, Edu y Cristina— enfiló hacia el único local que estaba abierto, medio cafetería medio pub, que por supuesto a esas horas tenía la cocina cerrada. No desistieron, porque el hambre apretaba, así que pidieron unas tablas de embutidos, que incluían un chorizo y una cecina de la zona extraordinarias y que fue lo único que les pudo ofrecer el camarero. Las risas se sucedieron, el ambiente era bueno, la cerveza y el vino corrían con generosidad… La noche fue avanzando y con ella los brindis y las rondas. Sabían que el día siguiente —a esas horas, el día en curso— iba a ser también largo y que el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, viajaba a Astorga a dar una rueda de prensa y tenían que reunirse antes con él para contarle los detalles del caso. Pero, además, Cristina tenía una cita en el hospital del Bierzo, donde iba a ser la autopsia.

El caso es que los policías sobrepasaron los límites de la prudencia, pero la ocasión merecía la pena. A altas horas de la mañana llegaron al hotel para descansar un par de horas, darse una buena ducha y volver a tirar de su maltrecho cuerpo. Con todo, y eran muy conscientes de ello, la que peor lo tenía era Cris, que debía levantarse antes para asistir a la necropsia de Denise; un trago que, como es imaginable, nunca es agradable y menos en esas circunstancias. Tenía que estar muy atenta, también, para trasladar la información a sus compañeros. Nadie dudaba de que cumpliría a la perfección, como lo iba a hacer el resto. Celebrar un éxito estaba muy bien y era imprescindible para descargar la tensión acumulada,

pero por encima de todo eran profesionales. Siempre se comportaban como tal y esta vez no pensaban hacer una excepción.

Patricia, por su parte, prefirió esperar al domingo, una vez finalizadas las diligencias y puesto el detenido a disposición judicial, para la merecida celebración: un cocido en un restaurante céntrico que compartió con sus compañeros de Astorga y también con los agentes de la UDEV Central que aún seguían en la localidad, porque Carlos, por ejemplo, regresó a Madrid el mismo sábado por la mañana. Era madre, tenía a su marido esperándola —ya había bregado con los críos mucho más de lo que se le podía exigir— y la noche del levantamiento del cadáver lo que más deseaba era llegar a casa. Para verlos, lo primero, y también para descansar unas horas, porque el trabajo no había terminado.

A más de trescientos kilómetros de allí, el inquilino del Palacio de la Moncloa, Mariano Rajoy, también siguió con interés las últimas novedades del caso. No olvidaba la carta del senador McCain ni tampoco la de los padres de Denise, pero sobre todo al primero le tuvo que recordar solo unos días antes que la Policía española contaba con los mejores profesionales para resolver el caso y que tenía plena confianza en que así sería. Por tanto, comunicarle que la investigación acababa de culminar con éxito, que el cuerpo de Denise había sido encontrado —a falta de la confirmación oficial, por supuesto— y que el presunto responsable de la muerte de la peregrina estaba detenido suponía para él un motivo de satisfacción porque demostraba la extraordinaria preparación de nuestros agentes.

Encabezada con un protocolario «Estimado senador», menos de veinticuatro horas después de la detención de Miguel Ángel Muñoz, Rajoy escribió: «El pasado viernes 11 de septiembre el principal sospechoso fue detenido por efectivos de la Policía Nacional a los que confesó el lugar donde se encontraba el cuerpo de Denise».

Le explicaba a continuación que en una finca próxima a Castrillo de los Polvazares «se ha encontrado un cuerpo que, a falta de las pruebas forenses definitivas, todo indica que es el de la señorita Denise Pikka Thiem». Rajoy transmitía también al senador norteamericano «el pesar de todos los españoles por este trágico desenlace» y le aseguraba que, tanto las Fuerzas y Cuerpos de

Seguridad del Estado como la Fiscalía y los órganos judiciales, «trabajarán incansablemente hasta esclarecer todos los detalles de este horrible crimen» y que «no descansarán hasta que se haga justicia».

No hay constancia de que John McCain respondiera al presidente del Gobierno español, pero de lo que no hay duda es de que a partir de ese momento el influyente político supo que la Policía española estaba al nivel de las mejores, incluido, por supuesto, el FBI.

— . —

— CAPÍTULO 14 —

«SÍ, LA MATÉ»

Minutos antes de las nueve de la mañana del lunes 14 de septiembre de 2015, Miguel Ángel Muñoz, detenido el viernes anterior en Grandas de Salime como autor de la muerte de la peregrina norteamericana Denise Pikka Thiem, ocurrido el 5 de abril, entró en los juzgados de Astorga. Vestía pantalón vaquero, algo desgastado, camiseta gris y sudadera azul. Estaba esposado y, a pesar de las muchas horas de calabozo en comisaría, también entero. Aún creía que podía burlar a su destino.

Las tres primeras horas las pasó en una celda de las dependencias judiciales y una forense lo sometió a un examen médico para garantizar que estuviera en condiciones físicas y mentales para prestar declaración. Lo superó sin problema. Al margen de sus estallidos de ira, referidos por su expareja, su padre y la mujer de este, es un hombre templado y lo volvió a demostrar ante la facultativa. Era obvio que intentaba controlar los nervios; sabía que de eso dependía su futuro.

También tuvo oportunidad de reunirse con su abogada, ya de confianza, para poder preparar la declaración a la que se tenía que enfrentar poco después. La letrada sabía que tenía muy pocas posibilidades de evitar la cárcel a su cliente, pero por supuesto lo iba a intentar con todas sus fuerzas.

Poco antes del mediodía, un par de policías fueron a buscar al acusado a la celda y lo llevaron hasta la amplia sala donde se iba a celebrar la vistilla en la que se decidiría si ingresaba en prisión o no. Se sentó, solo, en una silla. Le quitaron las esposas para que pudiera estar más cómodo. No tenía un perfil peligroso —«no» en el sentido de que pudiera protagonizar incidentes en los juzgados—, pero cuatro policías nacionales tomaron asiento en un banco detrás de él. Mejor prevenir que curar.

El arrestado ocultaba las manos, unidas, entre sus piernas. Frente a él se sentaba la jueza, la titular del Juzgado de Instrucción número

2 de la población leonesa, que ocupaba el puesto principal de una larga mesa de madera oscura; a su derecha, en otro atril, estaba su abogada defensora, y a la izquierda, el fiscal jefe de León, que asumió el caso por su importancia. También permanecía en su puesto la secretaria judicial, o letrada de la administración de Justicia, como se llama ahora esta figura.

«Buenos días. Don Miguel Ángel Muñoz, le informamos que esta comparecencia judicial va a ser grabada», le anunciaron, y él no opuso objeción alguna. También le dieron cuenta de los cargos que pesaban contra él y se dio lectura a los derechos que le asistían. Cuando le preguntaron si los había entendido respondió de forma afirmativa y firmó ese reconocimiento en un papel que le acercó un agente judicial. Luego se quedó una copia, que entregó segundos después a su abogada.

La primera en tomar la palabra, exactamente a las doce y dos minutos del mediodía, fue la jueza. Tras un breve preámbulo, la instructora le preguntó si conocía los hechos; es decir, la desaparición de la peregrina.

—No.

—¿No los conoce?

—Bueno, solo el conocimiento que puede tener cualquier persona.

—¿Qué hizo el 5 de abril?

—Estaba en mi casa; estuve estudiando y sobre las dos de la tarde me iría a clase, que empiezan sobre las tres y media. Tengo de lunes a viernes. Fui en bici. Regresé sobre las ocho, u ocho y algo de la tarde.

—¿Conocía los ataques a peregrinas que se habían cometido cerca de su casa?

—No.

—¿Sabe usted si se atacó a una mujer de nacionalidad china, o alemana?

—Me lo comunicó la Policía, que vino a mi casa, y me detuvo. Hicieron diligencias previas, un registro en mi casa, y no hubo ningún tipo de prueba ni de nada.

—¿En algún momento vio usted a Denise?

—No, nunca, la he visto ahora en los medios de comunicación…

—¿Por qué sabía usted dónde estaba el cadáver?

—Suelo hacer rutas andando o en bici, para hacer deporte. Voy por Santa Catalina, Murias… Yo no sabía dónde estaba el cadáver; yo lo único que sé es que fui para Murias, que era la primera vez que iba a esa zona porque tengo muchos sitios posibles para ir, y al volver lo hice campo a través, como siempre, para atajar. Pasé por una zona donde había unos pinos plantados y un muro de piedras. Por un caminito por el que iba andando, un poco más arriba, me llegó un olor como a descompuesto, como a animal en descomposición… No le di mayor importancia, no me paré a ver lo que era. Pensé «vaya olor más fuerte», pero me imaginé que era un animal muerto porque allí se caza. Y seguí hacia la carretera, hacia Santa Coloma de Somoza, de allí a Santa Catalina y luego ya bajé a mi casa…

Mientras daba estas explicaciones, con voz temblorosa por momentos, Miguel Ángel Muñoz no paraba de gesticular. Traslucía nerviosismo, muy poca credibilidad; quien lo veía hablar, desde luego, no creía nada de lo que estaba diciendo, pero él mantenía su postura inalterable. «Nunca la vi, ni viva ni muerta», sostuvo ante las preguntas de la jueza, a la que llegó a tutear en algunos momentos y que le insistía en cómo era posible que supiera exactamente dónde estaba el cuerpo de Denise.

—¿Por qué no avisó de ese olor a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado?

—No le di importancia, no sabía lo que era; si llego a saber que era un cuerpo, inmediatamente llamo a la Policía y la llevo al mismo sitio, como he hecho ahora.

El interrogatorio discurrió, en esa primera fase, sobre cuestiones más livianas, como por qué había pintado la casa, o por qué mintió

a su padre y le dijo que la Policía le había quitado la taza del váter del cuarto de baño: «Una chiquillada, algo inocente, me preguntó un poco molesto y le contesté eso»; o por si sabía si había aprobado los exámenes que hizo en León: «Aún no he tenido tiempo de mirar las notas».

—Usted es una persona muy limpia, ¿verdad?

—Limpia, y lo tengo todo muy bien colocado para saber dónde está cada cosa.

—¿Le gusta tener dinero en el banco?

—No, es que estoy en contra de los bancos, je, je, je… Es un poco ideológico todo.

La jueza, a partir de ese momento, empezó a interesarse por las cuestiones financieras de Miguel Ángel, pero aún no entraba en materia. Prefería ir paso a paso, incluso había preguntas que hacía que parecían tener el objetivo de que el imputado se confiara, porque la respuesta en ningún caso lo comprometía.

—¿Por qué va a hacer llamadas a un locutorio cuando usted tenía un teléfono móvil?

—Porque me pinchó el móvil la Policía, y el móvil es una cosa personal, como internet. Creo que a nadie le gusta que le pinchen su teléfono móvil para escuchar conversaciones con mi hija, mi familia…

—Entonces usted sospechó que tenía el teléfono intervenido…

—Sí, claro, cuando pasó todo esto oía pitidos, cosas raras… Cogí la tarjeta del teléfono, la tiré, y el teléfono móvil lo tiene mi hermano, que se lo llevó.

—Cuando habló con el agente de la Policía (el subinspector Carlos), usted manifestó que no le había hecho nada, pero que estaba muerta…

—Eso es mentira.

—O que sabía dónde podía estar…

—Mentira, no le dije eso; es mentira.

—Dígame qué dijo.

—Cuando me metieron en el coche, me interrogaron sobre si sabía algo, si había visto a alguien raro, o si había visto, mientras hacía ejercicio, iba en bici, cualquier cosa, una mochila, un olor que me llegara… Y entonces yo le comenté eso… Tardamos más de media hora en encontrarlo. Ya había pasado tiempo desde aquello.

—¿Vio usted el cadáver cuando lo encontraron?

—No, me dijeron que yo tenía que buscar con ellos. Tampoco me iba a negar… Me agarró uno del brazo todo el rato. Cuanto más nos íbamos acercando, más olía. Me preguntó si ese era el olor y le dije que sí, olía a más de veinticinco metros…

La magistrada, tras volver a interesarse por cuándo había olido por primera vez aquello —en julio, según el sospechoso—, prefirió no hacer más preguntas para que el fiscal tomase la palabra. Habían pasado diecinueve minutos y daba la impresión que consideraba que era mejor que fuera el representante del ministerio público quien adoptara un rol más incisivo. Miguel Ángel Muñoz se revolvió inquieto en la silla y su lenguaje corporal reveló cierto alivio cuando la jueza dio paso a la acusación pública. «Primer escollo, superado», dejó traslucir con gestualidad. Pero aún le quedaba mucho por delante…

Lo primero que hizo el fiscal del caso fue poner sobre la mesa que, al contrario de lo que había dicho, el 5 de abril no pudo ir a clase, porque era domingo… «No sabía la fecha. Si era domingo, estaba en mi casa. No me acordaba.» Luego, le insistió en el episodio de la peregrina alemana, por el que fue detenido, pero él reiteró que quedó libre sin cargos de aquello. Remarcó, además, que ese ataque no se había producido en la puerta de su casa, sino a entre veinte y cincuenta metros. Y negó con vehemencia que en Castrillo de los Polvazares hubiera supuestas flechas del Camino de Santiago que llevaran hasta su finca. «Yo vivo ahí y no he visto nada de eso, mejor que yo…»; «Hay gente que sí pinta señales en Castrillo, no sé

quién ni me interesa, para que los peregrinos pasen por el pueblo y consuman. Yo he hecho el Camino de Santiago y ocurre en numerosas ocasiones, también en otros sitios»; «No me dedico a poner flechas, yo estoy en mi casa; por mi casa no tienen por qué pasar».

—Usted —insistió el fiscal—, al bajar del helicóptero, le dijo al policía que le iba a llevar donde estaba la chica… ¿Cómo sabía que era una chica?

—Eso es mentira, no lo dije yo. Si yo, cuando pasé por ahí, sé que es una persona, lo hubiese comunicado; no tengo que esperar un mes o dos para comunicárselo a la Policía. Me parece ilógico.

—Usted, al bajarse del helicóptero, le dijo al agente, y cito textualmente: «Te voy a llevar donde está el cuerpo de la chica»…

—No, me estuvieron presionando, como amenazándome, preguntándome dónde estaba la mochila, que tal, que cual… Y les dije que no sabía nada… «Me detenéis delante de mis amigos, haciendo el Camino, me traéis aquí», les dije… Yo estaba flipando, por decirlo de esta manera.

El interrogatorio del fiscal seguía siendo incisivo. Tenía muchas bazas aún por jugar, pero antes de entrar en el fondo del asunto prefirió ir poco a poco, acorralándolo con hallazgos de la inspección ocular, que le pusieron muy nervioso. Entonces sí, entró en materia.

—Oiga, y esos 1.200 dólares que cambió, ¿de dónde los había sacado?

—Ese dinero me lo encontré en la iglesia que hay en Valdeviejas; fue como a mediados de abril —respondió después carraspear, lo que denotaba que la tensión comenzaba a hacerle mella.

—¿Y dónde estaban?

—Tirados en un descansillo que hay en la iglesia de Valdeviejas, en un parquecito en el que hay dos fuentes. Me encontré una riñonera, había unas llaves y dentro, además, dinero. Lo cogí. Iba para casa y me había desviado para coger agua, como siempre hago. Me lo

encontré tirado, como en una acequia.

—¿En la riñonera había algo más, documentación…?

—No había nada. Si llega a haber una documentación, un carné o algo se lo llevo a la Policía para devolverlo —dijo, cada vez con menos convicción, consciente de que aquella versión que había ideado era muy poco creíble.

—Si estaba en la riñonera se supone que era de alguien, de un peregrino que lo ha perdido…

—Pero allí no había nadie.

Miguel Ángel Muñoz ya no podía dejar de mover las manos; intentaba dar una explicación convincente ante la cascada de preguntas que le hacía el fiscal sobre un evidente punto débil de su relato y ya no sabía cómo intentar convencer al juez de que no mentía.

—Cogí agua, me encontré eso en una acequia que hay, como un alcantarillado; cogí la riñonera, la abrí, miré lo que había, vi que no había documentación, esperé un rato a ver si había alguien, miré alrededor y cogí el dinero —repitió de corrido para intentar zanjar el asunto.

—Pero nadie va tirando riñoneras con dinero por ahí, se supone que eso lo ha perdido alguien. ¿Por qué no fue usted a entregarlo?

—O se le cayó a alguien… Porque no le di importancia. Cogí y me lo llevé a casa, como cualquier otra persona se puede encontrar un dinero y hacer lo mismo, no sé… Cada persona es un mundo, no sé… No le di importancia, vamos —balbuceó.

—Y luego fue a cambiarlo por euros.

—Claro, fui a cambiarlo al banco. Si me llega a decir alguien que no, o veo algún anuncio, que se ponen muchos, de que alguien ha perdido algo, yo cojo y lo devuelvo. Pero no se dio el caso, y esperé cinco días o más para cambiarlo.

El fiscal insistió con las fechas de ese cambio y el imputado volvió a

titubear, aunque remachó ante las discrepancias en las mismas: «No tengo una mente perfecta (…) Han pasado meses y es imposible acordarse», se justificó. La jueza intervino de nuevo para retomar ella el interrogatorio.

—Usted sabe que ha sido un elemento clave para descubrir dónde estaba el cuerpo de esta chica que llevábamos buscando desde hace muchísimos meses. Sabe que tiene el teléfono intervenido y supongo que usted, que parece una persona bastante razonable, se imaginaba que era sospechoso de esa muerte, ¿verdad?

—Sospechoso, como cualquier otra persona…

—Lo digo porque usted sabía que tenía el teléfono intervenido…

—Sí, yo ya oía sonidos raros, y eso no era normal.

—Y usted veía por ahí que la Policía estaba haciendo batidas, buscando a esta chica…

—Sí, sí, sí… Los he visto.

—Sabiendo usted que ya podía ser sospechoso de esa desaparición porque ya había sido el registro en su casa, ¿cómo se marcha usted, quita las placas solares?… Usted, que es una persona de mediana perspicacia, sabía que le estaba buscando la Policía, ¿cómo se va usted y no le dice «Oiga, yo me voy a ir»?

—Yo en ese momento no estaba… Podía ser sospechoso, pero nada más. Yo me podía ir cuando quisiera. No tenía por qué decirle a nadie… —Cada vez que hablaba sonaba menos convincente.

—No le estoy diciendo eso, Miguel Ángel, le estoy diciendo que si usted no sospechó que si tenía el teléfono intervenido y se iba de su casa podía ir la Policía detrás de usted.

—No pensé eso. Recogí las placas solares para que no me las quitaran; es muy goloso, han robado en muchos sitios placas solares. Recogí todo lo mejor posible para que no robasen porque yo vivo en medio del monte y cualquier persona que vaya a robar no me entero.

—Cuando usted se va, se declara un auto de entrada y registro en su casa que no le podemos notificar porque no le encontramos en ningún sitio. Porque usted se marchó y no dejó rastro.

La jueza intentaba explicarle el sentido de algunas preguntas y luego volvió a incidir en los 38.000 euros que se encontraron en el registro de su casa.

—¿Dónde estaban escondidos?

—Son míos, perfectamente míos.

—Miguel Ángel, nadie le está diciendo que no sean suyos. Le estoy preguntando si sabe dónde estaban escondidos…

—Sí, perfectamente, en la caseta de herramientas. Yo no estoy obligado a declarar un dinero hasta cierto punto, eso me lo ha dicho mi abogada. Es parte mío y parte de mi padre, que vendió una propiedad, un bar churrería, y me dio parte del dinero…

—Nadie lo discute.

—No tengo nada que esconder y ese dinero yo sé lo que hay. Por eso le digo que sé lo que tengo en mi finca perfectamente. Yo no sé de leyes y no sabía que ustedes podían entrar a registrar en mi finca sin estar yo presente.

—Le buscamos por todas partes para notificarle el auto para la entrada y registro, pero usted no apareció por ningún lado…

—Pues yo le dije a mi padre que me iba a ir de vacaciones.

—Pues se llamó a su familia.

—Y le dije: «Me voy a hacer el Camino primitivo»…

—A ver, se llamó a su familia, a las personas de su entorno que nos pudieran decir dónde estaba usted, y nadie nos lo dijo. La última vez que lo vio la Policía fue en una bici saliendo y resulta que la bici nos la encontramos en la entrada y registro allí, en su casa…

—Terminé mis exámenes el 3, compré un billete de autobús en Alsa

para el domingo y me fui a Oviedo a hacer el Camino primitivo. Dormí en un albergue en el centro de Oviedo y empecé con más gente. Hacía etapas por el día.

—¿Y usted no estaba viendo todo lo que estaba saliendo en televisión?

—En el Camino de Santiago, a no ser que estés parado en un sitio fijo, no te enteras. Si llego a saber que la Policía quiere entrar en mi casa, me bajo y vengo.

—La entrada y registro se hizo con todas las garantías. En cuanto se le encontró, se paralizó de forma inmediata porque ya estaba usted, hasta que le pudiéramos oír.

—Vale, pues si han entrado en mi casa han visto mis libros, todo bien colocado, limpio, porque antes de irme limpié todo… Me gusta tener todo bien colocado para saber dónde está y así sé lo que tengo en mi casa.

—Si usted sabe todo lo que tiene, ¿por qué al fiscal le ha dicho que tiene menos dinero del que tiene?

—Bueno, es una cosa mía, personal, yo no puedo ir diciendo que tengo un dinero en mi casa… No tengo el dinero en un banco porque estoy en contra de los bancos, es una cosa personal. Prefiero tenerlo debajo de un colchón, como se suele decir, que en un banco. Es mi dinero y hago lo que quiero, no tengo por qué declararlo porque no estoy obligado.

La jueza decidió acabar ahí sus preguntas, y devolvió la palabra al fiscal. Ya habían pasado cuarenta minutos de interrogatorio y para entonces estaba claro que la versión de Miguel Ángel Muñoz era inconsistente y tenía contradicciones flagrantes. Pero no se «derrotaba». Insistía en que había ganado mucho dinero «en la obra, cuando era el *boom*» de la construcción, «hasta más de dos mil euros al mes, con contrato y sin contrato», también en un parque acuático como jardinero… Pero llevaba dos años sin trabajar.

—¿Usted sabe ahorrar mucho? Porque después de dos años…

—Perfectamente. No fumo, no consumo alcohol, no tengo muchos vicios, salvo irme de vacaciones y poco más, y te puedo asegurar —al fiscal también lo tuteó en ocasiones, señal evidente de que ya no controlaba del todo sus nervios— que he estado ahorrando mil euros al mes cuando estaba en la obra. Vivía en Madrid, pero okupando, entonces el dinero me lo ahorraba… Se lo comento todo, para que lo explique todo…

El sospechoso se siguió removiendo en la silla. Sentía que aquello no iba bien y su lenguaje corporal continuó delatándolo. Es más, su tono era totalmente distinto cuando no mentía, por ejemplo al explicar quiénes eran los que estaban con él en el momento de la detención. Entonces no había titubeos y su discurso sí era coherente.

—¿Se fue porque temía que lo detuvieran, porque la Policía estaba detrás de usted?

—Ni mucho menos. Me fui porque tenía dos semanas, me tiré dos meses estudiando a saco, estresado, para sacarme las cuatro asignaturas que tenía para ser graduado de la ESO. Estaba agobiadísimo y me dije: «Me tengo que ir unos días». El 5 de octubre me quería matricular otra vez en la escuela de adultos porque sabía que no iba a aprobar todas.

El fiscal volvió entonces a la carga con el registro, y le hizo ver que en una sierra encontrada en su casa había unos restos que podían ser sangre.

—¿Pudo utilizarla con un animal?

—No, tenía pollos y por desgracia los tuve que matar retorciéndoles el cuello porque no tenía otra cosa. Y no los voy a cortar con una sierra…

—¿No es posible que haya sangre en la sierra?

—Imposible, porque eso lo utilizo para cortar leña.

—Vamos a ver, ¿mató usted a la peregrina?

—No.

—¿Le cortó las manos con la sierra?

—No.

—¿Le golpeó en la cabeza con una piedra?

—No, no.

—No tiene nada que ver con ella…

—No, no tengo nada que ver con ella. No sé nada de esto.

—¿Sabe por qué alguno de los vecinos de Castrillo ha declarado que usted molestaba, que le han visto molestar a las peregrinas?

—Imposible, yo no me dedico a eso; yo estoy en mi casa, jamás lo he hecho. No tengo antecedentes de nada. Lo que diga la gente del pueblo es otra cosa aparte. Pero eso es imposible. Tengo muchas preocupaciones con mis cosas, como para ir a molestar a los demás. Hago mi vida y punto. No estoy pendiente de quién pasa por mi camino o no, porque es de todos. Por mi casa no han pasado peregrinos.

—¿Usted ha estado en Colombia y en México?

—En Colombia sí, en México no.

—¿En algún otro país?

—Te voy a decir todos: Colombia, Venezuela, porque hubo que aterrizar porque se quedaba el avión sin combustible, Rumanía, Túnez, Marruecos, Argelia, Roma…

—¿Por qué motivo fue usted a Colombia?

—De vacaciones; mi padre está casado con una colombiana y quería conocer ese país porque no había estado nunca. Le dije a la pareja de mi padre, que se llama Ada, que me gustaría ir a conocerlo. Movimos todo y me fui a casa de su hermano, a Pereira.

La jueza volvió a intervenir para interesarse por la vida personal de Miguel Ángel Muñoz:

—He tenido pareja, y con ella he tenido una niña, de tres años. Intento bajar a verla todos los meses, si es posible. No tengo régimen de visitas, no sé lo que significa eso, no entiendo muy bien. Cuando nació la niña nos separamos un tiempo, yo me quedé en la casita de Villanueva de Perales, que es la misma que me traje para aquí, y ella decidió irse a un pueblo, Navalquejigo, a una caravana que ella tenía; es un pueblo *okupado*. La acompañaba a las revisiones médicas; igual que una pareja, pero sin estar juntos. Me fui a Navarra un tiempo, un mes o así, a la zona de Aoiz, con una gente. Allí me sorprendió el parto. No tiene mis apellidos, porque ella decidió que era más fácil que consiguiese una ayuda si era madre soltera con una niña que si tenía mis apellidos.

—Usted manifiesta que no es culpable, ¿no?

—No. No lo soy.

Una hora exacta de interrogatorio había puesto al descubierto las lagunas de la declaración del detenido, que no fue capaz de dar explicaciones coherentes de por qué sabía dónde estaba el cadáver de Denise, o el asunto del cambio de divisas, o su actitud a lo largo de los últimos meses. Pero ya solo le quedaba por delante el interrogatorio de su abogada, que simplemente incidió en los aspectos que más podían beneficiar a su cliente. Miguel Ángel Muñoz ya estuvo más tranquilo, aunque la jueza, puntillosa, volvió a intervenir en algún momento para interesarse sobre algunas de las evidencias encontradas en el registro.

Finalizado el interrogatorio, llegó el tiempo para las peticiones de las partes. La Fiscalía, por supuesto, solicitó prisión incondicional por las pruebas acumuladas contra el detenido; su defensa, la libertad porque consideró que los indicios disponibles eran endebles y alegó además que tenía arraigo. A la una y media de la tarde, la vistilla terminó. Miguel Ángel fue devuelto a la celda, para que comiera algo y someterlo después al análisis de la forense que debe estudiar su imputabilidad; es decir, si en el caso de que fuera autor de los hechos era o no responsable de sus actos.

La tarde transcurría, en apariencia, sin sobresaltos. Sí llamaba la atención lo prolongado del examen forense, aunque para los policías que trabajaban en Astorga y los funcionarios de los

juzgados aquello no era una sorpresa, porque conocen bien la forma de trabajar de la facultativa. Nadie sabía lo que pasaba en el despacho donde se producía la entrevista. Y la jueza no quería decidir sobre la situación del imputado hasta que la prueba hubiera finalizado.

Alrededor de las nueve de la noche, todo dio un giro de ciento ochenta grados. La jueza acababa de saber por boca de la forense que Miguel Ángel Muñoz acababa de declararse culpable de la muerte de Denise durante las pruebas. Era necesario volver a tomar declaración al imputado, para que ratificara o no esa confesión. A las 21:21 se reprodujo la escena de la mañana, ya sin la presencia del fiscal aunque sí de la abogada defensora. Nada más tenerlo de nuevo delante, la jueza le hizo la pregunta definitiva:

—¿Te confiesas culpable? —Por primera vez, la instructora lo había tuteado, para darle confianza.

—Sí.

Un monosílabo ponía fin, de una vez, al caso de la peregrina; a más de cinco meses de trabajo incansable de la Policía y de las dos juezas que habían instruido las diligencias en ese tiempo. Las pruebas acumuladas eran suficientes, pero que reconociese los hechos cerraba el círculo de forma definitiva. A partir de ese momento, la jueza comenzó una nueva tanda de preguntas.

—¿Cómo transcurrieron los hechos?

—Te voy a explicar más o menos los hechos, lo que pueda… Pues nada, que estaba en casa y era después de comer, había bebido alcohol, más de lo que suelo beber. Pasó esa persona… —Tuvo que hacer una pausa, al tener la respiración entrecortada.

—Para que haga la declaración más a gusto pueden salir, dado que no hay riesgo… —ordenó la magistrada a los policías, sabedora de que su presencia podía coartar al acusado.

—Sí, mejor. Hubiese preferido que no hubiesen estado en el primer momento porque ya… Aunque, bueno, se van a enterar igual, tarde o temprano… Pero mejor.

Segundos después, Miguel Ángel Muñoz, continuó con su relato.

—Bueno, no es fácil, pero voy a intentar que sea lo más sencillo posible, porque no es fácil esto. Pasó ella, había bebido más de la cuenta, lo que es una agravante… Estaba en casa haciendo cosas y ella pasó por allí.

—¿Esto fue al mediodía?

—Sí, a partir de las dos y media. Pasó ella y me preguntó si ese era el Camino. Le dije que no, que iba mucho más arriba. Me pidió que la acompañase y lo hice hasta un cruce, giramos a la izquierda, que hay una cuesta, y allí, a unos quinientos metros, está ya el Camino de Santiago. *Txapoteaba* un poco el español, pero muy poquito, y lo demás lo decía en inglés. —La tensión ni siquiera le permitió pronunciar la palabra «chapurrear», que era a la que se refería.

—¿Hablas inglés?

—No. Muy poco. Siguió ella y en ese momento la vi como que desconfió, pero fue ella la que me dijo que la acompañase… Se puso a hablarme pero de forma agresiva, con desconfianza.

—¿Quería que usted se fuera?

—No en ese sentido, era como de desconfianza hacia mí. Pero yo no le había hecho nada. Y eso, con el alcohol… Fue como… Me dio la vuelta la cabeza, me cambió el chip, no sé.

—Le molestó mucho…

—Sí, porque tengo paciencia, y mucha, con la gente… Ella iba a mi izquierda, yo a su derecha, y nada, entonces, pues la golpeé.

—¿Con qué la golpeó?

—Con un palo.

Al imputado le costaba hablar, se volvió a retorcer en la silla, le dolía recordar lo sucedido el 5 de abril. Hizo varias pausas; sabía muy bien lo que le esperaba a partir de ese momento.

—¿Dónde la golpeó?

—Aquí, en este lado. —Y se señaló el frontal derecho.

—¿Qué la pasó?

—Cayó fulminante, en el suelo, a plomo… Se golpeó con unas piedras también y… Entonces tuve una sensación que es difícil de explicar. Primero es, me arrepiento… Es muy difícil de explicar con palabras. No te lo voy a poder explicar porque es muy difícil, ¿vale? Hay que estar en esa situación. Me arrepentí muchísimo de lo que había hecho y como estaba bebido realmente… Ese fue el problema; si no, no pasa.

—O sea, que usted la golpeó, cayó al suelo, dice usted que fulminante…

—Sí, sí… Se golpeó luego con las piedras… Me asusté, tiré el palo lo más lejos posible. No podía ni mirar a esa persona. Vomité, me tiré casi tres días vomitando, casi sin comer, porque me sentí conmigo mismo como un monstruo… ¿Me entiendes? La arrastré un poco para sacarla del camino cien metros hacia el monte…

—¿Esto ocurrió cerca del Camino de Santiago?

—Sí. La arrastré para que no la viesen, le quité la mochila, la dejé en un lado. En ese momento no estaba completamente muerta, esa persona estaba sufriendo, lo vi. Y le hice un corte en el cuello porque… —Dudó cómo continuar—. Al sufrir… No quería que sufriese más; entonces, cuanto antes esa persona dejase de sufrir mucho mejor, ¿me entiendes? Ya fue instinto, ¿sabes? Ya cuando ocurrió eso se me cayó todo el mundo encima.

El detenido se tocaba una y otra vez la barbilla, entrelazaba las manos, estaba muy inquieto…

—¿Qué hizo con la mochila?

—Le quité la mochila, le quité todo…

—Y ahí es donde usted sacó los mil dólares que tenía…

—Sí… Y, bueno, realmente, pues, quemé todo, cerca de ahí, a unos quinientos metros de mi finca. Lo quemé bien todo, no quería que lo encontraran.

—¿Y la ropa?

—Le quité la ropa porque ya viendo lo que había hecho, para que se descompusiese lo más rápidamente posible. Era un impedimento para su descomposición.

—Tenía usted miedo de que le descubrieran, ¿no?

—Sí. Le quité la ropa, me costó muchísimo, quemé toda su ropa con la mochila. Vi como unos surcos muy grandes que había hecho un jabalí, porque hay muchos por ahí; excavé yo para hacerlo un poco más grande y la metí. No le hice nada más. Ni abusé de ella, ni nada…

Fue curioso que introdujera ese matiz, por el que nadie le había preguntado ni venía mucho a cuento. ¿*Excusatio non petita acusatio manifiesta*? La jueza intuyó que sí.

—¿No hubo una agresión sexual?

—No, no, no… En ese momento estaba totalmente hundido. Me arrepentí muchísimo de lo que había hecho y sabía que lo iba a pagar.

—¿Le ató las piernas?

—No.

—¿Se las dobló para meterla?

—Sí, porque no quería hacer más grande el agujero para que no se notase tanto.

—Y la enterró, ¿no?

—Sí.

—¿A cuánta distancia de su finca hizo usted esto?

—No lo puedo saber, cuatrocientos metros, quinientos…

Se hizo un silencio espeso. Miguel Ángel Muñoz miró hacia el techo, como implorando ayuda de alguien. La jueza continuó.

—¿Por qué la desenterró?

—La desenterré por todo el movimiento que había alrededor.

—Tenía miedo de que le descubrieran…

—Sí, claro. Tuve mucha suerte en la primera batida porque los perros de la Guardia Civil no la detectaron… La saqué y la trasladé a otro lado.

—¿Por qué la trasladó a ese lugar? ¿Le pareció que hasta tan lejos no iban a llegar las batidas?

—Porque cuanto más lejos la llevara no sospecharían que había sido yo, podía haber sido otra persona.

—¿Le cortó las manos?

—Eso ya se lo he dicho a la forense y no me puedo echar para atrás… Sí. Eso también.

—¿Por qué se las cortó? ¿Estaba viva o muerta?

—Estaba muerta. Se las corté por si acaso había alguna huella mía.

—¿Y dónde están?

—Un poco más abajo de donde estaba ella.

Cuando pronunció esas palabras se tapó la cara, parecía que iba a romper a llorar…

—¿Tiene usted algo más que decir, Miguel Ángel?

—Creo que con lo que he dicho es más que suficiente…

—¿Está usted arrepentido de lo que ha hecho?

—Hombre, totalmente…

La jueza acabó ahí sus preguntas y dio paso a la abogada defensora, que ante la demoledora confesión comenzó a poner en marcha su estrategia para que la acusación, de cara al juicio, quedara en homicidio en lugar de asesinato. Por eso incidió en que la remató para evitar más sufrimiento a la víctima, no porque se quisiera ensañar con ella.

—¿Tiene usted algo más que decir, Miguel Ángel?

—Pues en este momento no sé qué más tengo que decir. A ver… Me arrepiento y, bueno, que no lo volveré a hacer jamás, en la vida. Ya lo voy a pagar demasiado.

La jueza, a continuación, dictó auto de prisión, comunicada y sin fianza para Miguel Ángel, y fijó para el día siguiente la reconstrucción del crimen. Por eso, en lugar de ser trasladado a la prisión de Mansilla de las Mulas, como era lo habitual en este tipo de situaciones, regresó a los calabozos de la comisaría de Astorga desde donde saldría para la diligencia ordenada por la magistrada. El inspector Jesús, que ya tenía confianza con él, lo acompañó hasta la celda y permaneció con él mientras cenaba. Quería que se tranquilizase. Necesitaba que al día siguiente se ratificara su confesión.

– . –

— CAPÍTULO 15 —

«NO OS LO RECOMIENDO»

Pasadas las diez de la noche del lunes 14 de septiembre el coche K que trasladaba a Miguel Ángel Muñoz entró en el garaje de la comisaría de Astorga. De nuevo iba a dormir allí, ya que al día siguiente sería la reconstrucción de los hechos. El inspector Jesús, que había tomado el relevo del subinspector Carlos en el trato con el detenido, no se separó de él y lo acompañó hasta la celda de diez metros cuadrados que tan bien conocía ya.

—¿De qué te apetece el bocadillo, Miguel Ángel?

—De jamón.

—¿Y de beber?

—Coca-Cola, por favor.

El inspector también cogió bocadillo y bebida y se sentó junto al acusado para charlar con él. No era un interrogatorio, ni mucho menos. Ni siquiera hablaron del crimen. Se trataba de conseguir que no cambiara otra vez de versión de los hechos, para lo cual era clave que confiara en él, tal como antes lo había hecho en su compañero. Tuvo cuidado, eso sí, de sentarse en un lugar que estuviera en el tiro de las cámaras de seguridad para que nadie pudiera decir luego que lo había presionado y que su declaración del día siguiente era resultado de ello. Estuvo allí hasta que Miguel Ángel Muñoz acabó de cenar y comentó que iba a intentar descansar. Entonces lo dejó y se fue al hotel a dormir unas horas.

La reconstrucción de los hechos era la última diligencia importante de un caso que había marcado la vida de todos los agentes que trabajaron en él, pero de forma muy especial la de la inspectora Patricia, la del inspector Jesús y la del subinspector Carlos. Los dos primeros debían decidir quién iría con Miguel Ángel Muñoz en ese trance y eso generó un cierto debate. Carlos estaba descartado, porque era a él a quien el detenido confesó dónde estaba el cadáver

de Denise y quien de alguna forma lo puso en la situación de tener que confesar el crimen; además, desde el sábado por la mañana estaba de regreso en Madrid. La duda, por tanto, se ceñía a Patricia y Jesús, quien había tomado el relevo del subinspector como secretario de las diligencias.

El segundo fue quien tomó la iniciativa y le hizo ver a su compañera que no era aconsejable que fuese ella con el acusado: «Patricia, a vosotros os odia, es mejor que no vayas tú, aunque seas la instructora de las diligencias, porque esa animadversión no es conveniente en estos momentos». El inspector no olvidaba que el acusado se refería a ella y al resto de los policías de la comisaría, de forma despectiva, como los «perros de Astorga», lo que denotaba un odio importante hacia ellos. La inspectora sopesó la situación y comprendió que, en efecto, lo más conveniente era mantenerse, como hasta entonces, alejada del tipo.

La mañana del 15 de septiembre, martes, Jesús llegó muy pronto a las dependencias policiales y bajó de nuevo a los calabozos a ver al detenido.

—¿Cómo has dormido, Miguel Ángel? ¿Has podido descansar?

—Sí, estoy bien. Pero hay una cosa que me preocupa…

—Dime, ¿qué quieres saber?

—Me presenté al examen de inglés y no sé si lo he aprobado.

—Miguel, no te voy a mentir, lo has suspendido.

—¿En serio?

—No te voy a mentir, ni en eso ni en nada. Puedes estar tranquilo.

No eran buenas noticias para él, pero el acusado de matar a Denise tuvo la certeza de que el policía no lo engañaba y que se había preocupado por saber la nota. Eso le daba confianza; exactamente lo que el inspector necesitaba que sucediera.

Poco después de las ocho de la mañana, Miguel Ángel Muñoz salió por última vez de la comisaría de Astorga. Como estaba previsto, a

su lado, entre otros tres policías, estaba Jesús. Hacía frío, soplaba el viento y llovía; la humedad, además, llegaba hasta el tuétano. Era, pues, un día desapacible, clásico de un comienzo de otoño esta vez algo adelantado. El detenido tenía el cuerpo cortado por lo vivido en las últimas horas, por lo que le esperaba y también, claro, por el calabozo en el que acababa de pasar una noche más, que no era una suite de hotel, precisamente. Su rostro demacrado era el mejor reflejo de la tensión de los últimos días.

El autor confeso de la muerte de la peregrina, esposado, subió a los asientos traseros de un vehículo camuflado aparcado en el garaje de la comisaría, con Jesús a su izquierda. Después de unos minutos, cuando ya se acercaban a Castrillo de los Polvazares, el inspector se dio cuenta de que el detenido estaba cabizbajo, miraba por la ventanilla con una tristeza profunda y traslucía un desánimo importante.

—Miguel Ángel, ¿qué te pasa?

—Es la última vez que voy a ver esto…

—¿Quieres que bajemos la ventanilla para que lo veas mejor y puedas respirar este aire?

—Sí, por favor, te lo agradecería mucho.

El policía quiso tener ese gesto, primero por humanidad, pero también porque sabía que eso lo tranquilizaría, le haría recuperar una pequeña sensación de libertad, lo que sin duda era positivo a la hora de hacer la reconstrucción del crimen. No es que fuera demasiado preocupante que se desdijera, porque la confesión ante la jueza fue muy precisa y aportó detalles que solo el autor de los hechos podía conocer, pero sin duda era mejor que se ratificase para terminar de cerrar de forma definitiva el círculo de la investigación.

Cuando llegaron hasta la finca de su propiedad en Castrillo de los Polvazares, ya lo esperaba la jueza. Miguel Ángel Muñoz se sorprendió de la magnitud de la «comitiva» que lo aguardaba. Además de la magistrada y la secretaria del juzgado, allí estaba también su abogado defensor, el fiscal jefe de León, agentes de la

Comisaría General de Policía Científica, de la Comisaría General de Policía Judicial y de Astorga, un buen número de uniformados… El séquito superaba de largo la decena de personas e incluía agentes con cámara de vídeo y también de fotografía. Jesús estaba preocupado, porque eso podía cohibir al acusado y que desistiera de colaborar. De ahí que fuera tan importante haberlo calmado, y en cierta medida mimado, antes de llegar.

Vestido con los mismos pantalones vaqueros desgastados, camiseta azul y sudadera con la que había comparecido ante la jueza, solo unas horas antes, el imputado se frotaba las manos, mientras miraba a uno y otro lado… Estaba nervioso, y no era para menos. Sabía que lo que le quedaba por delante no era precisamente un plato de gusto.

A las ocho y media de la mañana comenzó la reconstrucción.

—Bueno, como os he dicho, voy a colaborar —comenzó diciendo, pero poco después se quedó bloqueado y se le notaba algo alterado.

Jesús intervino de inmediato.

—¿Qué te pasa, Miguel Ángel?

—¿Me podéis quitar las esposas? No me voy a escapar, no voy a hacer nada… Es para estar más cómodo.

El inspector sopesó la situación y decidió que lo mejor era acceder a la petición. Aquella decisión podía tener un cierto riesgo para él; era posible que el acusado hiciera una tontería —intentar escapar era una estupidez, pero podía tener alguna reacción violenta— y que eso le acarreara luego problemas, porque fue una concesión exclusivamente suya y de la que solo él podía responsabilizarse en caso de que la situación se descontrolase. Nada más liberarse de los grilletes, sin embargo, el acusado comenzó a respirar con tranquilidad. Ya estaba dispuesto a superar ese trance, aunque todo se retrasó un par de minutos por una llamada telefónica que la jueza tuvo que atender.

La primera parte de la reconstrucción se hizo en los alrededores de su finca, en el punto exacto en el que, según dijo, se había

producido el ataque. Se trató solo de situarlo para que volviera a contar cómo fueron los hechos, porque allí únicamente se había producido la agresión, pero ningún episodio más de la película de los hechos. Estuvieron pocos minutos, de modo que a continuación la comitiva judicial llegó hasta el lugar donde dio sepultura a la peregrina por primera vez.

—Aquí la enterré…

—Espera, Miguel Ángel, que lo marca Científica —intervino uno de los policías.

—Era un agujero grande que había hecho un jabalí y, bueno, la traje desde allí, con toda la tensión, todo el bloqueo… Ir cargando con un muerto que tú has provocado es inexplicable… —Y se hizo el silencio, porque le costaba seguir con el relato.

—Pero tuviste que ir a casa, porque si no, ¿cómo la enterraste? —intervino ahora Maxi, el inspector jefe de la sección de Inspecciones Oculares de Científica, que a lo largo de su carrera las había visto ya de todos los colores y comenzaba a sospechar de la actitud del detenido.

—Por favor, no le interrumpáis —le cortó Jesús, sin la menor sombra de reproche a su compañero—. Deja que lo cuente él —añadió.

—No, no tuve que ir a casa. Llevaba guantes y cavé con mis propias manos… No tenía sentido —ir a casa—, porque no iba a estar perdiendo el tiempo en nada más. El agujero era pequeño y redondo, lo vais a ver vosotros mismos… Era un hueco que había hecho un jabalí para meterse a limpiarse, o a revolverse. Le puse este rastrojo encima como referencia. Dejé eso para terminar de señalarlo. Yo entré por esos pinos y luego por estas encinas, por si acaso me veía alguien…

—¿Has vuelto aquí? —le preguntó el inspector.

—Je… ¿Qué os pensáis? Volví porque… Esto es duro…

Miguel Ángel Muñoz comenzó entonces a acusar la tensión, a mover

los brazos, a respirar fuerte otra vez… Parecía que iba a romper a llorar, pero se puso en cuclillas, con la mano izquierda cubriéndole el mentón, para intentar sobreponerse. Maxi, muy atento a cada gesto, volvió a estar rápido y le puso un maletín que llevaba con material para que se sentara y pudiera estar más cómodo. Al final no pudo evitar el llanto, aunque solo le duró unos segundos. Afectado estaba, pero roto por dentro no lo parecía.

—¿En el mismo lugar metiste algo más que el cuerpo?

—No, con la misma tierra que saqué, y otra que cogí unos metros más allá, la tapé. Antes de hacerlo le quité la ropa, porque se descompone más rápido un cuerpo, eso lo sabemos todos, no hace falta estudiar…

En ese momento, volvió a flaquear, pero llamaba otra vez la atención que fuera solo unos instantes, porque luego se recuperó rápido. El inspector de la Unidad de Análisis de la Conducta presente en la diligencia lo observaba con mucha atención, sin intervenir y a cierta distancia; tenía que hacer un informe sobre él basándose en buena medida en lo que sucedía en esos momentos. Por tanto, a la luz de su experiencia y conocimientos debía interpretar si esos episodios eran consecuencia de una auténtica angustia o mera impostura.

—Suéltalo, suéltalo, Miguel… —lo animó uno de los policías, temeroso de que cambiara de actitud y cerrara la boca para siempre.

—Estuve más de una hora a su lado, ¿sabes?…

—¿El cuerpo lo metes tal cual?

—Sí, y nada, le doblé un poco las piernas. Le tuve que cortar las manos, porque al agarrarme pensaba que entre las uñas podía haber dejado huellas.

—¿Dónde hiciste lo de las manos?

—Aquí. Como dice tu compañero, en ese momento sí bajé…

—¿Con qué lo hiciste?

—No lo hice con una sierra, así que eso es mentira —dijo, acordándose de su declaración en el juzgado—… Lo hice con un hacho pequeñito de cocina, que tampoco está, porque lo tiré todo en un cubo de basura lejos de aquí, en Murias de Rechivaldo.

—¿La ropa?

—La ropa, la mochila y todo, lo quemé.

—¿Dónde? Por situar el sitio, igual que hacemos ahora con este.

—Bueno, eso va a ser más difícil. Va a ser casi imposible porque lo quemé… Y bueno, tapé el cuerpo, y nada, puse los puntos de referencia, como esa piedra… Cuando abráis el agujero vais a encontrar restos de ella, lo sé perfectamente. Vais a encontrar restos de descomposición…

—¿Y las manos? —se impacientó uno de los agentes.

—Tranquilo, no seas ansioso… Todo a su tiempo. Para eso estamos.

Resultaba extraño, pero incluso en su situación Miguel Ángel Muñoz trataba de controlar los tiempos, dominar la escena, y no dudaba en mostrar su malestar cuando se sentía agobiado por la Policía. Para entonces la lluvia ya descargaba con cierta fuerza, pero él no hacía ademán de cubrirse, ni pedía alguna prenda para resguardarse. Iba a cuerpo. Como en el juzgado.

Maxi explicó mientras tanto a la comitiva que él allí solo tenía una paleta, lo que no era suficiente para el trabajo que había que hacer en ese punto. A la vista de ello propuso llamar a sus compañeros para que se acercaran a ese punto con más medios mientras la comitiva podía continuar con la reconstrucción. La jueza estuvo de acuerdo, y así se hizo.

La segunda parte de la diligencia, todavía en el mismo lugar del primer enterramiento, fue aún más dura… De nuevo se reprodujeron las voces entrecortadas de Miguel Ángel, alguna lágrima… Pero ni siquiera en esos momentos perdió la compostura; era como si se hubiera estado preparando para ello a lo largo de toda la noche.

—Bueno, pues como podéis entender, pasaron los meses, os empezáis a mover vosotros, por supuesto controlo vuestros movimientos. La Policía vino a los veintitantos días a mi casa para el primer registro… Y en mi casa no hay nada, no soy tan gilipollas. Yo creo que ninguno lo haría, ¿no? Sacaron una orden… No necesitaron orden, porque era perder tiempo, no quería estresarles, era ilógico. Se trataba de facilitarles lo máximo la entrada. Hicieron fotos de la casa, mías, del gallinero, de todo… Terminaron el registro y se fueron. Pasaron los meses y yo aquí no volví más. Me era imposible, imposible…

—¿Y por qué la sacó?

—Pasaron los meses, metieron los perros, yo sabía que habían pasado por aquí. Los había visto. No miraron en otro lado nada más que aquí. Me extrañó, lo vi un poco raro. No miran ni abajo, ni arriba… Bueno, y por suerte, o no suerte, no lo encontraron. La podían haber encontrado perfectamente. No sé por qué no, yo ni lo entiendo, sinceramente, porque son perros entrenados para encontrar cualquier cosa. Bueno, y no es sentirte orgulloso, porque no; pero me daba ventaja que cuanto más tiempo se descompusiese el cadáver menos restos quedarían. Eso cualquier persona lo entendería, ¿no? Viendo ya todo el revuelo, me fui a Madrid, fui con mi hija…

Al pronunciar el nombre de su hija sí se le notó más afectado. Lloraba y se tapaba la boca con las dos manos. Por su cabeza pasaba la idea de que la próxima vez que pudiera verla ya sería toda una mujer y que él se iba a perder todo su crecimiento. Cuando llegara ese momento sería un extraño para ella, si es que no lo era ya dado lo poco que la visitaba. No podía articular palabra.

—No me quedaba más remedio que sacarla…

—¿Por qué, por qué la sacaste?

—Pasaron los meses, no me sentía a gusto conmigo mismo… Es lo que hemos hablado muchas veces… La saqué para que la encontrarais. Vine aquí, la desenterré, me puse pasamontañas, guantes… Cuando la saqué… Otra vez es recordar todo… —Y de nuevo se quedó en silencio.

—¿Y dónde la metiste, Miguel? Porque te la llevaste muy lejos.

—Lo sé, me costó muchísimo; iba excavando e iba oliendo ese olor que jamás recomiendo a nadie que huela. Cuando la vi tenía un grado de descomposición muy alto. Pero yo sabía que si volvíais a traer los perros, y estaba seguro de que lo haríais, la iban a encontrar, porque ya sí que la hubieran encontrado. Pero no se trataba de que la encontraran o no, lo que quería era quitarla de aquí cuanto antes. Que la encontraseis, si tarde o temprano… La saqué de aquí, la saqué fuera, la metí en una saca y me hice dos kilómetros con ella a cuestas.

—¿Cuántos kilómetros?

—Casi dos kilómetros. Fue una noche además que, recordaré, vino un coche, un Ford Focus gris, con dos policías encapuchados, a mi casa. Pararon en mi casa, sé que sois vosotros, porque eso no lo hace nadie más… Se bajaron del coche y miraron en mi casa, si estaba o no estaba. Y viendo ya todo el movimiento, pues… No sabía si iba a salir bien o mal; en estos casos…

—Cogiste el saco, lo cargaste a cuestas y lo llevaste hasta donde la dejaste… ¿Nadie te vio?

—Lo hice a las dos de la mañana, sabía todos los puntos de referencia, lo sabía todo, podía moverme perfectamente a oscuras, incluso no quería ninguna luz para no verla. El saco era negro, yo iba de negro, entero, no había luna, todo estaba oscuro… Ya fuera quien fuese que nadie me iba a ver, ni la Policía. Me conozco muy bien esa zona. Iba parando cada cierto tiempo para descansar… Me costó muchísimo, ¿sabes? Mucho, mucho, todo esto, luego moverla… Todo era una locura, una película. Prefería que la encontraseis lo más lejos posible de mi casa, y es lo que hice. Pero yo quería que la encontrarais, ¿vale? Si no hubiera querido que la encontraseis no la hubierais encontrado. Eso está claro. Lo mismo que me hice dos kilómetros me podía haber hecho veinte. Hubiese sido capaz, ¿vale? Pero no quería eso, lo que quería era que la encontraseis, que su familia se la llevase.

Llamaba la atención el tono de cierta soberbia que había utilizado en ese pasaje, que contrastaba con las muestras de debilidad

anteriores. Una vez más, quería demostrar que no era ningún tonto, que sabía lo que hacía. Incluso en un determinado momento llegó a decir «Os estuve chuleando cinco meses y medio»… Aunque instantes después se dio cuenta de que esa no era una buena estrategia y se disculpó ante los agentes. Pidió además que esa frase no constase en ningún lado; «Es una forma de expresarme», se justificó. Pero con ella demostraba también cómo era realmente.

—¿A cuántos metros pasaron los perros?

—Cincuenta, por eso me extraña que no la encontrasen; esos perros ya estaban cansados, lo que sea, pero me pareció muy raro. Están entrenados para ello.

—Si lo hiciste con las manos solo, tampoco pudiste excavar mucho…

—No, no. Luego puse piedras…, lo camuflé muy bien. Mucho mejor de lo que está ahora. Yo sé que ellos hacían fotos desde un helicóptero para ver el cambio de terreno y sé también que hicieron pasadas… De eso estaba pendiente, estaba pendiente de que vinierais.

—¿Cogiste un poco de tierra?

—Cogí un poco de tierra cuando la saqué, para que no se notase el agujero… De aquí salí en línea recta, pasé la carretera, pasé Santa Catalina, pasé la otra carretera de Santa Coloma de Somoza y me fui hasta donde llevé a vuestros compañeros… Si es que no hay más. Si la hubiese querido enterrar me hubiera quedado toda la noche, hubiese hecho una fosa de tres metros como la de la fosa séptica que hice en mi casa, hubiese cavado… Y hubiese hecho todo lo posible para que no la encontraseis… Pero no quería eso. Por eso la dejé así, y hasta ahí… Este es el final de todo.

Esa última frase indicaba que sobre ese particular no pensaba contar nada más, aunque había algunas preguntas que aún estaban sin responder. Pero tampoco merecía la pena insistir, porque ya había confirmado lo sustancial del crimen.

—Vamos ahora con el otro tema, con el de las manos…

—Para el otro tema vamos a bajar a la puerta de mi casa, fuera de la parcela… Quiero comentar que yo voy a coger un perímetro de metros, ¿vale? Lo podéis marcar con una cinta. Yo ahí no te puedo dar más datos, no te puedo decir como esto. Vosotros tenéis que buscar. Os lo digo así porque es imposible.

—Pero ¿por qué es imposible?

—Es un hueco pequeño y ya estaba hecho el agujero por un animal, de treinta-cuarenta centímetros, las metí ahí…

—Pero ¿sabe dónde está?

—En un perímetro de cinco o seis metros, sí. Lo tapé. No volví, cogí una referencia pero no volví. Era una encina…

La última fase de la reconstrucción estuvo centrada en la localización de las manos de Denise. Miguel Ángel Muñoz se mostró mucho menos colaborador, daba unas indicaciones y luego las cambiaba sin razón que lo justificase. Los perros de la Policía rastrearon la zona indicada por el acusado, y uno de ellos marcó un punto concreto. Los agentes tenían esperanzas de que la búsqueda diera resultado, pero no fue así. Tras empezar a cavar en la zona se descartó que las extremidades estuviesen allí.

En esta búsqueda, la tensión se trasladó de bando, porque los policías empezaron a sospechar que el detenido les estaba chuleando, lo que les hacía muy poca gracia. Él se intentaba zafar de cada pregunta concreta y la zona que señalaba era lo suficientemente amplia como para poder encontrar las extremidades, salvo que hubiera un golpe de suerte. Eso, contando con que el tipo no les estuviera mintiendo, y por supuesto no lo tenían nada claro.

«Ha pasado mucho tiempo…»; «Esperad, dejad que mire»; «Es en este sector»; «De este a diez metros por el campo…»; «No, a cinco…»; «No, es por aquí…»; «No puedo ser más preciso»… Aquello no se podía prolongar eternamente, de modo que tras un buen rato la jueza decidió dar por finalizada la reconstrucción de los hechos y dio la orden de llevar al detenido, esta vez sí, a la cárcel de Mansilla de las Mulas, a pocos kilómetros de León.

Miguel Ángel Muñoz sabía su futuro, pero antes de subir al coche policial que iba a llevarlo al centro penitenciario hizo una última petición.

—Jesús, quiero entrar un momento en casa para recoger alguna cosa.

—Vale, lo hacemos pero nosotros te acompañamos. Y quiero que estés preparado, porque como puedes imaginar, después del registro que hicimos, las cosas no están como las dejaste.

El inspector no hizo ese comentario de forma gratuita. El detenido era un tipo muy ordenado; de hecho, era casi un obseso del orden, como se había encargado de dejar claro en su declaración judicial. Después del registro la casa había quedado, literalmente, manga por hombro, y si no le advertía de eso podía tener una reacción impulsiva.

Cuando entraron en la vivienda echó un vistazo al salón, se acercó a un armario, lo movió y de detrás sacó unos documentos que tenían especial interés para él, pero ninguno para la investigación, de modo que no hubo inconveniente en que se los llevase. También cogió una fotografía de su hija.

—Llévate también ropa y alguna novela, te vendrá bien para pasar las horas en la cárcel.

—Vale, sí, lo voy a hacer, Jesús.

El asesino de la peregrina, aunque no tenía el Graduado Escolar, sí tenía una notable afición por la lectura y en su casa guardaba un número apreciable de libros. Muchos eran políticos, con especial interés por la biografía del Che Guevara, de la que tenía varios volúmenes, pero también había novelas. Cogió tres.

—¿Me recomiendas alguna, Miguel Ángel?

—A mí me gusta esta, *Un viejo que leía novelas de amor*.

—OK, me la voy a comprar. ¿Quién es el autor?

—Luis Sepúlveda.

La elección de Miguel Ángel Muñoz no dejaba de ser sorprendente. Se trata de una obra cuyo mensaje es el amor por la naturaleza y en la que el protagonista elige la literatura para pasar su vejez aislado del mundo. Una idea que enlaza muy bien con su forma de vivir y de pensar.

Tras recoger esas pocas pertenencias, el detenido volvió a subir al coche policial y enfiló a la cárcel de Mansilla de las Mulas. Comenzaba el primero de los muchos días en prisión que le esperaban; que aún le esperan, de hecho.

La mañana fue intensa, complicada, pero todo salió bien. Llegó la hora de que los agentes del Grupo II de la UDEV Central que aún seguían en Astorga —la mayoría regresó a casa el fin de semana— volvieran a Madrid. Jesús se despidió de Sagrario González, la directora del hotel, que se había volcado con ellos para que estuvieran lo más cómodos posible. Pero antes de subirse al coche aún tenía que hacerle una última petición.

—Sagrario, hago colección de camisetas de equipos de fútbol, así que como eres la presidenta del Atlético Astorgano me tienes que vender una de tu equipo.

—Qué ilusión, Jesús; pero no te preocupes, que te la regalo yo.

—No, ni hablar, te lo agradezco mucho, pero sois un club modesto y tenéis que sacar dinero para sobrevivir. Son cincuenta euros, ¿no?

—Sí, y muchísimas gracias por el detallazo. Buen viaje y ya sabes dónde estamos para lo que quieras.

Patricia regresó a casa, en León, donde la esperaban su marido y sus hijos. Abrió la puerta y se relajó como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Ahora sí, se acabó. Por fin —dijo a su marido.

—He estado seis meses sin mi mujer, y nuestros hijos sin madre… —le respondió este, que durante esos cinco meses había asumido el peso de la intendencia familiar.

No había el menor reproche en la respuesta; él también es policía y

sabía muy bien que el caso requería esa dedicación, que suponía un reto para Patricia y eso tenía un precio, que él tenía que pagar en parte. Lo hizo con gusto. Estaba orgulloso de su pareja.

— . —

— CAPÍTULO 16 —

UNIDOS POR DENISE

Cedric, el hermano de Denise, y sus padres, Delia y Seng, fueron informados desde el minuto uno de la resolución del caso. No puede decirse que fuera una sorpresa para ellos, pero aun así la noticia fue un mazazo. La esperanza siempre es lo último que se pierde y aunque la Policía, en sus contactos con Desiree, la familiar designada para ello, siempre fue honesta y trasladó su pesimismo sobre la suerte de la peregrina, ahora ya tenían la confirmación de la tragedia. Al menos, podían empezar a vivir el luto, que solo era posible comenzar a cerrar cuando pudieran llevar los restos de su hija a casa y despedirla allí con su gente.

Precisamente esa fue una de las preocupaciones que pronto manifestaron los familiares de la víctima: ¿cuándo podrían recoger sus restos? La tardanza de los americanos en el envío de las muestras de ADN de Delia y Seng, a pesar de que habían sido reiteradamente solicitados por la Policía española a lo largo de la investigación, no facilitaron las cosas. Además, se les informó, los restos no podían ser devueltos hasta que estuviesen terminadas todas las pruebas forenses necesarias. Debían tener paciencia, pero quizá no esperaban que tanta…

El vacío de la muerte de un hijo jamás se llena, más en unas circunstancias como esas; tampoco el de una hermana, pero se vive de forma distinta. Solo quien ha pasado por ello sabe lo que supone esa ruptura de la ley natural no escrita según la cual son los hijos los que entierran a sus padres, nunca al revés. Los de la peregrina comenzaban a enfrentarse a ese proceso, para el cual no hay protocolos de actuación que valgan, ni consejos, ni consuelo. Es un tránsito angustioso, inacabable, que cada uno lleva como puede. Seng y Dalia decidieron que mientras vivieran nunca faltarían flores en la habitación de Denise. Desde entonces, salvo que estén de viaje, la visitan todos los días, sin faltar ni uno solo. Seng pasa allí un rato; se sienta, mira las paredes, la cama, los recuerdos que acoge… Todo como forma desesperada de estar más cerca de su

hija. «Recuperarse» es una palabra que se ha borrado de su vocabulario. Viven juntos, se apoyan, tienen el cariño de Cedric, del resto de familiares y de los amigos. Pero ya nada es lo mismo, ni lo será. No se ha inventado remedio para tanto dolor…

El 21 de septiembre, seis días después de la reconstrucción de los hechos, la Sección de Inspecciones Oculares regresó a Astorga. La lluvia que descargó el día de la diligencia judicial no había permitido hacer una búsqueda de restos más profunda y era el momento de retomarla. Como la semana anterior, también se sumaron los guías caninos, llegados desde Madrid.

La primera fase del trabajo se centró en la fosa improvisada en la que Miguel Ángel Muñoz enterró el cadáver de la peregrina nada más matarla. Tenía 1,20 metros de largo, ochenta centímetros de ancho y setenta de profundidad y en ella se encontró lo que parecía una uña de un pie, que fue enviado al laboratorio de Biología para el correspondiente análisis de ADN.

En ese mismo lugar ya se habían encontrado restos orgánicos el día de la reconstrucción, de modo que el objetivo principal del día era encontrar las manos de Denise. El autor de los hechos delimitó una zona donde decía haberlas enterrado y era necesario hacer una búsqueda a fondo. Lo único que se encontró fue una bolsa verdosa, grande, con tierra, pero hecha la criba correspondiente se comprobó que allí no estaban las extremidades.

A la mayor parte de los agentes que estuvieron en la reconstrucción la mañana del 15 de septiembre ya les pareció que el criminal había jugado con ellos en lo que se refería a esa parte de la historia. Es más, la inspectora Patricia, enterada de cómo habían ido las cosas, tenía claro que «para este tío, las manos son su trofeo y por eso no dice dónde las ha enterrado». Cuando alguien hace una cosa, es muy difícil olvidar los detalles.

Pero ¿cómo era entonces la mente de Miguel Ángel Muñoz? ¿Qué tipo de asesino era? Precisamente de eso se encargaba, además de los psiquiatras y psicólogos forenses que iban a examinarlo, la Sección de Análisis de Conducta de la Unidad Central de Inteligencia Criminal, adscrita a la Comisaría General de Policía Judicial. Ya antes de resolverse el crimen hizo un informe, a la luz

de los datos de la investigación, de cómo podía ser el tipo que había matado a la peregrina. Lo cierto, sin embargo, es que sus hipótesis quedaron muy alejadas de la realidad, pero hay que aclarar que es extremadamente difícil hacer análisis de ese tipo cuando se cuenta, como sucedía en este caso, con muy pocos datos.

El nuevo informe de estos especialistas, realizado ya a partir de los datos definitivos de la investigación y de la observación directa de la actitud del acusado en la reconstrucción de los hechos, sí era ya preciso y aportaba muchas claves de interés:

Es una persona solitaria, introvertida, que no asume las normas de convivencia generales, que prefiere atenerse a sus propias normas [escribieron los agentes]. Miguel Ángel es autónomo, organizando su modo de vida al margen de la sociedad.

El policía de Análisis de la Conducta tampoco se creyó las explicaciones de Miguel Ángel Muñoz:

Las manifestaciones del detenido durante la reconstrucción acerca de su abordaje a la víctima se consideran deshonestas, su comportamiento compasivo acerca de la familia de la víctima y que le llevaron a permitir de algún modo que el cuerpo de la mujer fuese encontrado para acabar con el sufrimiento de la misma sugiere que no es el ensañamiento ni el dolor ajeno una de sus motivaciones.

Y añadió en su informe:

Del mismo modo que le atribuimos unas necesidades básicas de comida, vivienda y seguridad, se le pueden suponer unas necesidades sexuales que debía satisfacer. Ahí entrarían en juego sus conductas para, presuntamente, atraer a determinado tipo de peregrinas a sus propiedades, actuando como un «depredador» al establecer lugares de acecho y posterior agresión, una vez seleccionada su víctima.

Para el especialista:

… el relato que realiza del abordaje y del momento y la razón de la agresión no es creíble. Se sostiene más desde un punto de vista

lógico y coherente con su comportamiento en casos anteriores y con el modo verbal y no verbal de relatar el hecho un abordaje por sorpresa, seguido de forcejeo con la víctima hasta acabar con su vida. Todo ello con unas intenciones que no confiesa, al contrario que las demás circunstancias del hecho, debido a que, de algún modo, es consciente de que la motivación de sus agresiones agravaría, en caso de conocerse, su situación procesal, además del hecho de no manifestarlas explícitamente por la valoración moral negativa de la que se haría acreedor que suponen las agresiones de contenido sexual.

«Eludir la posible motivación sexual» era, a juicio del experto, coherente con la imagen que quiso dar en la reconstrucción. Por todo ello, concluyó:

Miguel Ángel Muñoz Blas podría efectuar sus presuntas agresiones a peregrinas basándose en una motivación de tipo sexual.

A mediados de octubre, los agentes del Grupo II de la UDEV Central recibieron una visita muy especial: Desiree, la prima de Denise, había viajado a Madrid desde Hong-Kong para interesarse por los detalles de la investigación y conocer con toda precisión qué le había sucedido a su familiar. Pensaba que saber más los ayudaría a superar la pérdida y por parte de la Policía no había problema en darles la información. No era la primera vez que los allegados de una víctima reaccionaban así y los agentes pensaban que si eso los tranquilizaba había que hacerlo.

La relación de los investigadores con Desiree osciló entre la desconfianza inicial, hasta la confianza total, para desembocar en una amistad producto de esas conversaciones semanales de madrugada en las que los policías daban respuesta a sus inquietudes. El éxito de la investigación, además, le demostró que jamás le mintieron, en especial cuando le pedían paciencia, porque trabajaban en una línea prometedora que podía dar resultado y de la que la informarían de inmediato en cuanto se decantase en uno u otro sentido. Así que, además del objetivo principal de su viaje —acceder a toda la información del caso—, también era una ocasión inmejorable para agradecer el trabajo incansable de aquellos agentes que durante meses se volcaron en dar respuesta a la angustia de su familia.

Desiree, que ejercía la psiquiatría en Hong-Kong y por tanto sabía cómo funcionan los resortes de la mente humana, llegó a Madrid con su novio. Morena, de pelo largo, 1,60 metros de estatura y ojos rasgados, al poco de aterrizar se puso en contacto con el inspector Jesús y el subinspector Carlos para ir a verlos. La primera cita, en una cafetería cercana al hotel en el que se alojaba la pareja, fue de la máxima cordialidad y estuvo centrada en conocer qué había sucedido aquel terrible 5 de abril de 2015 en un camino rural de la pequeña localidad leonesa de Castrillo de los Polvazares. Los dos agentes se volcaron en ello, sin ocultar dato alguno y respondiendo a cada una de sus inquietudes. Por supuesto, también se interesó por cuándo podrían hacerse cargo de los restos de Denise, pero esa era una pregunta que ellos no podían responder. Debía decidirlo la jueza, cuando estuviesen todos los trámites cumplidos.

Las explicaciones colmaron las expectativas de la prima de la peregrina, que volvió a darles las gracias por cómo se habían portado con ella, agradecimiento que hizo extensible a todos los investigadores. La relación, a esas alturas, era ya tan cercana que decidieron ir a comer juntos.

Con una sonrisa en la boca, comentaron esos primeros contactos en los que Desiree se mostraba tan desconfiada con ellos y con el trabajo que hacían. A lo largo de la comida también surgió una conversación sobre el hermano de la pareja de Desiree, un brasileño que también era policía y estaba destinado en el grupo de operaciones especiales de ese país. El tema venía al caso porque les acababa de llegar la noticia de su participación en una operación en unas favelas con varios muertos y el novio explicó que su familiar se jugaba la vida a diario porque el material que tenía, en especial el chaleco antibalas, era de muy mala calidad.

Jesús y Carlos se ofrecieron de inmediato para llevarlo a una tienda de material para las Fuerzas de Seguridad que hay muy cerca del complejo policial de Canillas. El novio de Desiree tuvo la oportunidad de comprar uno de esos chalecos para mandárselo a su hermano, lo que agradeció en infinito a los dos policías españoles. Cuando acabó la gestión, ya bien entrada la tarde, los cuatro se despidieron con la promesa de seguir manteniendo el contacto. Esta vez no era una frase hecha, porque desde entonces se felicitan el

Año Nuevo, lo que no hace más que profundizar esa relación personal, ya una auténtica amistad.

Mientras, la instrucción judicial avanzaba con normalidad, pero para la familia de la peregrina con una lentitud insoportable. A esas alturas lo único que querían era recuperar los restos de Denise y llevárselos a Arizona para darles una despedida digna y poder empezar a cerrar el duelo. El 15 de octubre, la consulesa general de Estados Unidos escribió a la jueza instructora en nombre de los padres de la víctima para solicitarle «el documento del cotejo de ADN que concluya que los restos» eran de su hija, al tiempo que se interesaba por «si existe una fecha aproximada en la que V. I. prevea autorizar la repatriación de los restos mortales» para su entierro.

El 27 de octubre, la consulesa retomó el contacto con la magistrada. Primero, para agradecer que solo cuatro días después de la petición de ese informe de ADN ya lo hubiese tenido en su poder; pero también para enviarle la carta que Desiree Yao, la prima de la peregrina, había enviado el día anterior a su atención —y a la del presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, y el ministro de Justicia, Rafael Catalá— en la que mostraba su desesperación por la tardanza en la entrega de los restos. Sin duda, el no haber podido hacerse aún cargo de ellos añadía a la familia más sufrimiento al sufrimiento…

Le escribo por la desesperación de parte de la familia de mi prima Denise Thiem (…) Como podrá comprender el padre y la madre de Denise quedaron devastados cuando supieron que su hija estaba desaparecida en España. Esa devastación se convirtió en auténtico terror y trauma inimaginable cuando fue público que la habían asesinado. Después vino el shock añadido y el dolor por las noticias españolas sensacionalistas con detalles escabrosos sobre el estado de Denise, que debieron ser confidenciales hasta el juicio pero que se filtraron por las autoridades españolas sin ningún cuidado de cómo impactaría esto en los padres traumatizados y dolientes.

Durante todo este proceso desde que desapareció Denise las solicitudes de información durante la búsqueda e investigación fueron ignoradas en muchas ocasiones. Ahora nos estamos enfrentando con otro reto inimaginablemente doloroso de

abandono. Tras múltiples preguntas, nadie nos dice cuándo entregarán los restos mortales de Denise para que los podamos cuidar y enterrar. Estoy segura de que hay alguien en España con empatía por una familia que está sufriendo. Sus restos fueron descubiertos hace casi dos meses y no podemos saber ni una estimación de cuándo los tendremos.

Por favor, ayúdennos. Queremos honrar y respetar a Denise como la maravillosa persona que fue. Se merece un funeral apropiado y un entierro respetuoso. Su padre y su madre merecen poder celebrarlo para poder tener su duelo. Los retrasos son para ellos crueles y sin sentimientos y están causando más trauma a esta familia que también es víctima de ese horrible delito.

Los padres le ruegan que permitan el traslado de los restos mortales para que podamos llevarnos a nuestra querida Denise a casa con la dignidad, el honor y el respeto que ella merece.

La titular del Juzgado de Instrucción número 2 de Astorga era muy consciente de que cada día que pasaba era una losa para la familia de la peregrina. También sabía que no podía saltarse ningún trámite si quería que la investigación judicial llegase a buen fin, y que era clave que la defensa no pudiera alegar ningún tipo de indefensión en la vista oral que se celebraría en su día. No era fácil para ella esa situación, y la consulesa, con esa última comunicación, aumentó la presión sobre ella.

El 5 de noviembre, apenas una semana después de esa misiva, la jueza decidió que ya estaba en condiciones de poder acceder a la petición de la familia e hizo un auto en ese sentido. Pero como era preceptivo, contra el mismo cabía interponer el correspondiente recurso de apelación. La defensa de Miguel Ángel Muñoz lo hizo, con el argumento de que iba a encargar nuevas pruebas que harían forenses contratados por esa parte. La Sala aceptó… Un nuevo jarro de agua fría para la familia, que tenía la esperanza de cerrar este doloroso capítulo antes de Navidad.

Aún tendrían que pasar meses hasta que la familia de Denise pudiera cumplir su deseo. El sábado 30 de enero por la mañana, ya de 2016, su hermano Cedric aterrizaba de nuevo en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. El lunes 1 de febrero, por fin podría

hacerse cargo de los restos. Como en abril, lo esperaba Javier Pombo, que a lo largo de todos esos meses mantuvo contacto con él. Las circunstancias eran muy distintas a entonces, pero lo que no cambiaba era la cercanía, el cariño y la amistad que el piloto de líneas aéreas le demostraba.

—¿Cómo estás, amigo? —le dijo nada más verlo mientras se fundían en un abrazo.

—Cansado, pero al menos vamos a poder cerrar esta pesadilla… No sabes cómo te agradezco que estés aquí y todo lo que has hecho.

—Nada, no te preocupes. ¿El viaje bien?

—Sí, todo tranquilo.

Esta vez, Cedric no viajaba solo. Algunos familiares lo acompañaron hasta España —entre ellos su prima Desiree y su novio— y, además, aquí también se iba a reunir con amigos de su hermana. No dormiría, como la otra vez, en el piso de Pombo —el grupo tenía reservadas habitaciones en el hotel Los Madroños de la calle del General Díaz Porlier, muy cerca de su vivienda—, pero este iba a estar muy pendiente de ellos. De hecho, se los llevó a todos a casa para que descansaran un rato y tomar unas cervezas. El piloto y la prima de la peregrina habían intercambiado muchos mensajes antes, y por eso tenían confianza, pero era la primera vez que se veían las caras.

—Javier, ¿dónde te parece que hagamos la ceremonia?

—Desiree, creo que el cementerio más adecuado es el de La Paz, en Tres Cantos, a poco más de veinte kilómetros de Madrid. Está en plena naturaleza, rodeado de campo, es moderno y las salas de velatorio están muy bien acondicionadas. Para el tipo de ceremonia que queréis, me parece que es la mejor opción.

—Vale, se lo digo a Cedric. Lo haremos como dices.

La mañana del lunes 1 de febrero hacía frío en Madrid, pero un sol luminoso animaba el alma. Javier se levantó pronto. Iba a asistir a la despedida de Denise y también se comprometió a llevar a los

familiares hasta el tanatorio, lo que por supuesto hacía con gusto.

En Canillas, mientras tanto, el inspector Jesús y el subinspector Carlos también se preparaban para asistir a la ceremonia, a la que fueron invitados por Cedric y Desiree. Era una forma de mostrarles su agradecimiento por el trabajo, pero también querían que compartiesen con ellos esos momentos tan especiales. La Policía no solo les demostró una profesionalidad extraordinaria; su calidad humana conmovió a la familia, y esa era la mejor prueba de ello.

En la sala del tanatorio de La Paz se juntaron once personas, incluida la consulesa general de Estados Unidos, que tanto se había preocupado porque al fin llegara ese momento. Cedric estaba abrumado. Uno por uno, se fue acercando a todos los presentes. Se sintió muy cuidado, notaba el cariño sincero de todos y le reconfortaba ver aquellas caras conocidas desde su primera visita a España, cuando todo era zozobra y angustia por la ausencia de noticias de su hermana. Intentó que la emoción no le superase; quería representar a sus padres lo mejor posible y luchaba por no venirse abajo. Lo consiguió; a duras penas, pero lo hizo. Sentía que se lo debía.

Una gran foto de Denise sobre un caballete presidía la sala y las flores acompañaban los restos. Jesús y Carlos se colocaron en un discreto segundo plano; entendían que en ese momento tan íntimo no debían tener protagonismo alguno y su presencia allí se limitaba a mostrar su respeto, cercanía y cariño a los familiares. Javier tenía más confianza con ellos, había intimado más a lo largo de todos esos meses, de modo que se colocó —o lo pusieron— junto a los allegados. Especialmente, Cedric y Desiree lo consideraban ya uno de los suyos.

La ceremonia fue sencilla, muy al estilo americano. Además de la plegaria —la peregrina era religiosa—, se fueron sucediendo los discursos en los que se glosaba la figura de Denise, «un ángel que pasó por nuestras vidas» en palabras de uno de los asistentes. Se ponderó su bondad, su alegría, su inteligencia, su generosidad… Esa forma de ser suya tan especial que siempre la hacía estar dispuesta a echar una mano a quien lo necesitase. Como dijo Cedric, «el mundo sería un lugar mejor si hubiese más gente como ella».

Además de dolor, tristeza y pena, lógicas en un trance como ese, también hubo consuelo, cariño… Cedric se sentía reconfortado porque por fin podía empezar a pensar en pasar página; no en olvidar, porque eso era imposible, pero sí al menos en volver a poner en marcha una vida que se interrumpió de forma brutal aquellos primeros días de abril de 2015 en los que de forma súbita, inexplicable, dejó de tener contacto con su hermana.

La ceremonia no se alargó. Cuando todos los que lo desearon terminaron de hacer uso de la palabra, llegó el momento duro de la despedida definitiva de Denise, cuyos restos salieron rumbo al crematorio para convertirse en ceniza. Unas horas después la podrían recoger en una urna. Hubo lágrimas, porque en esos momentos los recuerdos se agolpan y la emoción se desboca. Pero también el alivio del final de la pesadilla.

Volvieron los apretones de manos, los abrazos… Pero Javier no quería que aquel día tan intenso estuviese solo marcado por la tristeza, de modo que decidió invitar a los familiares de Denise al restaurante Camino, del que era copropietario. El tiempo de la muerte había pasado; ahora tocaba celebrar la vida. Cedric, Desiree y el resto estaban impresionados y conmovidos por cómo su amigo español se volcaba con ellos. Aceptaron con gusto la propuesta.

Jesús y Carlos fueron los únicos en no asistir al almuerzo. Optaron por el valor seguro de la prudencia, y tenían que trabajar porque los asuntos pendientes se agolpaban en su mesa, algunos de cierta urgencia. Antes de subir al coche se despidieron, de Cedric y Desiree muy especialmente. No sabían si volverían a verse, pero lo que tenían claro es que si cualquiera de ellos necesitara del otro bastaría descolgar el teléfono para recibir esa ayuda. Se había creado un vínculo especial, y no era el primero en el contexto del crimen de la peregrina.

El grupo se trasladó al restaurante de Javier, que reservó un pequeño salón para que todos estuviesen lo más cómodos posible. Desde el primer momento el ambiente fue entrañable. Las anécdotas, muchas con Desiree de protagonista, fueron surgiendo de la boca de los comensales, pero ya no con el dolor a flor de piel sino con ese cariño, ese buen sabor que siempre deja recordar a personas especiales, que han dejado huella, como sin duda lo había

hecho la peregrina.

Cedric y su familia aún estuvieron algunos días más en España, que aprovecharon para hacer turismo. Javier los acompañó alguno de ellos, en la medida que se lo permitía su trabajo. El grupo descargó la tensión vivida, disfrutó de las maravillas de nuestro país y comprobó que no era un tópico eso de que esta es una gran nación, acogedora, alegre y disfrutona, pero también moderna y con servicios a la altura de las más avanzadas del mundo.

Una semana después llegó el momento de volver. Cedric cogió su mochila e introdujo la urna con las cenizas de su hermana. Entonces sí, volvió a inundarle la tristeza. Había tenido unos días intensos, duros, pero en los que también pudo olvidarse de su pena infinita y tener momentos alegres. Pero ahora sabía que en Arizona lo esperaban sus padres y el impacto que de forma inevitable iban a sufrir cuando les entregara los restos de su hija.

La Embajada de Estados Unidos se movilizó para que los trámites en el aeropuerto fueran ágiles. Personal de la legación diplomática lo acompañó para que no tuviera que ser él quien explicase qué era lo que había en esa urna que llevaba en la mochila. Ese detalle fue una bendición para Cedric; nunca lo olvidaría.

Cuando el avión despegó, en las largas horas de vuelo, el hermano de Denise pensó en toda la ayuda recibida en España, de la gente maravillosa que tuvo oportunidad de conocer. Dentro de la terrible tragedia pensaba que había tenido suerte, al menos en eso. «Desearía —reflexionaba en su butaca— que la gente hubiese conocido a mi hermana y a lo mejor lo hicieron de alguna forma, viendo cómo sus familiares, amigos y extraños se dedicaron a buscarla con tesón. Espero volver a España algún día y terminar el Camino por ella; una parte de mí siente que es lo que debo hacer.»

— . —

– Epílogo –

LAS CENIZAS DE LA MEMORIA

Pasada la resaca de Astorga, el Grupo II de la UDEV Central retomó de inmediato su trabajo. El caso de la peregrina había centrado la mayor parte de sus esfuerzos pero sus agentes no olvidaban el de otro desaparecido, esta vez en El Ejido, también de larga duración. La víctima, Luis Gabriel Criado Estévez, de cuarenta y tres años, estaba en paradero desconocido desde las siete menos diez de la tarde del 13 de septiembre de 2014. Se trataba de un supuesto traficante de drogas y el móvil más que probable, haberse quedado con parte de un alijo, un delito que en esos ambientes se paga con la muerte.

—María, si en veinticuatro horas no tienes noticias de mí, avisa a la Policía.

—Me estás asustando, ¿qué es lo que pasa?

—No te preocupes, quédate con este número de teléfono, es el de Juan *el Menúo*.

El Grupo Operativo Local de la comisaría de esa localidad almeriense pidió ayuda a la UDEV Central porque con sus medios no podían resolver el caso. El 24 de marzo de 2015, un par de semanas antes del asesinato de Denise en Castrillo de los Polvazares, el Grupo II se incorporó a las pesquisas.

Los pasos que se dieron a partir de entonces fueron muy parecidos a los del asunto de la peregrina: descartar que siguiera con vida, estudiar su entorno, analizar el tráfico de llamadas, hacer decenas de entrevistas, todo ello en colaboración con sus compañeros de la comisaría local, que conocían el terreno que pisaban como la palma de su mano. Pero a diferencia de lo que sucedía en León, los investigadores trabajaban en este caso sin presión mediática, ni mucho menos política. Al fin y al cabo, salvo a su familia y a algún amigo, ¿a quién importaba ese hombre?

A las nueve y media de la mañana del 26 de octubre, agentes del Grupo Operativo Local y de la UDEV Central comenzaron la batería de detenciones relacionadas con este crimen; a las siete y media de la tarde del 28, uno de los arrestados, acorralado por las pruebas, los llevó hasta el lugar donde él y sus compinches enterraron el cadáver de Luis Gabriel Criado Estévez.

—Carmen, uno de los detenidos ha confesado y nos va a llevar hasta donde está el cuerpo.

—OK, Jesús, enhorabuena. ¿Quieres que mande a los de Científica?

—No, Carmen, no es necesario. Hasta ahora lo hemos trabajado con los medios que hay aquí y no es necesario que vengan ahora, que ya está el tema resuelto.

La inspectora jefe de la Sección de Homicidios y Desaparecidos estuvo de acuerdo con el inspector, que se desplazó a El Ejido porque una de las tres compañeras que llevaba el asunto de una forma más directa no podía estar allí por cuestiones personales. Lo acompañaron la inspectora Cristina, que también era la instructora de las diligencias, Jano, Javi y Edu.

Tras los arrestos y la confesión, Jesús regresó a Madrid porque al día siguiente tenía que seguir con un duro tratamiento médico ya programado que no era suficiente para apartarlo de su trabajo pero que sí necesitaba que estuviera lo más descansado posible para poder afrontarlo en las mejores condiciones.

Junto a otros compañeros de El Ejido, Edu acompañó al detenido al lugar donde enterraron a la víctima. Cuando lo señaló sin dudar, Bonilla, un agente destinado en el Grupo Operativo Local, simpático y algo pasado de kilos, tomó la iniciativa de coger un pico y comenzar a excavar para sacar el cuerpo. El agente empezó con demasiado entusiasmo, de modo que tras unos minutos los pulmones amenazaban con salírsele por la boca… Visto el panorama, Edu tomó el relevo y muy poco después se localizaba un saco en cuyo interior estaba el cuerpo de la víctima, en avanzado estado de descomposición. Pasada la medianoche, el juez de guardia ordenó el levantamiento del cadáver. Caso resuelto.

El asesinato de Luis Gabriel Criado Estévez no mereció ni un breve en los medios de comunicación nacionales. Por supuesto, ni el DAO, ni ningún comisario general, ni el jefe de la UDEV Central estuvieron en la última fase de la operación; los primeros, probablemente, ni tuvieron noticias de ella. Tampoco hubo recompensas en forma de medallas, al contrario que en el tema de Denise. Y, sin embargo, los policías que participaron en las pesquisas demostraron la misma profesionalidad que en el caso de Astorga; la misma con la que siempre actuaban. Al menos, para los agentes del Grupo II quedó la satisfacción íntima por el éxito, lo mismo que para sus compañeros de El Ejido.

La comisaría de Astorga también había retomado su bendita rutina, aunque la tranquilidad no duró mucho tiempo. Una peregrina búlgara decidió que era buena idea comprobar si sus ideas preconcebidas respecto a la Policía, más bien sus prejuicios, eran correctos. No tuvo mejor ocurrencia que dejar sus botas y otras pertenencias en el albergue y salir de allí sin dejar pistas ni dar explicaciones… Se trataba de hacer creer que estaba desaparecida y tenía muy claro que los agentes no harían nada por encontrarla.

De nuevo, la maquinaria del Grupo Operativo Local, con Patricia al frente, se puso en marcha a pleno rendimiento. Los investigadores no tardaron mucho en encontrarla, porque su torpeza era directamente proporcional a su estupidez. Una vez localizada y comprobadas sus intenciones, la Policía presentó una queja ante la Embajada de Bulgaria, pero no hubo más consecuencias para ella que el espantoso ridículo que había hecho.

En la capital de la maragatería, el caso de Denise se vivió con una sensibilidad especial. Desde que se conoció su desaparición ya era imposible ver a una peregrina sola; es más, muchas llegaban hasta la etapa anterior y cogían un autobús hasta la siguiente porque el miedo se apoderó de ese tramo del Camino. No solo afectó a negocios, sino que quedó en los vecinos el sabor amargo de que su pueblo hubiera saltado a las primeras páginas de los periódicos por un motivo tan dramático como el asesinato de la norteamericana.

Muchos astorganos, tantos meses desconfiados por lo que pensaban falta de profesionalidad de la Policía, incubaron el virus del odio hacia todo aquello que recordaba a Miguel Ángel Muñoz. Pero la

mente humana funciona de forma extraña y entre los turistas que llegaban al pueblo comenzó a extenderse la costumbre de visitar la finca del asesino, de llevar flores a ese lugar en recuerdo de la víctima.

Incluso un grupo de peregrinos norteamericanos se presentó en la localidad leonesa para continuar la ruta jacobea en el mismo lugar donde lo dejó Denise. Hasta llevaban una bandera norteamericana, al más puro estilo yanqui.

Quizá alguien pensó que así no se podía pasar página de un suceso que marcó al pueblo; quizá lo que sucedió es que a alguien lo cegó el odio. El caso es que primero comenzaron los saqueos en la casa, hasta que el 3 de febrero de 2017 se descubrió que alguien le había prendido fuego hasta reducirla a escombros. Nadie en Castrillo de los Polvazares vio ni oyó nada; tampoco la Policía pudo averiguar quién estaba detrás del incendio provocado.

La memoria del horror quedó reducida a cenizas. Hoy, la finca está cubierta de vegetación sin que nada recuerde lo que sucedió por allí. Mientras, Miguel Ángel Muñoz sigue en prisión, donde cumple una condena ya firme de veintitrés años de cárcel. Siempre es tarde, porque en el Camino se quedó la vida de Denise cuando completaba la última fase de su viaje iniciático, pero las cosas vuelven a estar en su sitio.

Desiree Yao, la prima de la peregrina, tampoco se olvidaba de ese puñado de policías que dieron lo mejor de sí mismos para recuperar el cadáver y descubrir al asesino. Por su cabeza siempre rondaba la idea de cuál podía ser la mejor forma de corresponderles. La pandemia, en 2020, le dio su oportunidad. Sabía que España, en el momento más duro de la crisis sanitaria, tenía serias dificultades en el suministro de mascarillas y se puso en contacto con el inspector Jesús, del Grupo II.

—Quiero enviar un cargamento de mascarillas a la Policía. Es lo mínimo que puedo hacer después de cómo os habéis portado con nosotros.

—Te lo agradezco mucho, Desiree, de verdad. Pero no es posible. Esas mascarillas no pueden ser para la Policía, son las autoridades

sanitarias las que deben decidir cómo distribuirlas. Si quieres enviar el cargamento sería fantástico y, por supuesto, nuestra gratitud infinita, porque las mascarillas son muy necesarias para España. Pero tiene que ser con esas condiciones.

—Vale, pero ¿cómo lo puedo hacer? ¿Qué manera tengo de enviarlas?

—Se me ocurre que hables con Javier Pombo, que al ser piloto es muy posible que sepa cómo puedes hacerlas llegar. Ese gesto que vas a tener nos emociona, es el mejor pago a nuestro trabajo que podamos imaginar. Es mucho más importante que cualquier medalla.

Desiree cumplió su palabra. Habló con su amigo el piloto y decidieron que lo más sencillo era que los envíos de mascarillas llegaran a su casa. Así sucedió semanas después. Cuando ya las tuvo en su poder, Javier se puso en contacto con Protección Civil para hacer la entrega del material. Solo puso una condición: que la donación fuera anónima. No hubo problema en ello. Quién le iba a decir a la víctima que ayudaría a salvar vidas en el país en el que ella la había perdido y cuando su caso ya había caído en el olvido de casi todos.

En 2021, en otro de sus contactos habituales, Jesús comentó a la prima de Denise que iba a ser padre. Desiree recibió la noticia con la misma alegría sincera que si la noticia se la hubiese dado un familiar cercano. Le pidió por favor que le diera su dirección, porque quería hacer un regalo a la criatura. En efecto, cuando nació la niña llegó a casa del inspector un precioso peluche para la pequeña.

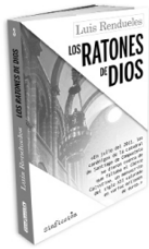
Dicen que nadie muere del todo si es recordado por los que le sobreviven. Denise Pikka Thiem —ese era su nombre completo— es buen ejemplo de ello.

— . —

Otros títulos de la colección sinficción ya a la venta

— **29 balas y una nota de amor**
de Alfonso Egea

— **Cazaré al monstruo por ti**
de Manuel Marlasca



— **Los ratones de Dios**
de Luis Rendueles

— **Desmontando el crimen perfecto**
de Mayka Navarro

— **La muerte en un naipe**
de Jimena Tierra

— **La Hermandad del Mal**
de Cruz Morcillo

— **El celador de Olot**
de Matías Crowder

— **El Superviviente**
de Nacho Abad

— **Olor a muerte en Pioz**
de Beatriz Osa

— **El agujero. Historia de un asesino**
de Beatriz de Vicente

— **Hágase tu voluntad**
de Vanesa Lozano

— **De prisiones, putas y pistolas**
de Manuel Avilés

— **Enemiga íntima. Una novia virtual, una estafa y un asesinato**
de Susana Peix

sinficción

Alrevés Editorial SinFicción @Sin_ficcion